

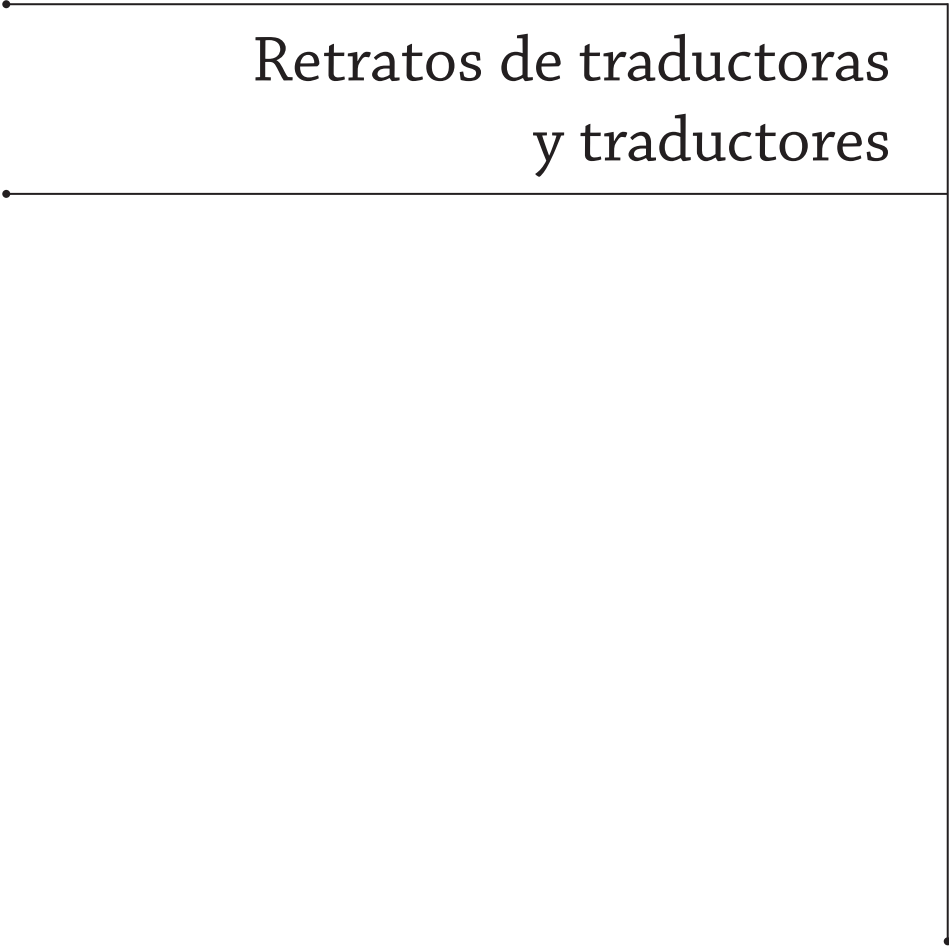
RETRATOS DE TRADUCTORES Y TRADUCTORAS

Jean Delisle

Traducción al español: Martha
Pulido C., Paula Montoya A.,
Claudia Ángel G., Olga Marín Z.,
Juan Guillermo Ramírez G. y
Alberto Castrillón A.

MUTATIS
MUTANDIS EBOOKS





Retratos de traductoras y traductores

Retratos de traductoras y traductores

Jean Delisle

—Editor—

Profesora titular de la Universidad de Antioquia.

Profesora Visitante UFSC/PGET 2014-2018

Traducción del francés al español

Grupo de investigación en Traductología

Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

Edición académica

Jean Delisle

Traducción al español

Martha Pulido C., Paula Montoya A., Claudia

Ángel G., Olga Marín Z., Juan Guillermo

Ramírez G., profesores Universidad de

Antioquia, y Alberto Castrillón A., profesor

Universidad Nacional de Colombia, sede

Medellín

Asesoría internacional

Jean Delisle, profesor y director de la Escuela

de Traducción e Interpretación de la

Universidad de Ottawa de 2000 à 2006

Asesoría nacional

Alberto Castrillón, profesor asociado de la

Escuela de Historia de la Universidad Nacional

de Colombia, sede Medellín

Editorial

Grupo de investigación en Traductología

Universidad de Antioquia

© Jean Delisle

© Grupo de investigación en Traductología,
Universidad de Antioquia

© Escuela de Idiomas, Universidad de

Ediciones francesas originales:

Portraits de traducteurs (cap. 1, 4, 5, 6, 9) ISBN:
2-7603-0486-8

Presses de l'Université d'Ottawa

ISBN: 2-910663-39-6

Artois Presses Université 1999

Portraits de traductrices (cap. 1, 3, 4, 9, 11)

ISBN: 2-7603-0546-5 ISSN: 1480-7734

Presses de l'Université d'Ottawa

ISBN 2-910663-86-8 ISSN 1285-9273 Artois

Presses Université 2002

Primera edición español: Editorial Grupo de
investigación en Traductología de 2010. ISBN:
978-958-714-449-9

Segunda edición al español: Mutatis Mutandis
E-books

ISBN: 978-958-5413-92-4

Atribución - No comercial - Sin Derivar: El material creado por usted puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.



Diseño de cubierta:

Jhonny Alexander Calle Orozco

Antioquia

Contenido

Coautores	7
Nota de los traductores	9
Prefacio	11
1. Guillaume Bochetel y Lazare de Baïf: traductores consejeros de Francisco I	27
2. Mikael Agricola, el gran cultivador	63
3. Anne Dacier, un espíritu moderno en el país de los antiguos	89
4. Émilie de Châtelet, traductora de Newton, o la “traducción-confirmación”	133
5. Albertine Necker de Saussure, traductora de transición <i>sourcière</i> del romanticismo	165
6. Irène de Buisseret: “condesa” de la traducción, pedagoga humanista	225
Índice onomástico	259
Índice analítico	265

Coautores

Jean Delisle. Diplomado de la Sorbonne Nouvelle (París III), fue director de la Escuela de Traducción e Interpretación de la Universidad de Ottawa, de 2000 a 2006. Es autor de obras en pedagogía e historia de la traducción, entre ellas *L'Enseignement pratique de la traduction* (Enseñanza práctica de la traducción) (2005); *L'Analyse du discours comme méthode de traduction* (El análisis del discurso como método de traducción) (1980); *Au coeur du triologue canadien* (En el centro del triálogo canadiense) (1984); *La traduction au Canada / Translation in Canada 1534-1984* (La traducción en Canadá) (1987); *Les Alchimistes des langues* (Alquimistas de lenguas) (1990) y *La traduction raisonnée* (La traducción razonada) (1993). También dirigió el trabajo colectivo *Les traducteurs dans l'histoire* (Los traductores en la historia) (1995) y codirigió *Enseignement de la traduction et traduction dans l'enseignement* (Enseñanza de la traducción y traducción en la enseñanza) (1998), *Terminologie de la traduction* (Terminología de la traducción) (1999), y *Traduction: La formation, les spécialisations et la profession* (Traducción: la formación, las especializaciones y la profesión) (2004) *La traduction en citations* (2007) y *La terminologie au Canada* (2008). Además, es autor de un DVD sobre *Histoire de la traduction* (Historia de la traducción) (Didak). En la editorial Presses de la Universidad de Ottawa, dirige dos colecciones: "Regards sur la traduction / Perspectives on Translation" et "Pédagogie de la traduction / Didactics of Translation". Algunas de sus publicaciones han sido traducidas al inglés, al chino, al español (*Los traductores en la historia*, 2005), al gallego, al portugués, al alemán, al finés, al italiano, al holandés, al persa, al polaco, al ruso, al turco. Es miembro de la Asociación canadiense de traductología y, desde 1990, presidente del Comité para la historia de la traducción de la Federación Internacional de Traductores.

Bruno Garnier. Titular de un doctorado de la Universidad de París-Sorbona, y maestro de conferencias de lengua y literaturas francesas en el Instituto Universitario de Formación de Maestros de Córcega. Diplomado del Instituto de Estudios Griegos (París IV), se orientó luego hacia la literatura comparada, y se interesó particularmente en la traducción y adaptación de la tragedia griega en francés, del Renacimiento a nuestros días, así como en

trabajos de traducción y de adaptación realizados en Francia en los siglos XVI y XVII. Es autor de *Pour une poétique de la traduction: l'Hecube d'Euripide en France de la Renaissance à l'âge classique* (Por una poética de la traducción: la Hecuba de Eurípides en Francia, del Renacimiento a la época clásica) (L'Harmattan, 1999) y de varios artículos, entre ellos: "Grandeur et vicissitudes d'un exercice périlleux: la traduction, le seul mode de lecture qui se réalise dans l'écriture" (Grandeza y vicisitudes de un ejercicio peligroso; la traducción, el único modo de lectura que se realiza en la escritura) en el *Bulletin de l'Association des professeurs de lettres* (1996) y "La traduction dans l'enseignement des langues anciennes: les mots contre le sens?" (La traducción en la enseñanza de lenguas antiguas: ¿las palabras contra el sentido?), en: Jean Delisle y Hannelore Lee-Jahnke, dirs., *Enseignement de la traduction et traduction dans l'enseignement* (Les Presses de l'Université d'Ottawa, 1998).

Silja Saks. Magíster en letras (filología romana). Antigua traductora *free lance*. Hoy enseña en el Centro de Formación de Traductores de la Universidad de Turku (Finlandia). Imparte los cursos de traducción francés-finés, y sus especialidades son la traducción médica y literaria, y la teoría y la historia de la traducción.

Agnès Whitfield. Doctorada en literatura quebequense, de la Universidad de Laval. Enseña traducción literaria y teoría de la traducción en la Universidad de York, donde es profesora titular desde 1994. Sus principales campos de investigación son la literatura contemporánea en el Canadá francés, el contexto sociocultural de la traducción en Canadá y asuntos de la voz narrativa. Es autora del *Je(u) illocutoire. Forme et contestation dans le roman québécois contemporain* (El juego / yo ilocutorio. Forma y controversia en la novela quebequense contemporánea) (1987) y codirectora de varias obras colectivas, como *Critique et littérature québécoise* (Crítica y literatura quebequense) (1992) y *La Francophonie ontarienne: bilan et perspectives de recherche* (La francofonía de notario: balance y perspectivas de investigación) (1995). Finalista del premio del Gobernador General con *Divine Diva*, traducción de *Venite a cantare* de Daniel Gagnon; también es poetisa: *Ô cher Émile je t'aime ou l'heureuse mort d'une Gorgona anglaise racontée par sa fille* (Oh, querido Emile te amo o la feliz muerte de una Gorgona inglesa contada por su hija) (1993), *Où dansent les nénuphars* (Donde danzan los nenúfares) (1995). Prepara con Barbara Godard una obra colectiva sobre los estudios traductológicos en Canadá. De 1995 a 1999 fue presidenta de la Asociación Canadiense de Traductología.

Nota de los traductores

El desarrollo conceptual del Grupo de Investigación en Traductología nos ha permitido abordar el trabajo traductivo de obras relevantes para la constitución de un campo de saber que apenas comienza a consolidarse en Colombia: la traducción. La iniciativa y el dinamismo de cada una de las personas que ha participado en estos proyectos han demostrado que el trabajo en equipo sigue siendo vigente en la actualidad y que es de vital importancia para la mayoría de las actividades humanas, entre otras, la traducción.

La experiencia de traducción grupal del libro *Los traductores en la historia* (Delisle y Woodsworth, 2005) nos impulsó a continuar en la línea de traducción de historia de la traducción, con la selección de los retratos que aquí presentamos, selección sugerida por el profesor Jean Delisle, editor y director de *Portraits de traducteurs* (1999) y *Portraits de traductrices* (2002).

El concepto de *retrato* busca hacer visible la importancia de la caracterización biográfica comprendida con sentido histórico, es decir, el retrato traduce la imagen según la cual la obra traductiva de un sujeto traductor incide decisivamente en un campo de saber.

En el artículo “*À propos de la traduction des Traducteurs dans l’histoire / Translators through History*” (Pulido y García, 2004: 280), describíamos la experiencia traductiva como un movimiento dialéctico entre la obra original y el texto que se escribe en la lengua receptora; un movimiento de transición del saber de la obra fuente, que se convierte en el saber de la obra traducida, movimiento que es al fin de cuentas una experiencia estético-traductiva. De traducción en traducción, este movimiento dialéctico se va expandiendo desde el diálogo obra original / obra traducida, hacia un intercambio cultural desde traducciones anteriores que tiene efecto en las proyectos de traducción actuales. Esta especie de inmersión en la experiencia del/de lo extranjero, en el sentido bermaniano de la expresión, nos ha llevado a preguntarnos sobre la historia de la traducción en Colombia, sobre la actividad traductiva en este medio, y sobre el impacto de esta en el desarrollo cultural, intelectual y científico del país.

Obras citadas

Delisle, Jean y Judith Woodsworth, eds., 2005, *Los traductores en la historia*, traducción al español por el Grupo de Investigación en Traductología, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.

Delisle, Jean, ed., 1999, *Portraits de traducteurs*, Ottawa, Artois Press Université, Les Presses de l'Université d'Ottawa.

_, ed., 2002. *Portraits de traductrices*, Ottawa, Artois Press Université, Les Presses de l'Université d'Ottawa.

Pulido, Martha y Sebastián García, 2004, "À propos de la traduction des *Traducteurs dans l'histoire / Translators through History*", *Ikala*, vol. 9, núm. 15, pp. 271-288.

Prefacio^{*}

Para entender mejor el trabajo particular de un autor nos familiarizamos con su vida; también podemos evaluar mejor el trabajo de un traductor cuando conocemos lo que hay detrás de una traducción. [...] El traductor es el lazo entre el texto original y la traducción [...]

Ritva Hartama-Heinonen (1995: 41)

Historia de la traducción

Al estudiar, en su relieve temporal, los hechos de cultura y las civilizaciones de otras épocas, el historiador, arqueólogo de tiempos pasados, recuerda a sus contemporáneos la importancia de recurrir a los modelos del pasado, vasta reserva de “diferencia”. A medida que el mundo se uniformiza, consecuencia de su globalización, se hace más necesario proveerse de esta reserva. Sin la investigación histórica de la singularidad, este antídoto de la masificación, la humanidad entera se encamina irremediamente hacia su empobrecimiento. El presente y el pasado no son arcones herméticos, razón por la cual, ahora más que nunca, necesitamos de los historiadores.

No se deambula por la historia de la traducción como por un cementerio. La historia concierne a la vida, no a la muerte. No es un embalsamamiento, sino una “resurrección de la vida integral” (Michelet, citado en Viallaneix, 1973: 7). Hace presente en nosotros lo que es caduco, revivifica lo que ya no está.

Los traductólogos han demostrado la importancia de ubicar al traductor en el centro de la reflexión sobre la traducción. Se han hecho a la idea de que el traductor, presente en sus trabajos, deja allí su huella, consciente o inconscientemente. Ninguna obra es independiente de su creador. La obra traducida no es una excepción. Es imposible hacer un análisis completo de una obra traducida sin tener en cuenta el autor de la traducción; de manera primordial: ¿cuál era su intención? ¿Se sometió a las presiones inherentes al ejercicio de la traducción? ¿Transgredió algunas de ellas? ¿En

* Traducido y adaptado por Martha Pulido y Alberto Castrillón.

qué circunstancias trabajó? ¿Dónde? ¿En qué época? ¿Para quién? ¿Con qué fin? ¿Qué factores externos pudieron influenciar su manera de traducir, llevándolo a modificar el texto de partida, o hasta autocensurarse? Las respuestas a estas preguntas se deben buscar en torno al texto traducido.

En el campo de su especialización, el historiador de la traducción muestra las diferentes maneras como esta, en tanto que punto de convergencia intertextual e intercultural, participa en el movimiento y el desarrollo de civilizaciones y culturas. El historiador de la traducción puede también penetrar en el lugar de ejercicio del traductor y cuestionarlo sobre sus motivos, sus finalidades y sus métodos de trabajo, escrutar a la lupa sus traducciones y buscar conocer las circunstancias que las vieron nacer. Al hacerlo, nos recuerda que la traducción se ha practicado en contextos socioculturales diversos y ha desempeñado funciones insospechadas. Esta incursión en la vida del traductor lo obliga a tener en cuenta el modo de pensar común, hegemónico, prevaleciente, en cierta época, en una sociedad o en una cultura dadas.

Para lograr este trabajo de biógrafo y proceder a la crítica de traducciones de otras épocas, le es necesario abstraerse de sus propias referencias espacio-temporales. Los riesgos son grandes, al enmarcarse en siglos, los riesgos de juzgar las producciones de ayer con las reglas de hoy son grandes.

La vida de los traductores

André Lefevere, así como un número amplio de teóricos de la traducción, consideraba necesario proceder a un recentramiento de la enseñanza y de la investigación en beneficio del artesano mismo de la traducción: “Me parece que la enseñanza necesita prestar más atención al/a la traductor/a y a su tarea, así como a la función que este desempeña en las diferentes culturas” (Lefevere, 1983: 28). El sujeto traduciente, así como el escritor, es portador de representaciones simbólicas de su sociedad. Por esto, el conocimiento de este sujeto es indispensable para la interpretación y la comprensión de las obras traducidas. También lo es para quien está interesado en conocer la manera como las obras han sido traducidas: el creador es indisoluble de su creación, el traductor de sus traducciones. Elaborar el retrato de un traductor puede ser visto eventualmente como un modo de análisis, un modo de lectura: es la puesta en perspectiva de una “obra de traductor” (comparable a una “obra de escritor”), con el fin de conocerla mejor y de aclarar sus zonas oscuras.

El presente trabajo no tiene otra ambición que contribuir a la consideración del traductor como centro de atención de los estudios traductológicos. El retrato, como la biografía, ofrece una vía real para reintroducir la subjetividad en el discurso sobre la traducción y facilitar el surgimiento de elementos subjetivos presentes en filigrana en los textos traducidos. Esta manera de abordar la historia de la traducción tiene que ver con un humanismo que hace del hombre el fin de toda acción, el objeto de todo saber. El repliegue contemporáneo sobre el individuo no es sin duda ajeno a este nuevo interés en los traductores mismos, y no solamente en sus producciones. El historiador moderno de la traducción puede así tomar como suya la frase célebre de Terencio: “Soy hombre, nada de lo que concierne al hombre me es ajeno”. Marc Bloch, cofundador de la nueva historia, hace eco a los enunciados del poeta latino cuando escribe: “El buen historiador [...] se parece al ogro de la leyenda. Sabe que allí donde huele a carne humana, allí está su presa” (1993: 83).

La tendencia moderna en traductología consiste en dejar un gran espacio para la vida de los traductores, en razón de la importancia que tienen las circunstancias alrededor de las cuales se da la producción de la obra traducida.

Se han publicado biografías y retratos de traductores en el pasado; lo novedoso en este trabajo que presentamos, es la integración de elementos de naturaleza biográfica con elementos de naturaleza teórica.

Para progresar en la intimidad de la historia de la traducción, es necesario progresar en la intimidad del traductor. Pero, ¿hasta dónde debe el historiador inmiscuirse en la vida privada del traductor? Afirma Anthony Pym: “En principio, los detalles de la vida privada deberían ser pertinentes solo en la medida en que explican lo que se hizo en el campo de la traducción. Pero los límites de esta pertinencia son bastante difíciles de percibir” (1998: 167).

Más adelante, el autor de *Method in Translation History* añade:

Para casi todas las relaciones causa-efecto internas que se encuentran en la biografía personal del traductor existe un modo social más amplio de relación causa-efecto, que permite o acepta que factores internos dejen su huella en el mundo público de las traducciones. Ninguno de los dos lados puede ser comprendido apropiadamente sin el otro; la vida privada no debería convertirse en agujeros negros (pp. 171-172).

Dicho esto, no podemos limitar el estudio de la historia de la traducción al estudio de los individuos, pues además existe el riesgo de que la biografía desvíe la atención de la obra traducida.

Este riesgo es menor cuando se trata de un retrato. Este es a la biografía lo que la novela corta es a la novela. Una novela corta es exitosa si el escritor practica una gran economía de medios, si se dedica a lo esencial y busca la máxima eficacia por medio de una explotación hábil y artística de los recursos lingüísticos. Un estilo sobrio, incisivo, es decir, percutiente conviene a este género, pues todo debe apuntar hacia el efecto buscado. Paralelamente, el autor de un retrato no se puede extender sobre aspectos secundarios de la vida o de la obra de un traductor, ni dedicarse a detalles puramente anecdóticos, aunque estos sean interesantes. Enemigo de las digresiones y de lo accesorio, sólo retiene lo que comporta valor explicativo, lo que permite crear encadenamientos de causalidad y de inteligibilidad entre el traductor, sus traducciones, sus obras de creación (si viene al caso) y el contexto de su producción. Un retrato no es una fotografía instantánea, sino un condensado coherente, sobrio, sustancial.

Así como el traductor está presente en su traducción, aunque busque invisibilidad, el biógrafo rara vez está ausente de la biografía que escribe. Nada le impide hacer acto de presencia puntual en su texto dando su opinión, criticando ciertos puntos de vista expresados por el traductor objeto de su estudio. Un biógrafo no es un apologista. Sabe mostrarse crítico. Tiene obligación de reserva en lo que concierne a sus sentimientos hacia el sujeto de su biografía, aun si le es a veces difícil impedir que se filtre su admiración frente a las obras excepcionales de un maestro traductor.

En los países anglófonos, la biografía ha tenido siempre la aceptación de los historiadores. En los países francófonos, este género ha sufrido del descrédito que ha golpeado la historia de los acontecimientos, y los historiadores la han más o menos relegado a los “literatos”, aunque asistimos hoy a su rehabilitación por historiadores de la talla de Georges Duby. A juzgar por la cantidad de biografías de traductores y de intérpretes que llenan nuestras bibliotecas, pareciera que este género nunca hubiese caído en desgracia entre los historiadores de la traducción. Se creería que estos son más cercanos a los literatos que a los historiadores profesionales... ¿Debe esto sorprendernos? ¿No es la historia la novela que ha sido, y la novela, la historia que pudo haber sido, como lo creían los hermanos Goncourt? Sea

lo que sea, la narración histórica es una narración verdadera cuya forma puede hacer alarde de cualidades literarias. El escritor puede reivindicar el privilegio de dar una descripción precisa de lo que jamás sucedió, pero el historiador debe limitarse a dar una descripción lo más exacta posible de lo que sucedió. La historia no es ficción; es, ante todo, esfuerzo de comprensión.

Si la lista de traductores e intérpretes es bien larga, en cambio la de los retratos reunidos en esta obra no lo es. A decir verdad, entre obras dedicadas a traductores, solo se puede citar *Les Grands Traducteurs français* de Edmond Cary, seudónimo de Cyrille Borovsky, traductor literario quien trabajó en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). Esta obra de 133 páginas data de 1963 y presenta los traductores Etienne Dolet, Jacques Amyot, Anne Dacier, Houdar de la Motte, Antoine Galland, Gérard de Nerval y Valery Larbaud.

¿Qué beneficio se puede sacar de las biografías y de los retratos de los traductores si no es el hecho de traer a la memoria ciertos traductores caídos en el olvido? ¿Existe interés en cultivar este género en la historiografía de la traducción? Pensamos que sí. La claridad sobre la vida de un traductor nos ayuda a ver menos confusa su obra, aunque esto no lo explique todo. A esta razón principal se suman muchas otras.

Las incursiones biográficas iluminan sobre los motivos profundos que llevaron a un traductor a traducir una obra determinada y sobre la manera como esta obra ha sido transpuesta de una lengua a otra. Desbordando los límites de los textos traducidos, las biografías recrean la atmósfera de una época, evocan sus corrientes de pensamiento dominantes, la *doxa* del día, y permiten observar de cerca el medio particular y generalmente determinante en el que ha germinado una traducción. De este modo, aparecen los problemas, esenciales en historia, de las relaciones del traductor con la colectividad, de la tensión con frecuencia existente entre las iniciativas personales y las necesidades sociales. Una traducción no es el producto de un ser desencarnado. Todo traductor está sometido a los mismos apremios de un autor. Así como “hay que escribir para su tiempo y no para tiempos pasados” (Voltaire, citado en Horguelin, 1981: 121), así hay que traducir para su tiempo.

Los retratos y las biografías tienen la inmensa ventaja de dar la palabra a los mismos traductores. Las “recolecciones” y los “anexos” que en este libro acompañan ciertos retratos cumplen esta función y nos entregan

algunos pensamientos y reflexiones de los traductores. En el trabajo que presentamos vemos, por ejemplo, cómo la labor del traductor de la Biblia al finlandés, Mikael Agricola, es motivada por razones de orden religioso y patriótico. Los textos traducidos son mudos con respecto a estos móviles de los traductores. Mudos igualmente con respecto, por ejemplo, a las razones que pueden llevar a un Gérard de Nerval a publicar una pseudotraducción.

Trazar la línea de vida de un traductor, muchos de los cuales han tenido destinos trágicos, permite, además, comprenderlo mejor en tanto que profesional, entender sus límites y el desconocimiento del que es objeto por parte de quienes no practican la traducción. Es también una manera de aclarar el papel desempeñado por los traductores en la historia de las ideas, de la evolución del pensamiento y de la transmisión de conocimientos de una generación a otra y de una civilización a otra, de sopesar las influencias que han tenido, así como de constatar comportamientos contrarios a la ética profesional: no todos los traductores del pasado están fuera de sospecha...

Los retratos y las biografías ofrecen la oportunidad para admirar el talento y también para constatar los fracasos estrepitosos, muchas veces en un mismo traductor. Además, los retratos y las biografías humanizan a los traductores. Sería fútil, de todos modos, buscar establecer, por medio de este género, una jerarquía de excelencia, un palmarés de *vedettes*, clasificando a los traductores en función de la importancia de las obras que han traducido, de la difusión de la que han gozado sus traducciones o de los personajes ilustres con los que se han relacionado. Sería como construir héroes a la manera de Plutarco.

En lo que se refiere a la teoría, los retratos y las biografías sirven, entre otras, para dar nueva luz a nociones tan difíciles de delimitar como las de “equivalencia”, de “calidad de una traducción”, de “fidelidad”, nociones fluctuantes y faltas de rigurosidad. Nociones también indisociables de sus épocas.

Silos alemanes siguen leyendo *Tom Jones* de Henry Fielding, *A Sentimental Journey* de Laurence Sterne y los *Ensayos* de Montaigne en las traducciones de Johann Joachim Christoph Bode, es porque estas traducciones, a pesar de las imperfecciones, tienen “encanto y personalidad”, como lo escribe Hans Wolfgang Schneiders (citado en Delisle, 1999: 97-130), cualidades que agradaban a los lectores en el siglo XVIII y que siguen despertando sensibilidad en los del siglo XXI. Los estudios de naturaleza biográfica nos

dan esta lección de relatividad. No se trata de hacer la apología del error en traducción, sino de mostrar la importancia de redefinir los parámetros de evaluación de traducciones. También será necesario repensar toda la teorización de la traducción desde una óptica decididamente histórica.

El “defecto de ser mujer”

Los capítulos dedicados a las traductoras nos transportan a épocas en que las mentalidades, las creencias, los hábitos de vida y las prácticas culturales diferían profundamente de las actuales. En los siglos en donde vivió la mayor parte de las traductoras que reviven en estas páginas, el estatus social de la mujer no era el de la mujer europea o norteamericana de hoy.

A la muerte de su amiga, colaboradora y amante, la marquesa de Châtelet, François Marie Arouet (Voltaire) escribe al rey de Prusia, Federico II, el 15 de octubre de 1749:

He perdido un amigo de veinticinco años, un gran hombre cuyo único defecto consistía en ser mujer, a quien todo París honra y cuya muerte sufre. Quizás no se le hizo justicia en vida, y quizás no la hubiera usted juzgado si ella hubiese tenido el honor de conocerlo. Pero una mujer que es capaz de traducir a Newton y a Virgilio, y que tenía todas las virtudes de un buen hombre, hará sin duda parte de vuestras congojas (citado por Chaussinaud-Nogaret, 1994: 49).

Madame de Châtelet, “un amigo [...] un gran hombre cuyo único defecto consistía en ser mujer [...]”, pero que afortunadamente reunía “todas las virtudes de un buen hombre”. Por medio de estas pocas líneas, Voltaire deja muy bien translucir el espejo de las determinaciones culturales de su siglo. Un espíritu brillante en su época, considerado en su tiempo como el campeón de la tolerancia, cae también bajo el yugo de los prejuicios de sus contemporáneos en lo que se refería a las mujeres. Como todos los demás, no podía escapar a ciertos estereotipos, a ciertas ideas establecidas de su época.

El retrato de Anne Dacier nos es presentado por Bruno Garnier. Es importante reconocer que en el juego de fuerzas sociales y de la vida cultural, las mujeres en general y las traductoras en particular no ocuparon una posición dominante, excepto algunas de ellas, en la época de los salones literarios. Muchas veces tuvieron que recurrir a argucias —los autores de los retratos nos hablan sobre algunas bastante hábiles—, o aun luchar

duramente para abrirse un espacio entre los letrados, quienes no soportan que una mujer pueda ser “sabia”. Se acepta con dificultad “que una mujer de mundo entre, moderadamente, en las Ciencias, por que los cuidados de la casa y los placeres de la oficina son muy diferentes, y con frecuencia los unos hacen olvidar los otros” (Vertron, 1698: 444).

En *L'École des femmes*, Jean-Baptiste Poquelin (Molière) ironiza con lucidez la posición de dependencia en la que la sociedad tiene a la mujer. Desde lo alto de su autoridad masculina, Arnolphe declara a Agnès, joven cándida que él ha criado y con quien desea casarse:

<i>Votre sexe n'est là que pour la dépendance:</i>	Vuestro sexo sólo está ahí para la dependencia:
<i>Du côté de la barbe est la toute-puissance.</i>	Del lado de la barba lo todo-poderoso encuentra su presencia.
<i>Bien qu'on soit deux moitiés de la société,</i>	Aunque seamos dos mitades de la sociedad,
<i>Ces deux moitiés pourtant n'ont point d'égalité:</i>	Esas dos mitades sin embargo no tienen igualdad:
<i>L'une est moitié suprême et l'autre subalterne;</i>	Una es mitad suprema y la otra subalterna;
<i>L'une en tout est soumise à l'autre qui gouverne;</i>	Una es sumisa en todo al otro que la gobierna;
[...].	[...].

Molière, *L'École des femmes* (1964: v. 698-703).

Molière se atreve a decir en voz alta lo que todo el mundo piensa. (Se le acusó de tratar en escena temas de grave importancia social —la educación femenina y el matrimonio—, temas que eran de competencia de teólogos, filósofos y hombres de leyes). La formación intelectual de las jóvenes, por ejemplo, no se acostumbraba en el siglo XVII. La enseñanza en los conventos debía ser suficiente para prepararlas adecuadamente a sus deberes de esposa, madre y ama de casa. Por azar, el padre de Anne Dacier descubrió, mientras daba lecciones a su hijo, que su hija tenía capacidades intelectuales, inteligencia y talento. El estudio de los clásicos griegos y latinos no hacía

parte de la instrucción que se impartía a las jóvenes, como tampoco el acceso a las universidades, a las academias o institutos. Si Molière, en su tiempo, se burlaba de las “preciosas”, se debe a que estas buscaban más distinguirse de las demás por el trabajo intelectual, que en realidad convertirse en verdaderas sabias. Por medio de su caza a las “palabras bajas” y a las “sílabas sucias”, estas pseudointelectuales se volvían “ridículas”.

Nada de esto sucedía entre las traductoras retratadas en este libro; no se trata de mujeres sabías superficialmente. Anne Dacier es una eminente helenista que pudo haber ocupado un lugar en la Academia Francesa al lado de su marido André Dacier, si la augusta asamblea de los Inmortales no hubiese practicado la exclusión sistemática de las mujeres. Bruno Garnier se basa en un análisis textual minucioso para presentar la traductora de Homero, Madame Dacier, bajo una luz menos “caricatural” de la que es expuesta de manera habitual. Émilie de Châtelet, revivida en este libro por Agnès Whitfield, tradujo obras de ciencia importantes, como *Philosophiae Naturalis Principia Matemática* de Isaac Newton (su traducción fue la única versión francesa de este tratado hasta 1985). A Albertine Necker de Saussure, “prima-hermana” de Madame de Staël, se debe la traducción de la obra más célebre de August Wilhelm von Schlegel, el *Cours de littérature dramatique*, texto que despertó una acalorada polémica; por medio de esta traducción publicada en París, la traductora ginebrina contribuyó ampliamente al advenimiento del romanticismo en Francia. Irène de Buisseret, autora del primer manual de enseñanza de la traducción, resultó ser una pedagoga humanista de altas exigencias. Pretendemos mostrar que estas exigencias hacen parte de su destino trágico.

Modificación de la mirada deformante de los hombres

El lector atento podrá constatar que detrás de cada uno de los retratos dedicados a las traductoras se presenta el tema de la educación como medio de liberación de las mujeres. Esto es particularmente válido para el caso de Albertine Necker de Saussure, quien escribió el tratado *L'Éducation progressive* en tres volúmenes, consagrando el tercero a la educación de las jóvenes. Esta contribución excepcional, traducida a diversas lenguas, fue premiada por la Academia Francesa.

Muchas traductoras son de origen noble: Émilie du Châtelet, Albertine Necker de Saussure, Irène de Buisseret. En caso de no serlo, se mueven en

medios aristocráticos o están cerca del poder político. ¿Es coincidental que hayan tenido acceso a la educación mujeres con una posición política privilegiada?

Tuviesen o no títulos de nobleza, casi todas estas mujeres hicieron traducciones por necesidades financieras. Son raras aquellas que tradujesen por diletantismo. Un traductor o traductora que se dedica a esta labor por puro desinterés es una imagen de Epinal.¹

Eso no quiere decir que estas mujeres no tradujesen por placer o que no pudieran nunca seleccionar las obras que traducirían. Paralelamente a su actividad de traducción, la mayoría producía obras literarias originales: estudios críticos, ensayos, novelas. La traducción fue para muchas de ellas una preparación, una escuela de estilo, un puente hacia la escritura.

En estos puntos, las traductoras no difieren en nada de sus homólogos masculinos. Su manera de escribir no parece tampoco distinguirse de la de los traductores.

Como los traductores, las traductoras están sometidas a un conjunto de presiones que varían de una época a otra; el solo hecho de ser mujeres les impone límites u obstáculos suplementarios a sobrepasar: el derecho de ejercer una profesión (en el *Emilio*, Jean-Jacques Rousseau se pronuncia contra este derecho), el derecho al voto (a comienzos del siglo XX, ninguna mujer tenía derecho al voto) o la libertad de escribir² (Rousseau niega todo talento literario a las mujeres, mientras el gran ministro de finanzas de Luis

1 Imagen de Epinal: en el sentido figurado, la expresión designa una visión enfática, tradicional e ingenua, que solamente muestra el lado buenas de las cosas. Es sinónimo de cliché.

2 Una de las “Máximas del matrimonio o Los deberes de la mujer casada” de *L'École des femmes* estipula:

Dans ces meubles, dût-elle en avoir de l'ennui,

Il ne faut écriroire, encre, papier ni plumes;

Le mari doit, dans les bonnes coutumes,

Écrire tout ce qui s'écrit chez lui.

[...]

(Molière, 1964: v. 779-782).

Entre estos muebles, debía ella hallar el tedio,

Ni escritorio ni tinta ni papel ni pluma necesita;

El marido debe, según las buenas costumbres,

Escribir todo lo que en su casa se escriba.

[...]

XVI, Jacques Necker, no soportaba que una mujer se convirtiera en mujer de letras y se burlaba de las pretensiones de su hija, Germaine de Staël).³ Se acepta, en cambio, que las mujeres se dediquen a la traducción, pues son las ideas de otro, con frecuencia las de un hombre, las que ellas reescriben, y no sus propias ideas. Cuando piensan por sí mismas, las mujeres se apropian de un derecho reservado a los hombres. Voltaire escribe con relación a la Madame Dacier:

Era sin duda una mujer que estaba por encima de su sexo, y que prestó grandes servicios a las letras, así como su marido; pero cuando se hizo hombre, se hizo comentador; ultrajó tanto ese papel, que uno sentía deseos de encontrar faltas en Homero (Voltaire, 1822: 322).

En tanto que traductoras, las mujeres desempeñan, en el plan social y en el plan intelectual, funciones que no difieren de las de los hombres. Como ellos, contribuyen, según las épocas, las circunstancias y la naturaleza de las obras traducidas, al progreso científico, a la difusión del conocimiento, a la propagación de las religiones, a la importación y la exportación de literaturas y valores culturales, al enriquecimiento de las lenguas, a la consolidación del sentimiento patriótico, al desarrollo de una identidad nacional, a la creación de la literatura universal, etc. Las funciones históricas de la traducción son múltiples y son asumidas indistintamente por traductores y traductoras.

Pero entre todas estas funciones tradicionales reconocidas a los traductores de los dos sexos, hay una que parece pertenecer solo a la mujer, la de apoyo a su cónyuge. Es, en todo caso, la conclusión a la que ha llegado Andrée Sirois en la tesis “*Les femmes dans l’histoire de la traduction. De la Renaissance au XIX^e siècle*”, defendida en la Universidad de Ottawa. La autora escribe:

3 La madre de Germaine de Staël, Suzanne Necker, sabía por experiencia que los hombres no deseaban que las mujeres escribieran. “Esta reprobación era, para ella, un signo, entre otros, del desprecio que los hombres sentían por las mujeres: “La preocupación que se tiene por ellas no es más que una vana superstición a la cual nos sometemos por costumbre y que se desmiente en sus discursos y sus acciones [...] Pongámonos de acuerdo, durante todas las épocas, los hombres han calumniado los objetos de su culto; su vanidad ha tomado venganza de un homenaje involuntario; desean envilecer lo que adoran, y es así como han deshonrado a la vez los dos sexos”. “Es una barbaridad humillar a las mujeres”, escribiría ella. “Evidentemente, su amado esposo no era uno de esos bárbaros, y fue por amor que quiso impedir que su mujer escribiera. Pero su hija, escribiría, debería poder y saber escribir...” (Bredin, 1999: 176).

Constatamos que algunas mujeres se han revestido de traductoras para ayudar a figuras masculinas cercanas, llevando a cabo una colaboración estrecha para la realización de su obra. Madame de Lavoisier (1758-1836), quien tradujo para su marido químico las memorias de sabios ingleses y un ensayo científico; Pauline Meulan (1773-1827), quien produjo una nueva versión francesa, solicitada por su marido, de la *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire Romain*; Adélaïde Fétis-Robert (XIXe), quien tradujo del inglés una historia de la música para servir a los intereses de su marido compositor. Esta función de apoyo a su cónyugue me parece absolutamente propia de las mujeres (1997: 108-109).

Otros ejemplos de apoyo a su cónyugue son presentados en este libro, particularmente en el retrato de Anne Dacier y de Albertine Necker de Saussure. Madame Dacier trabajó con su marido en la traducción de Marco Aurelio (1691) y de Plutarco (1694) al francés. Los rumores ridiculizaron esta colaboración entre marido y mujer, como si colaborar con una mujer, y en particular, la suya propia, fuera para el marido una forma de empequeñecimiento, de abdicación a la superioridad de su sexo. Esto dice bastante sobre las mentalidades de la época...

Más que el traductor, la traductora pertenece al reino de las sombras. Es verdad que existen menos documentos históricos sobre las mujeres que sobre los hombres —y esta es una de las limitaciones de la historia—, así como ha habido, en la historia, menos traductoras que traductores; esto no impide, sin embargo, que se encuentren documentos sobre mujeres traductoras y que ese rico yacimiento pueda salir a la luz. Las conferencias, los coloquios, las tesis y las publicaciones sobre traductoras, en el medio universitario, dan cuenta de un interés particular por este campo de investigación. La historia general gana con estas investigaciones, pues las circunstancias que rodearon las traducciones dan testimonio de la historia de su tiempo.

Los capítulos dedicados a las traductoras no pretenden hacer obra de feminismo. No se busca estigmatizar las injusticias históricas de las cuales aquellas fueron víctimas ni se quiere hacer una denuncia de su marginalización. La constitución de archivos clasificados no es un método de investigación privilegiado por el historiador y tiene que ver, más bien, con la acción política. Sin embargo, no hubiera sido difícil hacer ver el lugar incongruente dado a la mayoría de las traductoras en la institución literaria y en los medios de publicación. Por ejemplo, al final de un largo artículo dedicado al marqués de Condorcet (1743-1794), el autor del *Dictionnaire*

général de biographie et d'histoire, publicado en 1857, concede no más de ocho líneas a la esposa de aquel:

La esposa de Condorcet, Sophie Grouchy [...] nació en 1765 [nació en realidad en 1764] y murió en 1822, se distinguió por su belleza y su inteligencia. Compartió las opiniones de su marido, estuvo en prisión durante la Revolución, luego, junto con Madame de Staël, estuvo a la cabeza de la sociedad parisina, tradujo la *Théorie des sentiments moraux* de Adam Smith, 1798 [...] (Dezobry y Bachelet, 1857: 649).

Los apartes acerca de las traductoras en esta obra no son, pues, una reivindicación en su defensa. Se trata, más bien, de minibiografías de mujeres que dedicaron su vida o una parte de esta a la traducción, y que merecían ser mejor conocidas. Daríamos una visión falsa de la historia si hubiésemos presentado estas mujeres como precursoras del feminismo, activistas dispuestas a atacar las ciudadelas masculinas. Esta visión ha sabido ser evitada por los autores y las autoras de estos capítulos. Como buenos biógrafos, han más bien develado la personalidad compleja de las traductoras, sin dejar de mencionar sus goces, sus frustraciones, sus aspiraciones profundas en tanto que traductoras, pero también en tanto que seres humanos. Han sabido mostrar que estas mujeres inteligentes, lejos de ser ingenuas o tontas, eran conscientes de la forma como la sociedad establecía diferencias injustificadas entre los sexos, privándose así de la capacidad intelectual de la mitad de la población. Si, bien o mal, se resignaron a no desempeñar un papel político de primer plano en la escena pública, ninguna aceptó vivir su inteligencia de modo invisible. Sin llegar hasta la protesta abierta, todas procuraron mostrar a los hombres, con determinación, por medio de sus trabajos intelectuales, que ser mujer no era un defecto. Rechazando los límites que la sociedad les asignaba, buscaron, a su manera, romper el consenso de ideas establecidas con respecto a la mujer, y modificar, como lo dice Annie Brisset, “la mirada de los hombres con respecto a las competencias intelectuales de la mujer” (citada en Delisle, 2002: 173-203). Veremos que, en gran medida, la traducción les permitirá este medio de acción y de afirmación, dado que las mujeres solo estaban autorizadas a penetrar en el mundo de las ideas en tanto que traductoras.

Quienes se dedicaron a escribir los capítulos sobre las traductoras nos han permitido descubrir seres excepcionales. Para ellos, nuestros agradecimientos. En lugar de narrar fríamente los hechos, han sabido pintarlas con sutileza, indisociables de su obra, sin hacer de ellas ni

heroínas ni mártires y sin caer ni en la elocuencia enfática ni en el lirismo exaltado. Si podemos tener sentimientos por personajes de ficción en las novelas, los lectores que compartirán la intimidad de estos retratos femeninos seguramente experimentarán los mismos sentimientos hacia estas traductoras reales, que renacen aquí a la vida, a esa vida histórica de la cual nos habla Michelet.

Nuestro deseo más querido es que al terminar la lectura de cada uno de estos retratos, el lector pueda decirse: “Ahora conozco mejor este/a traductor/a, he vivido con él/ella”.

Agradecimientos a todas las personas que participaron en la realización de esta obra de retratos de traductores y traductoras.

Jean Delisle

Obras citadas y consultadas

- Bachet de Méziriac, Claude Gaspar, 1998, *De la traduction* [1635], facsimilar de la edición publicada en Gilles Ménage, Menagiana, tomo 2, con introducción y bibliografía de Michel Ballard, Arras, Ottawa, Artois Presses Université, Les Presses de l'Université d'Ottawa, lviii-50 p.
- Bloch, Marc, 1993, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien* (ca. 1952), édition critique préparée par Étienne Bloch, préface de Jacques Le Goff, Paris, Armand Collin, 292 p.
- Bredin, Jean-Denis, 1999, *Une singulière famille: Jacques Necker, Suzanne Necker et Germaine de Staël*, Paris, Librairie Arthème Fayard, 454 p.
- Cary, Edmond, 1963, *Les Grands Traducteurs français*, Ginebra, Librairie de L'Université Georg, 133 p.
- Chaussinaud-Nogaret, Guy, 1994, *Voltaire et le siècle des Lumières*, Bruselas, Complexe, 165 p.
- Delisle, Jean, dir., 1999, *Portraits de traducteurs*, Ottawa, Les Presses de l'Université d'Ottawa, Arras, Artois Presses Université, 305 p.
- _, 2002, *Portraits de traductrices*, Ottawa, Les Presses de l'Université d'Ottawa, Arras, Artois Presses Université, 407 p.
- Dezobry, Charles et Théodore Bachelet, 1857, *Dictionnaire général de biographie et d'histoire, de géographie ancienne et moderne, des antiquités et des institutions grecques, romaines françaises et étrangères*, 2 vols., Paris, Delagrave.

- Garnett, Richard, 1991, *Constance Garnett. A Heroic Life*, Londres, Sinclair-Stevenson, 402 p.
- Hartama-Heinonen, Ritva, 1995, “Translators’ Prefaces - a Key to Translation?”, en: Milan Hrala e Ivana Cenková, dir., *The Prague-Kouvola Papers in Translation Studies*, Praga, Charles University, pp. 33-42.
- Horguelin, Paul A., 1981, *Anthologie de la manière de traduire. Domain français*, Montreal, Linguattech, 230 p.
- Lefevre, André, 1983, “Report”, en: E. Nikolova et ál., dir., *La traduction dans le système d’enseignement des langues*, table ronde organisée avec le concours de L’Unesco, Paris, 17-19 mars 1983, Sofia, Union des traducteurs bulgares, pp. 18-28.
- Molière, 1964, *L’École des femmes* (1^{er} représentation 1662; 1.^a ed., 1663), Paris, Éditions sociales, pp. 55-146.
- Plutarque, 1951, *Les Vies des hommes illustres*, traduit par Jacques Amyot, texte établi et annoté par Gérard Walter, Paris, Gallimard, coll. “Bibliothèque de la Pléiade”, núm. 43-44.
- Pym, Anthony, 1988, *Method in Translation History*, Manchester, St. Jerome Publishing, 220 p.
- Sirois, Andrée, 1997, “Les femmes dans l’histoire de la traduction. De la Renaissance au XIX^e siècle”, thèse inédite de maîtrise présentée à l’École de traduction et d’interprétation de l’Université d’Ottawa, dans Jean Delisle et Gilbert Lafond, 2001, *Histoire de la traduction* [DVD pour PC], module “Thèses, livres et textes”, Gatineau, Québec, édition restreinte aux seuls fins d’enseignement par Jean Delisle, professeur, École de traduction et d’interprétation, Université d’Ottawa, 137 p.
- Vertron, Claude-Charles Guyonnet de, 1698, *La Nouvelle Pandora, ou les Femmes illustres du siècle de Louis-le-Grand, recueil de pièces académiques, en prose et en vers, sur la préférence des sexes, dédié aux dames, par M. de Vertron...*, 2 vols., Paris, Veuve C. Mazuel.
- Viallaneix, Paul, 1973, “Michelet et la revolution vivante”, *Europe*, nov.-dec., pp. 535-536.
- Voltaire, 1822, *Dictionnaire philosophique*, (1.^a ed., 1764), tomo 4, Paris, Touquet.

Guillaume Bochetel y Lazare de Baïf: traductores consejeros de Francisco I*

Bruno Garnier

Maestro de conferencias

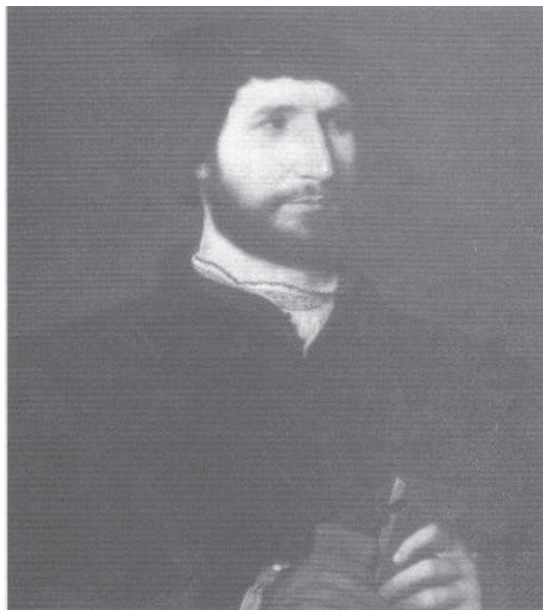
Institut Universitaire de Formation des Maîtres

Académie de Córcega (Francia)

La pintura de Jean Clouet, *L'homme au Pétrarque*, que se reproduce en la página 28, muestra a un francés noble y culto, de cuarenta años, hacia 1540. El retrato es de un personaje anónimo, como tantas otras imágenes de mujeres y hombres de la primera mitad del siglo XVI.¹ En él, podemos ver el arquetipo de un alto funcionario al servicio del rey Francisco I, padre de las letras que procuró defender y educar el reino de Francia utilizando nuevas armas: las letras y el humanismo. Este personaje anónimo servirá para encarnar a los traductores cuyo retrato pretendemos esbozar: Guillaume Bochetel (?-1558) y Lazare de Baïf (1496-1547). Ambos personajes, poco conocidos en los anales literarios, tienen varias características comunes: nacidos al final del siglo XV, consagraron sus vidas al servicio del rey y alimentaron un gran interés por las letras. Pero hay otro punto en común que nos lleva a mencionarlos aquí: fueron ellos quienes realizaron las primeras traducciones de tragedias griegas al francés.

* Traducido por Juan Guillermo Ramírez, profesor Universidad de Antioquia.

1 Esta obra se conserva en el museo de Hamptoncourt, en Gran Bretaña, y fue presentada en París en abril de 1904 en el marco de una exposición titulada “Les Primitifs français”. La imagen que reproducimos aquí fue obtenida en el catálogo de Braun (1904), que se puede consultar en el “Cabinet des estampes” de la Biblioteca Nacional de Francia, con el código Aa143, tomo (t.) II, in-folio, plancha núm. 32. Algunos detalles de la fisonomía de este personaje, similares a los del lienzo de *Deux Ambassadeurs*, obra atribuida a Hans Holbein, hacen pensar que se trata tal vez de Claude d’Urfé, señor de Châteauneuf, bibliófilo, embajador en el Concilio de Trento en 1547. La hipótesis fue respaldada por E. Moreau-Nélaton; sin embargo, todavía es dudosa (Moreau-Nélaton, 1908). El lienzo de *Deux Ambassadeurs* se encuentra en la National Gallery de Londres.



*Hombre desconocido sosteniendo una obra de Petrarca por Jean Clouet.
A. Braun, Exposición de los primitivos franceses, París, 1904, plancha 32*

Las primeras tragedias en lengua francesa

Bochetel y Baïf tradujeron obras de Eurípides y Sófocles en una época en que el género trágico no existía en francés; la empresa se mostraba, por lo menos, temeraria.

Baïf es el autor de la primera traducción al francés de Sófocles (*Electra* en 1537), que es, al mismo tiempo, la primera tragedia que se publicó en esa lengua. Durante mucho tiempo también se le atribuyó la traducción de *Hécuba* de Eurípides (1544), hasta que esta traducción fue atribuida a Bochetel (Sturel, 1910). Estas dos obras permitieron a los lectores franceses no latinistas descubrir un género dramático que les era desconocido. Hasta ese entonces, la lectura del género trágico en Francia estaba reservada a los lectores de las tragedias latinas de Séneca y, desde comienzos del siglo XVI, a los lectores de las traducciones latinas, hechas por Erasmo de Rotterdam y François Tissard,² de tragedias griegas; otras seis tragedias

2 Erasmo tradujo al latín *Hécuba* e *Ifigenia* de Eurípides en 1506. François Tissard completó este primer trabajo sobre Eurípides con la traducción al latín de *Medea*, *Hipólita* y *Alceste* en 1507.

traducidas al francés durante este período se quedaron en manuscrito.³ Estas traducciones, junto con las dos primeras tragedias impresas en lengua francesa, constituyeron esencialmente la producción hasta 1550. Durante todo el siglo XVI, el número de tragedias griegas traducidas e impresas en Francia se pueden contar con los dedos de la mano;⁴ lo que da muestra de la originalidad en la labor de estos dos traductores.

Se podría afirmar que ellos mismos subestimaban, por carecer de información, la dificultad de su trabajo; sin embargo, sus prefacios desmienten esta hipótesis. La tragedia griega es para ellos el género literario más prestigioso y difícil que haya existido jamás. Bochetel ve en ella, como muchos de sus contemporáneos, una literatura con una esencia superior, escrita para los grandes de este mundo.

Pero entre todos, parece que los trágicos, así como superan cualquier otro escrito en la altura de su estilo, la grandeza de sus argumentos y la seriedad de sus sentencias, también han traído tanto provecho a los hombres, que se utilizan para instruir y enseñar a los más grandes y a los que la fortuna ha favorecido más ampliamente, como príncipes y reyes [...] (Véase Anexo 2).

Lazare de Baïf asocia de la misma manera la tragedia con los personajes de alto rango: “La tragedia es un drama moral compuesto de grandes calamidades, muertes y adversidades sobrevenidas a personajes nobles y excelsos (“Diffinition de la tragédie”, en Sófocles, 1537). Es perfectamente consciente de la grandeza de su labor, que muestra como un verdadero reto.

3 *Octavio y Hércules* de Séneca, traducciones en verso francés que datan de los años 1530-1550; una traducción de los *Suplicantes* de Eurípides, en verso francés, compuesta entre 1536 y 1547; *Antígona* de Sófocles, hacia 1542, *Ifigenia en Áulide* de Eurípides, hacia 1545, y *Los troyanos* de Eurípides, hacia 1550. *Antígona* se le atribuye a Calvy de La Fontaine, *Ifigenia en Áulide* y *Los troyanos* se le adjudica a Jacques Amyot. La traducción francesa manuscrita de los *Suplicantes*, en manos del delfín Enrique, futuro Enrique II, fue vendida en 40 mil francos al Hôtel Drouot en París, el viernes 4 de noviembre de 1938, y no se ha vuelto a ver desde esta fecha.

4 La tercera traducción impresa de una tragedia griega del siglo XVI, *Ifigenia en Áulide*, se le debe a Thomas Sébillet y data de 1549. Está fundamentada en bases teóricas muy diferentes de las traducciones de Baïf y Bochetel; tiene como pretexto la composición de piezas con formas fijas apreciadas por Marot y no manifiesta ningún esfuerzo de restitución poética de las estructuras del original en griego. Por último, la cuarta tragedia griega que fue objeto de traducción al francés, impresa en el siglo XVI, es *Antígona* de Sófocles, hecha por Jean-Antoine de Baïf, hijo de Lazare (1572). Para más información sobre estas diversas traducciones y sobre las traducciones posteriores de tragedias griegas, consultar Bruno Garnier (1999).

Au lecteur'

La chose est certaine, lecteur,
Sans qu'aultre que moy te la die,
A bien translater, qu'ung auteur
Rendre doibt par son estudie
En tout son sens. La tragedie
De Sophocle a sens fort subtil
En grec, croy q'ung esprit gentil
Bien ne la tourna sans grand peine.
A bon sens, scaiches qu'il
Y Fault prudence bien certaine.
 (Sófocles, 1537).

Vemos pues que ambos conocían tanto el riesgo literario como la dificultad de semejante proyecto. Como escritores aficionados, se dedicaron de inmediato a la traducción poética de la tragedia griega en francés, una tarea que rápidamente menospreciaron en Francia los verdaderos poetas y los helenistas consagrados, quienes, sorprendentemente, continuaron con su desprecio durante el Renacimiento y hasta nuestros días. Sus esfuerzos constituyen aun hoy, para los lectores curiosos, un raro ejemplo de invenciones métricas y de búsquedas expresivas en traducción; nunca más se emprendió una empresa semejante en la historia de la escritura dramática en Francia. Estos dos consejeros de Francisco I merecen, por lo tanto, algo de atención.

El ascenso social de los secretarios de Estado

A primera vista, las actividades como funcionarios de Baif y de Bochetel se alejan bastante de la traducción literaria. Parece ser el ascenso social, originado en alianzas familiares, lo que rigió la vida entera de estos dos personajes.

Bochetel merece mención a parte. Al momento de su muerte, había conseguido suficientes propiedades señoriales como para tener numerosos

* N. de T. La siguiente es una traducción literal del poema en francés. En adelante, se presentarán como notas al pie las traducciones literales al español de los textos en francés. "Al lector / Una cosa es cierta, lector, / sin que otro distinto a mí te la diga, / para traducir bien: que un autor / debe verterse estudiándolo / en todo su sentido. La tragedia / de Sófocles tiene un sentido muy sutil / en Griego, y debes creer que una mente gentil / no pudo verterla bien sin gran pena. / Obviamente debes saber que se necesita absoluta prudencia".

títulos, que le permitieron acceder a un rango de dignidad en relación con sus labores. El notario ante el cual Bochetel y Marie de Morvillier hicieron su testamento, el 21 de noviembre de 1551, lo calificó de “hombre noble y sabio, el señor Guillaume Bochetel, caballero, consejero del Rey, Señor de Sassy, de Breulhamenon, de Sainte Lizaine, de Mortomyer y del bosque de Taumier”.⁵ La mayoría de sus títulos fueron comprados con el producto de los ingresos originados por sus buenos oficios y de la libertad otorgada por el rey en recompensa por los servicios que le prestó.⁶ Por lo que podemos ver, Guillaume Bochetel había amasado, al final de su vida, una fortuna considerable.

Por su parte, Baïf llevó una brillante carrera diplomática, que lo condujo a la embajada de Venecia de 1529 a 1534. Sin embargo, no dejó a sus descendientes tantas riquezas como sí lo hizo Bochetel. El inventario realizado después de su muerte da cuenta del tenor de su herencia: su mansión, Les Pins, y los muebles que esta contenía.⁷

El inicio de sus vidas difiere en algunos detalles: Baïf era noble, Bochetel nació plebeyo. Siendo un joven funcionario, Bochetel era consciente de la debilidad relativa de su situación, describiéndose de esta manera al principio de su carrera: “Como pobre funcionario que soy, no merezco que Mi señor me conteste”.⁸ Sin embargo, no provenía de cuna tan desafortunada como afirmaba; su padre, Bernardin Bochetel, alcalde de Bourges, era secretario real y procurador del rey en Berry, y desde Jean Bochetel, bisabuelo de Guillaume, el cargo de secretario del rey pertenecía a la familia (Robin, 1933: 10-11). Guillaume Bochetel estaba, por lo tanto, destinado a ejercer

5 Testamento dictado ante el Sr. Chapuzet, notario, el 21 de noviembre de 1551, citado por Jean Le Laboureur (1650).

6 Guillaume Bochetel había comprado el feudo de Breulhamenon a Jean de Courtois, señor de Bonnebuche (“Lettre de réception de foi du 29 juin 1539”, Archives nationales, Pièce 1479, f.º 250 r.º), y la castellanía de La Forêt-Taumier a Claude de Vulcob en 1543. Se hizo propietario de otro señorío, que no se mencionaba en el testamento, el de Pondy, que le compró a Charles de La Rochefoucauld (Archives départementales du Cher, E 1163, f.os 93 r.º 95 v.º, 10 de marzo de 1548), que comprendía los derechos de la justicia alta, media y baja.

7 El inventario del 8 de noviembre de 1547 establece que hubo una petición de derechos por parte del hijo natural que Lazare tuvo de una relación con una veneciana mientras este se desempeñaba como embajador. Documento citado por S. de La Bouillierie (1893).

8 Carta a Nicolas Berthereau, del 12 de diciembre de 1528, en el museo Condé en Papiers de Condé, “Lettres de Bourges”, t. IV, f.º 301.

cargos importantes; hizo más aún, al llevar más alto el peso hereditario que recibió.

El principal motor del ascenso de Bochetel fue su aptitud para sacar provecho de las alianzas que contraía y que, por sí mismas, podían agregar su nombre a la nobleza. Su matrimonio con Marie de Morvillier, hacia 1520, le permitió de inmediato acercarse a uno de los personajes más influyentes de la corte de Francisco I: Florimond Robertet, secretario de finanzas y tesorero de Francia, casado con una prima de la madre de Marie; Guillaume Bochetel se desempeñó por algún tiempo como su secretario.⁹ A la muerte de Robertet, acaecida en 1527,¹⁰ Bochetel puso todas sus esperanzas en Anne de Montmorency, futuro condestable de Francia, a quien escribió en 1528:

Mi señor, os suplico muy humildemente que al estar sirviéndoos en este lugar, tan lejos de vuestra presencia, no me olvidéis. He aquí, mi señor, que mis principales y más grandes esperanzas yacen en vos y estoy seguro de que si vos no socorréis mi pobre fortuna, cuando la ocasión lo requiera, seré pobre toda mi vida.¹¹

Este clamor no quedó en letra muerta. En 1529, Bochetel fue enviado a España para un asunto de Estado: el matrimonio de Francisco I con Eleonor de Austria, hermana mayor de Carlos V. Este matrimonio significó un giro en su carrera, al permitirle la entrada al círculo de la futura reina y prestarle un servicio de primer rango a Francia y a su rey. Para marcar este evento con su huella, el negociador se hizo poeta de la Corte (Bochetel, 1550d: 97-98).

Una vez cumplida su misión, Bochetel apenas podía esperar para reiniciar las relaciones de clientelismo que sostenía con su protector, Montmorency:

[...] si vos quisieras, mi señor, pedirme en este momento comparecer ante vos, allí estaré de buena voluntad, para obedecer a lo que me ordenéis; teniendo en cuenta, señor, que no creo poder servir en alguna otra cosa diferente de esta, estando las cosas como están gracias a Su Majestad, el rey.¹²

9 Es Guillaume Bochetel quien lo dice, en una carta fechada el 23 de noviembre de 1527, dirigida a Anne de Montmorency, condestable de Francia, citada por Francis Decrue (1885: 100).

10 Fecha establecida de acuerdo con las investigaciones de F. Decrue (1885: 100).

11 Carta dirigida a Anne de Montmorency, desde Castelceriolo, el 5 de agosto de 1528, Museo Condé, serie L, t. XII, f.º 59.

12 Carta de Guillaume Bochetel a Anne de Montmorency, del 1.º de abril de 1530, Biblioteca Nacional de Francia, manuscrit français 3005, f.º 134 r.º.

Se le encargó la elaboración de dos documentos oficiales que ilustraran la fastuosidad de las ceremonias del matrimonio real (Bochetel, 1530 y 1531).

El éxito de esta misión elevó a Guillaume Bochetel a un primer plano en el ámbito de la administración real. Recibió, el 22 de agosto de 1530, el cargo de secretario suplente del rey para las finanzas y el 28 de agosto de 1532 fue ascendido a secretario de finanzas del rey. Las misiones diplomáticas se sucedieron a lo largo de los años (Manuscritos franceses de la Biblioteca Nacional de Francia, Actas).

Aquella era una época en la que el monarca buscaba asegurarse la fidelidad exclusiva de algunas familias, cuyos representantes se escogían no solo en razón de su lealtad, sino también por su capacidad de interpretar y realizar la voluntad real. Algunos supieron hacer mejor su labor que otros: Bochetel fue uno de los primeros; en diez años, se hizo prácticamente indispensable para la Corte. Su valor era ampliamente reconocido al principio de la década del cuarenta del siglo XVI, lo que lo liberó del destino de sus antiguos protectores: la caída en desgracia de Montmorency no tuvo consecuencias nefastas para la consecución irreversible de sus ascensos. El 29 de septiembre de 1542, Francisco I lo nombró secretario en jefe de la orden de Saint-Michel, lo que lo convirtió en caballero, abriéndole de este modo las puertas de la nobleza.¹³ Ni siquiera la muerte del rey detuvo su progreso: a pesar del despido de muchos de los altos oficiales de la casa real, Guillaume Bochetel y su yerno Jacques Bourdin fueron los únicos secretarios de Estado que fueron conservados y ratificados en sus funciones tras la muerte de Francisco I: a Bochetel se le atribuyó una zona de influencia de la que hacían parte Normandía, Picardía, Flandes, Escocia e Inglaterra.¹⁴

13 “François, par la grace de Dieu Roy de France, [...] en pleine Assemblée desdits Freres chevaliers a esté par Nous et iceux Freres élu audit Estat et Office nostre amé et feal Secretaire de nos Finances Maistre Guillaume Bochetel [...] en considération des bons, grands, vertueux, agreables et tresrecommandables services qu’il nous a par cy-devant, faits et fait encore ordinairement et chacun jour ez expeditions de nos principaux et plus secrets affaires et autrement en plusieurs et maintes manieres” (Citado por Le Laboureur, c. 1650). [Francisco, rey de Francia por gracia de Dios, [...] durante la asamblea de los Hermanos Caballeros, Nosotros y nuestros Hermanos elegimos como Secretario de Finanzas al querido y leal maestro Guillaume Bochetel [...] en consideración de tan buenos, grandes, virtuosos, complacientes y recomendables servicios que nos ha hecho y nos hace aun diariamente, al cuidado de nuestros principales y más secretos asuntos y en muchas otras formas].

14 Manuscrits français de la BNF: 3.125, 20.457, 20.555, 20.641, 20.976.

Su brillante carrera, al principio incentivada por un peso hereditario, y más tarde por un conjunto de alianzas, constituyen, pues, el aspecto exterior de la vida de Guillaume Bochetel. Sin embargo, la imagen del hombre, más allá de la lista de sus altos cargos, es borrosa. ¿Quién era él verdaderamente? Con toda seguridad, un hombre apegado a la fortuna de los suyos, aun en contra de la voluntad de estos. El matrimonio de una de sus hijas, Jeanne, con su antiguo secretario Claude Laubespine, da una muestra clara de ello. Esta alianza, de gran valor tanto para el clan Bochetel como para el señor de Laubespine (Comparato, 1970: 112-113), fue menos afortunada para la esposa. El 22 de julio de 1552, la Compañía de Pastores de Ginebra recibió de Jeanne una extensa y exaltada carta de una mujer que se queja de un esposo infiel y violento:

Mis señores, en nombre de Dios y nuestro Señor Jesucristo os ruego entender la calamidad de una pobre mujer cristiana que está sujeta a un marido idólatra y perseguidor de cristianos, no solamente ahora, sino desde hace más de diez años [...] Por tanto, aceptad que ella deje a aquél a quien ha sido unida por voluntad de sus padres y hermanos, a quienes no hubiese osado desobedecer (Registro de la Compañía de Pastores, 1964: 138-140).

Los reformadores genoveses se negaron tajantemente a liberar a Jeanne de los vínculos matrimoniales que su padre le había obligado a contraer. Bajo órdenes de Juan Calvino, la Compañía dio su veredicto:

Le rogamos que no se enojara si nuestro consejo no era del todo conforme a su deseo [...] En este caso, es necesario observar el vínculo matrimonial, por el cual la parte fiel no puede separarse a voluntad de la infiel. [...] Si vuelve a suceder lo que se menciona, y si además el marido la persigue a muerte, ¡entonces ella podrá usar la libertad que nuestro Señor da a todos los suyos para evitar la rabia de los lobos! (Registro de la Compañía de Pastores, 1964: 140-141).

Las verdaderas razones por las cuales la congregación protestante no quiso concederle lo que pedía no tienen, sin embargo, mucha relación con los vínculos sagrados del matrimonio: Sébastien de Laubespine, hermano del poderoso marido de Jeanne, se instalaría en noviembre de 1552 en Solothurn como embajador del rey de Francia y su sucesor (el 10 de octubre de 1554) sería Bernardin Bochetel, el hermano de Madame de Laubespine.¹⁵ Jeanne aprendió entonces a guardar silencio y a vivir junto a un esposo al

15 Para más detalles sobre este tema, consultar Eugénie Droz (1974: 31-60).

que detestaba, víctima al mismo tiempo de un lío familiar y de una línea de conducta particular, establecida por su padre Guillaume Bochetel, que consistía en una forma de pragmatismo de la que había hecho una norma de conducta:

Devoir requiert ce qu'empesche desir:
 Amour retient ce que raison pourchasse [...]
 Et ce torment a dieu je vous viens dire
 La larme a l'œil sans que ma bouche souvre
 (Bochetel, 1550f: 102).**

Este episodio confirma, indirectamente sin duda, la identificación de la vida de Bochetel con el éxito social de los suyos. Lamentablemente, esto no nos dice mucho del hombre.

Por parte de Lazare de Baïf, el retratista se vería aún más desprovisto si se limitara a exponer las cartas de misiones y las actas del reinado de Francisco I, que nos muestran, como en el caso de Bochetel, a un servidor celoso y leal al rey. La lealtad es, en principio, la cualidad que motivó a Francisco I a escogerlo para ocupar el cargo de intendente de solicitudes ordinarias de palacio en 1537. Baïf sucedía a René Ragueneau, quien fue implicado en un asunto de falsedad y fue declarado culpable, al igual que su secretario.¹⁶ Era necesario, para sucederlo, un hombre que fuera digno de confianza a toda prueba; Baïf se benefició del buen nombre de sus poderosos protectores en la corte para obtenerlo, pero también era conocido por los servicios que prestó en la embajada de Venecia.

El cargo de intendente de solicitudes que obtuvo lo llevó a participar en la unificación administrativa del reino en contra de los campesinos hidalgos insumisos. Por medio de “cabalgatas” a lo largo del país, se le mandó recolectar el producto de los impuestos y, si fuera necesario, confiscar los bienes de las personas que se negaran a pagar y encarcelarlas.¹⁷ En febrero de 1541, verificó los títulos de los acuerdos del bosque de Blois y, el 7 de mayo del mismo año, los llevó ante la *Table de Marbre*, tribunal con jurisdicción en

** N. de T: El deber requiere lo que desecha el deseo; / El amor retiene lo que la razón rechaza [...] / Y de aquel tormento por Dios os hablo / Con lágrimas en los ojos sin abrir mi boca.

16 Catalogue des Actes de François Ier, t. 4, p. 181, núm. 11.833 (22/02/1540), y p. 203, núm. 11.394 (07/05/1541).

17 Hay cinco cartas que muestran a Lazare de Baïf en posesión de sus nuevos cargos (código: J 966, paquete 3, París, Archives nationales).

materia de aguas y bosques.¹⁸ En 1544, procedió a la “enajenación, venta y comisión de las propiedades, gabelas, auxilios e impuestos en Languedoil”.¹⁹

No son en realidad estas tareas austeras las que nos ayudarán a ver, más allá del alto funcionario del rey, al humanista que Ronsard comparó con Guillaume Budé:

A l'ignorance il eut guerre
L'excellence
De la France
Mourut en Budé première
Et encores
Morte est ores
Des Muses l'autre lumière.^{***20}

Hay afortunadamente, para quienes buscan conocer la personalidad de Lazare de Baïf, un testigo privilegiado: su hijo Jean-Antoine, uno de los siete miembros de la Pléyade. Este hijo nos muestra un Lazare lleno de humanismo y cuyo amor por las letras fue frustrado por las misiones que le confiaba el rey y que no podía rehusar:

[...] en Anjou se retire,
Dans sa maison des Pins, non guiere loin du Loir,
A qui Ronsard devait si grand nome faire avoir.
Le bon Lazare, là, non touché d'avarice,
Et moins d'ambition, suite la muse propice;
Et rien moins ne pensoit que venir à la court,
Quand un Courier expres à sa retraite court
Le sommer de la part du grand roy, qui le mande
Et le venir trouver sans refus luy commande.
Qu'ust il fait? Devoit il au repos s'amuser
Ou vivoit si content? Pouvoit il refuser
Son roy qui le mandait? C'est un pauvre héritage
De croupir au sçavoir, sans le mettre en usage.
Il se range à son roy qui ne le renvoia

18 Catalogue des Actes de François Ier, t. 4, p. 181, núm. 11.833 (22/02/1540) y p. 203, núm. 11.394 (07/05/1541).

19 Catalogue des Actes de François Ier, t. 4, p. 668, núm. 114.120.

*** N. de T.: A la ignorancia declaró la guerra / La excelencia / De Francia / Murió en Budé primero / Y por añadidura / Muerta está ahora / De las musas la otra lumbreira.

20 Ronsard, “De feu Lazare de Baïf. A Calliope”, citado por Guignard (1902: 307-308).

Mais l'ouït et cherit, et bien tost l'employa
(véase anexo 3).****

¿Debemos creer a Jean-Antoine, cuando hace el retrato de un padre desdeñoso de la fortuna y la ambición? El sentido común nos aconseja someter esta opinión a la de otros testigos.

Los hogares también hablan algunas veces; abramos la puerta de la mansión de Les Pins: a la entrada podemos leer una máxima de Aristóteles en caracteres griegos: σπουδή βραδέως (“despacio que tengo prisa”). La repisa de la chimenea monumental que hizo tallar en la sala principal de su mansión está adornada con dos medallones al estilo antiguo, que bien podrían representar el perfil de Lazare y de su compañera veneciana de cabello largo, mujer hermosa cuya figura también se ve en el techo, esculpida rústicamente en la madera de una viga, tocando la mandolina; sin duda es el rostro de la madre de Jean-Antoine.²¹ El hombre que allí habitaba estaba formado en el helenismo y no pretendía ocultarlo a sus visitantes.

Su amor por el griego no era extraño a su fascinación por Italia, donde aprendió, en su juventud, la lengua de Sófocles y de Eurípides. El conocimiento de esta lengua tan prestigiosa, tan rara en su época y tan determinante en el destino de los suyos, lo obtuvo en su primera estadía en Italia, hacia 1514, gracias a un viaje entusiasta emprendido por el joven abogado del Parlamento por invitación de su amigo Christophe de Longueuil. Lazare de Baïf, que sentía desagrado por los estudios políticos, consideraba perdido el tiempo que no pudo dedicar a Platón o a Demóstenes;²² fue de los primeros alumnos del colegio de Quirinal, que dirigían Jean Lascaris y Marc Musurus (Legrand, 1962). Es posible que ambos maestros hayan

**** N. de T.: A Anjou se retira / en su casa de Les Pins, no muy lejos del Loira, / al que Ronsard adeudaba haber hecho tan gran nombre. / El buen Lazare, allá, sin ser tocado por la avaricia, / y menos por la ambición, siguió la musa propicia; / y en lo último que pensaba era en venir a la corte, / cuando un correo expreso a su retiro llegó / a convocarlo de parte del gran rey, que lo llama / y a ir a encontrarlo sin rechazo lo comanda. / ¿Qué debía hacer? ¿Debía acaso de su descanso disfrutar, / en el que vivía tan contento? ¿Podía rechazar / a su rey que lo llamaba? Es una pobre herencia / estancarse en el saber, sin ponerlo en uso. / Se dirige a su rey que no lo regresó / Sino que lo oyó y lo apreció, y muy pronto lo empleó.

21 Para más detalles, consultar La Bouillierie (1893): el artículo se refiere al feudo de Les Pins, propiedad de los Baïf, localizado actualmente en el territorio de la Comuna de Verron, cerca de La Flèche. Consultar también, sobre el mismo tema, el artículo de Léon Séché (1899).

22 Lazare de Baïf lo declara en “Dédicace au roi”, de su tratado en latín *De navali* (1537).

inspirado en Lazare su interés por la tragedia: a Jean Lascaris se le debe la primera edición de tragedias de Eurípides (Eurípides, [1494]), la misma que Marc Musurus, discípulo suyo, completó en poco tiempo (Eurípides, 1503). Según el testimonio de Jean-Antoine, fue este último quien enseñó griego a Lazare.

Ce mien père, angevin, gentilhomme de race,
 L'un des premiers Français qui les muses embrasse,
 D'ignorance ennemi, desireux de sçavoir,
 Passant torrens et mons jusqu'à Rome alla voir
 Musure, Cnadiot, qu'il ouït pour apprendre
 Le grec des vieux auteurs et por docte s'y rendre;
 Ou si bien travailla que, dedans quelques ans,
 Il se fit admirer et des plus suffisans
 (véase Anexo 3).****

Tenemos entonces que Lazare de Baïf aprendió el griego en Italia; era un sabio. Vemos, pues, que el contraste que hace Jean-Antoine entre el padre amante de las letras y el diplomático, desgraciadamente obligado por el deber de obediencia a servir al rey, es poco creíble; y, por ello, no lo tendremos en cuenta tan a la ligera.

Con relación a esto, es importante decir que ni Baïf ni Bochetel eran escritores. El primero advirtió a sus lectores que compuso una traducción en verso, “aunque componer en verso no fuera su profesión” (Sófocles, [1529]), y el segundo anunciaba su “dificultad” y su “poca habilidad” para traducir una tragedia de Eurípides (Eurípides, 1544). Por esto, es necesario entender que la base de sus actividades y el sentido de sus vidas estaban en otros lugares; traducían porque, al hacerlo participaban de una obra que abarcaba sus funciones oficiales con un objetivo más amplio. Traducir a los clásicos fue una modalidad de la acción en la que se comprometieron al servicio del rey, y este factor común, que comparten con otros traductores consejeros de Francisco I, es por sí mismo el único responsable de las dificultades en su recorrido, como hombres y como traductores.

**** N. de T.: Este mi padre, angélico, gentilhomme de raza, / uno de los primeros franceses que las musas abraza, / de la ignorancia enemigo, deseoso de saber, / pasando torrentes y montes hasta Roma fue a ver / a Musure, a Candiot, a quienes oía para aprender / el griego de los autores antiguos y para volverse docto en ellos; / allí tan bien trabajó que, al cabo de algunos años, / se hizo admirar y se contó entre los más capaces.

A pesar de que hemos realizado exhaustivas investigaciones, no hemos podido probar que existió una relación personal entre los dos hombres, quienes no pertenecían a los mismos círculos provinciales. Por lo tanto, aunque es probable que sus funciones al servicio del rey les hayan dado la oportunidad de conocerse, no puede atribuirse la similitud de su elección de traducción y su desempeño profesional a una hipotética relación directa, si no, sobre todo, al movimiento de ideas y a las aspiraciones sociales que siempre residieron en los espíritus más ambiciosos y más hábiles de la alta administración real en el gobierno del rey padre de las letras.

En busca de una identidad social y cultural

Es particular el hecho de que Lazare de Baïf y Guillaume Bochetel hayan escogido como preceptores de sus hijos a los dos helenistas más eminentes de su generación: para la formación de Jean-Antoine de Baïf, fue seleccionado Jean Dorat, futuro director del colegio de Coqueret, donde se habría de formar la Pléyade; y Jacques Amyot, para Bernardin y Jean Bochetel.²³

El elegir a Amyot no fue fruto de la decisión que tomara un hombre como Baïf, que había conocido a profesores helénicos en Italia y asistido a sus cursos. Bochetel, familiarizado con el latín debido a sus estudios jurídicos, no era helenista, y aunque también hubiera hecho un viaje a Italia por razones de su cargo, probablemente no tuvo la posibilidad de estudiar griego allí.²⁴ La elección de Amyot estaba motivada, en este caso, por el deseo de dar a sus hijos la educación que él no había recibido, pero a la que atribuía gran importancia para el futuro.

Se sabe que los notarios y secretarios reales no recibían, la mayoría de las veces, ninguna formación universitaria: su competencia era más técnica que teórica, y se limitaba al conocimiento del derecho y de las instituciones y a la elocuencia (Jouanna, 1989: 392). Sin embargo, los principales actores de la carrera administrativa y diplomática tomaron conciencia de que su saber profesional no era parte de una cultura común que les permitiera

23 La reconstitución de la cronología de la estadía de Jacque Amyot en Bourges en casa de Bochetel de 1537 a 1543 obliga a descartar la posibilidad de que haya educado a Guillaume y a Jacques, para ese entonces bastante mayores. Quedan entonces Bernardin y Jean, y quizás las hijas de Guillaume Bochetel (Ribault, 1986).

24 En 1528, Bochetel recibió la orden de acompañar a Francisco de Borbón a la expedición de Italia, desde donde escribió a Berthereau, secretario de Montmorency, de Bolonia, el 23 de julio: Biblioteca Nacional de Francia, manuscrits français 3046, f.º 73 r.º.

identificarse en un grado de dignidad social comparable al de la nobleza de cuna, a la cual buscaban llegar y hacer llegar a sus descendientes. Su proximidad con la Universidad de Bourges contribuyó ciertamente a forjar el interés de Bochetel por las letras, pues Jean de Morvillier, su cuñado, era su rector.²⁵ Fue él quien hizo nombrar lector a Amyot en esta universidad y lo recomendó a Bochetel como preceptor de sus hijos (Aulotte, 1965: 136).

La importancia que dieron Bochetel y Baïf a la educación de sus hijos es una manifestación de la búsqueda de nuevos valores fundamentados en la lectura de los clásicos y en las enseñanzas que se pudieran sacar para fortalecer la identidad nacional, contra los valores tradicionales heredados de las novelas de caballería.

El mecenazgo es otra manifestación de la misma búsqueda. Algunos secretarios reales incluso se acercaban a la edición, principalmente con ocasión de la firma de los privilegios de impresión. De esta manera, el nombre de Guillaume Bochetel se ve frecuentemente, entre otros, en estos privilegios.²⁶ Se establecían lazos personales entre estos personajes del alto gobierno y los impresores, con lo que participaban en la constitución de redes de intercambio de servicios entre los miembros de élites urbanas: Geoffroy Torry, editor parisiense originario de Berry, frecuentaba a Bochetel, a quien publicaba; y Baïf estaba relacionado con Robert Estienne y con su grupo.²⁷ Los secretarios reales leían y ofrecían manuscritos al rey; podían, en gran medida, defender las ideas y a los autores que tuvieran gracia ante sus ojos.

Amyot, en la dedicatoria de su traducción al francés del tratado de Plutarco *De la locuacidad*, no deja de agradecer a Bochetel por su apoyo.

Al maestro Guillaume Bochetel, consejero del rey y secretario de Finanzas lo saluda Jacques Amyot, su humilde servidor.

He aquí que releendo últimamente los opúsculos de Plutarco, encontré un pequeño tratado que escribió: *De la locuacidad y la importunidad*; [...] he querido verterla en nuestra lengua, [...] esperando daros alguna pequeña ocasión y tema para recrear y reposar vuestra mente, llena de grandes asuntos, como es mi deber y obligación, que así consta en los papeles, para vuestro beneficio (Amyot, 1542).

25 El nombre de Guillaume Bochetel es retomado entre los titulares de los cargos de la Universidad de Bourges. Cf. "Dénombrement des docteurs, régents, officiers et suppôts en jouissance d'exemption", 1555, Archives départementales du Cher, Série D2.

26 Citemos a Guilbert Bayard, Jean Breton, Antoine de Macault. Cf. Sylvie Charton-Le Clech (1993: 267)

27 Henri Estienne era amigo de Jean-Antoine, hijo de Lazare.

Y François Habert veía en Bochetel al mecenas de todos los poetas:

[...] el buen Bochetel, Señor de Saci,
La flor, el fruto, el honor de las virtudes y las Musas.
[...] el Mecenas insigne
De todo aquel que ama las suavidades poéticas.²⁸

En ocasiones, los mecenas tomaban la pluma, pretendiendo imitar a los poetas que patrocinaban, y contrariaban las normas de la rima. Una compilación de manuscritos poco conocida, compuesta de fragmentos escritos en honor y por iniciativa de Jacques Thiboust, señor de Quantilly, nos sirve de ejemplo.²⁹ Este volumen, constituido por concursos de epigramas, alegre competencia poética de juristas profesionales, de funcionarios reales y de estudiantes universitarios, es también un florilegio de imitaciones y traducciones, una especie de ejercicios de estilo basados en la imitación de los clásicos. Los secretarios de Estado tienen una buena participación en esta compilación: alrededor de la figura de Bochetel, autor del irreverente “Hymne à Bacchus, à l’imitation de Virgile” [Himno a Baco, a imitación de Virgilio] (Bochetel, 1550c), se encuentran Victor Brodeau, de Tours; Claude de Bombelles, de Lavau; Jacques le Roy, de Saint-Florent-sur-Cher, y Jean Duthier, de Beauregard en Blésois. Bajo seudónimos fáciles de descubrir, estos personajes, cargados de funciones tan serias, muestran la dicha de la creación en francés o en latín, y manifiestan su adhesión a los temas y a los géneros poéticos de su tiempo: el amor petrarquizante, el manierismo, en obras cortas del agrado de Marot: el rondó, la balada, el epigrama, al igual que el soneto. Los temas y los géneros abordados se oponían a los valores guerreros de la nobleza de espada y a las formas épicas que se le atribuían.

Traducir para el rey

Sin embargo, la escritura poética no estaba en su campo de predilección. Fueron numerosos los secretarios de Estado que prefirieron traducir o hacer editar traducciones: Jacques Colin, lector y secretario de Francisco I, tradujo *Las metamorfosis* de Ovidio en 1530 y publicó las traducciones póstumas de Seyssel (*Tucídides* en 1527 y la *Historia* de Eusebio en 1532); Étienne Le

28 François Habert, “Épître à M. Bouchetel”, 1549, citado por Aulotte (1965: 139).

29 *Mélange de vers et prose, recettes, lettres, réunis par Jacques Thiboust* (1550); se encontrará un estudio profundo de esta compilación en Charton-Le Clech (1993: 291 y sig.).

Blanc, sobrino de Budé, secretario del Parlamento, lector del rey, tradujo los *Discursos* de Cicerón entre 1526 y 1530, que se publicarían en 1541 (Chavy, 1981: 287).

De hecho, la traducción estaba inserta en un contexto político e ideológico que era excepcionalmente favorable; la época no se prestaba para especulaciones teóricas. Es natural que la producción de escritos teóricos profundos sobre la traducción estuviera ausente en la obra de Lazare de Baïf y Guillaume Bochetel. En sus prefacios abundan lugares comunes extraídos de los autores latinos, que manifestaban diferencias con las obras griegas (véase Anexo 1). Solo hasta la generación siguiente se plantearon las grandes dudas teóricas: ¿por qué y cómo traducir? ¿Por qué no traducir en lugar de imitar, o inclusive tratar de superar a los clásicos si fuera posible? Se sabe que las respuestas a estas dudas generales sirvieron rápidamente para constatar la imposibilidad teórica de la traducción poética; pero nada de esto interesaba ni a Baïf ni a Bochetel. Su motivación para traducir se debe atribuir, por increíble que nos parezca, a la construcción de su carrera administrativa, a su plan de ascenso social. Toda la vida se caracterizaron por ser hombres de acción, no por ser especuladores intelectuales.

De este modo, la traducción de Sófocles y de Eurípides se convirtió en una obra útil a sus contemporáneos, en sus actividades sociales y políticas. El secretario del rey y el diplomático que traducía sabían extraer del patrimonio antiguo esta parte de universalidad que podía transponerse con éxito, antes y ahora. ¿Se trata de una ilusión sincera de una continuidad histórica perfecta, de la Antigüedad al Renacimiento, o de un deseo de difuminar las diferencias entre épocas y entre civilizaciones para hacer de este mundo el heredero directo de una Antigüedad prestigiosa que es preferible al legado medieval?

Cualquiera que sea la respuesta, la idea según la cual las obras de la Antigüedad traen enseñanzas útiles a los contemporáneos del traductor sirve de caución teórica a la peligrosa empresa de la traducción. El traductor, a falta de un modelo teórico cuya definición evadió, se involucra en la universalidad de los destinos y del lenguaje humanos para justificar y dar por lo menos una base racional a su trabajo. En el prefacio de la traducción de *Hécuba* de Eurípides, Bochetel pone a Francisco I como testigo del parecido que cree percibir entre la grandeza del alma de los héroes de la tragedia griega y la virtud inalterable que ante las dificultades tiene el rey de Francia:

Al rey mi soberano y señor

[...] no hay más que llanto, cautiverio, ruina y desolación de grandes príncipes y algunas veces de los más virtuosos. A los sucesores aconsejo que, para que en la prosperidad no se crezcan demasiado ni causen desgracia abusando de su fortuna y para que en la adversidad no desfallezca el corazón ni se quebrante, sigan el ejemplo de algunos de los príncipes virtuosos, que jamás, por ninguna contrariedad que la fortuna haya llevado a su gloria, ni por ninguna aflicción que hubieran tenido, se doblegaron. De este modo, dejaron prueba a la posteridad de que la virtud bien puede ser atacada, pero jamás vencida: como, Señor, lo puedo decir de vos, en verdad y sin lisonjas. [...] Y después de haberos visto, Señor, acongojado por la enfermedad, para daros algo de entretención, tuve el atrevimiento de leeros el inicio de lo que vertí, y que vos habéis oído benignamente y me ordenasteis terminar. Esto lo hice no tanto porque creyera saber hacerlo, pues conozco mi poca habilidad, como por el deseo de obedeceros (Guillaume Bochetel, Prólogo “Al rey”, en: Eurípides, 1544).

La tragedia, quintaesencia de la literatura antigua, se escribe para dar a los reyes y a los príncipes de ayer y de hoy sabias lecciones de prudencia y gobierno. El traducir a Eurípides y a Sófocles se convierte, de esta manera, por acción de la magia de un lugar común, en una causa nacional; y el traductor, que es un administrador fiel, un secretario celoso o un diplomático leal, sirve dos veces al rey: primero, en lo relacionado con sus cargos públicos, y segundo, debido a la educación y a la recreación que le procura la traducción. Incluso el vehemente autor de la *Defence et illustration de la langue française* [Defensa e ilustración de la lengua francesa], en una extraña excepción, se priva de hacer sus severas críticas a la traducción de obras poéticas compuestas por petición de los príncipes y los grandes señores:

¿Pero que puedo decir de algunos, que en verdad son dignos de llamarse traidores en lugar de traductores? Veo que traicionan a los que intentan exponer, [...] y aun para hacer valerse mejor, toman a los poetas, género de autores a los que si yo supiera, o quisiera traducir, acudiría poco, debido a la divinidad de su invención, mayor que en otros escritos, a su grandeza de estilo, a la magnificencia de sus palabras, a la seriedad de sus sentencias, a la audacia y variedad de sus figuras y a otros destellos de poesía: [...] Lo que aquí digo no concierne a los que, por orden de los príncipes o grandes señores, traducen los más famosos poetas griegos y latinos, pues la obediencia que se debe a tales personajes no atiende excusa alguna a este respecto (Du Bellay, 1549: 16).

Du Bellay no puede condenar una obra realizada bajo la orden de un príncipe; y tal es el caso de las traducciones de Baïf y de Bochetel: su doble

estatus de traductores y consejeros del rey crearon una confusión que fue agravada por las características del género en el que se interesaron, debido a que la tragedia traducida por petición del rey mezclaba a los destinatarios míticos del género (los reyes y grandes de ese mundo) con el destinatario de la traducción al francés, quien es también el iniciador, Francisco I, padre de las letras. Para realizar esta superchería se requieren hombres como Baïf y Bochetel; no es tanto la calidad de escritores y el conocimiento del griego lo que constituye su competencia como traductores, sino su aptitud para extraer del material mítico la sustancia capaz de instruir y divertir al monarca, en respuesta a su “mandamiento”. El desafío cultural y político de la traducción, ardid ideológico, preserva a los traductores consejeros del rey de las flechas asesinas de los detractores de la traducción poética, por lo menos temporalmente; pues esta inmunidad habrá de tener un precio, que se anuncia como oneroso, para el futuro de la traducción: el desplazamiento radical de su objeto, de la literatura hacia los juegos políticos, la ubicará pronto dentro de los escritos pragmáticos, cerrándole las puertas de la creación artística.

El orden social y político del reino, en efecto, se encuentra simbólicamente implicado en esta confiscación real de los modelos culturales. La relación de fidelidad al autor clásico, que proclaman tanto Baïf como Bochetel, es una alegoría de la relación del traductor con respecto al rey: todos sus traductores, y los autores clásicos que traducen, se vuelven súbditos de ese “padre” a quien le deben su restauración. Se lee en la oración fúnebre de Francisco I:

El difunto Rey no sólo honró las letras en el reino y sus alrededores con magnificencia, sino que también sembró y edificó entre su pueblo, por su generosidad y prodigalidad, obras latinas, griegas y hebreas.³⁰

Era a la nobleza de espada, pronta a la disidencia, evidentemente, a quien se hacía alusión con esta identificación del rey con la difusión de las letras: de esta nobleza se esperaba una apropiación de las enseñanzas que los Antiguos, traducidos en lengua francesa, les brindaban; que aprendiera a guardar obediencia al rey, siguiendo el ejemplo de los traductores fieles y que rechazara las antiguas bases de su identidad feudal, las novelas de

30 “Oraison funèbre de François I^{er}”, pronunciado por Pierre Duchâtel, citado por Lefranc (1893: 155).

caballería. Jacques Colin, secretario del rey, no lo puede expresar más claramente en el prefacio de la traducción de *Tucídides* por parte de Claude de Seyssel:

El rey, en vista de que la ciencia de las lenguas extranjeras no está expandida aún en la nobleza de su reino en general, [quiso que se publicara esta traducción] con el fin de que [...] se tomen y viertan las enseñanzas en provecho de la cosa pública y la edificación del ser (Tucídides, [1527]).

Se trata obviamente de que los héroes de la Antigüedad reemplacen a los “Tristanes, Gitones, Lancelots y otros, que llenan los papeles de sueños” (Tucídides, [1527]).

Los traductores consejeros del rey, al mismo tiempo que construían la identidad cultural que acompañaba su pretensión de integrar la nobleza a su cuna, destruían el patrimonio medieval en el que se basaba la identidad cultural de la nobleza guerrera.

La confianza en la posibilidad de traducir

Si este cuadro ideológico favoreció un impulso importante a favor de los autores antiguos, el cuadro metodológico de la traducción de poetas permanece implícito. De hecho, no es en los prefacios de estos dos traductores donde debemos buscar información sobre su método, sino en sus traducciones propiamente dichas, o más exactamente en la comparación, para *Electra*, entre el estado impreso y el estado manuscrito de la traducción; y, para *Hécuba*, entre la traducción al francés y la traducción latina de Erasmo.

La comparación entre el manuscrito de la traducción de *Electra* con su versión impresa prueba la confrontación directa del traductor con el texto en griego. Un ejemplo entre muchos otros bastará para probar que Lazare de Baïf conocía bastante bien el griego para trabajar en el texto de Sófocles.

Estamos al final del drama: Orestes lleva a Egisto al palacio en el que lo va a asesinar y le ordena cruzar primero. Egisto, orgulloso, se indigna por que se lo imaginen huyendo (en griego φεύγω, verso 1503). En su versión manuscrita, Baïf tradujo “nunca huiré de ti” [*Je ne te fuyrai point*] (Sófocles, [1529]); pero en la versión impresa, aparece “No te contradiré” [*Point n’y contrediray*] (Sófocles, 1537). Lazare de Baïf, que no disponía de versiones latinas de la tragedia de Sófocles, trabajó por lo tanto en dos tiempos: la

versión manuscrita no representa una traducción literal (pues está escrita en verso), sino una primera versión, donde se manifiesta la preocupación por apegarse tanto como sea posible al texto original. En el prólogo, Baïf calificó su papel de “simple intérprete”.

La versión impresa se dirige a un mayor público: ya no se trata solo de restituir todos los matices del original, sino también el movimiento general del texto, una vez atenuadas las asperezas de Sófocles. La traducción, en su forma impresa, es una obra de vulgarización, mientras que la versión manuscrita es el fruto de una búsqueda de expresión en francés fiel a las palabras griegas.

Algo que llama la atención del lector moderno, desde el punto de vista metodológico, es la importancia que le da el traductor del siglo XVI a las divisiones métricas de su modelo. Las traducciones recientes ocultan completamente la estructura poética de la tragedia griega: diálogos y coros se confunden en una prosa uniforme en la que se busca en vano la transposición de las voces tan coloridas del original. Lazare de Baïf se esfuerza, con una edición griega, sin embargo poco segura, por restituir la extraordinaria variedad de la métrica griega; también vertió exitosamente muchas variaciones de ritmo. La lectura de dos extractos de la traducción de *Electra*, comparados con una traducción moderna al francés y al español, dará una idea de los contrastes métricos por medio de los cuales el traductor del siglo XVI restituyó la diversidad de los tonos del texto griego antiguo.

	ÉLECTRE	ELECTRA
[...]	[...] que de fois vous	[...] cuántas veces me
Navez vous pas souvente	m'aurez vue me fra-	habéis visto dándome
foys	pper en pleine poitrine	golpes de pecho que me
De mes grands coups ouy	de coups qui me lais-	hacen sangrar, [...]
le son	sent en sang, [...]	
Quand ma poitrine		
ferissoys		
Tous les matins par		
marrisson?		

***** ELECTRA: ¿No habéis muchas veces / De mis grandes golpes oído el sonido / Cuando mi pecho castigaba / cada mañana por indignación? CORO: Mirad a dónde va Marte / Que hace hervir con sus artes / La sangre contenciosa / Y los perros peligrosos / Que son inevitables / Y de todos inescapables / Vindicadores de excesos / Van a ver el deceso / En la morada del más allá / Porque más ya no / estará el sueño en mi corazón.

LE CHOEUR

Voyez ou sen va Mars
 Qui souffle par ses ars
 Le sang contentieux
 Et les chiens perilleux
 Qui sont inevitables
 Et du tout infuyables
 Vindicateurs dexces
 Vont pour veoir le deces
 En la maison leans:
 Parquoy non plus long temps
 Mon songe au croq será

(Sófocles, 1537)

LE CHOEUR

Voyez où il en est déjà,
 l'Arès qui s'avance,
 respirant le meurtre
 implacable.
 Elles viennent à
 l'instant même de
 pénétrer sous le toit de
 ce palais; elles sont sur
 la piste des traîtrises
 méchantes, les chiennes
 à qui on n'échappe pas.
 Ah! Il n'a plus long-
 temps à rester en
 suspens dans l'air, le
 songe entrevu dans
 mon coeur.

(Sófocles, 1985: 141, 188)

CORO

Mirad dónde está ya,
 Ares que viene avanzan-
 do, y respira la implaca-
 ble muerte.
 Acaban de entrar, en
 este mismo instante,
 por el techo de este
 palacio; andan tras la
 pista de las malvadas
 traidoras, los perros
 de los que nadie puede
 escapar.
 ¡Ah! No queda mucho
 tiempo para que esté
 suspenso en el aire, el
 sueño que mi corazón
 dejó entrever.

La traducción de *Hécuba* se presente en forma diferente. El traductor menciona, en su prólogo dedicatorio titulado “*Au roy*” [Al rey], el trabajo de traducción del griego al latín que realizaron sus hijos bajo la orientación de Jacques Amyot, lo que permite suponer una colaboración en la que este le habría dado a Bochetel una explicación literal del texto:

[...] mis hijos, tanto para darme una prueba de los resultados de sus estudios como para darme placer y recreo, me traían cada día la lectura que les hacía su preceptor de la tragedia de Eurípides llamada *Hécuba*, que tradujeron palabra por palabra del griego al latín (Eurípides, 1544).

Esta circunstancia da crédito a la hipótesis según la cual Bochetel desconocía el griego; además, este disponía de una traducción al latín, la que hiciera Erasmo (Eurípides, 1506). En más de un pasaje podemos ver que Bochetel tradujo sobre todo de la traducción latina de Erasmo, y no del texto griego de Eurípides. Para demostrar esto, seleccionamos uno de estos fragmentos, particularmente significativo.

Ulises llega a buscar a Polixenia, hija de Hécuba, para que sea sacrificada sobre la tumba de Aquiles. La anciana reina, entonces prisionera de los

griegos, le recuerda que él fue, durante la guerra, un espía desenmascarado, reducido a la condición de esclavo suplicante, rendido a sus pies, y que, sin embargo, ella le había concedido la libertad. El poeta griego emplea la palabra “esclavo” (δοῦλος, verso 249), que invierte bruscamente la situación de los dos personajes, rebajando al héroe griego a la condición servil de prisionero y dando a Hécuba, por el contrario, su figura de reina de Troya. La palabra había representado un problema para Erasmo, quien prefirió no utilizar el concepto de *esclavitud* y emplear en su lugar la perífrasis “esse in manu”:

HÉCUBA

Quid tum locutus, quum mihi in manu fores? (Eurípides, 1506).

[¿Qué dijiste entonces, cuando ibas a estar en mis manos?].

Bochetel tradujo a Erasmo y no tradujo la palabra “esclavo”, que juzgó como extranjera según la usanza de su época.

HÉCUBA

Mais que me disois tu estant en ma puissance? (Eurípides, 1544).

[¿Pero qué me decíais cuando estabais bajo mi poder?].

Como en la traducción de *Electra*, las decisiones que tomó Bochetel estuvieron basadas en la conciencia que tenía de que los lectores estaban deseosos de comprender sin ningún esfuerzo el texto traducido de una lengua extranjera y de una época lejana.

Sobre todo y aun aquí, y por haber restituido la macroestructura de la tragedia, pude considerarse el resultado de la colaboración de Erasmo, Amyot y Bochetel como un éxito general. La traducción de *Hécuba* muestra un uso audaz de la versificación francesa, que busca revelar a sus lectores, y también a sus auditores, las partes constitutivas de la tragedia antigua; esta traducción, como se afirma en el prólogo mencionado anteriormente, fue leída en la corte, ante el rey, y estas lecturas en voz alta, de los manuscritos presentados al rey antes de la impresión, cumplían un papel importante en los efectos poéticos que examinaban sus autores en el momento de la escritura. ¡Ojalá nunca nadie trate de escuchar las traducciones modernas al francés del teatro griego! Muchas de ellas no resistirían semejante prueba.

Bochetel, al igual que Baïf, reservó el alejandrino para la traducción de los trímetros yámbicos, los versos utilizados en los diálogos hablados, en el original griego. Sin embargo, lo hace mejor que el traductor de *Electra*; se sabe

qué destino podría aguardar a estos versos en los escenarios franceses. Es en las esticomitías, en las que los efectos de los ecos y las sutiles variaciones de sonoridad tienen tanta importancia, cuando los alejandrinos de Bochetel muestran todo su valor. Presentamos un extracto de la traducción de *Hécuba*, en la que la reina de Troya, a quien Ulises llega a arrebatarse a Polixenia, pide que la sacrifiquen con su hija.

HÉCUBA

Au moins quant et ma
fille a la mort me mettez:
La terre par ainsi du
sang des deux costez
En sera doublement
imbuee et arrousee,
Et l'ame de celuy qui
vous l'a demandee.

HÉCUBE

Alors, en même temps
que ma fille, au moins,
vous autres, immolez-
moi; ainsi une double
ration de sang humec-
tera la terre et le cada-
vre qui réclame de tels
honneurs.

HÉCUBA

Entonces, al igual que
a mi hija, por lo menos,
inmoladme; de esta
manera, serán dos las
raciones de sangre que
humedezcan la tierra, y
el cadáver que reclame
tales honores.

ULYSSES

De ta fille il suffit: mort
sur mort amasser
Ne convient, et voudri-
ons de ceste nous passer.

ULYSSE

C'est assez de tuer cette
vierge; n'ajoutons pas à
sa mort une autre mort;
et plutôt au ciel même que
la sienne ne nous fût pas
imposée!

ULISES

Es suficiente con el sacri-
ficio de esta virgen; no
sumemos otra muerte a
la suya ¡y quisiera el cielo
que la suya no nos fuese
impuesta!

HÉCUBA

Il est forcee qu'avec elle
perisse.

HÉCUBE

Il faut absolument que je
partage le trépas de ma
fille.

HÉCUBA

Es absolutamente neces-
ario que compartas el
sino trágico de mi hija.

ULYSSES

Comment seigneur je
n'ay qui commander le
puisse.

ULYSSE

Il faut? Je ne sache pas
que j'aie à recevoir des
ordres.

ULISES

¿Es necesario?, no sabía
que estaba yo para reci-
bir órdenes.

HÉCUBA

Comme le lierre fait,
mon corps joindray au
sien.

HÉCUBE

Comme le lierre au chêne
je me cramponnerai à
son corps.

HÉCUBA

Como la hiedra al roble,
así me asiré a su cuerpo.

ULYSSES	ULYSSE	ULISES
Si plus sage que toy crois, tu n'en feras rien.	Non pas, si tu en crois ceux qui plus que toi sont raisonnables.	No será así, si creéis a quienes son más razona- bles que vos.
HÉCUBA	HÉCUBE	HÉCUBA
Jamais je ne lairray la pucelle partir.	De cette enfant, te dis- je, je ne consentirai pas à me détacher.	De esta mi hija, te digo, nunca me separaré.
ULYSSES	ULYSSE	ULISES
Sans elle aussi ne puis de ce lieu partir.	Eh bien, moi, je ne quit- terai pas cette place sans elle.	Por mi parte, no saldré de este lugar sin ella.
POLYXENE	POLYXÈNE	POLIXENA
Mere entends a mes dicts: toy Ulysses aussi. Je te prie Ulysses en ceste angoisse icy Une mere excuser juste- ment indignee: Et toy je te supplie, ô mere infortunee Encontre les plus forts ne vueilles resister. [...]	Mère, écoute-moi; toi, fils de Laërte, sois indul- gent à la juste exaltation d'une mère; et toi, ô malhereuse, n'engage pas une lutte avec ton maître.	Madre, escúchame; y tú, hijo de Laertes, sé in- dulgente con la angustia de una madre; y tú, ¡oh, desdichada!, no empre- das una lucha en contra de tu amo.
(Euripide, 1544)	(Euripide, 1966: 144-145)	

En Sófocles y en Eurípides, la forma versificada no es un ornamento, es un elemento constitutivo del arte lírico griego. Las unidades métricas corresponden a las nociones de *simetría* y *ametria* que son propias del drama. La mejor prosa, simplemente, no hace más que destruir la tragedia. Esto fue lo que supieron ver Baif y Bochetel.

Consideramos que había algo de experimental en la empresa de estos dos traductores franceses. Sin embargo, estaban armados de una confianza sorprendente en la posibilidad de traducir, a pesar de las dificultades de esta labor. Gracias a esa firmeza de espíritu, ellos introdujeron en el francés estructuras dramáticas que no tenían nada que ver con el teatro de su época,

heredero de la Edad Media. Las *moralidades*, género dramático con el que Lazare de Baif comparó la tragedia, para ilustrar a sus lectores, no tenían coros; contenían numerosos personajes alegóricos, y tenían como fin dar un mensaje moral. La tragedia griega mostraba una estructura dramática completamente diferente y una forma poética sin precedentes en la literatura teatral francesa de la época. Estos traductores, por lo tanto, trabajaron sin seguir ningún modelo, sin un molde literario predeterminado, sin un propósito preconcebido, lo que implicó un gran número de dificultades. Esta fue su huella: constatamos que el modelo de la dramaturgia clásica francesa cerró durante tres siglos esta vía a los traductores de teatro extranjero en Francia.

Conclusión

Francisco I tuvo grandes esperanzas en que la traducción contribuyera a su glorificación y a moldear su imagen de monarca padre de las letras y amigo de los artistas. Se sabe que la Pléyade, que giró en torno a Bellay y a Ronsard, no tardó mucho en cambiar el orden de las prioridades a favor de la composición de obras originales. Los traductores no se contaban aún entre los especialistas en las letras, ni, en un sentido más amplio, entre los profesionales de la escritura erudita o poética, sino entre los consejeros más próximos al rey. Él era quien compraba su lealtad por virtud del poder que detentaba sobre el desarrollo de la carrera de los traductores, en una época en la que los secretarios de Estado querían conseguir sus títulos de nobleza y asegurar la fortuna de su descendencia.

En una época de gran inestabilidad exterior e interior, el hecho de confiar la glorificación literaria del monarca a los traductores era asegurarse la participación de hombres cuya cultura y funciones no era en principio aristocráticas. Se trataba naturalmente de buscar el apoyo de una élite opuesta a la estructura feudal, para intentar seducir a un sector de la aristocracia. La traducción, en ese sentido, era mejor que cualquier otra forma de escritura: fiel al autor que traducía, el traductor era, por necesidad, fiel al rey padre de las letras.

Este contexto político e ideológico permitió el florecimiento de algunas de las mejores traducciones francesas de tragedias griegas que se hayan realizado jamás. Podemos asegurar que fueron estas traducciones las que prepararon el nacimiento de la tragedia francesa, pues fueron ellas las

que favorecieron, en un público lector no latinista, la conciencia de las diferencias fundamentales entre el género trágico y las *moralidades*. ¿Quién habría podido predecir entonces el destino de la tragedia francesa?

La última traducción francesa de una tragedia griega, en el siglo XVI, *Antígona*, en 1572, es obra del hijo de Lazare de Baïf, Jean-Antoine. Quizás escrita en memoria de su padre, esta traducción es única en su género, en la segunda mitad del siglo; y la siguió un gran silencio de ciento veinte años sin que se realizaran traducciones al francés de Sófocles, de Eurípides o de Esquilo, hasta la aparición de las traducciones en prosa de *Oedipe roi* (Edipo rey) y de *Electra*, hechas por André Dacier (1692), que marcaron un retroceso casi definitivo de las ambiciones literarias de la traducción de los trágicos griegos en francés.

En la década del cincuenta del siglo XVI, la traducción poética tuvo grandes dificultades para renacer en Francia; sin embargo, demostró con éxito su aptitud para introducirse en la literatura nacional de las formas dramáticas sin relación con las costumbres de su época. ¿Qué de raro tiene recordarlas en nuestra época?

Anexo 1

Notas complementarias

Nos pareció útil asociar las notas complementarias de los escritos de Lazare de Baïf y de Guillaume Bochetel con algunos extractos de prefacios tomados de otros traductores de la misma época. A continuación, en el Anexo 2, presentamos el texto completo de la dedicatoria de la traducción de Hécuba al rey, realizada por Guillaume Bochetel y, en el Anexo 3, el retrato que de Lazare de Baïf hace su hijo Jean-Antoine.

La tragedia, una literatura para los reyes y los grandes de este mundo:

[...] Sófocles escribió veintiséis de ellas, entre las cuales presentamos la que se intitula *Electra*, pues habla tan bien y tan virilmente que sólo pueden decirse maravillas de ellas. Eurípides y muchos otros compusieron también tragedias similares. Y la gracia que poseen está tan bien acendrada, que reyes y príncipes, como Dionisio, rey de Sicilia, Herodes, rey de Persia y muchos otros, se entretienen componiéndolas (Lazare de Baïf, “Diffinition de la tragedie”, en: Sófocles, 1537).

Leer a los poetas de la Antigüedad para poder obtener útiles enseñanzas:

Y como podemos ver, la costumbre de los poetas, primeros autores e inventores de la filosofía, siempre ha sido cubrir y esconder, bajo el velo de las fábulas, la verdad de las cosas que quieren enseñar; o también mezclar el placer que se obtiene de su ingeniosa ficción con buenos y provechosos documentos. Y por esto dice Horacio que el poeta enseña a los hombres a hablar honestamente, instruye al entendimiento con buenas enseñanzas, reprime los vicios y enaltece la virtud (Guillaume Bochetel, Prólogo “Al rey”, en: Eurípides, 1544).

Perseverancia del traductor, aun conociendo su debilidad:

[...] y me ordenasteis terminar. Esto lo hice no tanto porque creyera saber hacerlo, pues conozco mi poca habilidad, como por el deseo de obedeceros. Pues tanto me impulsó la fuerza de vuestra orden que no fue suficiente para desobedecerla la conciencia de mi impericia para finalizar la traducción de esta obra (Guillaume Bochetel, Prólogo “Al rey”, en: Eurípides, 1544).

Fui inducido y casi obligado a emplear mi audacia y mi fuerza (si así han de ser llamadas la temeridad y la debilidad) para traducirlo al francés para vos (Manuscrito atribuido a Calvy de La Fontaine, en: Sófocles, [1542]).

El traductor como simple intérprete:

No hice más que una simple interpretación fiel hasta el punto en que me fue posible. [...] Y no obstante que no sea mi profesión componer en rima, sólo lo hice para dar algo de gracia a la obra, y así, al seguir a mi autor, observé el número de sus metros en la medida en que me fue posible y dejé el ritmo tal cual (Lazare de Baïf, en: Sófocles, [1529]).

[...] No soy más que un simple intérprete, y de ninguna otra forma me comprometí con esta causa [...], [pero traduje al autor] de la forma más fiel que me fue posible, según las leyes de la verdadera traducción; todo lo que traduje, lo pude haber hecho por medio de una paráfrasis, o tomando el sentido que quiso dar el autor, lo cual habría sido más fácil para mí, sin dejar de verter el valor de sus ideas y de sus propias palabras (Denis Sauvage, 1555).

La traducción como ejercicio de estilo:

Quise señor, por la sublimidad de su estilo y la seriedad de sus sentencias, verter esta tragedia en nuestra lengua francesa, solamente para ocupar el poco tiempo de reposo en algún ejercicio honesto (Guillaume Bochetel, Prólogo “Al rey”, en: Eurípides, 1544).

[...] quise traducirlo [a Plutarco] en nuestra lengua vulgar, para practicar y pulir mi estilo en lengua francesa, y presentarlo a vos como algo nuevo, y jamás visto en una lengua diferente a la griega (Amyot, traducción manuscrita de Plutarco, 1542).

La traducción como forma de entretención de los grandes personajes:

Y después de haberos visto, Señor, acongojado por la enfermedad, para daros algo de entretención, tuve el atrevimiento de leeros el inicio de lo que vertí (Guillaume Bochetel, Prólogo “Al rey”, en: Eurípides, 1544).

[...] esperando daros alguna pequeña ocasión y tema para recrear y reposar vuestra mente, llena de grandes asuntos [...] (Amyot, “A maistre Bouchetel”, traducción manuscrita de Plutarco, 1542).

La traducción como un trabajo sin gloria y mal remunerado:

[...] el servicio de aquel que con esta obra no ha pretendido otra ganancia ni compensación que daros contento y placer (Guillaume Bochetel, Prologo “Al rey”, en: Eurípides, 1544).

Traducir es una tarea que implica un esfuerzo mayor a su compensación (Pelletier, 1555).

Anexo 2

Al Rey, mi soberano y señor

Gorgias de Leontini, hombre con gran renombre entre los antiguos, célebres por ser sabios y letrados, decía que la tragedia no es más que engaño y decepción, en la que aquel que engaña es más justo que el que no lo hace; y aquel a quien engañan, es más sabio que aquel que no es engañado. Asunto este que parece ir contra toda lógica, y que, sin embargo, es real. La tragedia nos decepciona y nos engaña, puesto que a menudo nos presenta argumentos fabulosos, pero tan sabiamente entretejidos que a veces consideramos verdaderos. Por otra parte, están aquellos que engañan a otro, y mediante este engaño le muestran y le enseñan lo que es provechoso o dañino, bueno o malo, honesto o deshonesto, y que sin duda son más justos que aquellos que no pueden o no quieren hacerlo. Pues no hay acción más virtuosa ni tan conveniente para el hombre que ayudar a los demás. Por otra parte, quienes mediante la ficción de la tragedia tienen conciencia de vicio y virtud, del bien y del mal, son más sabios y prudentes en todos sus asuntos que aquellos que, por no haber sido tan felizmente engañados, no tienen este conocimiento.

Y como podemos ver, la costumbre de los poetas, primeros autores e inventores de la filosofía, siempre ha sido cubrir y esconder, bajo el velo de las fábulas, la verdad de las cosas que quieren enseñar; o también mezclar el placer que se obtiene de su ingeniosa ficción con buenos y provechosos documentos. Y por esto dice Horacio que el poeta enseña a los hombres a hablar honestamente, instruye el entendimiento con buenas enseñanzas, reprime los vicios y enaltece la virtud; además, nos da conocimientos del futuro, tomando como ejemplo el pasado, y ante la adversidad y la aflicción consuela nuestra alma acongojada. Pero entre todos, parece que los trágicos, así como superan cualquier otro escrito en la altura de su estilo, la grandeza de sus argumentos y la seriedad de sus sentencias, también han traído tanto provecho a los hombres, que se utilizan para instruir y enseñar a los más grandes y a los que la fortuna ha favorecido más ampliamente, como príncipes y reyes, quienes han obtenido de las tragedias grandes beneficios para la posteridad, dejando escritos de gran utilidad, como la instrucción de un buen príncipe, que fue tomada de las tragedias, pues con este fin fueron inventadas, para demostrar a los reyes y grandes señores la incertidumbre e inestabilidad tan lujuriosa de las cosas temporales, para

que sólo confíen en la virtud. Pueden ver y oír los grandes inconvenientes, miserias y calamidades que sucedieron a personajes que una vez tuvieron una fortuna semejante a la suya, pues son estos los argumentos propios de las tragedias, como lo demostró el propio Eurípides, a quien, estando en Macedonia, el rey Archelaus pidió escribir una tragedia sobre él mismo, a lo cual el poeta se negó, rogándole a los dioses que jamás le ocurriera algo que pudiera ser un buen argumento para escribir una tragedia, pues en estas no hay más que llanto, cautiverio, ruina y desolación de grandes príncipes y algunas veces de los más virtuosos. A los sucesores aconsejo que, para que en la prosperidad no se crezcan demasiado ni causen desgracia abusando de su fortuna y para que en la adversidad no desfallezca el corazón ni se quebrante, sigan el ejemplo de algunos de los príncipes virtuosos, que jamás, por ninguna contrariedad que la fortuna haya llevado a su gloria, ni por ninguna aflicción que hubieran tenido, se doblegaron. De este modo, dejaron prueba a la posteridad de que la virtud bien puede ser atacada, pero jamás vencida: como, Señor, lo puedo decir de vos, en verdad y sin lisonjas. Por otra parte, Señor, hace algunos días, cuando me encontraba en mi hogar, mis hijos, tanto para darme una prueba de los resultados de sus estudios como para darme placer y recreo, me traían cada día la lectura que les hacía su preceptor de la tragedia de Eurípides llamada *Hécuba*, que tradujeron palabra por palabra del griego al latín. Quise señor, por la sublimidad de su estilo y la seriedad de sus sentencias, verter esta tragedia en nuestra lengua francesa, solamente para ocupar el poco tiempo de reposo en algún ejercicio honesto.

Y después de haberos visto, Señor, acongojado por la enfermedad, para daros algo de entretenimiento, tuve el atrevimiento de leeros el inicio de lo que vertí, y que vos habéis oído benignamente y me ordenasteis terminar. Esto lo hice no tanto porque creyera saber hacerlo, pues conozco mi poca habilidad, como por el deseo de obedeceros. Pues tanto me impulsó la fuerza de vuestra orden que no fue suficiente para desobedecerla la conciencia de mi impericia para finalizar la traducción de esta obra. Esta tragedia, Señor, que tan humildemente os presento, con la esperanza que con vuestra acostumbrada bondad y benignidad tendréis en buen grado el servicio de aquel que con esta obra no ha pretendido otra ganancia ni compensación que daros contento y placer.

(Eurípides, 1544).

Anexo 3

Oda al rey Carlos (Fragmento)

Señor, gracias a Dios, nací de un padre
Servidor fiel del rey padre de vuestro padre,
De aquel gran rey Francisco a quien debemos
Todo lo humano y gracioso que tenemos
De los libros de antiguos temas; pero a vuestra bonhomía
Que los mantiene en un lugar donde está a salvo su valía
Los debemos también; él fue conocido como padre y creador
Y vos seréis llamado por todos de las artes conservador.
Mi angélico padre, gentilhombre de raza,
De los primeros en Francia que a las musas abraza
De la ignorancia enemigo, deseoso de saber
Pasó torrentes y montes para en Roma ir a ver
A Musure y a Candiote, a quienes oía para aprender
El griego de los antiguos y para más de él conocer;
Tan bien trabajó en la urbe, que al cabo de algunos años
Se ganó la admiración de todos, propios y extraños.
Docto regresó a Francia. Para él la mayor virtud
es tener conocimiento, por eso regresa a Anjou,
A su mansión de Pins, cerca del Loir, aquel río,
Quien a Ronsard debía todo su gran señorío
En su casa el buen Lazare, sin mácula de avaricia,
Y mucho menos de ambición, sigue la musa propicia;
Y jamás llegó a pensar que algún día tendría
Que regresar a la corte, cuando un correo le pedía
Poner fin a su retiro, “es el rey el que lo ordena”
“Venid, presentaros pronto”, cosa que hace, no sin pena.
¿Qué elección tenía entonces?, ¿su retiro disfrutar,
donde tan a gusto se hallaba? ¿Podía acaso ignorar
El mandato de su rey? Es esta una pobre herencia:
No poder utilizar toda nuestra gran ciencia.
A su rey se presentó, y a su retiro no regresó
Aquel rey lo oyó y lo amó, y muy pronto lo empleó.
Lo envió como embajador a Venecia, ya sabéis,
Y después de mi nacimiento, en las fuentes de Moisés

Fui yo bautizado. Del nombre de mis padrinos,
 Justinian y Rinçon, que me cargaron en el bautizo,
 Recibí el nombre de Jean Antoine, y este nacimiento
 Ya dejados atrás viejos y buenos momentos,
 Bajo el cuidado de un padre con amplios conocimientos,
 A Francia debía darle buenos frutos, como un sarmiento.

Jean-Antoine de Baïf (1881-1890).

Obras citadas y consultadas

Fuentes

En este listado se encuentran las obras conocidas de Lazare de Baïf y de Guillaume Bochetel.

Fuentes iconográficas

Braun, 1904, *Exposition des primitifs français*, París, plancha 32.

Moreau-Nélaton, E., 1908, *Crayons français du XVIe siècle conservés au musée de Chantilly*, París.

Fuentes manuscritas

Amyot, Jacques, 1542, “A maistre Guillaume Bouchetel conseiller du Roy et secretaire des finances, Jacques Amyot son humble serviteur”, en Plutarco, *De la loquacité* [traducido del griego por Jacques Amyot], París, Biblioteca Nacional de Francia, Manuscritos franceses, nueva adquisición 10843.

Baïf, Lazare de, correspondencia y actas de Lazare de Baïf, embajador y luego jefe de solicitudes del rey:

Archives nationales, París, código J 966, paquete 3 (cinco cartas dirigidas por Lazare de Baïf al canciller del rey Antoine Dubourg).

Mélange de vers et prose, recettes, lettres, réunis par Jacques Thiboust (c. 1550), París, Biblioteca Nacional de Francia, manuscrito francés 1667.

Sophocle [1542], *Antigone*, traducción anónima, sin fecha, atribuida a Calvy de La Fontaine, manuscrito de la Biblioteca de Soissons (189B).

Bochetel, Guillaume, c. 1550a, “Contrepetiz d’une dame a ung Seigneur du conseil par Moseigneur de Sacy”, en: *Mélange de vers et prose, recettes, lettres, réunis par Jacques Thiboust*, París, Biblioteca Nacional de Francia, manuscrito francés 1667, f.º 149, r.º.

- _, c. 1550b, “Eglogue par G. de Sacy”, en: *Mélange de vers et prose, recettes, lettres, réunis par Jacques Thiboust*, París, Bibliothèque nationale de France, manuscrit français 1667, f.º 207-209.
- _, c. 1550c, “Hymne à Bacchus, A l’imitation de Virgile par Monseigneur de Sacy”, en: *Mélange de vers et prose, recettes, lettres, réunis par Jacques Thiboust*, París, Biblioteca Nacional de Francia, manuscrito francés 1667, f.º 287, r.º.
- _, Correspondencia y actas de Guillaume Bochetel, secretario del rey: *Archives départementales du Cher*, en Bourges y en París, Biblioteca Nacional de Francia, series D1 y D2.
- Papiers de Condé, “lettres de Bourges”*, Musée Condé, Chantilly
- Manuscrits français de la Bibliothèque nationale de France (París):
- Actas: 3005 (134), 3046 (73, 99), 3124 (81), 3125, 3219 (53), 4712, *Mélanges Colbert 13*
- Embajada francesa en Inglaterra: 17829, 23515, 23517
- Instrucciones: 2937 (103), 3880 (196), 3056 (141), 3125 (20), 5503 (72).
- Cartas: 6611, 6616, 18153, 20134, 20457, 50505, 20641, 20976.
- Registro de las expediciones hechas por G. Bochetel de 1545 hasta 1559: 5127.
- Sófocles ([1529]), *Electra* de Sófocles, traducida al francés, precedida por un “prólogo al rey”, por Lazare de Baïf, Biblioteca Saint Marc, Venecia.

Fuentes impresas

- Baïf, Jean-Antoine de, 1881-1890, *Œuvres complètes*, publicadas bajo la dirección de Ch. Marty-Laveaux, París, A. Lemerre.
- Baïf, Lazare de, 1331, *De re vestimentaria*, Bâle, impr. Froben.
- _, 1537, *De re naavli libellus, in adolescentulorum bonarum, literarum studiosorum favore*, París, impr. François Estienne.
- Bochetel, Guillaume, 1530, *Le sacre et Coronnement de la Royne, Imprime par le Commandement du Roy nostre Sire*, impresión finalizada el 16 de marzo de 1530 por Geoffroy Tory de Bourges.
- _, 1531, *L’entree de la Royne en sa ville et cite de Paris, Imprime par le Commandement du Roy nostre Sire*, impresión finalizada el 26 de abril de 1531 por Geoffroy Tory de Bourges.
- _, 1550a, “Silve de Silvanius”, en: Euripide, *La tragedie d’Euripide nommee Hecuba, traduite en rythme Française. Dediee au Roy*, París, Impr. Robert Estienne, pp. 90-95.
- _, 1550b, “Epitaphe de Ma Damme Laure: apres celuy que feist le Roy”, en: Euripide, *La tragedie d’Euripide nommee Hecuba, traduite en rythme Française. Dediee au Roy*, París, Impr. Robert Estienne, pp. 95-97.

- _, 1550c, “Építaphe de Messyre Hierome Fondule”, en: Eurípide, *La tragedie d’Eurípide nommée Hecuba, traduite en rythme Française. Dediee au Roy*, París, Impr. Robert Estienne, p. 95.
- _, 1550d, “Ballade presentee a la Royne en Espagne”, en: Eurípide, *La tragedie d’Eurípide nommée Hecuba, traduite en rythme Française. Dediee au Roy*, París, Impr. Robert Estienne, pp. 97-99.
- _, 1550e, “Ballade sur une elegie de Properce, commenceant *Quicunque ille fuit*, etc.”, en: Eurípide, *La tragedie d’Eurípide nommée Hecuba, traduite en rythme Française. Dediee au Roy*, París, Impr. Robert Estienne, pp. 99-100.
- _, 1550f, “‘Épigrammes’: ‘A Dieu’, Autre a Dieu””, en: Eurípide, *La tragedie d’Eurípide nommée Hecuba, traduite en rythme Française. Dediee au Roy*, París, Impr. Robert Estienne, pp. 100-104.
- Bellay, Joachim du, 1549 [1930], *La Deffence et illustration de la langue française*, París, Ed. Louis Humbert.
- Camuzat de Troyes, Nicolas, 1619, *Meslanges historiques ou recueil de plusieurs actes, traitez, lettres missives, et autres memoires que peuvent servir, en la deduction de l’histoire, depuis l’an 1390 jusques a l’an 1580*, Troyes, Ed. Noël Moreau, 2.^a parte, pp. 143-152.
- Catalogue des Actes de François I^{er}*, t. 3 a 7, París, Biblioteca Nacional de Francia.
- Chappuys, Claude, 1542, *Discourt de la court, présenté au Roy par M. Claude Chappuys, son libraire et variet de chambre ordinaire*, París, André Rofflet.
- Eurípide, 1494, *Médée, Hippolyte, Alceste, Andromaque*, impreso en Florencia por Laurent d’Alopa, Édition princeps due a Jean Lascaris, s. d.
- _, 1503, *Dix-huit tragédies*, impreso en Venecia, por Alde, edición atribuida al cretense Marc Musurus.
- _, 1506, *Hecube et Iphigenia in Aulide* Erasmo interprete, París ex officina Ascensiana ad Idus Septembris MDVI, reeditada en 1507 en Venecia por Aide, en 1518 en Florencia por Philippe Hoerens, en 1524 y en 1530 en Rotterdam con el texto griego.
- _, 1544, *La tragedie d’Eurípide nommée Hecuba, traduite en rythme Française. Dediee au Roy* [por Guillaume Bochetel], (reed, 1550 y 1560), París, Impr. Robert Estienne.
- _, 1966, *Théâtre complet*, t. 2, traduction, introduction et notes par Henri Berguin et Georges Duclos, París, Flammarion.
- La Bouillierie. S. de, 1893, “Verron. Notes et documents”, *Revue historique et archeologique du Maine*, t. 34, pp. 148-265.
- Le Laboureur, Jean, c. 1650, *Histoire généalogique de la Maison des Bochetels*, s. f., gran folio del siglo XVII.
- Ovide, 1550, “La fable de Caunus et Biblis, suyvant Ovide en sa Metamorphose” [traducida por Guillaume Bochetel], en: Eurípide, *La tragedie d’Eurípide nommée*

- Hecuba, *traduite en rythme Française. Dediee au Roy*, Paris, Impr. Robed Estienne, pp. 77-90.
- Pelletier du Mans, Jacques, 1555 [1971], “Des traduccions”, en: *Art Poétique*, Livre I, Genova, Slatkine reprints.
- Sauvage, Denis, 1555, “Prologue”, en: *Histoires de Paolo Giovo*, traducción al francés de Denis Sauvage.
- Sophocle, 1537, *La Tragedie de Sophocles intitulée Electra*, [...]. *Ladicte Tragedie traduite du grec dudit Sophocles en rythme Francoyse*, ligne pour ligne et vers pour vers, en faveur et commodité des amateurs de l’une et l’autre Iangue [por Lazare de Baïf], Paris, Impr. Étienne Roffet.
- _, 1985, *Ajax, OEdipe roi, Éjectre, dans Sophocle*, t. II, texte établi par Alphonse Dain, traduit par Paul Mazon, Paris, Les Belles Lettres.
- Thucydide, 1527, “Préface”, en: *Histoire de Thucydide Athenien*, traduit du grec par Jacques Colin, Paris, Impr. Josse Bade.

Estudios

- Aulotte, Robert, 1965, “Chapitre V: le séjour d’Amyot à Bourges”, en: *Amyot et Plutarque: la tradition des Moralia au XVIe siècle*, Genova, Droz, pp. 131-140.
- Baguenault de Puchesse, Gustave, 1869, *Jean de Morvillier, évêque d’Orléans. Garde des sceaux de France, 1506-1577*, Paris y Genova, Slatkine reprints, 1977.
- Bourrilly, V.-L., 1913, “Lazare de Baïf, maître des requêtes”, en: *Mélanges offerts à Émile Picot*, Paris, Librairie Damascène Morgand.
- Charton-Le Clech, Sylvie, 1993, *Chancellerie et culture au XVIe siècle. Les notaires et secrétaire du roi de 1515 à 1547*, Toulouse, Presse Universitaire du Mirail.
- Chavy, Paul, 1981, “Les traductions humanistes au début de la Renaissance française: traductions médiévales, traductions modernes in La traduction à la Renaissanc”, *Canadian Review of Comparative Literature / Revue canadienne de littérature comparée*, primavera, pp. 284-306.
- Comparato, Vitor-Ivo, 1970, “Guillaume Bochetel Secrétaire d’Etat (?-1558)”, en: Roland Mousnier, dir., *Le Conseil du roi de Louis XII à la Révolution*, Paris, PUF, pp. 105-129.
- Decrue, Francis, 1885 [2004], *Anne de Montmorency grand maître et connétable de France à la cour, aux armées et au conseil du roi François I^{er}*, Paris, Armand Colin.
- Droz, Eugénie, 1974, *Chemins de l’herésie. Textes et documents*, Génova, Slatkine.
- Garnier, Bruno, 1999, *Pour une poétique de la traduction: l’Hécube d’Euripide en France de la Renaissance à l’âge classique*, Paris, L’Harmattan.
- Guignard, Dr., 1901, “Les origines de la famille de Baïf”, *Revue de la Renaissance*, organe international mensuel des Amis du XVIe siècle et de la Pléiade, Génova, t. I., (Slatkine reprints, 1968), pp. 194-199.

- Guignard, Dr., 1902, "Lazare de Baïf", *Revue de la Renaissance*, organe international mensuel des Amis du XVI^e siècle et de la Pléiade, Génova, Slatkine, t. II, (reprints, 1968), pp. 293-308.
- Guy, Henry, 1968, *Histoire de la poésie française au XVI^e siècle*, (1.^a ed. 1926), Paris, Champion. Bibliothèque littéraire de la Renaissance, serie 2.
- Jouanna, Arlette, 1989, *Le Devoir de révolte: la noblesse française et la gestation de l'État moderne, 1559-1661*, Paris, Fayard, coll. "Les nouvelles études historiques".
- Lefranc, Abel, 1393, *Histoire du Collège de France*, Paris, Hachette.
- Legrand, Émile, 1962, *Bibliographie hellénique des X^e et XVI^e siècles, ou description raisonnée des ouvrages imprimés en grec par des Grecs au XV^e et XVI^e siècle, accompagnée de notices biographiques, tables chronologiques, notes, documents et index*, (1.^a ed., 1885), Paris, G.-P. Maisonneuve et Larose.
- Pinvert, Lucien, 1900, *Lazare de Baïf 1469 (?) - 1547*, Paris, Albert Fonternoing (traducción de la tesis en latín *De Lazari Bayfi vita ac latinis operibus et de ejus amicis* sustentada el 23 de diciembre de 1898 en la Facultad de lettres de Nancy).
- Registre de la compagnie des pasteurs*, 1964, Génova, Droz (y Paris, Champion, 1989), pp. 138-141.
- Ribault, J.-Y., 1965, "Communication sur les opuscules de Guillaume Bochetel", *Cahiers d'archéologie et d'histoire du Berry*, núm. 3, oct., 1965, pp. 4 y sig.
- Ribault, J.-Y., 1986, "Le séjour de Jacques Amyot à Bourges. 1534-1546", en: *Fortunes de Jacques Amyot. Actes du colloque international de Melun, 18-20 de abril, 1985*, Paris, Nizet, pp. 105-119.
- Robin, P., 1933, "La compagnie des secrétaires du roi (1351-1791)", tesis, Paris.
- Séché, Leon, 1899, "Les de Baïf et la Cour des Pins. Note sur La Pléiade", *Revue Bleue. Revue politique*, jul., pp. 143 y sig.
- Sturel, René, 1910, "À propos d'un manuscrit du Musée Condé", en: *Mélanges offerts à M. Émil Châtelain*, 15 de abril, pp. 576 y sig.
- _, 1913, "Essai sur les traductions du théâtre grec en français avant 1550", *Revue d'histoire littéraire de la France*, t. XX, pp. 269 y sig.

Mikael Agricola, el gran cultivador*

Silja Saksa

Centre de traduction et d'interprétation

Universidad de Turku

(Finlandia)

Seguramente entenderá el finés
 Aquél que pueda ver en nuestros corazones
 Mikael Agricola¹

Érase una vez, en Finlandia, un traductor cuyo resplandor apenas sobrepasaba las fronteras de su país natal, a pesar de que sus méritos eran realmente deslumbrantes. Mikael Agricola (ca. 1510-1557) fue conocido como reformador, obispo de Turku, padre de la literatura y del finés literario y, en menor medida, como traductor de la Biblia. Todos estos títulos resumen las actividades por las cuales es objeto de una gran veneración, a pesar de que su oficio de traductor no se menciona con mucha frecuencia; sin embargo, no se vacila en reconocer que sin Agricola ni la lengua escrita fina ni la literatura ni toda la cultura de habla fina hubieran logrado alcanzar el desarrollo que tienen hoy. Ahora bien, no se puede olvidar que gran parte de su obra está compuesta por traducciones.



Estatua de Mikael Agricola erigida cerca de la catedral de Turku, en Finlandia.

Foto de Matti Landvik, 1998.

* Traducido por Olga Elena Marín Z., profesora Universidad de Antioquia.

1 Todos los extractos en finés fueron traducidos por la autora.

“Agrícola” significa en latín “labrador”, “cultivador”, nombre muy apropiado para el primer agricultor que trabajó la tierra yerma de la cultura literaria finesa y que logró hacer germinar allí una cultura original. El pueblo finés poseía una rica tradición poética oral; una parte de dicha tradición la constituye la epopeya finesa conocida en el mundo entero con el nombre de *Kalevala*. El país era gobernado por los suecos desde el siglo XIII, cuya lengua, muy diferente de la finesa, se había impuesto como la lengua oficial y cultural. Aunque el pueblo estaba conformado por personas toscas y analfabetas de habla finesa, las ceremonias del culto católico se desarrollaban en latín, mientras que los asuntos administrativos y jurídicos se reglamentaban algunas veces en latín y otras en sueco. La existencia de escritos en lengua finesa anteriores a Agrícola ha sido siempre motivo de controversia entre los especialistas.

Mikael Agrícola nació hacia 1510.² Su padre, un campesino pescador de nombre Olavi, cultivaba sus tierras en el municipio de Pernaja, cerca de la actual Helsinki, ciudad que en ese entonces no había sido fundada. Torsby, la aldea natal de Agrícola, era bilingüe, aunque la mayoría de sus habitantes hablaba el sueco. Aún se ignora si la lengua materna de Agrícola era el finés o el sueco, pregunta que intriga a los investigadores porque en sus trabajos literarios demostraba igual dominio de las dos lenguas. Aproximadamente a la edad de 10 años, y por ser hijo único, sus padres lo enviaron a estudiar a una escuela de Viborg, en Carelia. Aunque Turku era la capital eclesiástica y administrativa del país, Viborg era en realidad la única ciudad de Finlandia, y en verdad la más internacional y la más activa.

Agrícola, que provenía de un caserío formado por cabañas de madera sin chimenea y perdido en el corazón de la selva, debió quedar maravillado a su llegada. La ciudad rebosaba de gente de todos los rincones de Europa que hablaban las más diversas lenguas, mientras que los habitantes de la ciudad lo hacían en un dialecto finés muy expresivo. La escuela del joven Agrícola tenía buena reputación; allí todavía se enseñaba el trívium medieval: gramática latina, lógica y retórica. Muy talentoso, el joven alumno no tardó en hacerse notar, y cuando su profesor de latín fue nombrado secretario del

2 Los hechos relativos a la biografía de Agrícola fueron tomados de fuentes citadas en la bibliografía. Omitimos hacer mención de las fuentes en el caso de datos no controversiales. En cambio, el nombre de los autores se indica cada vez que se dan opiniones divergentes o personales.

obispo de Turku, le pidió acompañarlo con el fin de asistirlo en sus diversas tareas. Transcurría el año de 1528 y Agricola contaba entonces alrededor de 18 años.

Bajo la invocación de Erasmo y de Lutero

Algunos años más tarde, Agricola se convirtió, a su vez, en secretario de un obispo llamado Martti Skytte. Al igual que buena parte del clero nórdico, este anciano monje estaba atraído por el humanismo bíblico y las ideas reformadoras. En efecto, en el transcurso de las primeras décadas del siglo XVI, Escandinavia fue conquistada por las ideas del humanismo bíblico fomentado principalmente por Erasmo de Rotterdam, por Philipp Melanchthon (profesor de griego en Wittenberg, Alemania), y por el teólogo Martín Lutero. En ese entonces se tenía la costumbre de enviar jóvenes sacerdotes de los países nórdicos a hacer sus estudios en Alemania, sobre todo en Wittenberg, donde enseñaban Melanchthon y Lutero. Cuando regresaban de allí tenían “una nueva sensibilidad” y estaban abiertos a las “exigencias del Mundo nuevo” (Jeannin y Clébert, 1956: 22). El origen de este cambio se fundamentaba en el espíritu innovador del Renacimiento y en la posición crítica con respecto a la Iglesia católica, a la cual se le reprochaba el hecho de perpetuar la enseñanza escolástica, mistificar al pueblo y cerrar los ojos ante la degradación de las costumbres del clero. Esta apertura de espíritu “señala el fin de la Edad Media en el norte” (p. 22).

Si los reyes no hubieran favorecido la reforma de las Iglesias nórdicas, seguramente estas nuevas ideas no habrían sido bien acogidas y no se habrían difundido tanto en Escandinavia. De hecho, Christian II, su sucesor Christian III de Dinamarca, y Gustavo Vasa de Suecia, fueron rápidamente conquistados por las ideas de la Reforma. Si bien es cierto que buscaban apoderarse de las riquezas de la Iglesia católica, deseaban así mismo purificarla y terminar con el papel mediador del clero entre Dios y el pueblo. El acceso directo al mensaje cristiano se lograba mediante la traducción de la Biblia a la lengua vulgar.

Cuando Mikael Agricola entró al servicio del jefe de la Iglesia de Finlandia, esta se encontraba a medio camino entre el catolicismo y la Reforma; dicha Iglesia no era muy antigua, ya que había sido fundada por los suecos en el siglo XIII. Estos habían bautizado prácticamente a la fuerza a los fineses, quienes estaban muy apegados a su mitología poblada de dioses vivientes

de los bosques y las aguas, y que habían cohabitado mucho tiempo con el Dios y los santos de la fe católica entre las personas del pueblo. Mientras acompañaba a su obispo a las parroquias, Agricola se familiarizaba con esta fe popular, experiencia que lo marcó profundamente y que le sería muy provechosa más adelante. De esta manera, en el curso de sus primeros años en Turku, se adhirió por completo al humanismo cristiano y al luteranismo.

Una de las ideas centrales de la Reforma luterana era fundamental para Agricola: dar al pueblo un acceso directo a la palabra de Dios gracias a las traducciones de la Biblia, de las oraciones y de las ceremonias litúrgicas (Juvelius, 1928: 85). Lutero había publicado su traducción del Nuevo Testamento en 1524; Dinamarca y Suecia no tardaron en seguir su ejemplo: los partidarios suecos de la Reforma finalizaron la traducción del Nuevo Testamento en 1526, y Christian Pedersen tradujo una parte del Nuevo Testamento al danés en 1529. La traducción de la Biblia al finés tardó más tiempo, lo cual se explica por el hecho de que Finlandia era considerada en Suecia simplemente como “la región del este”. Además, su Iglesia era más pobre que la de Suecia, y la lengua finesa era poco conocida y poco estimada en la metrópoli. De igual modo, también tardó la ordenanza del rey para emprender la traducción de los libros santos al finés. El obispo Skytte, aunque había permanecido devoto a la Reforma, tuvo que resignarse a que las autoridades civiles confiscaran los bienes de su Iglesia. Sin embargo, incluso sin disponer de una traducción autorizada de la Biblia, el clero comenzó a orar en lengua finesa en las parroquias, por lo que se vió obligado a traducir algunos fragmentos. Ordenado sacerdote en 1531, y con el fin de cumplir con las necesidades de su ministerio, Agricola se dedicó a traducir ciertos pasajes de la Biblia. De esta manera comenzó su carrera de traductor; desafortunadamente, no quedan vestigios de esas “traducciones desechables” que tenían, de hecho, algunos comentarios o explicaciones de las Santas Escrituras.

De la vida de Agricola a comienzos de la década del treinta solo se sabe que, a pesar de sus escasas rentas, adquirió en 1531 el *Sermonario* de Lutero en latín y, al año siguiente, los *Hechos y dichos memorables* de Valerio Máximo, historiador latino del siglo I, y uno de los autores antiguos más traducidos en la Edad Media. El *Sermonario* existe todavía; se pueden ver allí las anotaciones hechas por Agricola, la mayoría en latín o en sueco, las cuales utilizaba cuando preparaba sus homilías. Debido a su trabajo de naturaleza filológica, Agricola debió llamar la atención de las altas autoridades eclesiásticas de

Turku, ya que decidieron enviarlo a perfeccionar sus estudios a Wittenberg, con el fin de que pudiese traducir la Biblia al finés.

Nacimiento de un traductor

Agricola llegó a Wittenberg en 1536. La ciudad en sí no tenía nada de extraordinario, pero se había convertido en la capital de los protestantes desde que Lutero había fijado sobre la puerta de la iglesia sus 95 tesis contra el papa y la fe católica. Dada su formación como sacerdote, Agricola no tuvo que tomar los cursos de exégesis bíblica que Lutero impartía en la universidad. Prefirió entonces consagrarse a lo que se llamaba *studia literaria*, es decir, el estudio de las lenguas y la literatura; se dedicó al griego y al alemán y quizás también al hebreo; los cursos de literatura versaban sobre filosofía antigua. Esta formación lo preparó adecuadamente para impregnarse del espíritu del Renacimiento, para liberarse de la mentalidad de la Edad Media y para dar mayor importancia a las lenguas vulgares. Durante su estadía en Wittenberg, Agricola se convenció de la necesidad absoluta de traducir la Biblia al finés (Juvelius, 1928: 86).

De esta manera Agricola entró en contacto con Lutero y Melanchthon, su colaborador. Que el traductor se haya reunido personalmente con Lutero no está confirmado más que por una fuente escrita demasiado vaga. Se trata de una carta, firmada por Lutero, que Agricola hizo llegar al rey de Suecia con el fin de obtener autorización para continuar sus actividades de reformador y traductor. En dicha carta, Lutero dijo de Agricola: "*Iuvenem sane, sed eruditione, ingenio et moribus excellentem*" ("Él es joven, sin duda alguna, pero erudito, inteligente y se comporta de manera impecable"). Lutero lo recomienda "*ut probatum hominem*" ("como un hombre honesto"). ¿Habría sido tan elogioso y tan osado en recomendar ante un monarca a alguien que no hubiera conocido en persona? Según Tarkiainen y Tarkiainen, estas fórmulas dan prueba "de una familiaridad y de una consideración bastante grandes" (1985: 57). Otros biógrafos de Agricola, entre ellos Einar Juvelius (1928: 86), confirman esta tesis, recordando que Lutero tenía la costumbre de invitar a los estudiantes a cenar a su casa.

Agricola emprendió su vasto programa de traducción en Alemania. El 20 de agosto de 1537, en carta dirigida a Gustavo Vasa, dijo que había comenzado a traducir el Nuevo Testamento, pero que necesitaba dinero para poder continuar con su trabajo. En vista de que el rey no le había

respondido, Agricola le envió otra carta un año más tarde. ¿Tendría más éxito con su segunda tentativa? En todo caso, pudo proseguir sus estudios en Alemania hasta 1539, año en el que regresó a Finlandia con el título de maestro en letras.

Gracias a este diploma, Agricola pudo obtener un cargo de profesor en la escuela de Turku, que le garantizaba una renta suficiente para vivir en forma digna. Además, tenía derecho a una prebenda, correspondiente a una parte del producto anual de una decena de haciendas; recibía, principalmente, 189 toneles de cereales, 4 de guisantes y uno de cerveza, así como 25 cargas de heno. Se beneficiaba, asimismo, de una vivienda gratuita situada cerca de la catedral de Turku, exactamente frente a la escuela donde enseñaba. A lo anterior se añadían algunos privilegios para compensar los gastos ocasionados por la traducción y la impresión de sus obras. A pesar de todo esto, su vida en Turku no siempre fue fácil.

Agricola debía dedicar su tiempo a diversas actividades y obligaciones, entre ellas la enseñanza, que le acaparaba mucho tiempo y que consideraba una carga (Tarkiainen y Tarkiainen, 1985: 82). Sus preferencias estaban del lado de las actividades literarias y sobre todo de la traducción, pese a los gastos que esto le ocasionaba. De hecho, gran parte de sus rentas desaparecía en la compra de libros que le facilitaban la comprensión de los textos que traducía y que enriquecían sus conocimientos. Como los diccionarios no existían todavía, tenía que adquirir textos paralelos, es decir, ejemplares de la Biblia en varias lenguas (latín, griego, alemán o sueco), con el fin de proceder a las verificaciones. Se procuró, además, muchos documentos protestantes en lengua alemana y trabajos de humanistas en latín y alemán. También necesitaba prever los gastos de impresión de sus obras. Su gran generosidad le ocasionaba otros gastos adicionales: acogía en su mesa a mendigos, a estudiantes modestos y a sacerdotes que venían a visitarlo, algunas veces desde muy lejos.

En 1549, Agricola fue retirado de su cargo de profesor. Pero el proverbio: “No hay mal que por bien no venga” se comprobó una vez más: liberado de su carga de la enseñanza, disponía de más tiempo para dedicarse a sus trabajos intelectuales, y emprendió la traducción de algunos textos del Antiguo Testamento. No obstante, su sentido de ética profesional lo obligaba a no contentarse con las versiones griega, latina, alemana y sueca, sino a trabajar con base en la versión hebrea, aunque todavía se ignora si realmente conocía esta lengua.

La amargura que experimentó Agricola luego de la pérdida de su principal medio de subsistencia se redujo gracias a su matrimonio el mismo año de su destitución. Al año siguiente nació de esta unión un hijo llamado Kristian, quien siguió los mismos pasos de su padre, se comprometió con una carrera eclesiástica, e incluso se convirtió en obispo de Tallin, en Estonia. En esta época, Agricola adquirió una casa para vivir con su familia y proseguir sus trabajos de redacción y traducción de obras religiosas.

El “descrédito” en el cual había caído Agricola ante sus compatriotas terminó en 1554, año en el que fue nombrado *ordinarius*, es decir, obispo de Turku. Este prestigioso nombramiento se opacó en cierta medida por la división de Finlandia en dos diócesis: la de Turku y la de Viborg. La diócesis de Turku, que cubría aproximadamente la mitad del país, era un vasto territorio que Agricola atravesaba para visitar todas sus parroquias, incluso las más distantes. El nuevo obispo no había estado siempre de acuerdo con el rey, que incluso le temía,³ sobre ciertos puntos de la doctrina. Por consiguiente, Agricola se aprovecharía de su nuevo estatus para instaurar en Finlandia un protestantismo impregnado de catolicismo.

Por otro lado, Suecia libraba una guerra tenaz contra Rusia. Durante sus desplazamientos, Agricola pudo comprobar los horrores de esta guerra sangrienta y devastadora, e informó a Gustavo Vasa de lo que había visto –Agricola se entrevistó varias veces con el rey durante su vida, tanto en Turku como en Estocolmo–. El rey tomó la iniciativa de enviar emisarios a Moscú con el fin de negociar la paz con el infame Iván el Terrible. Tras haber sido elegido para integrar esta delegación, Agricola partió hacia Moscú en enero de 1557, viaje que distó mucho de ser agradable. Durante los largos meses de esta expedición, compuesta por 150 trineos, los delegados, entre ellos el arzobispo de Suecia, Laurentius Petri, vivieron mil y una peripecias. La anécdota siguiente merece ser contada, porque revela el espíritu de la época:

En el transcurso de un fastuoso banquete ofrecido a los delegados y servido en platos de oro, el zar invitó al patriarca de su Iglesia a debatir asuntos religiosos con el arzobispo Petri. Al zar le hubiera gustado que el

3 “Los obispos de Finlandia habían sido líderes políticos nacionales, también durante las épocas medievales y, después de la muerte de Skytte, evidentemente el rey Gustavo temía el ascenso de Agricola, quien era considerado heredero forzoso a la silla del obispo, una posición de influencia” (Jutikkala y Pirinen, 1996: 111).

debate se llevara a cabo en alemán, pero el patriarca no tenía conocimientos de esta lengua; se optó entonces por el griego, pero en este caso era el zar quien no la comprendía, así que decidieron recurrir a un intérprete; apenas este había pronunciado algunas frases, Agricola estalló en risas. Cuando el zar le preguntó en ruso qué lo hacía reír de esta manera, el obispo de Turku respondió que el pobre intérprete no sabía una sola palabra de griego y que estaba diciendo cualquier cosa. Lo cual era cierto (Juvelius, 1928: 139).

La delegación tomó el camino de regreso en abril, trayendo con ella un tratado de paz. Por desgracia, el viaje fue fatal para Agricola, quien sucumbió a la fatiga acumulada, además del frío y de la falta de comodidades. Falleció el 9 de abril de 1557, cerca de Viborg, justo después de haber cruzado la frontera del reino sueco-finlandés; probablemente, no tenía más de cincuenta años.

El traductor y su obra

Las primeras obras traducidas por Agricola fueron un *Abecedario* (1543), y un *Breviario* (1544), a las cuales les agregó sus propias reflexiones y comentarios. Estas traducciones fueron realizadas principalmente a partir del alemán y del sueco. Su Nuevo Testamento apareció en 1548. Este orden en la publicación corresponde a las preocupaciones didácticas que lo animaban; en efecto, Agricola consideraba que era preciso familiarizar al pueblo con las nociones claves de la fe antes de permitirle el acceso a los Evangelios en su propia lengua. Agricola abrigaba el deseo de que la mayoría de sus compatriotas pudiesen ser alfabetizados, pero no vivió el tiempo suficiente para ver cumplidos sus anhelos.⁴ La población vivía en la pobreza, y las duras labores a las que se dedicaba no le permitían destinar tiempo a actividades del espíritu. Una vez impreso su Nuevo Testamento, Agricola emprendió sucesivamente la traducción de algunos libros litúrgicos del culto protestante; continuó con el Salterio de David (*Weisut ja Ennustoxel*) y con Los profetas (*Ne Prophetat. Haggai. Sacharja. Maleachi*). De esta manera, tradujo casi la cuarta parte de los libros del Antiguo Testamento, así como algunos textos jurídicos suecos.

Todas las obras anteriores a la traducción del Nuevo Testamento pueden ser consideradas como “trabajos preliminares”, a pesar de que esta labor

4 De hecho, ¡su anhelo no se cumple más que tres o cuatro siglos más tarde! Agricola era muy adelantado para su tiempo y tenía un pensamiento muy moderno.

preparatoria fue de muy buena calidad. “Hay pocos países en los cuales la literatura nacional surgió de una manera tan representativa y con tanta fuerza como en el nuestro” (Juvelius, 1928: 97). A pesar de una lengua todavía vacilante y una ortografía en formación, las obras de Agricola se constituyeron en la piedra angular de la historia de la lengua escrita finesa.

A diferencia de otros traductores en el curso de la historia, Agricola no tuvo que inventar un alfabeto antes de comenzar a traducir (Delisle y Woodsworth, 1995: 23-36; [2005: 3, 4]). De hecho, existían ya algunos documentos escritos en lengua finesa, cuyas formas habían sido elaboradas a partir del sueco. Los compatriotas de Agricola eran analfabetos, de lo cual el traductor estaba realmente consciente; él mismo no había realizado sus estudios en finés, y sus conocimientos los había adquirido en otras lenguas, entre ellas la sueca. Con respecto al finés, estaba más o menos en la misma situación de aquellos a quienes destinaba su *Abecedario*: al igual que ellos, debió aprender a leer y a escribir esta lengua.

El *Abecedario*

Su *Abecedario* (*Abckiria*) (1543), del cual se imprimieron quinientas copias, estaba dirigido principalmente al clero que hablaba sueco, latín y finés, pero que era incapaz de leer y escribir este último. Así, los clérigos se inscribieron en la “escuela del finés”, antes de poder emprender su inmensa tarea de instruir el pueblo analfabeta. Además de un alfabeto y de los ejemplos de pronunciación, El *Abecedario* comprende un pequeño catecismo traducido a partir de diferentes fuentes, como la *Vulgata*, el catecismo de Lutero, el de Melanchthon y el del reformador sueco Olaus Petri. El latín, el alemán y el sueco se transparentan en las formas ortográficas que Agricola imprimió a las palabras finesas; esta ortografía estaba lejos de ser fonética, aunque podría haberse calcado de la pronunciación, ya que la lengua finesa escrita estaba todavía por inventarse. ¿Cómo explicar por qué Agricola no siguió esta ruta? Probablemente, porque estaba muy atado a los sistemas de escritura que le eran familiares; quizá, porque había querido imitar la ortografía de los documentos fineses existentes, por primitiva que fuese. Sin duda, Agricola se apoyó en las diversas fuentes a su disposición. Veamos ejemplos de algunas soluciones ortográficas seleccionadas, que después fueron objeto de críticas.

El nombre del padre de Agricola, cuya forma moderna es Olavi, se escribía Olai en los documentos antiguos; pero, sin instrumentos precisos de medida fonética, ¿cómo determinar si se trataba de *ou* o de *v*? ¿Cómo distinguir entre vocales y semivocales, vocales cerradas y abiertas, consonantes compuestas y simples, sordas y sonoras? En los ejemplos que siguen, presentamos entre paréntesis la forma moderna:

Vocales y semivocales:	protección: <i>tvurva</i> (<i>turva</i>); y : <i>ia</i> (<i>ja</i>);
Consonantes compuestas y simples:	rompió: <i>murssi</i> (<i>mursi</i>); duende: <i>tontu</i> (<i>tonttu</i>);
Vocales cerradas y abiertas:	corazón: <i>sydhen</i> (<i>sydän</i>); permaneció: <i>ijei</i> (<i>jäi</i>);
Consonantes sordas y sonoras:	capítulo: <i>lugu</i> (<i>luku</i>); obispo: <i>bijspa</i> (<i>piispa</i>).

El *Abecedario* contiene un corto poema reproducido del catecismo de Melanchthon:

Melanchthon	Agricola	Version española
Quae sunt iussa Dei	Oppe nyt wanha, ia	Aprendan, ustedes viejos
quae lex, quae summa	Noori.	y jóvenes que tienen
voluntas,	Joilla ombi sydhen	el corazón tierno, los
Chare puer, praesens	toori.	mandamientos de Dios
cuncta libellus habet.	Jumalan keskyt, ia	y su voluntad, ustedes
Hunc lege, qui verae	mielen.	que conocen la
pietatis amore teneris,	Jotca taidhat Somen	lengua finesa. [...]
Coelestique cupis	kielen.	
complacuisse patris ⁵ [...]	[...]	

Este poema, que Agricola tradujo en rimas encadenadas con el fin de facilitar la memorización, fue el primer poema rimado en lengua finesa. Los versos de la poesía folclórica estaban basados en la aliteración. Los

5 “Querido hijo, este libro contiene todos los mandamientos, las leyes y la voluntad suprema de Dios. Léelo, tú que amas la piedad verdadera y que quieres complacer a Dios”.

fragmentos en prosa del *Abecedario*, el Credo, por ejemplo, se redactaron en una lengua muy impregnada por las lenguas de origen, influencia que fue particularmente visible en el plano de la sintaxis. Al parecer, Agricola no pudo librarse siempre de las estructuras germánicas o latinas y descuidó el principio de aglutinación del finés, optando por formas adverbiales corrientes en las lenguas germánicas. De esta manera, escribió: “*uskoa Jumalan päälle*” (“creer sobre Dios”), forma adverbio-preposicional inútil en finés, ya que esta lengua recurre normalmente a los sufijos. En cuanto al orden de las palabras, toma el del latín, el cual le da al texto finés un tono lírico, demasiado solemne (incluso para un texto de carácter religioso): “*Luoja taivaan ja maan*” viene del latín “*Creatorem caeli et terrae*” (“Creador del cielo y la tierra”), mientras que en finés estándar se utiliza el orden inverso: “*Taivaan ja maan Luoja*” (“Del cielo y la tierra Creador”).

Agricola no se proclamó como maestro en el arte de traducir; simplemente, explicó sus propios criterios al realizar las elecciones lingüísticas y exegéticas y al juzgar la interpretación que le dio a sus fuentes; es un “traductor humanista” (Tarkiainen y Tarkiainen, 1985: 151). Del mismo modo, manifestó un carácter abierto e independiente; se sabe que era calmado y moderado por naturaleza, y algunos autores consideran que era prudente y conservador. Agricola no hizo desaparecer por completo las huellas de la fe católica que había reinado en Finlandia durante casi cuatrocientos años; en su *Abecedario*, incluyó por ejemplo una oración, “Salutación de un Ángel”, que es, de hecho, un “Ave María”, excluida, no obstante, de los ritos luteranos. Conservador o no, Agricola supo mostrarse sensible a los deseos de sus fieles, muchos de los cuales habían permanecido devotos a las creencias de la Iglesia católica.

El *Breviario*

El *Breviario* (1544) es una verdadera obra de erudición. El obispo Jaakko Gummerus, especialista en la vida y obra de Agricola, demostró hasta qué punto el subtítulo del libro describe perfectamente el contenido: “Recopilación de varias obras” (“*monesta... cokoopoymettu*”). Para realizar esta obra de traducción-redacción, Agricola dispuso de unos veinte breviarios extranjeros, de obras de humanistas, de católicos, al igual que de reformadores. Incluso pudo consultar un breviario francés y otro italiano, aunque en versiones latinas.

En el prefacio, que muestra las cualidades de su estilo y la originalidad de su pensamiento, Agricola exhortaba a la oración, ponía en guardia contra la pereza y la negligencia, e incluso se adelantó a las críticas. Su lengua imaginativa y vigorosa recuerda el estilo vivo de Lutero, aunque con menos vehemencia. He aquí una muestra tomada de Juvelius (1928):

Poema de Agricola

Ne sydämet ovat juuri kovat
 Kuin ei näistä rukoella tahtoo,
 laiska ja riettais hän olla mahtaa.
 Silloin taas HERRA hengens
 maistaa,
 koska hän pyhäins rukouksen
 Haistaa.

Versión española en prosa

Duros son estos corazones que no quieren decir estas [oraciones], perezoso y lascivo es ciertamente aquél. Pero el SEÑOR goza su espíritu cuando siente el olor de las oraciones de sus fieles.

La imagen de las oraciones cuyo “olor” sube hasta el Señor, así como la imagen de Dios que “saborea” su (propio) espíritu, parecen extrañas para el finlandés moderno. Agricola presentó metáforas demasiado concretas y fuertes para el gusto de los lectores contemporáneos, pero el estilo correspondía al espíritu del Renacimiento y a la ideología de los reformadores: dar al pueblo escritos religiosos en su lengua y adaptados a su sensibilidad. Por otra parte, para traducir el “pan de cebada”, Agricola utilizó la palabra finesa *rieska*, que designaba el pan más común y más primitivo en el folclor finlandés. El pueblo estaba representado como el “rebaño” del Señor, y el mal sacerdote era comparado con cierto tipo de “ogro”. Estas fuertes imágenes tenían el mérito de ser comprendidas claramente por las personas comunes.

Agricola consagró algunos versos del prefacio a su trabajo de traductor. Como la mayor parte de los traductores, reconocía que conservar intacto el original es una tarea imposible. Él “reformula de otra manera”; él “contrae, agrega y suprime” palabras y pasajes. Una traducción es, a sus ojos, “más ligera” que la original; la obra terminada permanece siempre “inacabada”. A los críticos les dice claramente: “Antes de criticarme, traten ustedes mismos de traducir. Verán que es una ardua tarea”.

El *Breviario* contiene también un “calendario” inspirado en el calendario sueco, que detalla los trabajos que se deben realizar en cada estación, así como veintinueve cánticos traducidos en prosa. Luego de los servicios religiosos, los sacerdotes tenían la costumbre de cantar textos latinos redactados en prosa, por ejemplo, de extractos de la Biblia; Agricola les ofreció, entonces, la posibilidad de hacerlo en finés. Algunas traducciones en rima se retomaron casi en su totalidad para los salterios posteriores, y todavía se encuentran en uso. De igual forma, las versiones en prosa sirvieron especialmente a los autores de los cánticos modernos. Para terminar, el *Breviario* contiene una parte “enciclopédica” más o menos científica, donde Agricola trata temas de biología, medicina, astrología y psicología, así como del folclor finlandés, el cual impulsó en varias obras y le agregó informaciones de su propia cosecha.

Por otra parte, su actitud tolerante se traslucía cuando daba consejos pertinentes sobre las prácticas a respetar durante la cuaresma, la cual todavía no había sido rechazada por la Iglesia protestante. Con respecto a las mujeres, Agricola era moderno al recomendar, lo mismo que Lutero, que se fundaran escuelas exclusivas para ellas. Precisaba que estas instituciones debían tener en cuenta el contexto particular de Finlandia, inclusive el de la lengua que allí se hablaba (Tarkiainen y Tarkiainen, 1985: 88). En resumen, esta obra recuerda los manuales redactados a la usanza de los sacerdotes católicos de la Edad Media. El *Breviario* de Agricola constituye la primera enciclopedia finlandesa (Juvelius, 1928: 191).

El Nuevo Testamento: obra maestra del traductor

Después de haberse ejercitado con libros de composición libre, Agricola acometió la traducción del Nuevo Testamento (1548), labor de una envergadura que le exigiría gran rigor intelectual y mucha disciplina. Al contrario de Lutero, Agricola no tuvo que luchar para hacer aceptar su proyecto reformista; tampoco corrió el riesgo de ser acusado de herejía traduciendo al finés las Santas Escrituras. No puso entonces su vida en peligro, como fue el caso de varios traductores de esta época; tampoco padeció el destino trágico del inglés William Tyndale, que pereció en la hoguera en Vilvorde (Bélgica) en 1536, por haber traducido la Biblia. Por el contrario, la traducción del Nuevo Testamento al finés fue un trabajo apoyado por las autoridades tanto civiles como eclesiásticas; tampoco tuvo que defender su manera de traducir, como fue el caso de san Jerónimo (*De*

optimo genere interpretandi / De la mejor manera de traducir) o de Lutero (*Sendbrief vom Dolmetschen* / Epístola sobre la traducción, y *Summarien über die Psalmen und Ursachen des Dolmetschens* / Defensa de la traducción de los Salmos).

Agricola indicó en su prefacio que su traducción había sido realizada “en parte según el libro griego, en parte según los libros latino, alemán y sueco”. Con certeza, no se puede tomar esta afirmación al pie de la letra. Los especialistas han comprobado que el traductor se sirvió de una versión griega, de la *Vulgata*, de la versión latina de Erasmo, de la traducción alemana de Lutero, del Nuevo Testamento en sueco de Olaus Petri, y de una versión revisada de esta última traducción. Pero el traductor no siguió de manera servil ninguna de estas versiones, y ante sus ojos, ninguna tenía más autoridad que otra; simplemente, combinó elementos de cada uno de estos seis libros. Sus elecciones fueron personales, en la medida en que se puede ser personal traduciendo textos sagrados, y su marca es bastante visible en la traducción.

Al igual que otros traductores de la Biblia de su época, Agricola trabajó en solitario, mientras que, por el contrario, la traducción de la Biblia en nuestros días es un trabajo colectivo, la obra de un comité de expertos. Sin embargo, su versión superó el paso de los siglos y todavía es considerada como un monumento prestigioso de la lengua finesa.

Agricola no fue muy explícito con respecto a su metodología de traducción. De acuerdo con su propia declaración, tradujo “simplemente según las Escrituras” y de la manera “más comprensible” posible. Para deducir la metodología de sus trabajos es preciso hacer estudios comparativos, de los cuales pretendemos dar a continuación una breve idea.

Como ya lo habíamos dicho, la lengua escrita de la cual disponía el traductor no tenía toda la riqueza ni toda la flexibilidad que hubieran sido necesarias para realizar una tarea tan ambiciosa como la de traducir el Nuevo Testamento. Debido a estas circunstancias, Agricola tuvo que acuñar gran número de palabras, algunas veces con éxito. La lengua del Nuevo Testamento le planteó arduos problemas. Evidentemente, se podían traducir algunas palabras especializadas del lenguaje bíblico, porque antes de Agricola ya se habían traducido fragmentos de las Escrituras al finés; sin embargo, quedaban numerosas dudas por resolver. En consecuencia, se

cuentan por centenas los neologismos introducidos por Agrícola al finés, entre ellos: espiritual, modelo, conciencia, maná, incienso, secta, letra (del alfabeto), par, prefecto, maldito, humano, violencia, prefacio (Hakulinen, 1960). Las creaciones lexicales tomadas prestadas del sueco no fueron siempre tan exitosas, como sí lo fueron las adoptadas del fondo dialectal finés. Esto no impide que, en su conjunto, “los méritos de Agrícola en su calidad de forjador de palabras sean extraordinarios” (Ojansuu, citado en Juvelius, 1928: 131).

La influencia de las lenguas extranjeras en el Nuevo Testamento es “tan evidente que incluso no hay necesidad de remitirse a los textos de partida para identificarlos” (Itkonen-Kaila, 1994: 1). De hecho, la versión de Agrícola está salpicada de interferencias, de sobretraducciones, de estructuras inusitadas y de numerosas infracciones a la sintaxis del finés. Al no poder referirse a ningún modelo literario finés, Agrícola parece haber abusado de la famosa *Fügsamkeit* (flexibilidad) de las lenguas, predicada por Goethe y los románticos alemanes. ¿Quería innovar en el plano lexical y sintáctico? De cualquier manera, no todas sus “innovaciones” resistieron la prueba del tiempo. Fue en vano, por ejemplo, que hubiera tratado de imponer la voz pasiva bajo la influencia de las lenguas germánicas y romances. Agrícola utilizó la voz pasiva como figuraba en los textos de partida, doscientas veces en total. “Cómo se hubieran facilitado la vida los traductores finlandeses si la voz pasiva se hubiera establecido en la lengua finesa”, reconoce Itkonen-Kaila (1994: 1). Pero las personas de habla finesa no llegaron a pensar “en pasivo”. No es entonces asombroso que dicha forma, a pesar de la necesidad que representa, no haya conseguido hacer su nido en la lengua finesa. La voz activa parece más natural para un finlandés. En el Evangelio de San Mateo (3, 6), Agrícola escribió: “*ja he kastettiin häneltä [...]*”, que traduce “y ellos fueron bautizados por Él [...]”. En finés moderno, esto se dice: “*ja hän kastoi heidän [...]*” (y Él los bautizó [...]).

Agrícola tampoco tuvo muy buena fortuna cuando trató de traducir las preposiciones alemanas o suecas por adverbios u otras expresiones analíticas, lo que va en contra del modo natural del finés, una lengua aglutinante. Así, Agrícola escribió: “*uskoa Jumalan päälle*” (creer Dios en) bajo el modelo alemán “*an Gott glauben*” (en Dios creer) y sueco “*tro pa Gud*” (creer en Dios), cuando en finés estándar es conveniente escribir: “*uskoa Jumalaan*”. En lo que concierne a las estructuras sintéticas, el finés está

más próximo del griego y del latín que del alemán y del sueco. Esta lengua puede utilizar en ocasiones giros nominales y participiales e inclusive la coordinación y la subordinación. Agricola abusó de frases condensadas que encerraban nominalizaciones y proposiciones participiales. Para un lector moderno, estas formulaciones, o son difíciles de comprender, o parecen poco naturales.

Después de haber terminado su gran obra de traducción, Agricola estaba muy consciente de que su trabajo despertaría críticas, a pesar del tiempo, energía y dinero invertidos en esta labor titánica.⁶ En su prefacio, trató de prevenir los golpes justificando la utilidad de su empresa. Recordó que por primera vez los finlandeses podían tener acceso a las Santas Escrituras en su propia lengua. Incluso, culpó al clero, a quien acusó de no conocer bien el latín y de no haber seguido la exhortación de san Pablo, quien en la primera epístola a los Corintios (14, 1-25) dice que es necesario hablar al pueblo, pero no “en lenguas”, sino de una manera que le sea inteligible. Los sacerdotes no podrán disimular más su pereza y pretender no conocer suficientemente las lenguas, porque “el Nuevo Testamento”, escribió Agricola, “es en lo sucesivo interpretado con sencillez, según el texto, como lo escribieron los evangelistas”. Y el traductor añadió:

Puede ser que algunas palabras parezcan extrañas y desconcertantes en un principio, pero con el tiempo y a fuerza de escucharlas, se volverán agradables al oído. Que los críticos omniscientes que tengan algo que objetar a esta traducción, se acuerden de estas palabras de san Jerónimo: “*Simplex translatio potest errorem habere, non crimen*” (“Una traducción puede contener faltas, pero jamás crímenes”).

De hecho, recibió muchos reproches con respecto a algunos detalles. Aunque algunos eran justificados, las críticas pierden su agudeza si se tiene en cuenta el tamaño de la tarea realizada. Agricola dijo en su prefacio que asumía la completa responsabilidad de su trabajo, y se ocupó de justificar sus elecciones y sus ideas. Afirmó, por ejemplo, haber tratado de crear un finés estándar, una lengua nacional, por lo que privilegió el dialecto hablado en Turku y en los alrededores, ya que esta región, la más antigua del país en ser

6 El 2 de diciembre de 1552, Agricola escribió en una carta dirigida a su mecenas sueco Georg Normann: “*Ego autem, tametsi multo iam tempore hoc saxum-voluens, videar ad fabulam Sisyphi [...]*” (“Pero yo, rodando durante mucho tiempo este peñasco, me parezco a ese Sísifo mítico [...]).

cristianizada, se había convertido en el centro eclesiástico y administrativo de Finlandia.

El Nuevo Testamento se imprimió en definitiva en 1548, en su totalidad a expensas de Agricola. No se sabe con seguridad si el traductor consiguió organizar una colecta en las parroquias antes de que el rey consintiera entregarle una gratificación. De todas maneras, el manuscrito salió de Turku por el Mar Báltico, y llegó a Estocolmo, la capital del reino, donde se encontraba la única imprenta de Suecia y Finlandia. Afortunadamente, el barco no naufragó ni fue atacado por piratas. El colofón se formuló de la siguiente manera: “Interpretado en Turku, Finlandia, pero impreso en Estocolmo, a cargo de Amundi, hijo de Lauritza [...]”. La obra está acompañada por magníficas ilustraciones, algunas de las cuales son originales.

De los quinientos ejemplares impresos, menos de un centenar se han preservado hasta nuestros días. El mejor conservado se encuentra en la Biblioteca Nacional de Francia, en París. Lleva una inscripción en tinta roja escrita por el propio Agricola, redactada en un estilo adornado, característico de las dedicatorias del siglo XVI. Martti Parvio, uno de los grandes admiradores del traductor de Turku, escribió que “su mano tiembla”, cada vez que abre esta preciosa reliquia (Parvio, 1968: 23).

Los libros litúrgicos

Una vez impreso el Nuevo Testamento, Agricola se dedicó a traducir y a adaptar los libros litúrgicos de la Iglesia reformada (1549). Lutero había conservado buena parte de la misa católica cuando proyectó su *Deutsche Messe* (Misa alemana) en 1526. La Iglesia sueca había seguido su ejemplo, y en 1531 instauró una nueva misa, que se celebraba en su mayor parte en la lengua del pueblo. Fue necesario esperar hasta 1549 para que Finlandia reformara sus prácticas litúrgicas, y Agricola hizo su contribución una vez más. Adaptó en total tres libros: un libro de misa, un *Manual* y una *Pasión de Cristo*.

Desde hacía mucho tiempo, los ritos de la misa y de la comunión traían consigo explicaciones y leyendas en finés, para no aburrir demasiado al pueblo durante los extensos oficios que se desarrollaban en latín. Agricola poseía ya estos fragmentos cuando se dedicó a redactar sus instrucciones y su libro de misa. La misa no había sido celebrada en su totalidad en finés,

pero en su condición de reformador moderado, Agricola aceptó el principio de que se pudiesen utilizar diferentes lenguas en el curso de las ceremonias. Tradujo entonces al finés fragmentos de la misa y algunos cánticos, lo cual no fue del agrado de los sacerdotes conservadores.

Como ya se había mencionado, la tarea de reformar los ritos y el contenido de las ceremonias religiosas en Suecia fue confiada al traductor Olaus Petri en 1529, mientras que Finlandia sólo tuvo su nuevo *Manual* veinte años más tarde. Este libro reemplazó el *Manuale Aboense* de la Iglesia católica, en uso apenas desde 1522. Los rápidos y pacíficos progresos de la Reforma luterana en Finlandia produjeron este cambio obligatorio. Agricola fue invitado a concebir las nuevas ceremonias inspirándose en las obras de Olaus Petri, de Lutero, y de su compatriota Caspar Huberinus. Se cree que Agricola utilizó traducciones más antiguas, por ejemplo, cortas fórmulas en finés que datan de la Edad Media y que la Iglesia católica había juzgado conveniente incluir en sus ceremonias en lengua latina. Estos pasajes servían para explicar el sentido de la ceremonia a los padrinos en el bautizo de un niño, o a los futuros esposos. Desde hacía mucho tiempo, el clero había sentido la necesidad de disponer de estos textos en finés; incluso, un sacerdote había realizado una traducción, pero no se disponía de una impresión de este trabajo (Juvelius, 1928: 117). Se cree que Tuomas Keijoi, director de la Escuela de Turku, habría traducido fragmentos del *Manual*, los que hubieran servido de inspiración a Agricola para sus propias traducciones, aunque con algunas modificaciones, ya que Keijoi era un traductor con tendencias más conservadoras (Tarkiainen y Tarkiainen, 1985: 205). Sea como fuere, esta pequeña obra brinda informaciones útiles a los feligreses: trata del matrimonio, del bautismo, del papel de los padrinos, y de la muerte, incluso de la muerte de aquellos que iban a ser “cortados” o “ahorcados”, como dijo Agricola.

La tercera obra de instrucción traducida por Agricola en 1549, fue una *Pasión de Cristo* (“*Se meiden Herran Jesusen Christusen pina*”). Lutero había querido que la Pasión fuera conservada en forma purificada en la Iglesia reformada. Durante mucho tiempo se trató de saber si la *Pasión* de Agricola había sido traducida de la *Pasión* sueca o de varias fuentes, o, aun más, si era una composición original realizada directamente a partir de la propia traducción de los Evangelios. Simo Heininen pudo establecer, fuera de toda duda, que “La pena de nuestro Señor Jesucristo” se realizó a partir de la

pasión de Johann Bugenhagen, amigo de Lutero y profesor en Wittenberg (citado por Tarkiainen y Tarkiainen, 1985: 212-213).

Los Salmos de David, o la prueba de la traducción poética

Al igual que Martín Lutero, Agricola consideraba que aunque los Salmos representan la quintaesencia de la poesía bíblica, también podían ser útiles para la educación religiosa y moral. En consecuencia, fueron traducidos antes que cualquier otro libro del Antiguo Testamento. Agricola ya había traducido cuarenta y un salmos para su *Breviario*. ¿Obtuvo ayuda para traducir los otros? Es difícil saberlo. Se sabe, sin embargo, que los Salmos se dieron a traducir en 1551 como ejercicio de lenguas a los alumnos al cuidado del director, llamado “rector” en esa época, de la escuela de Turku, Paavali Juusten. Este se habría mostrado decepcionado al no ver figurar su nombre al lado de Agricola en la versión impresa. Sin mencionar nombres en forma explícita, Agricola dejó entender que podía haber tenido ayuda, ya que dijo en el poema de introducción a los salmos: “*Muistas sis Rucollesas heite, jotca Tulkizit Somexi neite*” (“Pronunciando tus oraciones, no olvides a aquellos que las interpretaron en finés”). Agricola utilizó el plural a lo largo de todo el poema.⁷

De todos modos, los Salmos en finés están muy marcados con el sello de Agricola. El traductor aprovechó la ocasión para corregir los que había incluido en su *Breviario*, prueba de su perfeccionismo y de su preocupación por la exactitud. Su nueva versión es “más clara y más conforme al original” (Tarkiainen y Tarkiainen, 1985: 224). Sin embargo, lo que ganan los salmos en precisión lo pierden en colorido; las imágenes son menos fuertes y la lengua se suaviza por la eliminación de palabras dialectales. “Temblar” se reemplaza en el *Breviario* por “tener miedo”; “arrugar su nariz” por “anunciar su desprecio”; “aullar” por “gritar”; “boquiabierto” por “abierto”. Agricola reemplazó también palabras más concretas y onomatopéyas por fórmulas más neutras: “las bocas fabrican bellas palabras” se convierte simplemente en “hablan”. ¿Por qué estas modificaciones? ¿Cambio de finalidad de la traducción? ¿Presiones sociales? ¿Nueva estrategia estilística? ¿Deseo del traductor de emplear un lenguaje menos evocador?

7 Cien años después de la aparición del Nuevo Testamento, el Comité de traducción de la Biblia no hizo la menor alusión a Agricola y a sus méritos, a pesar de que sus miembros se apoyaron bastante en su trabajo.

A pesar de este trabajo de revisión, existen en los Salmos varios errores de traducción que no han escapado a los críticos. En el Salmo 2, por ejemplo, “el Señor se burla de ellos”, se convierte en “el Señor escupe sobre ellos”. Esta “perla” que se llama “flor de traducción” en finés, es un falso cognado: en alemán, *spotten* significa “burlarse”, mientras que en sueco *spotta* quiere decir “escupir”. En la línea del Salmo 18 en donde se habla de “aliento exhalado de tu nariz”, la traducción finesa menciona “la exhalación y el ronquido de las ventanas de la nariz” de Dios... Igualmente, “el florero de grandes fondos” del Salmo 40 se transforma en “fango merdoso”, registro que no conviene a una poesía bíblica...⁸ Lo cierto es que estos errores se publicaron, ya sea que se imputen a Agricola, al rector Paavali Juusten o a los alumnos “subcontratistas”.

Por otro lado, la inexistencia de diccionarios obligó a Agricola a indicar, a veces al margen, su desconocimiento en el significado de esta o aquella palabra. A propósito de *kezia*, escribió con toda franqueza: “¿Kezia? Ignoro lo que significa. Algunos hablan de planta” (Tarkiainen y Tarkiainen, 1985: 232). Agricola conocía muy bien los dioses paganos de la antigua mitología finlandesa, y en su prefacio de los Salmos ofreció una lista precisa de dichos dioses. Este inventario, el primero en su género impreso en Escandinavia, se convirtió en una fuente valiosa de información para los investigadores. Entre muchos otros, Agricola presentó allí a Ahti (el Neptuno finlandés), dios de las aguas, a Kekri, dios de la fertilidad, y a Tapio, dios de las selvas.

A pesar de tener todas las razones para creer que la traducción de los Salmos fue el resultado de un trabajo a varias manos, se sabe que Agricola fue el director principal de la obra y quien efectuó todas las diligencias ante las altas instancias con miras a su publicación. El permiso para imprimir el libro no tardó en serle concedido, y el propio rey se sintió honrado al ver, por primera vez, su escudo en el dorso de la página principal de una traducción de Agricola.

Los Profetas

El año 1551 fue uno de los últimos en los cuales Agricola pudo consagrarse de manera exclusiva a la traducción. Dos acontecimientos, ajenos a su voluntad, le impidieron posteriormente realizar su gran proyecto

8 Todos estos ejemplos provienen de Tarkiainen y Tarkiainen (1985: 1231).

de traducir la Biblia en su totalidad. Una sucesión de calamidades se abatió sobre el reino. En 1552, la cosecha fue una pérdida total y la hambruna reinaba en todo el país; el mismo año, un violento incendio devastó gran parte de Turku; tres años más tarde, estalló la gran guerra contra Rusia. Además, a partir de 1554, año en el cual Agricola fue nombrado obispo de Turku, las obligaciones de su nuevo cargo y los viajes agotadores que debía hacer, tanto en su diócesis como en el extranjero, no le permitieron mucha tranquilidad.

Sin embargo, antes de silenciarse, el traductor tuvo tiempo de ofrecer a los finlandeses otro fragmento de la Biblia. De hecho, durante los meses de junio a diciembre de 1551, terminó la traducción de algunos pasajes del Pentateuco, de los libros de Josué, de Jeremías, de Ezequiel, de Daniel, y de todos los profetas menores. Su manuscrito estaba compuesto por 350 páginas. La necesidad de esta traducción era apremiante: el clero y los feligreses carecían de documentación religiosa y de libros de enseñanza. Al no poder traducir todo el Antiguo Testamento, Agricola seleccionó los pasajes que juzgó más útiles y trabajó con gran rapidez. Es posible que haya podido contar con la ayuda de uno de los clérigos que también había estudiado en Wittenberg, aunque su nombre no figura en la versión impresa.

Agricola tradujo sólo los textos que no eran “demasiado difíciles ni demasiado extraños”, y que al mismo tiempo, constituyeran a sus ojos la “médula” del Antiguo Testamento. Pero sus elecciones, sus supresiones y sus modificaciones traicionaban su posición religiosa desde el punto de vista dogmático. Para Agricola, la gracia divina estaba en el centro mismo de la religión. De hecho, la elogia comparándola con el “sol de la primavera”. No fue tan pesimista como Lutero y no denunció con tanta fuerza la decadencia de las costumbres de su época. Igualmente, rehusó ver en el jefe de la Iglesia de Roma un anticristo (Tarkiainen y Tarkiainen, 1985: 241-243). Los libros de los Profetas fueron sus últimas traducciones.

Conclusión

Para los finlandeses, Agricola es un personaje cautivante, aunque algo misterioso y difícil de abordar. De cualquier manera, se le pueden atribuir las cualidades que Lutero reconocía a los buenos traductores de la Biblia:

La traducción no es un arte accesible a todos, como lo piensan los fieles imprudentes, ya que para traducir bien, es necesario un corazón justo,

ferviente, fiel, diligente, piadoso, cristiano, sabio, talentoso y experimentado (citado en Delisle y Woodsworth, 1995: 62; [2005: 41]).

Después de haberse agotado durante una veintena de años en los campos literarios de Finlandia, Agricola, “el cultivador”, dejó en herencia a sus compatriotas una Iglesia reformada, una lengua literaria y una Biblia casi completa en finés. El reformador, el fundador de la cultura de habla finesa y el más grande traductor de Finlandia merece la veneración de la cual es objeto desde hace más de cuatrocientos años. Se erigieron estatuas en su honor en Viborg, Turku, Lahti y Pernaja; iglesias, calles, plazas, sociedades y fundaciones llevan su nombre; el 9 de abril se dedica a su memoria –*Agricolan päivä*–; se izan banderas en su nombre. Así mismo, el premio Agricola se otorga cada año al mejor traductor literario de Finlandia.

El traductor de Turku abrió todo un universo de conocimientos a sus conciudadanos. Importó a su lengua no solo palabras nuevas, sino también nociones nuevas. Gracias a Agricola, la lengua finesa pudo dar pruebas de su capacidad para expresar conceptos religiosos e ideas abstractas. El reformador se convirtió en humanista. En una época en la que Europa vivía una explosión de conocimientos ampliamente difundidos por la imprenta y las lenguas vernáculas, Agricola contribuyó con su oficio de traductor a ese mismo papel civilizador en su país natal. En cierta medida, fusionó la lengua finesa con las principales lenguas de Europa, y enriqueció el finés “transplantándole las grandes tradiciones de las lenguas literarias occidentales” (Alhoniemi, 1995: 2). Agrícola logró en Finlandia lo que los poetas de la Pléyade y los traductores científicos del Renacimiento realizaron en Francia.⁹

El finés es una lengua bastante particular, pero como cualquier otra lengua, ha experimentado influencias extranjeras. Agricola pudo demostrar toda su flexibilidad, al ser el primero en exponer la lengua a la “prueba de lo extranjero”. Fue necesario esperar hasta el siglo XIX para que su ejemplo fuese imitado y que el finés intentase de nuevo independizarse de la influencia

9 “Para traducir obras que han disfrutado de prestigio, autoridad o simplemente amplia distribución [...], el traductor confiere credibilidad en el texto de la lengua de destino y en la propia lengua de destino. [...] La traducción es una manera de fortalecer la cultura y el lenguaje de las minorías, de ayudar a asegurar su supervivencia y, en consecuencia, de fomentar la identidad nacional” (Woodsworth, 1996: 235).

sueca. La aparición del partido “nacionalista finés”¹⁰ contribuyó a dar un desarrollo sin precedentes a la literatura nacional. La obra vanguardista, aunque de carácter religioso de Agricola, permaneció durante casi tres siglos como el único faro de la civilización finlandesa. Aparte de las canciones, los poemas y los cuentos folclóricos, no existían otros géneros literarios diferentes del género religioso. La novela y el teatro dramático solo hicieron su aparición hasta el siglo XIX.

El lenguaje bíblico forjado por Agricola tuvo una influencia incomparable sobre los finlandeses. “Durante la dominación sueca, la influencia de la Biblia sobre nuestra lengua fue igual o quizá más fuerte que la de la televisión en nuestros días”, afirma el profesor Osmo Ikola (1992: 51). La obra del más grande escritor finlandés, Aleksis Kivi (1834-1872),¹¹ se caracterizó por una fuerte marca del lenguaje bíblico. La lengua diaria también está repleta de palabras, de expresiones y de citas cuyo origen se debe buscar en la obra de Agricola. Su traducción y sus otras obras literarias no fueron simples “trabajos desechables”, sino palabras vivas cuyo eco resuena todavía en el habla de los finlandeses y en su literatura. La traducción más reciente de la Biblia, publicada en 1992, mantiene los giros heredados de Agricola. El Comité de traducción quiso conservar las fórmulas queridas y familiares para los finlandeses, a pesar de que puedan ser consideradas místicas, solemnes o arcaicas.¹²

La ortografía y la estructura de la lengua de Agricola envejecieron naturalmente, pero el contenido de sus traducciones y la manera de pensar la realidad son válidos todavía hoy en día. Esto se explica por el hecho de que Agricola quiso brindar al pueblo una Biblia redactada en una lengua que fuera cercana al lenguaje cotidiano. De esta manera, produjo una obra durable, capaz de resistir la prueba del tiempo: el alma de la gente no

10 Dicese de un partido nacionalista de Finlandia que en el siglo XIX se opuso a la influencia sueca.

11 *Aleksis Kivi* (seudónimo de Alexis Stenvall) fue poeta, novelista y autor dramático. Alcanzó el éxito en 1860 con su tragedia en verso *Kullervo*, inspirada en el *Kalevala*. El 1864 publicó una comedia, *Les Cordonniers de la lande*, en la que describe con humor las costumbres del pueblo. También es autor de un drama, *Léa* (1869), y de la novela *Les Sept Frères* (1870). Murió dos años después de haber perdido la razón.

12 Incluso algunos de los miembros de este Comité reconocieron la importancia de la actividad traductora de Agricola: “Primero que todo, Agricola fue el traductor de la Biblia; pero de todos los estudios [que le son consagrados], muy pocos se manifiestan de manera justa sobre sus traducciones” (Harviainen, Heininen y Huhtala, 1990: 15).

envejece tan rápido como su lengua... Hubiera sido de muy distinta manera si los receptores de su obra hubieran sido nobles y aristócratas, y si hubiese empleado un estilo afectado, solemne y mistificante. El éxito duradero que obtuvo en Finlandia se compara con el triunfo de Lutero en Alemania y con el de William Tyndale en Inglaterra.

La autora de estas líneas habita la ciudad donde vivió Agricola. Para dirigirse a su lugar de trabajo, pasa delante de la estatua del traductor que se levanta a un costado de la catedral. El suelo que pisa y las baldosas sobre las que camina recubren los sitios donde, es permitido pensarlo, germinó la cultura de habla finesa: la Escuela Eclesiástica, la casa de Agricola, etc. Antes de atravesar el umbral del Centro de Formación de Traductores donde enseña, con frecuencia se le ocurre lanzar una mirada en dirección a la estatua. Los ojos del traductor, inmóviles y petrificados en el bronce, indefectiblemente desencadenan una infinidad de reminiscencias de un pasado tan lejano y, sin embargo, tan cercano...

Obras citadas y consultadas

- Alhoniemi, Alho, 1995, "Suomi eurooppalaistunut vuosituhansia", *Turun Sanomat*, 10 de enero, p. 2.
- Anttila, Aarne, 1926, *Johdatus uuden ajan kirjallisuuden valtavirtauksiin*, Helsinki, Werner Söderström.
- Ballard, Michel, 1992, *De Cicerón à Benjamín*, Lille, Presses Universitaires de Lille.
- Berman, Antoine, 1984, *L'Épreuve de l'étranger*, Paris, Gallimard.
- Delisle, Jean y Judith Woodsworth, 1995, dirs., *Les traducteurs dans l'histoire*, Ottawa, París, Les Presses de l'Université d'Ottawa, Unesco.
- _, dirs., 2005, *Los traductores en la historia*, traducción al español de Martha L. Pulido et ál., Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.
- Hakulinen, Lauri, 1960, *Handbuch der finnischen Sprache*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz.
- Harviainen, Tapani, Simo Heininen y Aarre Huhtala, 1990, *Opi nyt vanha ja nuori, Mikael Agricola ja nykyaika*, Helsinki, Otava.
- Heininen, Simo, 1992, "Mikael Agricolasta vuoden 1642 Raamattuun". En: *Biblia 350, Suomalainen kulttuuri*, Helsinki, SKS.
- Hoof, Henri van, 1986, *Petite Histoire de la traduction en Occident*, Louvain-la-Neuve, Cabay.

- Ikola, Osmo, 1992, "Raamattuun vaikutus kirjasuomeen", en: *Biblia 350*, Suomalainen kulttuuri, Helsinki, SKS.
- Itkonen-Kaila, Marja, 1994, "Miten Mikael Agrícola käänsi Raamattua?", *Kääntäjä-Översättaren*, Helsinki, núm. 10.
- Jeannin, Pierre y Jean-Paul Clébert, 1956, *Histoire des pays scandinaves*, Paris, PUF, col. "Que sais-je?", núm. 704.
- Jutikkala, E y J. Pirinen, 1996, *A History of Finland*, traducción de P. Sjöbom, Helsinki, Werner Söderström.
- Juvelius, Einar W., 1928, *Suomen kansan aikakirjat. Osa 2, 1521-1617*, Helsinki, Otava.
- Laitinen, Arto, dir., 1984, *Sana palaa lähteelleen*, Pieksämäki, Kirjapaja.
- Laitinen, Kai, 1981, *Suomen kirjallisuuden historia*, Helsinki, Otava.
- Lambert, José, 1993, "History, Historiography and the discipline. A programme", en: Yves Gambier y Jorma Tommola, dir., *Translation and Knowledge, Scandinavian Symposium on Translation Theory*, Turku, Grafia Oy.
- Lehikoinen, Laila y Silvia Kiuru, 1991, *Kirjasuomen kchitys*, Helsinki, HY, Suomen kielen laitos.
- Lehtonen, Mikko, 1996, *Merkitysten maailma*, Tampere, Vastapaino.
- Parvio, Martti, 1968, "Mikael Agrícola ja hänen Uusi Testamenttinsa". En: *Sananjalka, Suomalaisen Kirjallisuuden Seuran vuosikirja*, Helsinki, núm. 10.
- Qvale, Per, 1997, "The voice of the originator and the voice of the translator". En: *Kääntäjä-Översättaren*, núm. 6, Helsinki, pp. 1 y 3.
- Tarkiainen, Viljo y Kari Tarkiainen, 1985, *Mikael Agrícola, Suomen uskonpuhdistaja*, Helsinki, Otava.
- Traduction œcuménique de la Bible*, 1982, 2.^a ed., Paris, Alliance Biblique universelle, Le Cerf.
- Woodsworth, Judith, 1996, "Language, translation and the promotion of national identity", *Target*, vol. 8, núm. 2, pp. 211-238.

Anne Dacier, un espíritu moderno en el país de los antiguos*

Bruno Garnier**

Maestro de Conferencias

Institut Universitaire de Formation des Maîtres

Académie de Córcega

La traductora de quien nos proponemos trazar un perfil, es una figura fundadora y emblemática de la actividad en femenino de la que trata la presente obra: fundadora, pues bien parece que el femenino del sustantivo “traductor” fue empleado por primera vez a propósito de ella; y emblemática, porque permanece inseparable de la querrela de los Antiguos y los Modernos, que ella ilumina, a pesar suyo, publicando su *Iliada* en francés, en cuyo prefacio quería rehabilitar al poeta griego a los ojos de sus contemporáneos. Por una parte, inclinada, por así decirlo, hacia una posición conservadora, diríamos reaccionaria, al haber tomado partido por los Antiguos, en contra de la corriente de su época; por otra parte, aparece ante nosotros, valga la paradoja, como un espíritu fundador y no conformista, anticipándose al siglo de las luces y a aquel linaje de mujeres filólogas que florece en el siglo XX de manera notoria a través de Marguerite Yourcenar y de Jacqueline de Romilly. La paradoja no deja de empañar un poco la imagen de Anne Dacier.

* Traducido por Claudia Ángel G.

** Agradecemos a Jean Delisle por la revisión atenta de la lectura y las recomendaciones que amablemente hizo de nuestro texto.



Anne Dacier. “En el único retrato que de ella poseemos. Está representada ya mayor, el cabello arreglado hacia atrás y, debo confesarlo, un poco erizado, la frente alta, las cejas elevadas y bien dibujadas, la figura fuerte y plena, la nariz fuerte y grande, la boca cerrada y reflexiva, tiene orgullo en el porte y algo de espesor en la talla. Su fisonomía se presta poco a las sutilezas, pero en conjunto, ella respira en este retrato un aire de nobleza, da ardor serio y de bondad” (Saint-Beuve, “Madame Dacier”, artículo del 6 de marzo de 1854, reproducido en *Causeries de lundi*, París, 1851-1856. t. IX, p. 410). Foto: Bibliothèque nationale de France, 61B27564.

Juicios contradictorios

Llama la atención la disparidad de juicios que Anne Dacier (1647-1720) suscita. Sus traducciones de tres piezas de Plauto (1683) y de dos comedias de Aristófanes (1684) dieron lugar a grandes elogios, que son más meritorios aún si se tiene en cuenta que la traductora seleccionó estos autores contra el gusto del siglo. Escribe Charles Perrault:

Acaban de entregarnos las más bellas *Comedias* de Aristófanes, traducidas por una persona de mérito extraordinario, de quien podemos decir que si el francés es su lengua materna, el griego es la lengua paterna, ya que su ilustre Padre, quien conocía el griego perfectamente, tuvo el cuidado de enseñársela desde la cuna (1692-1697, II: 248).

Veinticinco años más tarde, *La Odisea*, última traducción al francés de Madame Dacier, fue objeto de dos artículos muy elogiosos en *Le Journal des Sçavants* (1717), en donde la versión es considerada “elegante y fiel”.

Montesquieu escribirá:

Madame Dacier [...] ha añadido, a todos los defectos de Homero, los de su intelecto, los de sus estudios y me atrevería a decir todos los de su género, a la manera de aquellas sacerdotisas supersticiosas que deshonoraban al dios que veneraban y que disminuían la religión a fuerza de aumentar el culto (1953).

En cambio, dice Voltaire: “quien no ha leído a Madame Dacier, no ha leído a Homero” (1785-1789, X: 353).

La crítica reciente también es polémica. Eric Foulon destaca la competencia de la traductora:

Lo prodigioso, aparte de una erudición enorme, de un saber inmenso —Madame Dacier es una de las mejores, si no la mejor filóloga de su generación—, es que ha sabido conservar la frescura juvenil, que es solo uno de sus encantos. Investigadora seria, estableció un método a la vez riguroso y flexible, de tipo científico, basado en el retorno a las fuentes (1993: 378).

Por el contrario, Noemí Hepp juzga severamente la traducción de Homero de Madame Dacier:

[...] el Homero de Madame Dacier es muy parcialmente un poeta de la Antigüedad, y tampoco es un poeta moderno, no tiene edad ni suelo en donde enraizarse. Surgido de perpetuas evasivas y de compromisos, no tiene ninguna vida propia (1968: 660).

Muchas de las apreciaciones sobre la obra de Anne Dacier carecen de análisis suficiente de los textos traducidos. La crítica, o bien se limitó a evaluar la calidad del trabajo de Dacier: desafortunadamente en este caso, los comentaristas adoptan implícitamente el principio de que una buena traducción publicada en el siglo XVII debía responder a criterios según los

cuales se les atribuía la marca de la época, de tal manera que todo parecía reducirse a una cuestión de gusto,¹ o bien se interesó por la recepción de las obras, que se inclina hacia la historia de las ideas más que hacia el trabajo de la traductora (es el caso de los estudios más recientes sobre Dacier).

Si nos interesamos por la operación traductiva, operación sobre los textos que son concebidos como mensajes destinados a un público lector determinado, en un momento y en un lugar determinados, dejamos de asignar a las traducciones antiguas el deber de respetar una verdad establecida en el texto fuente, del cual seríamos, actualmente, los únicos detentores. Para tratar de arrojar alguna luz sobre la obra de Anne Dacier, hemos decidido seguir la actividad de la traductora, para intentar comprenderla y caracterizarla, sirviéndonos de una tipología de traducciones contemporáneas.

Pero esto no es suficiente. También se debe buscar, en las traducciones de Anne Dacier, la manifestación de la traductora misma, ya que, en definitiva, con sus palabras nos comunica la obra que se dispone a traducir. Es aquí donde la vida del personaje puede aclarar su método, y es con este objetivo y no con la motivación de una biografía minuciosa, que quisimos articular la vida y obra de Madame Dacier en el presente retrato.

La influencia del padre

Gran parte de la vida de Anne Dacier fue dominada por la figura paterna.² No aprendió el griego y el latín en la universidad, sino con su padre, Tanneguy Le Fèvre, nacido en Caen, en 1615, profesor de la Academia de Saumur desde 1650 (Graverol, 1717). Esta universidad protestante, liberal y tolerante, de una proyección extraordinaria, atraía a Saumur a protestantes y católicos de toda Europa. Sin haberla frecuentado, Anne recibía a domicilio la doctrina de un verdadero humanista del siglo de René Descartes, que hoy en día denominaríamos un *pedagogo de lenguas antiguas*, autor de un método de aprendizaje del griego y del latín (Le Fèvre, 1672).

1 Que nos sea permitido agregar que las adquisiciones de la investigación en traductología penetran poco el círculo restringido de los filólogos helenistas y latinistas y que, recíprocamente, los helenistas y los latinistas se interesan poco en la recepción de las obras antiguas traducidas, que pertenecen al campo del estudio de la literatura de la lengua meta. En definitiva, los campos del saber universitario están tan divididos que el estudio de la traducción de textos antiguos es poco abordado.

2 Para los aspectos propiamente biográficos de este retrato, estamos en deuda con Eric Foulon (1993), cuyo artículo nos ha orientado hacia las fuentes de primera mano.

Nacida en Preuilly-sur-Claise, el 5 de agosto de 1647, hija de Tanneguy Le Fèvre y de Marie Olivier,³ Anne comenzó escuchando furtivamente las lecciones de humanidades destinadas a uno de sus hermanos menores. El descubrimiento del talento de su hija fue casi un azar; Tanneguy esperaba hacer de ella una mujer sabia, como lo indica en la siguiente carta a su amigo Pierre-Daniel Huet:

Mi hijo de trece años ha leído historiadores, conoce en su totalidad a Fedro, Terencio, la *Eneida* y Homero, las gramáticas griega y latina. Mi hija de 24 años estudia lo mismo que su hermano y nada más, pues hace solo tres años comencé a instruirla. Ella es muy modesta y no quiere que se sepa que conoce el griego y el latín [...] En realidad, es una de las lectoras más agradables que conozco (Le Fèvre, 1671).⁴

Pero el progreso de Anne fue tan rápido que en dos o tres años “de escolaridad con su padre, se vuelve su consejera, al punto de que él no hace nada sin comunicárselo a ella” (Titon du Tillet, 1732: 569). Pronto participaría en los debates del salón Le Fèvre, donde llamaría la atención por la pertinencia de sus intervenciones.

3 Su fe de bautismo, en la iglesia de la Reforma de Preuilly-sur-Claise, fue descubierta y publicada por Dubreuil-Chambardel (1900). Es entonces sin razón que se había atribuido primero la fecha de nacimiento en 1651, que es la de André Dacier.

4 Según esta carta, sólo a los 21 años Anne habría comenzado a recibir una educación letrada de parte de su padre, lo cual no tiene relación con el testimonio de Charles Perrault, ni con el “Elogio de Madame Dacier” ni con las hagiografías tradicionales de Madame Dacier, que más bien la presentan vinculada con el latín y el griego desde la cuna. No obstante, con el apoyo de la versión mencionada en la carta de Le Fèvre (aunque no esté autografiada) observaremos que: 1) la edad de 24 años en 1671, indicada para Anne en esta carta, concuerda con su fecha de nacimiento en 1647, cuyo registro fue encontrado en 1900 (véase la nota 5), mientras que la fecha de 1651 está muy anticipada a las hagiografías de Madame Dacier, por la confusión más o menos voluntaria con la fecha de nacimiento de André Dacier; 2) la edad de 13 años indicada para el hermano de Anne es precisamente la obtenida en 1671 por Le Fèvre, la cual señala que había nacido en 1658 (Santangelo, 1984: 41-42); 3) la formación intelectual de las jóvenes no se acostumbraba en aquella época, como lo hacen entender las diferentes modulaciones estilísticas de esta carta manuscrita (“nada más”, “solo hace tres años”, “ella es muy modesta y no quiere que se sepa”). Pensamos entonces que sin haberse apoyado de manera voluntaria en la ignorancia de las letras ni en general en las lecciones dispensadas a sus hermanos, Anne Dacier no comenzó tan joven como ellos el estudio sistemático de las lenguas y la literatura greco-latina. La idea de una pequeña hablando latín y griego desde la más temprana edad, sin duda agradó más el espíritu de los amigos y contemporáneos de Anne Dacier (tal vez agradó a la misma Madame Dacier) y más tarde a sus hagiógrafos, los mismos que hicieron olvidar su primer matrimonio con Jean Lesnier y el nacimiento de un hijo natural, como veremos más adelante.

En aquella época, una educación por fuera de las instituciones del saber implicaba casi necesariamente el no ocuparse de la iniciación a la crítica de textos, ciencia bastante aburridora que no era del agrado de un padre latinista aficionado o de un preceptor de calidad mediocre. En el caso de Madame Dacier, que practicaba la crítica sin haber estado jamás en la universidad, se trata de una excepción, ya que ella pudo aprender la crítica por su padre. Esta situación privilegiada le permitió, más adelante, dar a sus traducciones un fundamento filológico, que era bastante raro entre los traductores de su época.

Pero Le Fèvre se ocupó no solamente de la instrucción de su hija: dispuso también sobre su vida sentimental y material, casándola, a los 17 años, con Jean Lesnier, librero editor, ocho años mayor que ella, y que poseía bienes. La unión fracasó, y Anne, que disfrutaba más al lado de su padre que en el techo conyugal, visitaba con frecuencia su casa paterna, en donde no tardó en encontrar a André Dacier, estudiante recomendado a Tanneguy por Paul Pellison. André tenía 19 años, Anne, 23, y su complicidad no era solo intelectual. El autor de la *Bibliothèque Française* lo señala maliciosamente:

[...] según los rumores, ella había encontrado cierto Mérito que amaba y que no encontraba en el otro [Jean Lesnier]. Esto hizo comentar a algunas personas instruidas en el asunto, que Madame Dacier no se impacientaba en balde para justificar la conducta de Helena, pues trabajando en ella, compuso un remedio paliativo para aplicárselo a sí misma (Anónimo, 1723: 33).

Tanneguy, que apoyaba el amor de los dos jóvenes, fue cómplice de su relación, reparando con justicia la mala unión que había impuesto a su hija. De esta pasión nació en 1671 una hija, Marie, que André Dacier reconocería más tarde.

Así, antes de su muerte, ocurrida en 1672, a los cincuenta y cuatro años, Le Fèvre había entregado su hija a André, el amante y el filólogo que compartiría con ella el resto de sus días.

A la muerte del padre de Anne, la pareja salió de Saumur hacia París. Con el apoyo de Pellison y de Huet, penetró poco a poco en los círculos eruditos de la capital, adquiriendo una reputación. Charles de Sainte Maure, copreceptor del delfín, con Jacques Bénigne Bossuet, confió a Anne la edición de cuatro autores latinos: Floro (1674), Aureliano Victor (1681), Eutropo (1683) y dos historiadores apócrifos, Dictys y Darés (1680),

supuestos protagonistas de la guerra de Troya, en quienes el siglo XVI y parte del siguiente siglo verían dos testigos de los eventos más certeros de Homero. Para los tres primeros, Anne podía ayudarse de la edición de su padre (1672, 1671 y 1667, respectivamente). Ella también firmaba como Anna Tanaquilli Fabri filia (Anna, hija de Tanneguy), sopesando así el peso de su deuda. Estas obras tuvieron gran éxito, según el testimonio de Pierre Bayle en un artículo fechado en octubre de 1684: “he aquí nuestro género altamente vencido por esta ilustre conocedora, en una época en que muchos hombres no han producido siquiera un autor, ella ha publicado cuatro” (Bayle, 1716, II: 786).

Siguiendo siempre el gusto de su padre, quien le había inculcado su amor por la poesía griega (Le Fèvre, 1664), ella produjo una edición de Calímaco (1675), bien recibida por la crítica (*Le Journal des Sçavants*, 1675), con dedicación a su protector Pierre-Daniel Huet, en cuyo prefacio se puede leer esta nota: “no imaginas, oh lector, la pérdida que ha sufrido la república de las letras, con la muerte de mi padre”. Anne continuaba viviendo, evidentemente, bajo la sombra de Tanneguy, pero también a la de los protectores que él le había dejado.

La dedicación a Huet aparece como el reconocimiento a una colaboración, sobre la cual Madame Dacier suministra interesantes pruebas en su correspondencia. En particular, una carta fechada el 15 de diciembre de 1673 muestra que la filóloga enviaba, regularmente a Huet, las muestras de su trabajo, probablemente a solicitud del impresor:

[...] acabo de recibir una copia de mi Calímaco que me apresuro a enviarle: es la misma que usted tuvo la gentileza de ver, en la cual se encuentra una pequeña dificultad [...] le ruego me diga cómo debo hacer, su humilde servidora (Pélissier, 1894: 372).

A pesar de una notoriedad creciente, aquella que en ese entonces se hacía llamar “señorita Le Fèvre”, no tenía la seguridad personal ni la consistencia metodológica que le permitiera afirmar sus escogencias y cumplir un papel decisivo en la evolución de las formas de la traducción de los Antiguos.

La emancipación por el método: Anacreonte y Terencio

Entre tanto, las obras cultas de Anne y de André les abrieron puertas: nuevos apoyos y nuevas marcas de notoriedad logradas por méritos propios.

La reina Cristina de Suecia, impactada al recibir un ejemplar de su *Floro*, luego de Calímaco, escribe desde Roma a Anne un elogio donde demuestra su deseo de verla abjurar la fe protestante:

[¿]con qué secreto encanto habéis sabido acordar las Musas con las Gracias? Si pudierais atraer a esta alianza la fortuna, este sería un avance único, del cual no se querría saber más que la verdad, que no puede estar escondida por mucho tiempo a una muchacha que puede entretenerse con los santos autores en sus lenguas naturales (citada en: Malcovati, 1953: 21).

En 1679, a los 32 años, Anne fue elegida miembro de la Nobilísima Academia de' Signori Ricovrati de Padua, una de las academias más prestigiosas de Europa (Santangelo, 1984: 77-80). En 1682, André y Anne fueron presentados al rey.

En su vida personal, este período también estuvo marcado por la emancipación: en 1683, Anne Le Fèvre finalmente se casó con André Dacier, y al año siguiente, ella le dio un segundo hijo, un niño, legítimo en esta oportunidad. Nos gustaría agregar a estas señales de liberación frente al pasado, la conversión de la pareja a la religión católica en 1685, si el episodio no hubiera sido tan trágico y doloroso. La resistencia de Anne a las exigencias opresivas del rey en el momento en que algunas de sus amistades la habían comprometido en el asunto de los envenenamientos, estuvo a punto de ganarle una orden de arresto, de la cual la librarían sus poderosos protectores (Santangelo, 1984: 80-85). Por último, forzados por la Ordenanza del 31 de junio de 1682, a unas semanas de la revocación del Edicto de Nantes, la pareja Dacier y toda la población de Castres, donde se encontraban refugiados, abjuraron su fe. De regreso a París, la pareja recién convertida entró en gracia y el rey les otorgó a ambos dos pensiones, lo que provocó que los protestantes iniciaran una vigorosa campaña de desprestigio.

En este período de emancipación, acompañado de trifulcas, Anne publicó una serie de traducciones de gran valor: Anacreonte y Safo (1681), Plauto (1683), Aristófanes (1684), Terencio (1688), las cuales marcaron una etapa en la conquista de su especificidad de traductora. Convencida de su gusto, no dudó en entregar al público obras difíciles y desconocidas. Nos limitaremos entonces en particular a su traducción de Anacreonte y de Terencio, para tratar de sorprender, por así decirlo, a la traductora en su trabajo, antes de retomar la historia de su vida.

A pesar de haber escogido Anacreonte y Safo, dos autores sobre los cuales había trabajado su padre (Le Fèvre, 1664), la vemos aplicar un método personal que promete un enriquecedor futuro, con el que intenta conciliar la fidelidad al texto fuente con la recepción de un público lector mayor. Esta apertura de recepción de la traducción y esta limitación de la fidelidad textual en los principales aspectos de la obra fuente son las características de una categoría de traducción que hemos llamado la *traducción de información general*.⁵

Leamos primero un extracto de su prefacio:

Aunque mi traducción no tenga toda la belleza del griego, espero que esta no sea juzgada indigna del original, y que se vislumbrarán allí por lo menos sus principales rasgos, los cuales hasta el momento no se han precisado con verdadera claridad. [...] yo estoy en extremo apegada al griego y solamente me he alejado en las cosas que van totalmente en contra de nuestras costumbres, pero jamás se me hubiera ocurrido no advertirlo en mis comentarios, los cuales no hubieran sido tan extensos, si no hubiera creído que esta pequeña obra sería leída por aquellos que saben griego o que desean aprenderlo (Anacreonte y Safo, 1681).

El postulado inicial de la traductora es la ignorancia de los lectores de la lengua fuente y las referencias culturales de las cuales es portador el texto. La traducción de la Oda XIII y sus notas nos aclaran sobre la naturaleza de las escogencias hacia las cuales la conduce.

Dicen que el afeminado Atis se enfurecía tanto por el amor que sentía por la buena Cibele, que atravesaba bosques y montañas, y las hacía resonar con sus rugidos. Dicen que hay quienes entran en furor después de haber bebido el agua de la fuente de Claros, consagrada a Apolonio. Para mí, pleno de Baco, perfumado de esencias y colmado con los favores de mi amante, también consiento mi furia (Anacreonte y Safo, 1681: 68).

Madame Dacier, respetando los compromisos expresados en el prefacio, anotaba ella misma dos infidelidades en su original. Justificaba primero el

5 Hemos definido una tipología de las traducciones del griego antiguo en el siglo de las luces, que comprendía la *traducción de información general*, la *traducción-imitación* y la *traducción analítica en prosa* (Garnier, 1998), siguiendo parcialmente el método propuesto por Efim Etkind (1982: 207 y sig.). Veremos aquí que en la época de Anna Dacier se enfrentan dos métodos: la traducción-imitación, que fue practicada a lo largo del siglo XVII, y que utiliza muy libremente su fuente, y la traducción de información general, empleada por Madame Dacier como un compromiso entre la fidelidad literal y las tensiones de la prosa del arte francés. La traducción analítica en prosa, que es la forma de traducir de nuestras ediciones cultas, se remonta en realidad al último cuarto del siglo XVIII.

adjetivo “bueno” en su traducción imperfecta correspondiente a la palabra griega: “aparece en el griego: *La Bella*, pero tratándose de diosas, la palabra *bella* significa casi siempre buena, bienhechora, alma”.⁶

El adjetivo griego opone una resistencia semántica⁷ a la traducción. Cibeles, así calificada, no es solo físicamente bella, también es buena en el sentido del adjetivo latino *alma*, cuyo primer sentido “nutricia”, “maternal”, está de acuerdo con el origen de la bondad de Cibeles, diosa de la fecundidad. La palabra griega condensa la semántica de los adjetivos franceses “bella” y “buena”. Ante la ausencia de un adjetivo francés, la filóloga no quiso recurrir a los procedimientos imitativos de la metáfora y la circunlocución, los cuales pululaban en las *belles infidèles* (Ballard y D’Hulst, 1996: 113). Decidió traducir únicamente el sema de la bondad, reservando la explicación de la combinación belleza-bondad para la nota.

Este mismo pasaje da un ejemplo de otra causa de no traducción. Anne Dacier comenta así la segunda frase de la Oda XIII:

Dice en el griego: “Y los otros después de haber bebido a la orilla del Claros, del agua parlanchina de la fuente, la cual es consagrada a Apolonio, etc.” [...]. Aquellos que habían bebido del agua de esta fuente, se encontraban, a la vez, saciados de un furor divino, y profetizaban enseguida, por lo cual Anacreonte denomina esta agua *λάλον*, parlanchina. Creo que esta fuente estaba en un bosque consagrado a Apolonio, cerca de la ciudad de Colofón en Jonia, y me baso para esta conjetura en un pasaje de Tácito en el segundo libro de los Anales [...].

La explicación del ritual sacado de Tácito justifica el empleo del adjetivo *λάλον* en el texto fuente; pero el adjetivo “parlanchina”, propuesto en la nota en razón de su formación onomatopéyica como palabra griega, no figura en el cuerpo de la traducción. Si Anne Dacier relegó esta traducción literal a una nota es porque presenta una doble resistencia a la lectura: esta constituye una metalepsia (no es el agua la que habla, sino los que beben de ella), y la realidad que ella describe (el poder de profetización dado al bebedor) no puede apprehenderse sin una referencia a los saberes culturales externos

6 Dulce, buena, en latín.

7 La resistencia semántica de un enunciado a traducir se debe a las diferentes posiciones ocupadas respectivamente por los semantemas del texto fuente y por aquellos que el traductor sustituye en el texto meta, desde el punto de vista del movimiento de particularización comprometida por estos semantemas en cada uno de los idiomas. (Definición sacada del análisis guillaumiano; véase Guillaume (1945: 9)).

al texto. La aprehensión del sentido encuentra entonces el obstáculo de la metalepsia en la fase de discernimiento (operación por la cual el lector debe extraer una cosa en particular sobre la cual su mente se detiene –en este caso, “el agua que hace hablar”–); luego, el de la falta de referente cultural en la fase de entendimiento (operación por la cual el lector refiere el particular previamente extraído de una significación de alcance general –en este caso, el poder de profetización–).⁸ Ante dicha acumulación de dificultades, Madame Dacier omite el adjetivo incriminado del cuerpo de su traducción y hace una traducción en forma de nota.

Cuando la resistencia a la traducción reside solamente en la operación de entendimiento, Anne Dacier generalmente hace una traducción literal de su original y proporciona en la nota la información necesaria al lector. Tal es el caso en la siguiente cita de la traducción de los versos 173-174 de los *Adelfos* (Terencio, 1688: 291):

Latín (original)	Francés (traducción de Anne Dacier)	Español
SANNION: Quid tibi re me- cum est?	SANNION: Qu’avez-vous à demêler avec moi?	SINÓN: ¿Qué quiere usted aclararme?
ESCHINUS: Nil	ESCHINUS: Rien du tout	ESQUINES: Nada en absoluto
SANNION: Quid? Nostin’ qui sim?	SANNION: Comment? me connoissez-vous?	SINÓN: ¿Cómo? ¿Me conoce usted?
ESCHINUS: Non desidero	ESCHINUS: Je n’ai nul envie de te connoistre	ESQUINES: No tengo ningún deseo de conocerte

La nota a pie de página del original dice:

Nota: *Quid? Nostin’ qui sim?* ¿Cómo? ¿Me conoce usted? Donato hizo una observación de este verso que merece ser explicada [cita en latín]. “Sinón habla aquí adecuadamente, dada la respuesta de un hombre que no debe nada: ¿Me conoce él?. No se trata de que él sea un desconocido para aquel a quien habla, sino a que con toda justicia, no hay ninguna acción contra él”. Significa que los términos, ¿nostine? ¿nosti quid sim? son sacados de las costumbres del estrado donde, para decir que no se debía nada a alguien, se le decía: ¿me conoce usted?, porque no

8 Para una definición de los conceptos guillaumianos de *captación*, *entendimiento* y *discernimiento*, vease Boone y Joly (1996: 369-371 y 131-132).

hay nada que un acreedor conozca tan bien como a su deudor. Y la respuesta de Esquines, que no tiene ningún deseo de conocerlo, es casi lo mismo que si dijera: *no tengo deseo de preguntarte nada*. De esta manera, la sátira de este pasaje consiste en el equívoco de los términos, pero este equívoco no subsiste en la traducción, a pesar del esfuerzo de exactitud.

Madame Dacier, al traducir *¿Quid? ¿Nostin' qui sim? Por Comment? me connoissez-vous? (¿Cómo? ¿Me conoce usted?)* era consciente de que privaba a su lector del efecto cómico, debido al “equívoco” de los términos latinos en el vocabulario jurídico. En esta oportunidad, prefirió apegarse a su versión literal, desde que esta diera un sentido, así fuera opuesto a la comprensión del texto: en efecto, estaba en el límite del contrasentido, pues se aclara en una nota que los dos personajes se conocen muy bien.

Este respeto por las palabras del texto en contra del sentido hizo que descartara de su traducción, para poder dar respuesta a Esquines (“*Non desidero*”), la expresión: “No tengo ningún deseo de preguntarte algo”, que dio en una nota y que era mucho más fiel al sentido del texto que la traducción propuesta a su lector (“No tengo ningún deseo de conocerte”).

El apego de Madame Dacier al modelo de traducción erudita fundado sobre la construcción léxico-gramatical de la frase griega, que le hizo conservar la traducción literal a pesar de su infidelidad al sentido, muestra la aversión de la filóloga por los procedimientos imitativos, más aun si obedecían a una fidelidad de orden superior (como el de la situación cómica). Mantener u omitir una expresión difícil dependía entonces de la doble necesidad de corresponder al análisis filológico del texto fuente, y de producir un texto francés inteligible que, en todos los casos, respetara las costumbres de la prosa francesa.

Estos ejemplos de no traducción o de traducciones parciales ponen en evidencia el método de Anne Dacier, y en cierta medida, la deontología del trabajo de traductora que forjó con la madurez. Madame Dacier interiorizó la relatividad de las culturas, el respeto a la alteridad, la honestidad intelectual que consiste en traducir todo al lector. Algunos detalles concretos, que no se atrevió a traducir del todo, seguramente le interesaban, ya que daban testimonio de una cultura y de una época diferente a la nuestra. Considerando el conjunto traducción-notas, entendemos la dimensión de este estado intelectual que anuncia las traducciones analíticas en prosa a finales del siglo de las luces, en las cuales los traductores no dudaban en conservar

en el texto meta los trazos culturales originales del texto fuente (Garnier, 1998). Pero a finales de este siglo XVII nos encontramos concluyendo un movimiento totalmente opuesto, en el que los traductores practicaban la imitación creadora para forjar la prosa del arte francés en detrimento de la fidelidad. Procuremos entonces evaluar el aporte personal de Dacier en este período crucial, en el cual la traducción tiende a renunciar a la imitación para dar una información a los lectores sobre los textos de la Antigüedad.

La división del sentido restituído en el cuerpo de la traducción y en las notas, es el resultado de una tensión entre dos tendencias opuestas: primero, el doble rechazo de la naturalización del texto de llegada frente a un trazo cultural extranjero,⁹ y sobre el plano estilístico, el de la perífrasis que cumple una función metafórica. Entre tanto, este doble rechazo se enfrenta a otros imperativos. Hoy en día es difícil hacerse una idea, cuando se está escribiendo, de las tensiones de la escritura impuestas por la ortonimia (la adecuación inmediata de una palabra al ser que se está designando y a sus propiedades esperadas), por la ortosintaxis (adecuación de la función casual de los seres a la función sintáctica que les es asignada) y por la ortología del francés clásico (la adecuación inmediata de la representación mental que se ha forjado, a la “realidad” evocada en palabras –Chevalier y Delport, 1995: 87-111–). La traducción de la *Iliada* al francés, nos permitirá medir las consecuencias de estas tensiones.

La traducción de Homero y las tensiones de la ortología del francés clásico

Dentro de este conjunto de obras traducidas en los años ochenta del siglo XVII y el comienzo de la traducción de Homero, transcurrieron unos quince años. Este período fue menos fecundo que el anterior, y ciertos comentaristas ven en él una fase de declive (Santangelo, 1984: 328-329). Nos referiremos a una toma de distancia. Anne traducía poco, pero trabajaba, por primera vez con su marido, en una edición de Marco Aurelio (1691), luego en las seis *Vidas* de Plutarco (1694), dos de las cuales tradujo Anne. Esta última obra fue reeditada varias veces hasta finales del siglo XIX. Los rumores atribuían a Anne la parte fundamental de esta colaboración, si damos crédito a este jocoso epigrama atribuido al abad Tallemant:

9 Véase Claude Tatilon (1986: 26).

Cuando Dacier y su mujer engendran de sus cuerpos
 y de esta bella pareja nacen hijos,
 Madame Dacier es la madre,
 pero cuando engendran del espíritu
 y son sus hijos la escritura,
 Madame Dacier es el padre (Deschamps, 1889: 23).

Después de algunos años de colaboración entre los dos esposos, cada uno retomó su independencia. André Dacier se dedicó a Hipócrates, que se publicaría en 1694, y Anne se dedicó a traducir a Homero, al que consagró por lo menos quince años, y publicó la *Iliada* en 1711 y la *Odisea* en 1716. Entre estas dos publicaciones sobrevino la muerte de su última hija, Henriette-Suzanne, el 24 de junio de 1710, que la afligió de tal manera que suspendió sus trabajos durante varios años. El prefacio de la *Iliada* termina con una emocionante confesión de la pena sufrida por la traductora (véase Anexo 3).

Anne Dacier ocupó sus últimos años en la escritura de obras y artículos en respuesta a sus detractores, lo que más tarde se llamaría la *querrela de Homero*. Su última obra, publicada en 1716, se titula *Homère défendu contre l'apologie du R. P. Hardouin* (Homero defendido contra la apología de R. P. Hardouin) (Dacier, 1791), y su último artículo es "Réflexions sur la première Partie de la Préface de M. Pope" (Reflexiones sobre la primera parte del prefacio de M. Pope), publicado en 1719 (Dacier, 1731). Pero estas luchas apasionadas agotarían sus fuerzas ya débiles. Madame Dacier se enfermó y murió en París el 17 de agosto de 1720, a la edad de 73 años. Su marido moría dos años después.

El Homero traducido al francés por Anne Dacier es entonces la obra maestra de una vida y la cúspide de una larga carrera. Ahora bien, en toda su producción, la traducción de la *Iliada* y de la *Odisea* presenta los ejemplos más elocuentes de la influencia de la recepción en cuanto a las opciones de traducción. La traductora hizo las más grandes concesiones al estilo de su época, al punto de modificar su método, tal como lo vemos en las traducciones de Anacreonte y Terencio citadas anteriormente. Se trata, esta vez, no solo de hacer descubrir, sino de rehabilitar un autor:¹⁰

Desde que me ocupo de mis escritos y que me atrevo a publicar mis ocupaciones, siempre ambicioné poder dejar a nuestro siglo una traducción de Homero, que,

10 Todos los extractos de la introducción a Homero que citamos son tomados de la edición de 1766 (1.ª ed.: 1711).

al conservar los principales rasgos de aquel gran poeta, pudiera lograr que la mayoría de la gente dejara a un lado los prejuicios desfavorables que dejaron las copias deformes del mismo. Mas yo misma he encontrado dificultades que durante mucho tiempo me parecieron insuperables y que me han descorazonado en muchas ocasiones (Dacier, 1766: 1).

Más allá de su función cognitiva, la traducción responde a un enfoque perlocutorio, que consiste en aportar la prueba del valor de un poeta desprestigiado. Algunos comentaristas reconocieron en Anne el éxito de su empresa: según el *Le Journal des Sçavants* en 1711, “La gloria de conciliar a Homero con nuestros Modernos, estaba reservada a la ilustre Madame Dacier, que tan grande honor hace a su género”. Pero otros defenderían el punto de vista opuesto. El verbo *conciliar*, en el texto citado, permite suponer que la traductora ha debido hacer concesiones a la fidelidad del texto fuente.

Anne conocía perfectamente la magnitud de la situación y la rudeza de los adversarios de Homero, a quienes evitaba al máximo nombrar en su prefacio. No pretendemos hacer un recuento histórico de este problema, pero debemos recordar que el descrédito hacia Homero era ancestral: desde 1636, François le Métel de Boisrobert vilipendió a Homero en plena Academia, y otros escritos lo habían presentado como un autor ilegible. El perjuicio del cual habla Madame Dacier era de vieja data en el momento en que ella trabajaba en la traducción de la *Ilíada* y en la *Odisea*.

Pero a partir de 1687 se constituye realmente el partido antihomérico, en torno a Charles Perrault y Bernard le Bouvier Fontenelle (Hepp, 1968: 521-527). La presencia del discurso inoportuno y el abuso de lo maravilloso llaman en particular la atención de los enemigos de Homero. En 1687, Perrault escribía en su poema “El siglo de Luis el Grande”:

[...] si el Cielo favorable a Francia, hubiera hecho nacer a Homero bajo Luis XIV, estos grandes guerreros [...]

No habrían podido tener por mucho tiempo los brazos en alto,
y de haber logrado el combate,
habría aburrido a los lectores con un largo prefacio
sobre los hechos victoriosos de los héroes de su raza
(Perrault, 1688: 2).

Por su parte, Fontenelle denunciaba el abuso de lo maravilloso en Homero:

El lenguaje de los antiguos poetas, [...] ya maravilloso por su singularidad, se acrecentaba más aún por todo lo que ellos atribuían a los dioses. El abuso era general y a tal punto que la simple naturaleza desaparecía casi totalmente y solo quedaba lo divino (Fontenelle, s. f., III: 38).

Pero la mayor indignación era suscitada por la inmoralidad de los dioses y la impiedad de los héroes de Homero. Jean Le Clerc consideraba que estos dioses, guiados por la sola pasión, sin consideración a la buena o a la mala conducta de los hombres, influyeron de la manera más nefasta en la forma de pensar de los Antiguos, educados desde la infancia con las fábulas de Homero (Le Clerc, 1699-1701, I: 41).

En cuanto al estilo de Homero, está claro que los que estaban a favor de los Modernos permanecían impenetrables a los procedimientos de expresión de la *Iliada*. Es sorprendente el estilo bajo y trivial con el cual Homero presenta el diálogo de Aquiles y de Agamenón en los versos 121-303 del Canto I de la *Iliada* (Perrault, 1688: 204-205); su forma de escribir constantemente se percibe como una mala adaptación, por ejemplo: “estando Ulises en el mar, dice Homero que el sol se puso y que no se veían más gotas en los caminos” (p. 59); las calificaciones homéricas tales como “Juno la de los ojos de novilla” son imperdonables; nos indignamos al ver nombradas, en la descripción de los combates, las partes del cuerpo heridas cuya evocación uno preferiría no escuchar. Consideramos impertinente la comparación de Ulises que escapó de Caribdis con un juicio que levanta la audiencia (p. 62); se ridiculiza lo que Paris hace con el corazón de Héctor, que con “un hacha, manejada por un hombre, penetra la madera con la que hace una nave artísticamente” (p. 40).

Al traducir a Homero, Anne Dacier quería refutar este conjunto de críticas, de las cuales hemos dado tan solo una muestra, y lo que desorienta a varios de sus comentaristas posteriores son sus concesiones al gusto clásico. Hubiéramos querido que ella tradujera a Homero como tradujo a Anacreonte, a Safo, a Plauto, a Terencio o Aristófanes. Sería olvidar que para mostrar que Homero era un gran poeta, no era necesario publicar una edición en la cual la mitad del texto se explicara en notas de pie de página. En el prefacio de la *Iliada*, Madame Dacier reivindica por primera vez una parte de libertad, de creación, en detrimento de la fidelidad literal al texto fuente:

Ciertamente, una prosa sostenida y compuesta en forma artística, se acerca más a la poesía que una traducción en verso. [...]. Cuando hablo de una traducción en

prosa, no veo la razón de hablar de una traducción servil; hablo de una traducción generosa y noble, que al ajustarse fuertemente a las ideas de su original, busca las bellezas de su lengua y restituye sus imágenes sin contar las palabras (Dacier, 1766: 46-47).

Una lectura atenta de la traducción y de su estructura textual muestra que Dacier, ante la necesidad de manejar un compromiso entre dos imperativos contradictorios, cedió más terreno al gusto clásico que en sus traducciones anteriores. Así, la traductora podía llegar hasta la censura pura y simple. Este procedimiento extremo se aplica sobre todo a las precisiones anatómicas. En la nota 60 del Canto XVI de la *Iliada*, Madame Dacier, que reconoce lo justo y la precisión de las descripciones de la estructura del cuerpo en Homero, considera, sin embargo, este estudio “triste y desagradable”, y sobre todo, “poco conveniente para las mujeres”. Suponemos que esta concesión a su propio gusto no es más que una cesión disfrazada del gusto de los detractores de Homero, de quienes vimos el juicio que emitían sobre el interés de Homero por este tipo de precisiones.

Otras supresiones afectan los epítetos homéricos, tan desacreditados por los adversarios de Homero. A continuación, el dístico 34-35 del Canto XV de la *Iliada*:

Ὡς φάτο· ῥίγησεν δέ βοῶπις πότνια Ἥρη,
 Ainsi parla-t-il; et Hèra la-vénérable aux-yeux-de-bœufs frissonna,
 Dijo él, y Hera la venerada, la de los ojos de novilla, estremesióse
 καί μιν φονήσασ' ἔπεα πτερόεντα προσηύδα·
 Et lui parla en-faisant-entendre des paroles ailées.¹¹
 Y hablándole pronunció estas aladas palabras

Que Madame Dacier traduce por:

Juno, espantada por sus amenazas, le respondió con un sentimiento pleno de dulzura (Homero, 1711).

La ortonimia del francés clásico es la responsable de cuatro alteraciones del texto fuente: 1) la supresión del epíteto βοῶπις (“la de los ojos de novilla”), calificando a la diosa, en oposición al decoro; 2) la supresión del otro epíteto, calificando a la misma diosa como πότνια, “venerable”, ya no por falta de

11 Esta versión literal, como las siguientes, es nuestra: hemos unido con un guión las palabras francesas que traducen una sola palabra griega.

decoro, sino a causa de una cualidad juzgada superflua en relación con una divinidad (además, en estos dos epítetos, que son con frecuencia asignados a esta diosa, la traducción cae en el error de la repetición, contrariamente a la ortosintaxis del francés clásico); 3) la interpretación en el registro abstracto de la expresión de una sensación física, ῥίγησεν “estremeciöse”, traducida por “espantada”, y 4) la de una expresión llena de imágenes, “estas aladas palabras” (ἔπεα πτερόεντα), también presentada en un registro abstracto y racional, pero, aunque subjetivamente, por “con un sentimiento pleno de dulzura”.

Otras dos alteraciones están relacionadas con la ortología: primero, la transposición del simple Ως φάτο, “le habló así”, por un complemento agente del participio, “espantada por estas amenazas”, y luego la traducción del verbo griego προσηύδα, de forma muy banal también, “le habló así”, por “le respondió”. En estos dos casos, se trata de traducir los enunciados de acuerdo con las exigencias de la construcción discursiva, estableciendo una cadena lógica con lo que precede: la diosa reaccionó a las amenazas proferidas en su encuentro con Aquiles, sus palabras poseen el estatus de una respuesta.

Tenemos el texto fuente traducido según la formulación común de las cosas, según las costumbres de la prosa del arte francés, pero sin ser traicionado, puesto que ninguna de las alteraciones indicadas tienen contrasentido. Nos falta espacio para extendernos más en nuestra demostración, y pedimos al lector que nos crea, o que crea al eminente Paul Mazon, quien no ha podido encontrar en la traducción del Canto I de la *Iliada* por Madame Dacier, sino tres errores de sentido en su totalidad, en los versos 171, 211 y 279 (Mazon, 1936: 12), mientras que las alteraciones de detalles abundan (véase también el Anexo 1, numerales 1 y 2).

Anne Dacier deseaba que su lector –quien, según ella, ignoraba el griego¹² no se detuviera en cada línea, debido a un obstáculo, una extrañeza o una incongruencia. Lo hacía para que el autor fuera apreciado en su justo valor. También decía: “es necesario justificar los elogios que le ha hecho Aristóteles” (Dacier, 1766: 53). ¿Falló Madame Dacier, por lo tanto, a su promesa de entregarnos a Homero de la manera más fiel que ha conocido nuestra lengua? Esto no es lo que debe concluirse. En la base de su trabajo hay una comprensión muy precisa del texto griego, que ella establece como primera medida, apoyándose en dos comentarios antiguos, el de Dídimo y

12 Decía ella en el prefacio de su Homero: “Ya he advertido que no he traducido para aquellos que lo leen en su lengua” (Dacier, 1766: 49).

el de Eustates, acerca de Homero, y movilizándolo una cultura muy vasta, que da testimonio de la lista de autores citados en las notas para apoyar sus conjeturas: mitografías, como Apolodoro y Proclo; autores de mezclas, como Ateneo; geógrafos, como Strabon y Pausanias; historiadores, como Heródoto, Tucídides, Plutarco, Quinte-Curce; gramáticos, como Hesequio; oradores, como Demóstenes; filósofos, como Aristóteles; poetas, como Píndaro, Anacreonte o Terencio. En el detalle, Dacier a menudo es la primera en ver claramente allí donde sus predecesores reproducían repetidamente los mismos errores. Así, Du Souhait (Homero, 1614), Certon (Homero, 1615) y La Valterie (Homero, 1681) habían presentado a Crises portador de un cetro ornado de la corona de Apolonte; pero Madame Dacier restablece el cetro ornado por “cintas sagradas” (στέμματα) ofrecidas por los suplicantes (*Iliada*, I, 14). Madame Dacier se dedica a hacer desaparecer esta erudición, este trabajo paciente de más de quince años, para dar un perfil seductor de Homero.

El Homero de Anna Dacier, en su totalidad, es de una fidelidad notable, si uno se toma la molestia de compararlo con otras traducciones libres que le precedieron.

He aquí las palabras con las que el viejo Fénix, inquieto de haber escuchado a Aquiles amenazar con entrar a Grecia, recuerda sin miramiento al héroe griego sus deberes:

[...] σοὶ δὲ μ' ἔπεμπε γέρων ἱππηλάτα Πηλεΐδης
 or il m'envoya auprès-de-toi, le vieux Pélée habile-à-conduire-les-chevaux
 él me envía a tu lado, el anciano Peleo hábil-conductor-de-caballos.
 ἡματι τῷ ὅτε σ' ἐκ Φθίης Ἀγαμέμνωνι πέμπε,
 le jour où il t'envoyait de Phthie à Agammemnon
 el día que te envió desde Ptía a Agamemnon
 νήπιον, οὐπω εἰδόθ' ὁμίου πολέμοιο,
 enfant, ne connaissant pas encore la guerre égale-pour-tous,
 siendo un niño, sin conocer todavía la guerra como todos,
 οὐδ' ἀγορέων, ἵνα τ' ἄνδρες ἀριπρεπέες τελέθουσι.
 ni les assamblées, où les hommes deviennent très-remarquables
 ni las asambleas, donde los varones se hacen ilustres.
 Τοὔνεκά με προέηκε, διδασκόμεναι τάδε πάντα,
 C'est pourquoi il m'a envoyé, pour [t'] enseigner toutes ces choses,
 Y es por eso que me envió para que te enseñara todas estas cosas,
 μύθων τε ῥητήρ' ἔμεναι, πρηκτῆρά τε ἔργων
 à-être orateur de discours et faiseur d'actions
 Para ser orador de discursos y para realizar grandes hechos (*Iliada*, IX: 438-443).

Presentamos la traducción de este pasaje por La Valterie –autor de una traducción completa de la *Ilíada* y de la *Odisea* que aparece treinta años antes de la de Anne Dacier (Homero, 1681), la cual fue reeditada en 1699– y la de esta traductora:

La Valterie

Votre père se repose sur moy de tous les soins de votre enfance. Je cultivois avec plaisir vos genereuses inclinations. Et je prevoyais déjà quelle gloire vous mériteriez par votre sagesse et par votre courage. Il nous envoya trouver le Roy Agamemnon pour faire paroître en cette guerre où toute la Grece a été engagée, ce que nous avions esperé de vous.

Vuestro padre descarga en mí todos los cuidados de vuestra infancia. Yo cultivaba con placer vuestras generosas inclinaciones. Y preveía ya la gloria que merecía por vuestra sabiduría y por vuestro coraje. Él nos envía a encontrar el rey Agamenón para que se vea en esta guerra en la que toda Grecia se comprometió, lo que habíamos esperado de vosotros.

Anne Dacier

Ne vous souvenez-vous plus que le roi votre père, le tour qu'il vous envoya au roi Agamemnon, me donna à vous, et m'ordonna de vous suivre? Vous étiez encore si jeune que vous n'aviez aucune expérience ni pour la guerre ni pour les conseils où les hommes acquièrent tant de réputation par leur sagesse et par leur prudence; c'est pourquoi il m'envoya avec vous pour vous instruire et pour vous donner des exemples de bien parler et de bien faire.

¿Acaso no recordáis que el rey, vuestro padre, el día que os envió al rey Agamenón, os entregó a mí y me ordenó serviros? Estábais tan joven entonces que no teníais ninguna experiencia en la guerra y en los consejos por los cuales los hombres adquieren tanta reputación gracias a su sabiduría y a su prudencia, por esto él me ha enviado a vos para instruirlos y para daros ejemplos para bien hablar y bien hacer.

Esta comparación pone en evidencia toda la diferencia que hay entre una traducción-imitación y una traducción de información general.

“He comparado las costumbres de los Antiguos tanto como he podido”, anuncia La Valterie en su prefacio. De hecho, hablar tan brutalmente como lo hace Fénix en Homero, a un hombre con los méritos y con la cuna de Aquiles, habría producido el peor efecto en el lector francés en la época del traductor. La adulación (“vuestras generosas inclinaciones”) seguramente

podrá doblegar más al hijo de Peleo que los recuerdos irreverentes que Homero había puesto en la boca de su viejo educador. Poco importa que los términos empleados para producir este nuevo efecto (“vuestra sabiduría”, “vuestro coraje”, “aquello que nosotros habíamos esperado de vosotros”) no tengan ninguna correspondencia en el texto griego.

En contrapartida de lo que añade a Homero, La Valterie elimina los nombres propios (Peleo, Ptía), los aspectos que ignora del joven Aquiles (la guerra y el ágora), las intenciones de Fénix (enseñar a un joven héroe la elocuencia y la acción).

El *traductor-imitador* se apodera de la intención de su modelo e imagina otros giros para favorecerlo. Esta forma de traducir es antigua. En 1636, ante la Academia y bajo el reinado de Luis XIII, en la época de Perrot d’Ablancourt, Guillaume Colletet hacía ya el elogio de la imitación: “Que para ser elocuente, se deben imitar los Antiguos, e imitándolos, se puede superarlos” (Colletet, 1658).

La traducción de Madame Dacier de este mismo pasaje está inscrita en la línea de preceptos de Pierre-Daniel Huet, que proscribía la imitación creadora:

[...] quicumque interpretis suscipit partes, in eo praecipue ipsius eniti debere industriam, non ut facultatem dicendi, si qua forte praeditus est, ecerceat, et orationis suavitate auribus fucum faciat: sed ut auctorem, tanquam in speculo et imagine, sic in verbis suis contuendum exhibeat, adscitumque omnem ornatum detrahat [...]

[...] el arte de aquél que ejerce la función de traductor no debe buscar, como primera medida, ejercer el poder de la palabra, si se le presenta la ocasión, ni endulzar los oídos con la melodía del discurso, sino demostrar que hay que apegarse al autor, a través de las palabras que son las suyas, como en el caso de un espejo o un retrato, y evitar añadir cualquier adorno [...] (Huet, 1661).

Madame Dacier sigue el movimiento del texto y le respeta las ideas. En el plano formal, ella se ajusta a algunos giros estilísticos propios del texto fuente: repite el verbo “enviar” así como Homero había repetido πέμπω en la apertura y clausura del recuerdo referido; ella conserva la precisión del recuerdo, “el día que él os envió” (ἦμσσι τῷ ὄτε), el vigor de la conclusión de Fénix, “es porque” (Τοῦνεκά). He aquí la información del texto fuente que Madame Dacier esperaba entregar a su lector, y que La Valterie, su antecesor, contrariamente, había decidido cambiar: la adulación conforme a

la desigualdad de condiciones, según las costumbres modernas de la época del traductor.

Las alteraciones en el texto fuente practicadas por Anne Dacier cumplen una función totalmente opuesta a la de las mutaciones que La Valterie le había infundido. La reconstrucción ortológica del discurso se enfoca siempre a explicitar el original. Así, la cuestión retórica “ya no se acuerda que...”, con la cual se introduce la evocación del pasado, permite anticipar la intención de Fénix: hacer resurgir del fondo de la memoria un recuerdo que su interlocutor prefería haber olvidado. Puesta de esta manera, la frase se desarrolla al máximo: “me entregó a usted”, punto culminante en el que Aquiles parecía dominado por completo por su antiguo preceptor. La traductora, al poner en el centro de la frase francesa la traducción de una expresión que se situaba al comienzo de la frase griega (σὺ δὲ μ’ ἔπεμπε), quiso dar a los propósitos de Fénix la eficacia oratoria que estos tenían en el texto griego y así hacer sentir mejor el valor de su poeta (véase el numeral 5 del Anexo 1).

La misma intención ortológica explica por qué el calificativo νήπιον, “joven”, asignado a Aquiles, se desarrolla en la introducción de la siguiente frase: “estabais tan joven entonces que [...]”: el desarrollo del texto se vuelve una proposición consecutiva, y un efecto de esta causa, la juventud. Así mismo, el adjetivo ἀριπρεπέες, *tres éminents*, (“muy eminentes”) que calificaba a los hombres asiduos de las ágoras públicas, es objeto de un desarrollo explicativo, donde se dice de ellos que adquieren “reputación gracias a su sabiduría y a su prudencia”.

Para acompañar este movimiento de focalización sobre la información principal del texto, se descartan los elementos que no contribuyen con el sentido general y los que dan el tono en su conjunto. Tanto el epíteto griego ιππηλάτα que mostraba a Peleo como “hábil para conducir sus caballos”, el adjetivo ὅμοιου que calificaba a la guerra como “igual para todos”, así como el nombre de Ptía, precisión superflua, se omiten. El trabajo de pulimento de las asperezas griegas, unido a los esfuerzos de estilización del original, debe conducir a presentar un Homero conforme a los criterios por los cuales se reconoce un escritor a finales del siglo XVII, sin que sus ideas y sus temas sean desfigurados.

Sería un error imaginar que Madame Dacier era insensible a la poesía de su modelo. “Qué se pronuncien los versos de este gran Poeta, no hay oído que, fascinado por su armonía, no se deje llevar por esta dulce atracción, y el oído encantado sorprende a la razón” (Dacier, 1766: 35). Pero las bellezas del original solo son accesibles a aquellos que las leen en el texto griego. A. Severyns, un helenista del siglo XX, ha justificado así la utilización de la retórica francesa para traducir a Homero, utilizada por Dacier: “la parataxis era tan natural a “Homero” y a su época como el período lo era a Madame Dacier y a sus contemporáneos. Por tanto, si ella hubiera traducido “paratáxicamente” habría disgustado a sus lectores y hubiera estado por fuera del objetivo”.¹³

Anne Dacier también era sensible a la variedad de registros homéricos y a la flexibilidad de su sucesión: “[Homero] realizó una composición media que tiene algo de austero y de rudo, de gracioso y de florido: y por este medio, mezcla admirablemente el arte y la naturaleza, la pasión y las costumbres” (Dacier, 1766: 37). Pero la traductora se declara impotente para dar cuenta de esta variedad en la traducción y, al mismo tiempo, hace responsable de esto a la lengua en la cual ella debe escribir:

[...] pero esta composición mezclada, fuente de estas gracias, es desconocida en nuestra lengua; no admite en absoluto estas diferencias, no sabe qué hacer con una palabra baja, dura o desagradable [...] y en consecuencia, no es capaz de transmitir la mayor parte de la belleza que irrumpe en esta poesía. Esta es mi condena (Dacier, 1766: 38-39 *WP Greek Century*; véase también el numeral 6, Anexo 1).

Las mismas intenciones rigen la presentación general que Madame Dacier hace de Homero en su prefacio. Con respecto a la fidelidad a su original, se puede leer este acto de fe: “Homero no podía conformarse a las costumbres de los siglos siguientes, y es deber de los siguientes siglos remontarse a las costumbres de Homero” (Dacier, 1766: 26; véanse también los numerales 3 y 4 del Anexo 1). Pero en el transcurso de su estudio, se descubre que la amiga de Homero se esfuerza por difuminar las rugosidades por las cuales los lectores podrían turbarse. Se descubre así que la religión de Homero se lleva bien con los valores del cristianismo. ¿Y el politeísmo? ¿Y la crueldad de los dioses celosos, que toman partido a favor de uno u otro bando en la guerra? A tales preguntas respondía Anne Dacier:

13 Respuesta de A. Severyns a Noemí Hepp, citada en Hepp (1968: nota 137, p. 653).

Es necesario considerar que cuando Homero habla de los dioses, excepto el Dios supremo, no se somete a las debilidades y a los accidentes de los dioses inferiores, es decir, los Ángeles que las santas escrituras llaman también dioses (1766: 18).

Los dioses secundarios tienen una función alegórica; ellos representan todas las inclinaciones, buenas y malas, que gobiernan a los hombres. Explica Dacier: “como poeta moral, él hace dioses de nuestras virtudes y de nuestros vicios” (Dacier, 1766: 19).

Se comprende mejor el procedimiento perlocutorio de Madame Dacier, con su modo de refutar el análisis de Alexander Pope, cuya traducción inglesa de la *Iliada* aparece en 1715, y que hablaba, a propósito de Homero, de un paraíso salvaje (*wild paradise*), en donde todas las especies de árboles crecen a la vez:

And perhaps the reason why most Criticks are inclin'd to prefer a judicious and methodical Genius to a great fruitful one, is, because they find it easier for themselves to pursue their Observations through an uniform and bounded Walk of Art, than to comprehend the vast and various Extent of Nature. Our Author's Work is a wild Paradise, where if we cannot see all the Beauties so distinctly as in an order'd Garden, it is only because the Number of them is infinitely greater. 'Tis like a copious Nursery which contains the Seeds and first Productions of every kind, out of which those who follow'd him have but selected some particular Plants, each according to his Fancy, to cultivate and beautify. If some things are too luxuriant, it is owing to the Richness of the Soil; and if others are not arriv'd to Perfection or Maturity, it is only because they are overrun and opprest by those of a stronger Nature (Pope dans Homère, 1715-1720, I: 1-2).

Quizás la razón por la cual los críticos se inclinan a preferir un talento metódico y sistemático a uno grandioso y provechoso es porque es más fácil para ellos elaborar sus comentarios a partir de una obra de arte uniforme y metódica ajustada, que tratar de comprender la vasta y variada extensión de la naturaleza. La Obra de nuestro Autor es un Paraíso salvaje que si no permite ver las bellezas tan claramente como en un jardín elaborado, es debido a que su cantidad es mucho mayor —“es como un semillero copioso que contiene semillas y brotes de toda índole” de donde sus seguidores seleccionaron algunas Plantas en particular, según sus gustos, para cultivarlas y embellecerlas. Si algunas cosas son muy extravagantes, se debe a la Riqueza de la Tierra, y si otras no han alcanzado la Perfección o la Madurez, es solo porque están sobrepasadas y oprimidas por aquellas de una Naturaleza más fuerte (Pope en Homero, 1715-1720, I: 1-2).

Madame Dacier no podía aceptar la idea de Pope, contraria a su búsqueda de compromiso entre Homero y el gusto de los lectores franceses. Ella, por el contrario, decía:

[...] es el jardín más regular y más simétrico que jamás haya habido. M. Le Nostre, que era el primer hombre del mundo en su arte, jamás ha observado en sus jardines una simetría más perfecta ni más admirable que la que Homero observó en su poesía (Dacier, 1731, III: 376).

¿Acaso el deseo de hacer amar la *Iliada* y la *Odisea* conduciría a esta eminente filóloga a mezclar a Homero con los jardines a la francesa, y a los dioses del Panteón griego con la moral cristiana? Estas anécdotas son desafortunadamente reveladoras del riesgo que se corre al querer conciliar a todo precio lo inconciliable, y se puede ver que obligando a esta adhesión a sus lectores, ella daba argumentos a sus detractores, quienes eran expertos en demostrar que este gran poeta del que presumíamos la regularidad y la moral fallaba en sus obligaciones hacia el rigor y la razón.

El compromiso planteado por Anne Dacier en su traducción de Homero, era aventurero por otra razón. Acercando el estilo de Homero a la lengua de los Modernos, ella lo exponía con seguridad a la crítica de los ignorantes y de los menos sabios, quienes seguros de una traducción que les ofrecía uno de los espíritus más eruditos de su época, una traducción tan limpia, tan fácil de comprender, evitaban el riesgo de ser acusados de no haber comprendido en absoluto a Homero, y lanzaban flechas asesinas contra él. En este caso, se le reprocha sin duda a Madame Dacier el haber reanimado la querrela de los Antiguos y los Modernos, aplicada esta vez exclusivamente a Homero, y en cierta medida, no es ilegítimo reprocharle el haber favorecido, a regañadientes, la victoria de los Modernos. Houdar de la Motte encabeza esta nueva cruzada contra la *Iliada* y la *Odisea*:

Lo que se refiere a los dioses es allí absurdo; a menudo, lo que se refiere a los héroes es grosero; las ideas de moral son confusas; es verdad que la acción del poema es grande y patética, pero está ahogada en la cantidad y en la longitud de los episodios. Allí no aparecen esbozados los diferentes géneros de elocuencia; las descripciones, los relatos, las comparaciones, los discursos, todo presenta confusamente los defectos y las bellezas (La Motte, 1714: cxxvi).

Madame Dacier pronto será juzgada como responsable de haber dado pie a los detractores de Homero:

[...] he aquí a los ignorantes con el derecho de atacar a Homero, sin temor a equivocarse, en materia de razonamiento. No hay duda de que sin la ayuda de Madame Dacier, M. de la Motte no hubiera podido atacar a Homero de la forma en que lo hizo (*Le Journal des Sçavants*, 1714: 129).

Y de hecho, a Dacier se le reprocha el no haber sabido corregir, al estilo de traducción-imitación, los “defectos” de Homero: “esta traducción no dio a Homero la gracia que le faltaba ni suprimió los errores que le encontraban; solo a partir del momento en que apareció, surgieron las críticas más peligrosas” (*Le Journal des Sçavants*, 1716: 245). De hecho, Madame Dacier, frente a sus adversarios mejor armados que ella, no opone resistencia eficaz, a pesar de todos sus conocimientos. Los sucesores de Perrault en 1715, La Motte, Terrason y d’Aubignac, son capaces de imaginar episodios nuevos susceptibles de hacer de la *Iliada* un “buen” poema. De cierto modo, la gran filóloga reconoce su inferioridad en su respuesta a La Motte:

Pero, ¿no es muy desproporcionada la discusión entre De la Motte y yo? Yo, que sin percibir infinitos errores en Homero, he traducido en prosa lo más literal y fielmente posible, y que de mil maneras he sido lo suficientemente simple para reconocer sinceramente que he sido tan inferior a mi original, que he sentido el deber de sustentar mi trabajo por medio de observaciones que permiten sentir la belleza que yo no pude expresar, y De la Motte que con su inteligencia superior nos abre los ojos, y nos hace ver los errores innumerables de este poeta, y no solamente se cree capaz de corregirlo sino también de embellecerlo? Siento la diferencia que hay entre nosotros, [...] (Dacier, 1714: 11-12).

El tono es irónico, pero Madame Dacier toma conciencia del poder considerable que confiere al imitador la libertad de invención para demostrar el valor de sus aportes personales al autor en quien concentra su atención, si la oportunidad lo provee con una buena pluma. Por el contrario, el traductor, en el siglo del clasicismo, se encuentra estrangulado entre las mordazas de un torno: el respeto por el original y el respeto por la ortología de la prosa artística.

Una traducción visionaria a pesar del fracaso de la rehabilitación de Homero

Podría concluirse que Anne Dacier fracasó en su tentativa de rehabilitar a Homero y podría haber razón para esto. Pero, ¿debemos pronunciar el mismo fallo en descrédito de su traducción? No compartimos esta opinión, pues, si la misma traducción de Madame Dacier ha podido reavivar un debate, es porque no existía otra forma de acceder al sentido de la obra y de hacerse de ella una idea precisa, cuando se ignoraba el griego. ¿No es acaso propio de una traducción de vulgarización, dar a los ignorantes así como a

los conocedores el medio para alabar o censurar una obra perteneciente a la literatura extranjera? Leamos de nuevo a Huet:

Quum enim nihil aliud esse videatur interpretatio, quam expressa auctoris imago et efigies, id perfecto efficitur, eam demum praestabiliorem esse interpretationem, non quae auctoris vel luxuriam depascit, vel jejunitatem expleat, vel obscuritatem illustret, vel menda corrigat, vel perversum ordinem digerat; sed quae totum auctorem ob oculos sistat nativis adumbratum coloribus, et vel suis virtutibus laudandum, vel, si ita meritis est, propriis deridendum vitiis propinet.

Pues si la traducción no parece ser otra cosa que la imagen y la efigie expresadas por el autor, lo que resulta seguramente es el hecho de que la única traducción con el máximo valor sea aquella que lejos de establecer la profusión del autor, o de suplir su pobreza, lejos de aclarar la oscuridad, de corregir las faltas o de rectificar un desorden, por el contrario, haga aparecer por completo la impresión del autor, ya sea para alabarlo por sus virtudes, o bien, si así lo amerita, para ser burlado por sus mismas faltas (1661).

Madame Dacier, en su Homero, hizo acto de vulgarización. Todos, después de su publicación, se creyeron autorizados para dar a conocer su opinión. No hay mejor prueba de que esta traducción alcanzó el objetivo verdadero, ontológico, diríamos, de la traducción de información general.

El listado de veintiséis ediciones de su traducción de Homero, desde 1711 hasta nuestros días, proporciona otra prueba.¹⁴ El Homero de Madame Dacier ha servido de base a la mayoría de las ediciones escolares utilizadas en los liceos en el siglo XIX, como la *Iliada*, publicada por los hermanos Garnier en 1892 y que presenta la traducción francesa de Madame Dacier revisada y corregida, con una introducción y un análisis, realizado por Louis Humbert. Hay otras ediciones en el siglo XX, como la *Odisea* publicada por Bordas en 1924 y reeditada en 1948, cuya traducción francesa es la de Madame Dacier revisada por Émile Ripert. En realidad, Paul Mazon, con la *Iliada* (1937), y Victor Bérard, con la *Odisea* (1924), destronaron a Madame Dacier, al publicar dos ediciones cultas (traducciones analíticas en prosa), que son consideradas hoy como las traducciones de referencia, conforme a

14 Las fechas de edición son: 1711, 1712, 1716, 1719, 1731, 1741, 1756, 1779, 1805, 1811, 1815, 1817, 1818, 1819, 1826, 1845, 1850, 1851, 1872, 1891, 1892, 1894, 1902, 1938, 1948, 1959. Hemos establecido esta lista según el catálogo de la Biblioteca Nacional de Francia: esta comprende las dos ediciones originales de la traducción de la *Iliada* y de la *Odisea*, seguidas de las fechas de reediciones de una u otra de estas épocas.

las exigencias de precisión y fidelidad a las cuales estamos acostumbrados. También Paul Mazon rinde homenaje al estilo de Madame Dacier, por el cual se proyecta “algo de la importancia cortesana y suelta del estilo homérico” (Mazon, 1936: 18). El lector pronunciará su juicio, después de la lectura del Anexo 2.

Significa que no hay duda alguna de que Anne hubiera podido producir una traducción analítica en prosa si ella lo hubiera querido. La siguiente es justamente una, un año antes de la *Iliada* de Madame Dacier:

Hébé, déesse de la jeunesse, joignit au char des roues bien arrondies, chacune des roues avait huit rais d'airain arrangés à l'entour d'un essieu de fer; le tour en était d'or couvert de jantes faites d'un airain merveilleux: le moyeu paraissait entouré d'argent de tous côtés: le siège était tendu de bandelettes d'or et d'argent; un timon tout d'argent s'avancait, au bout on y lia un beau joug d'or, l'on y joignit des poitrails d'un métal tout semblable, enfin Junon y attela des chevaux extrêmement vites. C'était une divinité qui ne respirait que haine et que combat (Homère, 1710).

Hebe, diosa de la juventud, ensambló un carruaje con ruedas bien redondeadas, cada una de ellas con ocho radios de bronce dispuestos alrededor de un eje de hierro; el torno era de oro cubierto de llantas elaboradas con un bronce maravilloso: el cubo parecía cubierto de plata por todos lados: el asiento estaba tendido de cintas de oro y plata; un timón cubierto en plata de donde salía un hermoso yugo de oro y allí se unía a los dinteles de un metal parecido, en fin, Juno enganchó allí los caballos veloces en extremo. Era una divinidad que sólo respiraba odio y combatía (Homero, 1710).

La traducción es precisa, a pesar de algunos errores materiales y omisiones en la lectura del griego:

Ἡβῆ δ' ἀμφ' ὄχεσφι θοῶς βαλὲ καμπύλα κύκλα
 Alors Hébé, des-deux-côtés du-char, posa rapidement les roues recourbées
 entonces, Hebe, de ambos lados del carruaje, pone rápidamente las ruedas
 dobladas
 χάλκεα ὀκτάκνημα σιδηρέῳ ἄξονι ἀμφίς·
 en-airain, à-huit-rayons, autour de l'axe de-fer,
 en bronce, con ocho radios, alrededor del eje de hierro,
 τῶν ἧτοι χρυσῆ ἵτις ἀφθιτος αὐτὰρ ὑπερθε
 or desquelles [roues] le tour était en-or inattaquable,
 d'autre-part en-haut
 cuyo torno (ruedas) era en oro inatacable
 de otra parte en alto
 χάλκε' ἐπίσφτρα προσαρηρότα, θαύμα ἴδεσθαι

des jantes d'airain [sont] ajustées, objet-d'étonnement à-être-vu.
 llantas de bronce ajustadas, objeto de asombro para ser visto.
 πλήμναι δ' ἀργύρου εἰσι περίδρομοι ἀμφοτέρωθεν
Et les moyeux sont d'or, qui-font-le-tour de-part-et-d'autre;
 Y los cubos son de oro, que hacen girar de uno y otro lado;
 δίφρος δὲ χρυσεύισι καὶ ἀργυρέοισιν ἰμάσιν
et le plateau-du-char, avec des courroies-tressées en-or et
en-argent,
 y la batea del carruaje con sus correas trenzadas en oro y
 plata,
 ἐντέταται, δισὶ δὲ περίδρομοι ἄντυγές εἰσι
a-été-assujetti, et deux rampes sont arrondies-autour
 Ha estado sujetado, y dos barandillas redondeadas alrededor.
 τοῦ δ' ἐξ ἀργύρου ῥυμὸς πέλεν· αὐτὰρ ἐπ' ἄκρῳ
Et de-là un timon d'argent partait; d'autre-part au bout
 Y de allí, se desprende un timón de plata. Por otra parte, del mango
 δῆσε χρυσεῖον καλὸν ζυγόν, ἐν δὲ λέπαδνα
elle accrocha un Beau joug en-or, et dedans [...]
 se engancha un hermoso yugo en oro, y adentro [...]
 καλ' ἔβαλε χρυσεῖ· ὑπο δὲ ζυθὸν ἠγάγευ Ἥρη
elle passa de belles courroies [lepadna], et sous le joug Héra
attela
 Ella pasa hermosas correas [lepadna], y bajo el yugo Hera
 engancha
 ἵππους ὠκυπόδας μεμανί' ἔριδος καὶ ἀϋτῆς
des chevaux aux-pieds-rapides, ardente de discorde et de
Cri-de-guerre.
 caballos de pies rápidos, ardiente de discordia y de
 grito de guerra.

Se trata de la traducción de los versos 722-732 del Canto V de la *Ilíada*, tomados de una traducción completa de ese mismo canto por un cartujo religioso, Bernard Chamony.¹⁵ Pero hay que decir que esta traducción está en manuscrito. Fiel a la parataxis homérica, no se detecta en ella la concesión a las costumbres del francés clásico ni del gusto clásico. El traductor lo había advertido: “yo me basto como autor, yo solo omito allí donde no puedo llegar, ustedes verán por mi dicción que el giro de mi frase es bastante griego”. Ciertamente, lo es; pero, precisamente, su frase, siendo tan griega, no tenía la oportunidad de ser negociada por un editor de su época. Insistimos en el hecho de que, en la época de Anne Dacier, la traducción analítica en prosa, la

15 Citado por Hepp (1968: 630-632).

misma empleada en la mayoría de las ediciones sobre las cuales trabajamos en la actualidad era simplemente ilegible.

La *Iliada* y la *Odisea* de Madame Dacier son las traducciones de Homero que más fielmente fueron publicadas en el siglo XVII y no podían publicarse entonces más fieles. Su mayor mérito fue haber afirmado la preeminencia de la filología y la importancia de los referentes culturales del texto para información de los lectores. Se le debe dar crédito por haber contribuido así a separar las funciones respectivas del autor y del traductor, como lo señaló Jean Boivin de Villeneuve, en su crítica de la *Iliada*, de La Motte: “la calidad del traductor es incompatible con la del autor, y los fragmentos de lo antiguo, combinadas con lo moderno, no dejan de ser un tanto raras, me atrevería a decir un cuerpo quimérico y monstruoso” (Boivin, 1715: 231).

Leamos, además, un extracto corto del Canto VI traducido sucesivamente por Anne Dacier y por La Motte: Aquiles, que enfrentaba un guerrero...

(*Iliada* VI: 64-65)

οὐτα κατὰ λαπάρην· ὁ δ' ἀνετρέπετ' Ἀτρείδης δὲ
[le] blessa au flanc; celui-co fut-renversé; et le fils-d'Atrée
λάξ ἐν στήθεσι βὰς, ἐξέσπασε μείλινον ἔγχος.
ayant-marché avec le talon sur [sa] poitrine, retira [sa] lance de-fréne

Dacier

La Motte

lui plonge sa pique dans le sein. Ce jeune prince tombe à la renverse, et Agamemnon, lui mettant le pied sur la gorge, retire sa pique.

le percant de sa lance, Que tout Troyen, dit-il, sente ainsi ma vengeance.

Le clavó su pica en el seno. Este joven príncipe cayó de espaldas y Agamenón, metiendo el pie en la garganta retiró su pica.

Lo penetró con su lanza, Que todo Troyano, dijo él, sienta así mi venganza.

La Motte (1714: 78)

La Motte traduce como escritor. Su composición está fundada en la interpretación, el principio que gobierna la producción del texto meta es la invención, y el objetivo de su obra es el perfeccionamiento del texto fuente. Dacier traduce como filóloga. Su composición está fundada en el análisis crítico del texto griego, el principio que rige su trabajo es la fidelidad y su

objetivo es dar al lector el conocimiento del texto fuente. La oposición, punto por punto de las dos obras, es total. Ella tiene al menos el mérito de entregar una representación más clara, polarizada, del asunto: La Motte no traduce, él crea; Madame Dacier traduce, la invención es proscrita.

La comparación de las traducciones de Anne Dacier y de La Motte, que constituyó uno de los episodios de la querrela de Homero,¹⁶ conducía de esa manera a alejar a los imitadores del campo de la traducción, al tiempo que los traductores se retiraban del campo de la literatura. Así, más allá de la querrela de la época y de las estrategias político-literarias que gobernaban la oposición entre los Antiguos y los Modernos,¹⁷ las posturas filológicas eran las que tenían las repercusiones más importantes y más duraderas. Bajo esta óptica debemos apreciar la intervención determinante de Madame Dacier. Al enfocar su querrela con la de La Motte, la economía de aquellos que llamamos Modernos con bases filológicas, la posición paradójica de los Antiguos, lejos de ser reaccionaria, anunciaba las conquistas filológicas de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Anne Dacier ha sido realmente un espíritu moderno en el país de los Antiguos.

Conclusión

Pero, para el lector de hoy, ¿qué impresión suscita la lectura de las traducciones de Anne Dacier? Para nosotros, es la de un refinamiento y una estilización, fruto de un trabajo de concentración en lo esencial del mensaje antiguo, que no es exotismo o extranjerismo, ni realmente, valga decirlo, poesía. La traducción da testimonio de un apego profundo a la verdad intemporal depositada en las obras de los Antiguos, que hay que transmitir respetando su sobriedad, sin maquillaje ni contrasentido. Soñamos con las bellas páginas de Jacqueline de Romilly sobre la amistad de Aquiles y de Patroclo:

[Homero] describe el desespero de Aquiles a la muerte de Patroclo: pero él solamente le hace decir que Patroclo era “otro dentro de sí”. La dificultad es tan vívida que él muestra a Aquiles suplicando a la sombra de Patroclo y tendiendo en

16 Nayral informa que un gracioso había escrito estos versos en la puerta de la Academia: “Lamothe y la Dacier, con celo igual, / Se pelean por Homero y nada ganarán. / Una lo entiende muy bien para hablar mal de él, / El otro lo entiende muy mal para hablar bien de él” (1833: 58).

17 Sobre este punto, véase Rigault (1959).

vano los brazos hacia ella. Pero de su forma de vivir, de aquello que nos pudiera irritar o decepcionar, ni una palabra. Ninguna amistad en el mundo se rehusaría a la identificación con sus dos amigos.

Sus mismos silencios nos acercan a los héroes de Homero.

Cuando se comparan estas líneas sobrias y exquisitas así como transparentes, con lo recargado y las sutilezas de las adaptaciones modernas, la diferencia es sorprendente. Es tan sorprendente como aquella que opone al fino calco de las evocaciones homéricas a las realidades más o menos exóticas y desorientadoras que de ella hacen escenografías o ilustraciones modernas. La silueta, física o moral, de los héroes homéricos se dibuja en la epopeya muy próxima a la imaginación de los lectores: por el contrario, ella escapa hacia un pasado lejano desde donde vemos precisar los contornos que el poeta había demarcado tan bien en su imagen intemporal (Romilly, 1992: 30).

La energía poco común que Madame Dacier dedicó a Homero hasta sus últimos días y la que consagró durante toda su existencia a sus queridos griegos y latinos, fue para ella tanto el cumplimiento de una misión sagrada, como el honor que debía rendir a su padre, quien le legó su preciosa herencia. Fue secundada en esta tarea y en las pruebas de una vida agitada por André Dacier, el amante que ese padre tolerante le había presentado en Saumur, sede de una universidad abierta al mundo.

Anne Dacier quería comunicar, como fuera, a sus contemporáneos, la intemporalidad del mensaje antiguo en contra de las imitaciones muy libres del clasicismo en declive, como defendería Jacqueline de Romilly, tres siglos más tarde, a los autores de la Antigüedad griega contra las transposiciones tan esotéricas del fin del siglo XX y contra la decadencia ineluctable de los estudios griegos en los programas de enseñanza en la era de las nuevas tecnologías. ¿No están la una y la otra en busca de la edad de oro, de un paraíso perdido, de la infancia de la humanidad, que es al mismo tiempo el recuerdo de su propia infancia?

Anexo 1

Notas complementarias

La traducción de Homero en verso es menos fiel que la traducción en prosa:

Un traductor puede decir en prosa todo aquello que Homero ha dicho; esto jamás pudo hacerlo en verso, sobre todo en nuestra lengua, en la cual es necesario cambiar, suprimir, agregar. Ahora bien, aquello que Homero pensó y dijo, aunque expresado de manera más simple y menos poética que él, ciertamente es preferible que todo aquello que nos vemos obligados a prestarle al traducirlo en verso (Homero, “prefacio de la *Iliada*”, 1766; 42-43).

El traductor debe expresar el sentido antes que la letra:

Todos los días se ven músicos, que muy cultos en su arte, cantan exacta y rigurosamente la nota que les presentan, sin cometer ni la más mínima falta; pero todo es una falta, porque desprovistos de talento y de agallas no sorprenden el espíritu con la composición de esos aires, y no inspiran ni el encanto ni la gracia que salen del alma; en cambio, hay otros, que más vívidos y dotados de un talento afortunado, cantan esos aires con el espíritu con el cual fueron compuestos, conservando toda su belleza y hacen que parezcan muy diferentes, así sean los mismos. Veamos, si no me equivoco, la diferencia que hay entre las buenas y las malas traducciones; una, con una imitación baja y servil expresa la letra sin el sentido, y otra, con una imitación libre y noble, conserva el sentido sin alejarse de la letra, y hace algo totalmente nuevo de un asunto ya conocido (Homero, “prefacio de la *Iliada*”, 1766: 48-49).

Se deben respetar, en la traducción, las costumbres de los tiempos heroicos:

Homero habla con frecuencia de calderos, de marmitas, de sangre, de grasa, de intestinos, etc. Vemos allí a los príncipes despojar ellos mismos las bestias y ponerlas a asar. A la gente de mundo esto le parece desagradable, pero se muestra que todo esto concuerda con lo que se ve en las Santas Escrituras; que no había nada más augusto ni más venerable y que no es compasivo ridiculizar; [...] pero, veamos, ¿cómo se puede imaginar que los príncipes preparen ellos mismos sus comidas, o que los hijos de los grandes reyes cuiden sus rebaños, o que trabajen sin ayuda, y que Aquiles hiciera en su hogar las labores más serviles? Tales eran las costumbres de estas épocas heroicas, de estos alegres tiempos en los que no se conocía ni el lujo ni la flojera, y en los que la gloria se encontraba en el trabajo y en la virtud, y la vergüenza en la pereza y el vicio (Homero, “prefacio de la *Iliada*”, 1766: 28-29).

Un traductor no debe temer lo extraño, sino buscar en esto la belleza:

Yo concibo los motivos de la falsedad si una mujer desea que un pintor la pinte más bella, aunque no conserve ninguno de sus rasgos, ella quiere engañar a aquellos que jamás la habrán visto; pero reconozco que hay una especie de amor propio, que no concibo, al querer que las épocas que no nos afectan en absoluto, se nos parezcan. En mi opinión, por el contrario, encuentro estas épocas antiguas mucho más hermosas, en cuanto se asemejan menos a las nuestras. Existen costumbres de estos tiempos como la dicción, que jamás es tan bella como cuando la disfrazamos con palabras extranjeras o figuradas, puesto que, como dice Aristóteles en la *Retórica*: aquello que viene de los extranjeros parece admirable, y todo aquello que es admirable, nos place y regocija (Homero, “prefacio de la *Iliada*”, 1766: 28).

Una traducción elegante no es ni una traducción literal ni una traducción libre:

[La Motte] se refiere a los principios de la traducción, de la traducción literal y de la traducción elegante, y me honra al admitir mis principios, él se acoge a esta última, y considera mi traducción como prueba suficientemente buena de lo que he adelantado. Debo este elogio a la falta de conocimiento que él tiene del original, pues si lo hubiera conocido, si él hubiera leído siquiera dos versos de Homero, habría sido más justo con mi obra, es decir, no hubiera hablado de ella de manera tan elogiosa.

He dicho que la traducción literal es una traducción servil, que por una fidelidad muy escrupulosa, se vuelve muy infiel, pues para conservar la letra, se arruina el sentido, es lo que se llamaría la obra con genio estéril y frío; en cambio, la traducción elegante es una traducción generosa y noble que se ajusta fuertemente a las ideas de su original, busca las bellezas de su lengua, y expresa sus imágenes sin contar las palabras, que se aplican principalmente en conservar el sentido, en medio de su libertad conserva también la letra, que por sus rasgos insolentes y siempre verdaderos, se convierte no solamente en fiel copia de su original, sino en un segundo original, lo que no puede ser ejecutado sino por un genio noble y fecundo.

La Motte no sopesó suficientemente sus palabras, que demuestran que no se deben ni se pueden clasificar en este tipo de traducciones elegantes, las traducciones que se alejan de las ideas del poeta, que no conservan la belleza de sus imágenes y que permiten cosas poco convenientes y que no tienen por ningún motivo el mismo tono (Dacier, 1714: 328-330).

La lengua francesa no acepta bien las palabras triviales o disonantes, y en esto permanece inferior a la griega y a la latina:

[...] la palabra *boyero* es una palabra ruda que jamás entrará en la poesía o en la música. *Pastor* es una palabra dulce y armoniosa que tendrá siempre un bello efecto. Nuestra palabra *vaca* es ruda y grosera, la palabra *becerra* es dulce y bella, y la palabra griega es incluso más dulce y más bella. [...] nuestra palabra *vaca* no tiene otro sentido que la palabra latina *vacca*, mientras que nuestra palabra *vaca* no sería empleada en la poesía, *vacca* afortunadamente lo es, no solo en el género bucólico, sino en el poema épico [...] es un error entonces, que de las solas ideas surjan nuestros placeres y nuestros disgustos. [...]

Hablando de mi traducción, me pregunto qué se puede esperar de una traducción en una lengua como la nuestra, siempre sabia, o casi siempre tímida y en la cual no hay casi nada atrevidamente alegre, porque al estar siempre atrapada en sus costumbres, no tiene la mínima libertad [...].

Pero sin detenernos en estas minucias, es algo constante, que no hay nada que envilezca más un discurso que las palabras bajas. Por otro lado, es cierto que jamás un escritor descendió en los más grandes detalles como lo hizo Homero, ni se ha atrevido a decir, de buen agrado, las cosas más insignificantes; y esta es una de las grandes obras maestras de la poesía, decir noblemente las más pequeñas cosas. Pero, ¿cómo hacer para decirlo noblemente cuando la lengua carece de términos bajos y comunes? Homero encontró este secreto, puesto que, como Denis de Halicarnaso lo indica, él empleó estos términos con tanto arte y tanta industria, que los ha hecho nobles y armoniosos. La Motte dirá en lo posible, que evitemos estos términos más por gusto que por imposibilidad, para evitar burlarnos; no habrá hombre sensato que reconozca que una lengua con las ventajas que menciono, es muy superior a aquella que no las tiene (Dacier, 1714: 336-344).

Anexo 2

La *Iliada* de Homero, traducción de Anne Dacier, Canto XIX (v. 1-39)

La brillante Aurore sortait à peine du sein de l'océan pour annoncer aux dieux et aux hommes le retour du soleil, que la déesse Thétis arriva près des vaisseaux avec les armes que Vulcain lui avait données. Elle trouva son fils encore étendu près du corps de son cher Patrocle, qu'il pleurait avec de grands cris, et autour de lui tous les principaux des Thessaliens qui fondaient en larmes. Cette déesse paraît au milieu d'eux, et embrassant Achille, elle lui dit: "Mon fils, quelque grande que soit votre douleur, laissons là Patrocle sur son lit funèbre, puisqu'il a été tué par l'ordre des dieux, et recevez comme vous devez ces armes que Vulcain vous envoie et qui sont si merveilleuses, que jamais mortel n'en a porté de semblables".

En même temps elle les met aux pieds d'Achille. Ces armes divines rendent un son terrible, et la frayeur s'empare du cœur de tous les Thessaliens: il n'y en a pas un qui ait l'assurance de les regarder, ils sont tous saisis d'épouvante. Le seul Achille en les voyant sent rallumer son courage et redoubler sa fureur; les éclairs de ses yeux sont comme les éclairs du tonnerre; la joie qu'il a de les voir entre ses mains l'anime d'un nouveau feu, et après s'être rassasié de les considérer et de les toucher, il se tourne vers sa mère et lui dit: "Vulcain vous a donné des armes telles que doivent être tous les ouvrages des Immortels, et il est aisé de voir que rien de pareil ne peut sortir de la main des hommes. Je vais donc m'armer; mais je crains que les mouches, venant à s'attacher aux larges plaies de Patrocle, n'y engendrent la corruption et ne défigurent son corps avant que je puisse lui faire les funérailles que je vais lui préparer".

"Bannissez cette inquiétude, mon cher fils, lui répond la déesse; moi-même j'essayerai d'éloigner de lui ces essaims redoutables, qui portent partout la corruption et qui s'attachent sur les hommes qui meurent dans les combats. Quand vous le garderiez des années entières, il se conservera et ses chairs deviendront même plus belles. Allez seulement, faites assembler tous les Grecs, et après avoir renoncé à la colère qui vous anime depuis si longtemps contre le roi Agamemnon, armez-vous pour le combat et vous revêtez de courage et de force".

En finissant ces mots, elle lui inspire une audace qu'aucun péril ne pouvait étonner. Elle verse ensuite, goutte à goutte, dans les narines de Patrocle, l'ambroisie et le nectar rouge pour conserver son corps.

La brillante Aurora recién salía del seno del océano para anunciar a los dioses y a los mortales, que la diosa Tetis había llegado cerca a las naves con las armas que Vulcano le había dado. Ella encontró a su hijo aún inclinado sobre el cuerpo de su querido Patroclo, clamando con grandes alaridos, y en torno a él, los dirigentes de los Tesalios llenos de lágrimas. Esta diosa apareció en medio de ellos y abrazando a Aquiles, le dijo: “Hijo mío, por grande que sea tu dolor, dejad a Patroclo en su lecho fúnebre, pues él ha sido vencido por orden de los dioses, y recibe como es debido estas armas que Vulcano te envía y que son maravillosas, ya que jamás otro mortal tuvo unas semejantes”.

Diciendo esto, las puso a los pies de Aquiles. Estas armas divinas produjeron un estruendo, y el miedo sobrevino al corazón de todos los mirmidones: no hubo quien se atreviera a mirarlas, todos ellos estaban aterrorizados. El mismo Aquiles, al verlas, se llenó de valor y redobló su coraje, sus ojos centelleaban como fuego, y dichoso al verlas entre sus manos se colmó de fuerzas y después de saciarse de verlas y tocarlas, se volvió hacia su madre y le dijo: “Vulcano te ha dado armas que deben ser obras de inmortales, y ninguna parecida podría salir de las manos de los hombres. Me armaré entonces, pero temo que las moscas vengan a posarse en las anchas heridas de Patroclo, y pudran y desfiguren su cuerpo antes de que yo pueda preparar su sepultura”.

“Aparta de ti esta inquietud, hijo mío —le respondió la diosa—: yo misma trataré de alejar de él esos enjambres inoportunos que descomponen todo y que se posan sobre los hombres que mueren en los combates. Así lo guardase años enteros, él se conservará y sus carnes se volverán más bellas. Ahora vete, convoca a todos los griegos y después de renunciar a la ira que tanto tiempo se ha apoderado de ti contra el rey Agamenón, reúne las armas para el combate y revístete de valor y de fortaleza”.

Concluyendo estas palabras, ella le dio el valor para que ningún peligro lo pudiera sorprender, luego derramó gota a gota, en la nariz de Patroclo, la ambrosía y el néctar rojo para conservar su cuerpo.

Anexo 3

La *Iliada* de Homero, traducida al francés con observaciones de Anne Dacier, “Prefacio” (última página), 1711.

[...]

Después de haber terminado este Prefacio, me disponía a retomar la *Odisea*, para continuar con la traducción de la *Iliada*; pero abatida por una pena funesta que me agobió, no puedo prometer nada, solo me quedan fuerzas para lamentarme. Permítase a una madre afligida expresar por un momento su dolor. Yo sé bien que no debo exigir que se tenga conmigo la misma consideración que se tiene con los grandes hombres, con los Antiguos y los Modernos, cuando han expresado su dolor; mas solo espero que la humanidad llevará a que el público no rechace mi debilidad, así haya alabado mis méritos.

Teníamos una hija muy querida, que era todo nuestro consuelo, que había respondido a nuestros cuidados y había colmado nuestros deseos, adornada de todas las virtudes y con la vivacidad, la grandeza y solidez de su espíritu y por sus grandiosos talentos, hacía deliciosos todos los momentos de nuestra existencia; la muerte nos la arrebató. Dios no quiso darnos esa gran felicidad hasta el fin de nuestros días. He perdido una amiga y una compañera fiel, jamás habíamos estado separadas ni un solo instante desde su infancia. ¡Cuántas conversaciones! ¡Cuánta diversión! ¡Cuánta delicia! Ella animaba todas mis ocupaciones, y a menudo precisaba mis dudas y también me aclaraba dejando escapar un sentimiento vívido y delicado.

Todo se ha desvanecido como un sueño; a este comportamiento lleno de encantos siguieron la soledad y el horror. Todo se ha convertido para nosotros en amargura, las Letras mismas, acostumbradas a calmar las más grandes aflicciones, aumentan la nuestra con sus recuerdos crueles que despiertan en nosotros. Por lo tanto, no es posible para mí retomar prontamente una obra que me parece tan triste: solo resta esperar que Dios quiera darme fuerzas para vencer mi dolor, y para acostumbrarme a una privación tan cruel.

Anne Dacier

Obras citadas y consultadas

Fuentes

iconográfica

Desrochers, E., *Portrait de Madame Dacier*, Bibliothèque nationale de France, Cabinet des estampes, D 122520.

Fuentes manuscritas

Homère, 1710, *Iliade*, chant v, traduction manuscrite de dom Bernard Chamony, conservada en la Biblioteca municipal de Grenoble en Opuscles choisis de Tricaud, t. II, pp. 1-90.

Le Fèvre, Tanneguy, 1671, "Lettre du 20 mai 1671 à Pierre-Daniel Huet", Bibliothèque nationale de France, Fonds français, 15.189, f.º 98 r.º.

impresas

Anacréon y Sapho, 1660, *Anacreontis et Sapphonis carmina, graece et latine*, Notas et animadversiones additit Tanaquillus Faber, in quibus multa veterum emendantur, Salmurii.

—, 1681, *Les Poésis d'Anacréon et de Sapho, traduites de Grec en Francois avec des remarques par Mademoiselle Lefèvre*, París, chez Denys Thierry et Claude Barbin.

Anónimo, 1723, *Mémoire sur le mariage de Mademoiselle Le Fèvre avec Monsieur Dacier et sur la reunión de l'un et de l'autre en l'Église Catholique*, Ámsterdam, Bibliothèque Françoise ou Histoire Littéraire de la France, 1723-1746, 59 vols., t. I.

Aristophane, 1684, *Le Plutus et les Nuées d'Artistophane. Comédies grecques*, traduites en français, avec des remarques et un examen de chaque pièce selon les règles du théâtre, par Mademoiselle Le Fèvre, París.

Aurélien Victor, 1671, *Aurelius Victor, cum notulis*, Salmurii.

—, 1681, *Sexti Aurelii Victoris historiae Romanae compendium, interpretatione et notis illustravit Anna Tanaquilli Fabri filia, iussu Christianissimi Regis in usum Serenissimi Delphini*, París.

Bayle, P., 1716, *Nouvelles de la République des Lettres*, Ámsterdam.

Boivin de Villeneuve, Jean, 1715, *Apologie d'Homère*, París, F. Jouenne.

Callimaque, 1675, *Callimachi, ... Hymni, epigrammata et fragmenta, Ejusdem poematum de Coma Berenices a Catullo versum, accessere alia ejusdem Epigrammata quaedam*

nondum in lucem edita... adjecta sunt in hymnos vetera scholia graeca... cum notis Annae Tanaquilli Fabri filiae, París.

Colleret, Guillaume, 1658, *Art poétique... Avec un Discours de l'Eloquence, et de l'Imitation des Anciens. Un autre discours contre la Traduction...*, París, A. de Sommaville et L. Chamhoudry.

Dacier, Anne, 1714, *Des causes de la corruption du goust*, París, Rigaud.

_, 1731, *Réflexions sur la Préface de Pope, dans L'Iliade et l'Odyssée d'Homère, traduite en francais avec des remarques, 4e édition revue et augmentée de nouvelles remarques de Mme Dacier...*, 7 vols., Ámsterdam, Wetsteins et Smith.

_, 1766, *Introduction à l'Homère traduit du Grec et commenté par Madame Dacier*, Leide, chez J. de Wetstein et fils (Première édition: París, Rigaud, 1711).

_, 1971, *Homère défendu contre l'apologie du R. P. Hardouin*, París, chez Jean-Baptiste Coignard, 1716, Genève, Slatkine Reprints,

Dictys y Darès, 1680, *Dictys Crentensis de bello Troyano et Dares Phrygius de excidio Troiae, interpretatione et notis illustravit Anna Tanaquilli Fabri filia, iussu Chistianissimi Regis in usum Serenissimi Delphini*, Lutetiae Parisiorum.

Eutrope, 1667, *Eutropii Historia Romana, cum Viris illustribus Aurelii Victoris*, edito emendatissima, Salmurii.

Eutrope, 1683, *Eutropii historiae Romanae breviarium ad Vrbe condita usque ad Valentinianum et Valentem Augustos, notis et emendationibus illustravit Anna Tanaquilli Fabri filia, iussu Chistianissimi Regis in usum Serenissimi Delphini*, París.

Florus, 1672, *Lucius Annaeus Florus, cum recensione Tanaquilli Fabri*, Salmurii.

_, 1674, *Anna Fabri, Lucii Annaei Flori historia Romana, cum interpretatione et notis in usum Delphini*, Lutetiae Parisiorum.

Fontenelle, s. f. (sans date, circa 1688), "Discours sur la poésie en general", en: *Ceuvres*, 3 vols., París, Belin, G. Depping, éd.

Graverol, Fr., 1717, "La vie de Tangui Le Fèvre", en: *Mémoires de Littérature par Monsieur de S [allengre]*, 2 vol., La Haye, H. Du Sauzet, t. II, pp. 1-19.

Homère, 1614, *L'Illiade d'Homère, avec la suite d'icelle [...] Le tout de la traduction et invention du sieur du Souhait*, París, Chevalier.

_, 1615, *Les Œuvres d'Homère, assavoir: L'Illiade, l'Odyssée, la Batrachomyomache, les Hymnes et les épigrammes*, le tout de la version de Salomon Certon, París, N. Hameau.

_, 1681, *L'Illiade, [l'Odyssée] d'Homère*, 4 vols., nouvelle traduction [par de la Valterie], París, C. Barbin (Traducción reeditada en 1699 con la mención "seconde édition revue et corrigée").

- _, 1701, *Le premier livre de L'Illiade en vers françois, par Mr. D. [Houdar de la Motte]*, París, Pierre Emery.
- _, 1711, *L'Illiade d'Homère*, 3 vols., traduite en françois, avec des remarques par Madame Dacier, París, Rigaud.
- _, 1715-1720, *The Iliad*, translated by Alexander Pope, Londres, W. Bower for Bernard Lintott.
- _, 1716, *L'Odyssée d'Homère*, 3 vols., traduite en françois, avec des remarques par Madame Dacier, París, Rigaud.
- _, 1924, *L'Odyssée*, 3 vols. [t. I, Chants I-VII; t. II, Chants VIII-XV, t. III, Chants XVI-XXIV], texte établi et traduit par Victor Bérard, directeur d'études à l'École des hautes études, París, Les Belles Lettres, Collection des universités de France, Association Guillaume Budé,
- _, 1937), *L'Illiade*, 4 vols. [t. I, Chants I-VI; t. II, Chants VII-XII; t. III, Chants XIII-XVIII; t. IV, Chants XIX-XXIV], texto establecido y traducido por Paul Mazon, con la colaboración de Pierre Chantraine, Paul Collart y René Langumier, París, Les Belles Lettres, Collection des universités de France, Association Guillaume Budé.
- Huet, Pierre-Daniel, 1661, *De interpretatione libri duo: quorum prior est De optimo genere interpretandi, alter De claris Interpretibus*, París, apud S. Cramoisy.
- La Motte, Antoine Houdar de, 1714, *L'Illiade, poème avec un discours sur Homère*, París, G. Du Puis.
- Le Clerc, Jean, 1699-1701, *Parrhasiana ou pensées diverses*, 2 vols., Ámsterdam, A. Schelte.
- Le Fèvre, Tanneguy, 1644, *Les poètes grecs*, Saumur. Reeditada en 1665 en París con el título *Abrégé des Vies des Poètes grecs*.
- Le Fèvre, Tanneguy, 1672, "Méthode pour commencer les humanités grecques et latines", en: *Mémoires de Littérature par Monsieur de S[allengre]*, 2 vols., La Haya, H. Du Sauzet.
- Le Journal des Sçavants*, critique élogieuse de l'édition de Callimaque par l'abbé Gallois, 11 de marzo de 1675; critique de l'Illiade, 2 de mayo de 1711; facilité donnée aux détracteurs d'Homère par Madame Dacier, mayo-junio de 1714, t. IV, pp. 139; émergence des plus dangereux critiques d'Homère, 1716, t. VIII, p. 245; critique de l'Odyssée, 14 y 18 de enero de 1717.
- Marc-Aurèle, 1691, *Les Réflexions morales de l'empereur Marc-Antonin avec des Remarques [et la Vie de Marc-Aurèle, par M. Et Mme Dacier]*, París, 2 vol.
- Montesquieu, 1953, "Mes Pensées" (s. f.), en: *Œuvres complètes*, 3 vols., París, Masson, 1953-1955, t. II, pp. 39 y sig.

- Pélessier, G., 1894, "Quelques lettres des Amies de Huet", *Nozze Cian-Sappa-Flandinet*, Bergamo, Instituto Italiano d'arto grafiche.
- Perrault, Charles, 1688, *Parallèle des anciens et des modernes en ce qui regarde les arts et les sciences, dialogues, avec le poème du Siècle de Louis le Grand et une épître en vers sur le génie*, Paris, J. B. Coignard.
- _, 1692-1697, *Parallèle des anciens et des modernes*, 2.^a ed., Paris, s. ed., 4 vols.
- Plaute, 1683, *L'Amphitryon, L'Epidicus et le Rudens. Comédies de Plaute*, traduites en françois, avec des remarques et un examen, selon les regles du théâtre, par Mademoiselle Le Fèvre, Paris.
- Plutarque, 1694, *Les Vies des hommes illustres de Plutarque, traduites en françois*, Paris, C. Barbin.
- Térence, 1688, *Les comédies de Térence, traduites en françois... par madame D[acier]*, 2 vols., Paris.
- Titon du Tillet, E., 1732, *Le Parnasse François, remarques sur la poésie et la musique et sur l'excellence de ces deux arts*, Paris.
- Voltaire, 1785-1789, *Œuvres complètes*, s. c., Kehl, 70 vols.

Estudios

- Boone, Annie y André Joly, 1996, *Dictionnaire terminologique de la systématique du langage*, Paris, L'Harmattan, colección "Sémantiques".
- Ballard, Miche y Lieven D'hulst, 1996, *La Traduction en France à l'âge classique*, Lille, Presses Universitaires du Septentrion.
- Cary, Edmond [pseud. de Cyrille Borovsky], 1963, *Les Grands traducteurs français*, Ginebra, Georg.
- Chevalier, Jean-Claude y Marie-France Delpont, 1995, *Problèmes linguistiques de la traduction: L'Horlogerie de saint Jérôme*, Paris, L'Harmattan, colección "Sémantiques".
- Deschamps, P., 1889, "Les hommes illustres du Languedoc, André Dacier (1651-1722)", en: *Mémoires de l'Académie des Sciences*, t. XI, Toulouse, Inscriptions et Belles-Lettres de Toulouse.
- Dubreuil-Chambardel, L., 1900, "Notas sobre el lugar de nacimiento de Madame Dacier", *Bulletin de la Société archéologique de Touraine*, vol. XII, pp. 191-195.
- Etkind, Efim, 1982, *Un arte en crisis: ensayo de poesía de la traducción poética* [sic].

- Foulon, Eric, 1993, "Madame Dacier: une femme savante qui n'aurait point déplu à Molière", *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, París, trimestriel, núm. 4, dic., pp. 357-379.
- Garnier, Bruno, 1998, "La traduction de la tragédie grecque en France: le tournant décisif de la période 1660-1780", *Diachronie et Synchronie, TTR, Traduction Terminologie Rédaction, Études sur le texte et ses transformations*, Montréal, Université McGill, Département de langue et littérature françaises, 1998, t. XI, núm. 1, pp. 33-64.
- Guillaume, Gustave, 1945, *L'architectonique du temps dans les langues classiques*, Copenhague, Einar Munksgaard.
- Hepp, Noémie, 1968, *Homère en France au XVIIIe siècle*, París, Klincksieck.
- Malcovati, E., 1953, *Madame Dacier, una gentildonna filologa del gran secolo*, Firenze, G. C. Sansoni.
- Mazon, Paul, 1936, *Madame Dacier et les traductions d'Homère en France*, Oxford, Clarendon Press.
- Mounin, Georges, 1955, *Les Belles Infidèles*, París, Cahiers du Sud. Reedición: Lille, Presses Universitaires de Lille, 1994.
- Nayral, Magloire, 1833, *Biographie castraise, ou Tableau historique, analytique et critique des personnages qui se sont rendus célèbres à Castres ou dans ses environs, par leurs écrits, leurs talents, leurs exploits, des fondations utiles, leurs vertus ou leurs crimes, suivie de chroniques et antiquités castraises*, Castres, Vidal aîné, 1833-1837, 4 vols., t. IV.
- Rigault, Henri, 1959, *Histoire de la querelle des anciens et des modernes*, París, Hachette.
- Romilly, Jacqueline de, 1992, *Pourquoi la Grèce?*, París, Éditions de Fallois, colección "Le Livre de Poche".
- Santangelo, G. S., 1984, *Madame Dacier, una filologa nella crisi (1672-1720)*, Roma.
- Tatilon, Claude, 1986, *Traduire: Pour une pédagogie de la traduction*, prefacio de Georges Mounin, Toronto, Ediciones del Grupo de Investigación en Estudios francófonos, colección "Traduire, écrire, lire".

Émilie de Châtelet, traductora de Newton, o la “traducción-confirmación”^{1*}

Agnès Whitfield

Escuela de traducción, College Universitaire Glendon
Universidad de York (Canadá)

Châtelet (Émilie Le Tonnelier de Breteuil, marquesa de) [París 1706 - Lunéville 1749], amiga e inspiradora de Voltaire, a quien recibió en su castillo de Cirey.

Le Petit Larousse (1995).

Esta breve reseña de *Le Petit Larousse*, representa con claridad el lugar generalmente dado a Émilie de Châtelet en la historia literaria francesa. Madame de Châtelet, escribía André Maurois, “es un ejemplo valioso de la inmortalidad otorgada a una mujer gracias a sus amores ilegítimos, siempre que el objeto de su amor sea ilustre” (1994: 44). Al evocar los ensayos de Châtelet, *Essais sur le bonheur* (Ensayos sobre la felicidad), y su traducción y comentarios de los *Principia* de Isaac Newton, el biógrafo concluye: “Muchos de sus trabajos estarían hoy en el olvido si no hubiera sido la amante de Voltaire” (p. 44). En este juicio duro y lacónico se manifiesta el desdén que la historiografía ha mostrado en lo que se refiere a las mujeres de ciencia, así como en lo que respecta a los traductores y las traductoras, pero también deja ver una parte de verdad, pues la relación de Émilie de Châtelet con Voltaire, “la relación amorosa más célebre de la historia literaria del siglo XVIII” (Orioux, 1966: 237), da cuenta de todos los retratos escritos que la describen en aquella época, bien sea la pluma mordaz de Madame de Deffand y de Madame de Graffigny, o aquellas, más galantes, de sus amantes

* Traducido por Alberto Castrillón A., profesor Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.

y amigos célebres Richelieu, Maupertuis, Clairaut, el conde de Argenson o el mismo poeta del siglo de las luces. Todavía hoy, Châtelet es descrita por la gente de letras como mujer y como mujer enamorada de Voltaire. De esto nos da testimonio una de sus biografías más conocidas, y además, la más agradable, la de Nancy Mitford, *Voltaire in Love* (1957).



Émilie du Châtelet. Retrato atribuido a Jean Marc Nattier, *Les Délices*, Instituto y Museo Voltaire, Ginebra, Suiza.

Tratar de reencontrar a Émilie de Châtelet, la traductora, es entonces una tarea compleja. Por una parte, es necesario separar su obra de las dimensiones sentimentales y normativas de una relación que es, en buena medida, insoslayable, debido al desarrollo intelectual de la traductora y a su

participación en los grandes debates científicos y filosóficos de la época. Por otra, aun liberada de la mitología voltairiana, su obra está sujeta a una serie de juicios poco objetivos y más bien influenciados por ideologías particulares, tanto en lo que se refiere al papel desempeñado por las mujeres en la ciencia, como en lo que respecta a la función y a la calidad de sus traducciones.¹

En una tesis muy bien documentada que cubre el período de 1750 a 1996, Lydia Allen señala los diferentes momentos clave de la recepción de la obra de aquella que llamaban, de manera irrisoria, “Madame Pompon-Newton”. Allen muestra la importancia de la relación de Émilie con Voltaire, en la visión de sus contemporáneos; los “setenta y cinco años de silencio” (Allen, 1998: 17) que siguieron a la muerte de Émilie en 1749, así como el redescubrimiento “anecdótico” y romántico, en el siglo XIX, de la mujer enamorada, en detrimento de la mujer científica (Allen, 1998: 141). En el siglo XX, la publicación en 1941 y 1947 por Ira Wade de nuevos documentos sobre la vida en Cirey de la célebre pareja, permitió reevaluar “la influencia científica de Madame de Châtelet sobre Voltaire” (Allen, 1998: 142), y abrió el camino para las investigaciones feministas que marcaron la segunda mitad del siglo. Si dichas investigaciones permitieron redescubrir la mujer de ciencia, todavía quedan por situar los proyectos traductivos de Émilie de Châtelet con respecto al conjunto de una vida y una obra excepcionales. Sin pretender dibujar un retrato completo, inédito y definitivo de esta traductora, nos gustaría contribuir con nuestro estudio al debate y abrir nuevas posibilidades de reflexión.

Los antecedentes de Émilie

Gabrielle Émilie de Châtelet nació el 17 de diciembre de 1706 en París, hija “de la aristocracia en el poder, aquella que tiene el privilegio de acercarse al rey y de servirle directamente” (Badinter, 1983: 57). Su padre, Louis Nicolas Le Tonnier de Breteuil, introduce embajadores en la corte de Luis XIV; su madre, Anne de Froulay, viene de una familia de militares distinguidos. Contrario a muchas de las jóvenes de su época, enviadas a edad temprana

1 Mencionemos, a manera de ejemplo, el juicio somero de Hilda Smith, una de las investigadoras que se ha propuesto resaltar las investigaciones científicas de Madame de Châtelet: “Émilie de Châtelet dudaba de su propio genio y por eso traducía los trabajos de otros” (Smith, 1998: 102). Este enunciado desvalorizador se fundamenta evidentemente en la idea preconcebida de la traducción como trabajo necesariamente secundario y ancilar.

al convento, Émilie recibe instrucción en su casa. Se trata de una educación que combina el respeto de los buenos modales con un espíritu de apertura bastante raro para la época. Así, sus padres le permitieron, desde muy joven, libre acceso a su vasta biblioteca, donde “no le fue prohibido ningún conocimiento, ningún límite le fue impuesto a causa de su sexo” (Badinter, 1983: 67). Un hecho importante para la futura traductora de Newton es que sus padres la autorizan, desde la edad de 10 años, a participar en sus salones casi cotidianos, donde conoce los literatos y científicos más renombrados de su época. Se relaciona, entre otros, con el duque de Saint-Simon, Jean-Jacques Rousseau y Fontenelle, autor de *Diálogos sobre la pluralidad de los mundos*, quienes intercambian con ella ideas sobre “física y astronomía y le procuran ciertas comunicaciones de la Academia de ciencias, como las del célebre [astrónomo] Cassini” (Badinter, 1983: 66).

Sin duda es difícil evaluar con precisión las fortalezas y las debilidades de esta educación, cuya forma parece tan inusitada hoy. La actitud excepcional de sus padres, y en particular de su padre, contribuyó seguramente al desarrollo y a la eclosión de ese “gusto dominante por las matemáticas y por la metafísica” que, según Voltaire, mostraba Émilie ya desde muy joven (Voltaire, 1883: vii). Por otra parte, afirma Elizabeth Badinter: “Al final de su adolescencia, todavía estaba lejos de igualar los grandes matemáticos con quienes se correspondería luego, pero ya había alcanzado un nivel suficiente para tomar clases con un Maupertuis” (1983: 68).

Recordemos que, en esa época, la universidad todavía no era el lugar de adquisición de saber científico por excelencia que sería más tarde. Los últimos descubrimientos científicos se discutían en los salones, los cafés y las academias de ciencias, prohibidas entonces a las mujeres. Si Émilie de Châtelet no pudo ser instruida en matemáticas de manera más rigurosa (tuvo que recurrir a tutores para compensar sus carencias de formación científica y sobre todo matemática), su estatus social y el dinamismo de su medio familiar la beneficiaron, permitiéndole un acceso relativamente privilegiado a los grandes debates científicos y filosóficos de su siglo. La oportunidad que tuvo de frecuentar, desde muy joven, intelectuales reconocidos, contribuyó sin duda a desarrollar su curiosidad y a adquirir seguridad intelectual, cualidades que le serán aún más útiles en su carrera de traductora y científica.

La infancia excepcional de Émilie también contribuyó a su desarrollo e independencia, permitiéndole sobresalir en actividades tan diversas como la música, la equitación y la esgrima. Según su biógrafo inglés, manejaba tan bien la espada que “era capaz de combatir en duelo con hombres” (Edwards, 1970: 6). Celebra Elizabeth Badinter:

Ese padre liberal y afectuoso que confiará en ella, promoverá además su libertad. A pesar de que su madre le enseñó el gusto por el esfuerzo, el rigor y la disciplina, Émilie cultivará toda su vida el amor por la libertad y el no-conformismo (1983: 48).

Además, gracias a ese espíritu de independencia lograba hacerse aceptar en los cafés, prohibidos en esa época a las mujeres, recurriendo a una estratagema audaz: se presentaba en el café Gradot ¡vestida de hombre! (Edwards, 1970: 192).

El matrimonio de Émilie con el marqués de Châtelet en 1725, a los diecinueve años, el nacimiento de una hija en 1726, y de un hijo en 1727, no lograron disminuir sus actividades intelectuales. Observa Badinter:

El siglo XVIII constituye una especie de paradoja en la historia de las mujeres privilegiadas. Se mantenía para ellas la obligación de casarse y tener hijos, pero la ideología dominante les otorgaba el derecho a la negligencia. La inconstancia conyugal no era un vicio (1983: 103).

El nacimiento de su primer hijo (tendría otro del marqués en 1732) pareció más bien liberarla de sus obligaciones conyugales. A partir de 1728 abandonó el castillo de la familia del gobernador de Semur y se reintegró a la vida social e intelectual de París.

Algunos vínculos determinantes marcan este período de 1728, hasta su encuentro decisivo con Voltaire en la primavera de 1733. Durante estos años de relativo libertinaje, según las convenciones de la época, vivió algunas relaciones importantes, entre otras, con el duque de Richelieu, miembro de la Academia Francesa y sobrino segundo del cardenal, y el matemático Maupertuis, miembro de la Academia de ciencias, célebre por su teoría sobre la forma de la Tierra. Este último encuentro tuvo lugar “probablemente hacia los años 1732-1733” (Badinter, 1983: 143), mientras que Eugène Asse sostiene que “Maupertuis parece haber tenido una relación científica con ella desde el año 1730” (en: Madame de Châtelet, 1878: vii). Sólo hay que leer las cartas intercambiadas por Émilie con Maupertuis, sobre todo

en 1736 y 1737,² ahora que había comenzado a trabajar seriamente en los textos de Newton, para constatar que se trataba de un encuentro capital para su formación intelectual. Maupertuis, y no Voltaire, sería el “iniciador de Madame de Châtelet a la física de Newton” (Orieux, 1966: 489). Con Maupertuis, seguiría cursos de matemáticas, y a él debería la parte “decisiva” (Janik, 1982: 101) de su formación científica.

Los dos hombres habían comenzado a interesarse en Newton en la misma época. Autor de un *Discours sur les Différentes Figures des Astres* (Discurso sobre las diferentes figuras de los astros), publicado en 1732, Maupertuis descubre la teoría de la gravitación de Newton en una estadía en Inglaterra en 1728. “Decide imponer en Francia la nueva teoría [y] a ello se dedica de todas las maneras posibles” (Orieux, 1966: 487), emprendiendo incluso, en 1736, un viaje con otros científicos al círculo polar, para verificar la forma de la Tierra. Voltaire, por su parte, había oído hablar de las nuevas teorías de Newton, desde su estadía en Inglaterra de 1726 a 1728. La “preferencia ostensible de Maupertuis por Newton despertó la admiración en Voltaire”; este le pide revisar el manuscrito de las *Lettres anglaises* (Cartas inglesas) concernientes a Newton y a la atracción (Brunet, 1931: 231-232). La publicación de estas *Lettres* en 1733 hizo eco al *Discours sur les Différentes Figures des Astres*, destinado a un público más amplio, y puso de cierta manera a disposición de la gente común doctrinas que hasta entonces no habían salido del “círculo de los sabios” (p. 232). Se puede muy bien imaginar que en esta época Émilie oyó hablar de Newton por primera vez, probablemente en el café Gradot. También en 1734 empezó sus lecciones de matemáticas con Maupertuis, lecciones que continuó asiduamente por correspondencia, aun después de haber abandonado París con Voltaire, y hasta que su profesor se cansara.

Su encuentro con Voltaire, y sobre todo su decisión, a finales de 1735, de vivir con él en Cirey, lejos de la sociedad parisina de la corte, marcó el comienzo de un período particularmente fructífero para ella en lo intelectual. Cerca tanto de Maupertuis como de Voltaire, participó plenamente del intenso debate alimentado por los escritos de aquel sobre la teoría de la gravitación universal de Newton, que tomó nueva fuerza luego del viaje de Maupertuis al círculo polar en 1736 y de la publicación, en 1738, de *Éléments de la philosophie de Newton* (Elementos de la filosofía

2 Véase, por ejemplo, su carta del 9 de mayo de 1738 a Maupertuis, donde reflexiona sobre “lo que puede resultar de la fuerza de dos cuerpos duros que se golpean en el vacío” (Châtelet, 1878: 201).

de Newton) de Voltaire. Cirey se convierte en un verdadero laboratorio. Los dos investigadores adquirirían libros e instrumentos de investigación, conformando una verdadera biblioteca de obras científicas en varias lenguas: latín, francés, italiano, inglés. En una carta de 1739 a su proveedor parisino, Prault, Émilie presentaba su inventario, y por lo tanto sus lecturas, que comprendían, entre otras, el *Traité d’Optique* (Tratado de óptica) de Newton en francés, Rohault comentado en inglés por Clarke, discípulo de Newton, Van Musschenbroek y ‘S Gravesande en latín, una correspondencia entre Leibnitz y Clarke en inglés (Badinter, 1983: 293-294). Casi todos los newtonianos de Europa pasaron por Cirey. Francesco Algarotti, autor de *Newtonianismo per le dame*, un libro italiano que explica las teorías de Newton a los no iniciados, pasó un mes en Cirey en noviembre de 1735, en su camino a Inglaterra para estudiar allí filosofía. Volvió a Cirey al año siguiente. En 1739, Émilie recibió al matemático suizo Bernoulli. En el mismo año, ella pidió a Koenig, alumno del leibniziano Wolf, instalarse allí “para tomar lecciones de geometría” (Badinter, 1983: 214). En julio de 1744, el padre Jacquier pasaba unos días en Cerey.

Estas visitas y contactos permitieron a Émilie de Châtelet mantener correspondencia importante con los sabios de la época: Maupertuis, Clairaut, Bernoulli, Jurin, Euler, Van Musschenbroek, el padre Jacquier y otros. Esta correspondencia era lugar de verdaderos intercambios intelectuales. Le permitió planear experiencias que ella no habría logrado sola. En 1736 escribía a Algarotti: “Espero su regreso de Inglaterra para hacer los experimentos con la luz, y ver el anillo de Saturno” (Châtelet, 1878: 91). En la misma carta le solicitaba el envío de la traducción francesa del *Essay on Man* (Ensayo sobre el hombre) de Pope, y se advertía sobre material científico a adquirir: “el abad Mollet me envió una cámara oscura, más oscura que nunca: según él, usted la encontró bastante clara en París” (Châtelet, 1878: 93). Se informaba también sobre ciertas publicaciones. En carta del 9 de mayo de 1738, pedía a Maupertuis comunicarle sobre la recepción de *Éléments de la philosophie de Newton* de Voltaire: “Me complacería que me dijera cómo ven la obra de Voltaire” (Châtelet, 1878: 108). También discutía en detalle asuntos científicos, a saber, las fuerzas vivas y la teoría newtoniana del vacío.

Su correspondencia da cuenta del vigor de su pensamiento y de sus reflexiones científicas. Discutía sobre los conceptos más abstractos con

inteligencia y espíritu crítico. Además, a juzgar por las lecturas que hacía en Cirey, podemos deducir que poseía ya buenos conocimientos lingüísticos. Voltaire alababa sus conocimientos de latín, que aprendió con su padre, así como su conocimiento de los autores clásicos: “Recitaba de memoria los más bellos pasajes de Horacio, Virgilio y Lucrecio; todas las obras de Cicerón le eran familiares” (Voltaire, 1883: 7). Este juicio se apoya en su correspondencia. Sus cartas están repletas de citas latinas, tomadas, entre otras, del *Ars poetica* de Horacio.³ ¿Cuándo aprendió Émilie inglés? Según Edwards, a los doce años leía, escribía y hablaba con fluidez inglés, español y alemán (Edwards, 1970: 6). Por el contrario, otros afirman que en Cirey, Voltaire le enseñó inglés: “Voltaire no solamente contagió a la divina Émilie con su propio entusiasmo por el inglés, sino [...] que le enseñó inglés y quedó fascinado con la extraordinaria facilidad con que lo adquirió” (Mitford, 1957: 236). La manera como progresaba era realmente impresionante, pues en tres semanas, “hablaba fluidamente y luego, con frecuencia hablaban los dos en inglés” (p. 249). El inglés se convirtió en su lengua íntima por así decirlo, tanto para las disputas como para los momentos de ternura, “esta lengua que nadie habla en Cirey, y menos aún en esta época” (Orioux, 1966: 294).

Hacia 1740, las relaciones entre Voltaire y Émilie comenzaron a deteriorarse. El poeta-filósofo se ausentaba cada vez más, cediendo, por una parte, a las invitaciones insistentes de Federico II de ir a verlo, sin Émilie, a Prusia, y por otra, a los encantos de su sobrina, Madame Denis. Es posible que su complicidad intelectual se haya así mismo atenuado: Voltaire quería dedicarse al teatro y a la historia, ahora que el interés de Émilie por las ciencias se acentuaba. En lo que se refiere a las ciencias, sus ideas comenzaban a divergir un poco. Permaneciendo fundamentalmente newtoniana, Émilie se mostraba sensible a la calidad de ciertas hipótesis de Leibnitz, sobre todo en matemáticas, y sentía la necesidad de reconciliarlo con Newton, lo que no era del gusto de Voltaire. Por último, en febrero de 1748, en un momento en que se encontraba, como dice Anne Soprano, “en un estado de soledad afectiva reflejada en su aspecto terrible” (en: Châtelet, 1997b: 15), consiguió un nuevo amante: el marqués de Saint-Lambert. Poeta, futuro colaborador de *La Enciclopedia*, este no parecía experimentar una pasión tan intensa como ella. En 1749, a los cuarenta y tres años, descubrió que estaba embarazada de

3 Véase, por ejemplo, su carta del 9 de mayo de 1738 a Maupertuis (Châtelet, 1878: 198-204).

él, sin estar segura de poder contar con su apoyo. Su embarazo se desarrolló de manera normal; trabajaba arduamente en su comentario de los *Principia*, pero se inquietaba. El 10 de septiembre de 1749, seis días después de dar a luz una niña, moría en Lunéville, como consecuencia del parto.

La obra

Para Émilie de Châtelet, la traducción no era más que una fase de una obra que comprende igualmente varios ensayos científicos y filosóficos, así como una impresionante correspondencia, de la que se conservan una centena de cartas dirigidas a Saint-Lambert (Châtelet, 1997). La edición de Theodore Besterman recoge alrededor de ciento cincuenta cartas más.⁴ Desafortunadamente, la correspondencia que podemos suponer voluminosa, entre Madame de Châtelet y Voltaire, ha desaparecido. Se añade, a esta obra personal, su aporte, difícil de evaluar, a los ensayos científicos de Voltaire, en particular a sus *Éléments de la philosophie de Newton*. Para Robert Walters y W. H. Barbe, responsables de la edición crítica de este libro para la fundación Voltaire, dicha contribución tendría la suficiente importancia para merecer que Émilie figurara como “coautora” (Voltaire, 1992: 47). Su primera obra científica está todavía inédita: *Essay sur l'optique: de la formation des couleurs* (Ensayo sobre la óptica: sobre la formación de los colores), de la cual Ira Wade ha encontrado el cuarto capítulo entre los documentos de Voltaire en Leningrado, y data de 1736 (Wade, 1947: 188-208). En 1738 participó, lo mismo que Voltaire –pero sin que este lo supiera–, en el concurso de la Academia de ciencias, para el cual escribió una memoria de ochenta páginas titulada *Dissertation sur la nature et la propagation du feu* (Disertación sobre la naturaleza y la propagación del fuego). No obtuvo el premio, pero el jurado consideró su trabajo digno de publicación.⁵

De todas maneras, con sus *Institutions de physique* (Instituciones de física), publicadas en 1740, se impuso como científica. Afirma Edwards: “En el sentido más amplio, Émilie se dio a conocer con la publicación de *Institutions*; hasta entonces, aunque muchos alababan sus logros, era considerada como mujer que posaba de intelectual” (1957: 181-182). Sin embargo, este cambio de estatus

4 Esta edición recoge las cartas reunidas por Eugène Asse (Châtelet, 1878), una parte de las cartas enviadas a Saint-Lambert y otras encontradas por Wade (Châtelet, 1958). Otras cartas no llegaron a las manos de Besterman (Taton, 1969: 186).

5 René Taton describe en detalle las etapas de publicación de esta memoria (Taton, 1969: 187).

no se produjo sin inconvenientes. El libro fue atacado desde dos ángulos. Émilie seguramente sufrió en tanto que científica.⁶ Su tutor Koenig insinuaba que su libro no era más que una reelaboración de sus lecciones, poniendo en duda las competencias científicas de Émilie. También circulaban rumores, que Voltaire desmentía, según los cuales él escribía sus textos (Mitford, 1957: 162). Además, en un contexto voltairiano y newtoniano, la marquesa se había atrevido a incorporar ciertas ideas de Leibnitz, lo que fue criticado por sus colaboradores más cercanos. El intercambio de correspondencia entre Émilie y los representantes oficiales de la Academia de ciencias, que siguió a esta controversia, le permitió, no obstante, demostrar a la vez su competencia y su independencia de pensamiento, y adquirir literalmente sus títulos de mujer de ciencia. Gracias a este texto y al apoyo del padre Jacquier, se convirtió en miembro del Instituto de Boloña en 1746.

Entre sus ensayos filosóficos se encuentra su *Discours sur le bonheur* (Discurso sobre la felicidad), escrito alrededor de 1746; las *Doutes sur les religions révélées* (Dudas sobre las religiones reveladas), dirigidas a Voltaire, pero que permanecieron inéditas; *De l'existence de Dieu* (Sobre la existencia de Dios), “pequeño escrito impreso luego de las Cartas dirigidas a Argental” (Châtelet, 1878: xiii), y artículos inéditos, *Examen de la Genèse* (Examen del Génesis) y *Examen des livres du Nouveau Testament* (Examen de los libros del Nuevo Testamento) (Wade, 1941: 48-189). Según Asse,

[...] ella había compuesto también, con el título la Émiliana, memorias sobre su vida, en las cuales trabajaba la víspera de su muerte, y que Longchamp [el secretario de Voltaire] declara haber visto, pero que no se han encontrado (en: Châtelet, 1878: xliii-xliv).

Además, una *Grammaire raisonnée* (Gramática razonada), escrita, según Wade, hacia 1736, de la cual solo existen tres capítulos, y que igualmente permanece inédita (Wade, 1947: 209-291).

En lo que se refiere a la traducción, su obra es todavía más difícil de recomponer. Parece haber traducido mucho, tanto para el perfeccionamiento de sus conocimientos lingüísticos, como por placer. Edwards afirma que siendo adolescente, traducía ya Aristóteles del griego clásico para su propio placer y que había realizado su primera traducción del latín (Edwards, 1970: 6). En Bruselas, en 1739, Émilie habría comenzado, entre otras

6 Véanse Janik (1982), Terrall (1995) y Zinsser (1988).

preocupaciones (lecciones de álgebra con Koenig y un proceso judicial en el que estaba implicada la familia del marqués du Châtelet), una traducción al francés de *Edipo Rey* de Sófocles (Edwards, 1970: 175). En la primavera de 1743, en París, habría traducido del latín al francés poemas de Cátulo (Edwards, 1970: 209). Voltaire habla también de una traducción de la *Eneida* de Virgilio (Voltaire, 1956: 187) que nunca terminó. En sus cartas, Madame de Châtelet evoca también algunos proyectos de traducción, entre ellos una versión francesa del libro de Algarotti sobre Newton (Châtelet, 1878: 90) y una traducción del comentario del padre Jacquier sobre la filosofía de Newton (Châtelet, 1958: 144).

Del conjunto de esta obra de traducción, sin embargo, solo dos textos llegaron hasta nosotros. En primer lugar, la traducción parcial al francés, en 1723, de la obra bien conocida del británico de origen francés Bernard de Mandeville (1670-1733), *The fable of the Bees* (1714), (*La Fable des abeilles*) (La fábula de las abejas), texto del que Ira Wade ha encontrado fragmentos entre los documentos de Voltaire en Leningrado (Wade, 1947: 131-187). Émilie de Châtelet no tradujo propiamente la fábula, escribe ella, “puesto que esta traducción debió ser hecha en verso y yo no lo hice” (Wade, 1947: 138); decidió más bien traducir los comentarios de A a L y el *Essay on the Origin of Moral Virtue* (Ensayo sobre el origen de la virtud moral) que Mandeville había escrito para acompañar y comentar la fábula. Debido a la falta de documentos, es difícil precisar con qué finalidad se hizo esta traducción. En cuanto al tema, el texto recoge las preocupaciones filosóficas y morales de la marquesa, inscribiéndose en la anglomanía de Voltaire. Sin embargo, un comentario de Émilie en carta enviada a Algarotti el 20 de mayo de 1736, permite pensar que tradujo a Mandeville seguramente por interés y por placer, pero sin la misma pasión que muestra entonces hacia sus estudios de matemáticas y hacia sus estudios científicos. “Traduje *The Fable of the Bees* de Mandeville; es un libro que merece ser leído por usted, en caso de que no lo haya leído, es divertido y científico” (Châtelet, 1878: 90). El texto circuló entre sus amigos,⁷ sin que Madame de Châtelet conociera de él una difusión mayor.

7 En carta a Saint-Lambert del 16 de junio de 1748, hace sobre esto una breve alusión. Hizo todo lo posible para que el texto fuera conocido por su amante, pero evidentemente, no tuvo gran difusión: “Le juro que no dije a Madame de B. [Madame de Boufflers-Remiencourt], que usted tenía Mandeville y que no le hablé de eso en ninguna de mis cartas; seguramente lo supo por Papan [François Étienne Devaux], y entonces quiso tenderle una trampa” (Châtelet, 1958: 192).

Otro asunto es la traducción por la cual es conocida, *Philosophae Naturalis Principia Mathematica*. Escribía ella a Saint-Lambert, en una larga carta del 5 de junio de 1748: “Mi Newton es un asunto bastante serio y muy esencial para mí” (Châtelet, 1997: 73). El original es una obra capital, el “monumento perdurable” que asegura al científico su lugar entre los grandes en la historia de las ciencias (Westfall, 1977: 150). Traducirlo fue un gran desafío, aun más cuando las ideas de Newton no hacían unanimidad en Francia. Además, la pasión con la que Châtelet se consagró a esta traducción es legendaria y de cierta manera preocupante, objeto tanto de admiración como de burla: “Se le ve en el mundo y en la corte, pero pasa las noches en sus libros mágicos. Quiere terminar su Newton. Tiene miedo de morir antes de terminar la traducción de su obra monumental” (Orioux, 1966: 408). Efectivamente, trabajaba sin descanso hasta los meses avanzados de su embarazo, sin terminar, sin embargo, de traducir el comentario que acompaña la traducción y sin ver su publicación.

Describir hoy las diferentes etapas de la publicación en francés de los *Principes Mathématiques de la Philosophie Naturelle* genera “muchos misterios”, confía el eminente newtoniano I. Bernard Cohen, quien intentó describir un cuadro en donde se acumulan retrasos inexplicados, contradicciones extrañas y preguntas sin respuesta (Cohen, 1968: 261). La primera dificultad es de orden bibliográfico: en vano se buscará el original del texto que circula hoy. Publicado por Blanchard en 1966 bajo la forma de facsímile, esta edición parece un *collage* realizado a partir de las ediciones iniciales (Cohen, 1968: 285-286). Cierta confusión se presenta también con referencia a la fecha de publicación de la primera edición. Según los documentos disponibles, parece que una edición preliminar y de tiraje muy limitado apareció en París en 1756, es decir, siete años después de la muerte de la traductora; seguida de otra edición de 1759, citada como la primera edición de la traducción francesa de Newton, propiamente editada. De todas maneras, ninguna de estas ediciones corresponde al único ejemplar que conocemos en forma de manuscrito, el de la Biblioteca Nacional de Francia, que parece ser el que Madame de Châtelet confió, unos días antes de su muerte, al abad Claude Sallier, conservador de la Biblioteca del Rey (Taton, 1969: 204). Como lo constata Cohen, a juzgar por las diferencias textuales, de orden a la vez estilístico y técnico, “se necesitó de mucha revisión para organizar su manuscrito para publicación” (Cohen, 1968: 264).

¿Entregó Émilie de Châtelet una versión no revisada de su texto al abad, guardando para ella el texto más actualizado, en caso de que tuviera la posibilidad de volver a emprender la labor, o fue Clairaut quien efectuó las revisiones después de su muerte? Al no tener acceso al manuscrito que se utilizó para la publicación del libro, es difícil evaluar con exactitud la distribución del trabajo entre la marquesa y Clairaut. En cuanto a la “confianza que el Público debe tener en esta traducción [leemos en la advertencia del editor], es suficiente decir que fue realizada por la difunta Madame la Marquesa de Châtelet, y revisada por M. Clairaut” (Newton, 1966b, I: ii).⁸ Con respecto a este asunto, los testimonios de Voltaire, bien en su prefacio a la publicación francesa de los *Principes* o bien en las cartas que él dirige a diferentes corresponsales, nunca han sido desmentidos: “Madame de Châtelet tuvo la gloria de haber trabajado sola en la traducción al francés de los *Principes* de Newton” (citado por Taton, 1969: 206). Según Voltaire, Clairaut intervino seguramente en el comentario que acompaña la traducción.

Recordemos que la obra aparece en dos volúmenes, con aprobación y privilegio del rey. El primero contiene la traducción, establecida según la edición latina de 1726 de los *Principia*. El segundo se compone de una presentación más accesible de la teoría de la atracción, seguida de un comentario de carácter más “científico”. “Se da allí el análisis de los problemas más bellos del mundo: se examina la forma que tienen y que tendrán verdaderamente las órbitas de los planetas en las diferentes hipótesis de gravedad [...]” (Newton, 1966b, I: ii). Según Voltaire, Madame de Châtelet trabajó también sola en el “comentario algebraico”, inspirándose en las “ideas de M. Clairaut, pero haciendo todos los cálculos ella misma; la intervención de Clairaut consistía en revisar los cálculos: [...] cuando acababa un capítulo, M. Clairaut lo examinaba y lo corregía” (Newton, 1966b, ix). Además, para mejor verificar y corregir las pruebas, Clairaut “hacía revisar por un tercero los cálculos, cuando estos estaban en limpio, para evitar errores de falta de atención” (Newton, 1966b, x). La muerte precoz impidió que la marquesa terminara este comentario, por lo que las últimas investigaciones son atribuidas a Clairaut, quien se responsabilizó de la publicación póstuma de la obra. Hasta la aparición en 1985 de una nueva traducción, realizada por

8 Aunque la edición de Blanchard no corresponde completamente ni a la edición de 1756, ni a la de 1759, la citamos por ser de más fácil acceso, a fin de facilitar la consulta del texto.

Marie-Françoise Biarnais, el texto de Émilie de Châtelet constituyó la única traducción definitiva en lengua francesa de los *Principia*.

¿Cuándo comenzó la marquesa su traducción de los *Principia*? ¿Qué la motivó a emprender semejante tarea? Otro misterio. Privados del acceso a las cartas intercambiadas entre Émilie y Voltaire, correspondencia que sin duda aportaría aclaraciones en este tema, debemos atenernos a conjeturas. En realidad Voltaire participó activamente en la renovación del interés de Francia por los intercambios culturales y científicos; intercambios que no pasan ya por la lengua latina, sino que implican el aprendizaje de las vernáculos.⁹ Como resultado de su estadía forzada en Inglaterra, Voltaire escribía sobre William Shakespeare en sus *Cartas filosóficas*; era la primera vez que en una obra publicada en Francia se encontraba más que un comentario rápido sobre el dramaturgo inglés (Besterman, 1969: 128). Dos traducciones inglesas de los *Principia*¹⁰ se anunciaban en 1727 en el *Journal des Sçavants* (Cohen, 1963: 335). El mismo año, Voltaire motivaba a su amigo Thiriot a traducir *A view of Sir Isaac Newton's Philosophy* (Una perspectiva sobre la filosofía de sir Isaac Newton) de Henry Pemberton, cuya publicación inminente en francés era esperada (Voltaire, 1992: 35). ¿Habría él hecho la misma sugerencia a la marquesa? Sabemos que Émilie trabajó intensamente sobre las teorías de Newton en Cirey desde 1735 y que contribuyó de manera considerable a los *Éléments de la philosophie de Newton* de Voltaire. Sin embargo, su deseo de hacer conocer las ideas de Newton en Francia, como era además el deseo de Voltaire, inspirada en el éxito de *Il Newtonianismo per le dame* de Algarotti,¹¹ la llevó entonces aún más hacia la redacción y el análisis, que hacia la traducción.

9 Según el cálculo aproximativo de Besterman, apenas una centena de obras inglesas es traducida al francés durante los tres siglos que separan la invención de la tipografía y 1750. El número de traducciones es quince veces más entre 1750 y 1800, a pesar de los conflictos políticos entre los dos países durante este período (Besterman, 1969: 129). Los trabajos de Voltaire y de Madame de Châtelet se sitúan en el período que precede y prepara este gran cambio.

10 Henry Pemberton también anunciaba, en *A View of Sir Isaac Newton's Philosophy*, que él preparaba una traducción inglesa y un comentario de los *Principia*, trabajos que nunca se realizaron, probablemente debido a la aparición de la traducción de Andrew Motte (Cohen, 1963: 336-338).

11 Madame de Châtelet no ocultaba la influencia del libro de Algarotti en la concepción de los *Éléments* (Voltaire, 1992: 46).

Recordemos que durante este período de intensa investigación, de 1736 a 1740, ella escribe sus principales textos científicos. Su *Essay sur l’Optique: de la formation des couleurs*, inspirado en el *Traité d’optique de Newton*, fue escrito hacia 1736. En 1738, preparó su *Dissertation sur la nature et la propagation du feu*. Las *Institutions de physique*, probablemente ya en curso en 1737, aparecen en 1740 (Janik, 1982: 88). Luego de *Éléments*, Madame de Châtelet continuó sus reflexiones sobre la filosofía de Newton, confrontando esta con las teorías de Leibnitz. Escribía ella en una carta dirigida a Federico de Prusia: “Tengo planeado entregar en francés una filosofía completa con el toque de Monsieur Wolf, pero con salsa francesa” (Châtelet, 1958: 24). Al mismo tiempo, se proponía mitigar una laguna “vergonzosa”, según ella, a saber, el hecho de que “no tenemos en nuestra lengua una física completa” (Châtelet, 1740: 8). Dirigiéndose a su hijo en el prefacio, se propone “recoger bajo sus ojos los descubrimientos expuestos en tantos buenos libros latinos, italianos e ingleses; la mayoría de las verdades que contienen son conocidas en Francia por muy pocos lectores” (p. 9). No obstante, no parece que se tratara, en esta época, de transmitir estos nuevos descubrimientos directamente, es decir, por medio de la traducción. Escribe a su hijo: “Quiero evitarle la pena de tomarlos de sus fuentes, cuya profundidad lo atemorizaría” (p. 9).

El primer ejemplar de los Principia llegaría a Cirey “durante el verano de 1737”; en febrero de 1739, Madame de Châtelet adquirió su propio ejemplar, “una bella edición” encuadernada “en cuero enrojecido y con listas doradas” (Voltaire, 1992: 61). Las cartas que conocemos de comienzos de los años cuarenta del siglo XVIII, tratan sobre la problemática de la recepción de las *Institutions*.¹² Estaba seguramente al corriente de la publicación, por Bufón, en 1740, de una traducción francesa de un “tratado inglés de Newton sobre *La Méthode des fluxions et des suites infinies*” (Newton, 1966a: 149). El texto fue examinado por sus corresponsales, Clairaut y Maupertuis, de la Academia de ciencias, quienes lo aprobaron en vista de obtener el privilegio del rey. Sus dificultades con Voltaire, su participación en la “disputa de las fuerzas vivas” (Taton, 1969: 193), así como un proceso en el Brabant la ocuparon entre 1742 y 1744. Apoyándose en una carta de Voltaire, Élizabéth Badinter hace remontar hasta 1744 la decisión “secreta” que habría tomado Émilie

12 Veáanse, a manera de ejemplo, sus cartas a Maupertuis, a James Jurin, a Algarotti, al conde de Argental, a Federico II y a Bernoulli (Châtelet, 1958: 8-9, 10-22, 26-29, 33-36, 41-64).

de traducir los *Principia* (Badinter, 1983: 134). A mediados de noviembre de 1745 hablaba todavía de manera secreta, en una carta al padre Jacquier: “Trabajo, cuando tengo el tiempo, en una traducción de Newton” (Châtelet, 1958: 144). Pensaba ya en añadir un comentario sustancioso a su traducción, quizás basándose en el del padre Jacquier; pero afanada por el tiempo, decide contentarse con presentar sólo “algunas proposiciones, puesto que temo infinitamente que no podré continuar con mi trabajo que está casi acabado, y que es, sin embargo, todavía un secreto que le recomiendo” (p. 144).

¿Temía que su obra no fuera aprobada para la obtención del privilegio del rey, etapa esencial para la publicación? No obstante, un mes más tarde, el 20 de septiembre de 1745, después de leer la traducción y un comentario analítico, Clairaut firmó la aprobación oficial,¹³ y en septiembre de 1746, Émilie escribía a Bernoulli: “Mi Newton, que pronto estará impreso, pero que exige un trabajo continuo, me ocupa por completo” (Châtelet, 1958: 152). En abril de 1746 confesaba estar en la lectura de las pruebas, “lo que es bastante aburridor, y trabajo en el comentario, lo que es bastante difícil” (pp. 157-158). ¿Tendríamos que entender que en ese momento decide emprender la escritura de un ensayo más elaborado destinado a añadirse al comentario que había leído Clairaut y que corresponde, sin duda, a la primera parte del comentario que figura en la edición de 1756?¹⁴ De todas maneras, por razones oscuras, la publicación de la traducción se demoró. En una carta al padre Jacquier del 1.º de julio de 1747, la traductora afirma que la primera parte de su libro, es decir, la traducción, “está casi toda impresa” (Châtelet, 1958: 157), pero evoca, al mismo tiempo, entre líneas, dificultades que hoy calificaríamos de “políticas”.¹⁵ Sin poder ser miembro de la Academia de

13 La formulación de esta aprobación es sorprendente: “He leído, por orden del Canciller, la traducción de los *Principes Mathématiques de la Philosophie Naturelle*, con un comentario analítico sobre la misma obra, por Madame la marquesa de Chastellet, y no he encontrado nada que pueda impedir la impresión” (Clairaut, en: Newton, 1966b: 298).

14 Taton se pregunta si un esbozo de este primer comentario sería escrito en 1738, en la huella de la contribución de Madame de Châtelet a los *Éléments* de Voltaire (Taton, 1969: 192).

15 Un comentario al padre Jacquier deja ver cómo Émilie creía tener que pasar por sus colegas para llegar a publicar su trabajo: “M. Cléraud y m. D’Alembert riñen con el sistema del mundo [objeto de su comentario de Newton], no quieren con toda razón, dejarse influenciar por concepciones nuevas. Mi comentario será principalmente un extracto de la memoria de m. Cléraud sobre esto, entonces podremos asegurar que será de alguna utilidad, pues usted sabe que la Academia hace escuchar sus memorias desde hace tiempo” (Châtelet, 1958: 157).

ciencias, era tributaria de sus relaciones con otros científicos influyentes. Sin su apoyo, no podía esperar ni publicar ni difundir sus trabajos. Manejó con prudencia sus relaciones –en particular con Clairaut, a quien pidió revisar los cálculos–, y seguramente a ese proyecto de comentario más ambicioso Émilie consagró los tres últimos años de su vida.

La concepción de la traducción

Mientras la información sobre la manera como traducía Émilie es bastante escasa, los detalles sobre sus condiciones de vida y de trabajo abundan. La temible energía de Émilie, así como los muchos comentarios más o menos malintencionados sobre su cohabitación con Voltaire en Cirey, dieron lugar a una verdadera mitología. Según un visitante, Monsieur de Villefort, ¡la científica y el poeta raramente abrían las persianas, para que la luz del día no interrumpiera sus trabajos! (Edwards, 1970: 113). Se comenta también sobre otra excentricidad de Émilie: sus baños frecuentes: “Para calmarse, tenía que mojar cada hora sus grandes brazos en agua fría” (Maurois, 1994: 46). No obstante, admiradores y detractores son unánimes en señalar “el trabajo constante y el horario curioso” de los dos filósofos (Mitford, 1957: 81). Sobre este tema, las últimas cartas de Émilie al marqués de Saint-Lambert son particularmente conmovedoras. Sintiendo atrapada por el tiempo, la marquesa se desesperaba por terminar su proyecto. “Trabajo dieciocho horas sobre veinticuatro sin ver todavía mi labor terminada” (Châtelet, 1997: 226), escribe ella a comienzos de junio de 1749. Una semana más tarde, su desánimo es todavía más palpable: “Perdóneme por escribirle una carta tan corta. Tendrá usted que perdonarme todo, ya que dejaré mi libro imperfecto” (p. 235).

En lo que se refiere a su manera de traducir, tenemos pocas precisiones. El prefacio de Voltaire aporta, sin embargo, informaciones útiles en lo que se refiere al contexto de recepción del trabajo de la marquesa. Su primera observación tiene que ver con la identidad de la traductora como mujer: “Hemos visto dos prodigios: uno que Newton haya escrito esta Obra; el otro que una Dama la haya traducido y aclarado” (Voltaire, en: Newton, 1966b, I: v). Este comentario va más allá de la simple galantería hacia una difunta amiga del corazón, pues Voltaire, al final de su prefacio escribe de nuevo y de manera insistente sobre la feminidad de la traductora, a pesar de sus cualidades masculinas: “Pero esta severa firmeza y este vigor de su

inteligencia no la hacían inaccesible a la belleza de los sentimientos” (p. xi). En una época en que las lenguas vernáculas estaban desplazando al latín, Voltaire se preocupa también por valorar y legitimar el francés como lengua científica: “El latín no tiene términos para expresar las verdades matemáticas y físicas que faltaban a los Antiguos” (Newton, 1966b, I: ix). Al enriquecerse “con expresiones nuevas y necesarias”, el francés “es mucho más apropiado que el latín para difundir en el mundo todos los conocimientos nuevos” (p. ix). En la mente de Voltaire, esta preferencia lingüística no es ajena al debate que opone los Antiguos (los cartesianos) a los Modernos (los newtonianos). La finalidad de buena parte de su prefacio es precisamente situar la labor de Madame de Châtelet en el contexto científico de la época en que Leibnitz, Descartes y Newton se disputan todavía la primacía en lo que concierne a la teoría de la gravitación y al “sistema del mundo”, objeto de comentario de la traductora.

¿Cómo evaluar la traducción? En un estudio de traducciones inglesas de los *Principia*, que tiene que ver particularmente con la noción de *fuerza*, I. Bernard Cohen cita la traducción de la marquesa, calificándola de mucho más confiable que la de Thorp, uno de los traductores ingleses de Newton (Cohen, 1967: 227). Por el contrario, en el posfacio de su propia traducción, Marie-Françoise Biarnais plantea un juicio muy severo sobre el trabajo de su ilustre predecesora. Juzga sus “desfases semánticos” con respecto al original, estimando su traducción de “calidad mediocre” (Biarnais, en: Newton, 1985: 121-122); más que una traducción, la considera “la adaptación de los *Principia* a la ‘física reinante’ de la época, la mutilación de ciertos pasajes o glosas de la obra newtoniana, es sensible a lo largo de toda la ‘traducción’ de la marquesa de Chastellet” (p. 122). Aun más, dice Biarnais, debido a la adaptación, “la epistemología de los *Principia* ha sido afectada en sus ejes principales” (p. 122). La filosofía natural de Newton estaría allí presentada en la claridad de su finalidad, en detrimento del camino que la ve nacer, la calidad “revolucionaria” de su “procedimiento científico, tan prudente y tan sutil” estaría ocultada (pp. 122-123).

Curiosamente, si Biarnais reconoce la importancia del contexto histórico para la elaboración del pensamiento de Newton, así como el interés de un enfoque epistemológico para la interpretación de este pensamiento, no parece tener en cuenta que el proceso traductivo puede ser también objeto de perspectivas similares. De ahí el carácter confuso y contradictorio de su

crítica. La traducción es calificada a veces de adaptación, otras de simple transcripción: “transcribir no es traducir”, afirma Biarnais (en: Newton, 1985: 122). ¿Cómo evaluar la buena intención de esta crítica? Más de doscientos años después de su realización, las ciencias habiendo progresado entretanto, la traducción de Émilie de Châtelet, ¿está simplemente pasada de moda por la naturaleza misma de “su posición traductiva, su proyecto de traducción y su horizonte traductivo” en el sentido en el que Antoine Berman emplea estos términos (Berman, 1995: 16)? ¿Contiene esta traducción problemas más serios, verdaderos descuidos sobre lo fundamental del pensamiento de Newton? Si este es el caso, ¿cómo explicar entonces que se hayan necesitado más de doscientos años para que sea publicada una nueva traducción francesa de los *Principia*?¹⁶

Los límites de este estudio no permiten presentar una respuesta definitiva a estos interrogantes. Una comparación de las dos traducciones francesas del prefacio de Newton posibilita, no obstante, un acercamiento bastante claro de las diferencias que separan el trabajo de Émilie de Châtelet del de Biarnais. Menos fácil de leer, el texto de Biarnais comprende un número mayor de estructuras de subordinación y de formulaciones más elaboradas. El pensamiento de Newton avanza en un estilo sinuoso y sincopado, es decir, minucioso, como lo demuestra el siguiente fragmento:

Tandis que les Anciens ont fait le plus grand cas de la mécanique dans l'investigation des choses de la nature (selon le garant qu'en est Pappus), et que des auteurs plus récents ont entrepris, après reset des formes substantielles et des qualités occultes, de ramener les phénomènes de la nature à des lois mathématiques, on se propose, dans ce traité, de perfectionner, par la mathesis, la mécanique, en tant que celle-ci se rapporte à la philosophie. Les Anciens, il est vraie, constituèrent une double mécanique: la rationnelle qui procède rigoureusement par voie démonstrative et la pratique. À la pratique se rapportent tous les arts manuels desquels la mécanique a principalement tiré son nom (Newton, 1985: 19) (traducción al francés de Biarnais).

Mientras los Antiguos han hecho bastante caso de la mecánica en la investigación de las cosas de la naturaleza (según el garante que de ello es Pappus), y que los autores más recientes se han propuesto, después de rechazar las formas substanciales y las cualidades ocultas, relacionar fenómenos de la naturaleza con

16 En comparación, la segunda traducción inglesa, obra de Robert Thorp, aparece en 1777, solamente cuarenta y ocho años después de que fuera publicada la primera edición en 1729 por Andrew Motte. Para un análisis detallado de la traducción de Thorp, véase la presentación que hace Cohen (en: Newton, 1969: i-v).

leyes matemáticas, nuestro interés en este tratado es perfeccionar, por medio de la *mathesis*, la mecánica, en la medida en que esta se relaciona con la filosofía. Los Antiguos, es verdad, constituyeron una doble mecánica: la racional que procedía rigurosamente por vía demostrativa, y la práctica. A la práctica se refieren todas las artes manuales, de las cuales principalmente la mecánica ha tomado su nombre.

De manera manifiesta, inscribiéndose en un proyecto de comunicación, la traducción de Châtelet del mismo fragmento tiende a cortar y a simplificar las frases. Ciertas relaciones de subordinación que hacen pesada la formulación de las ideas son eliminadas. El tono es más personal (el “nosotros” señala la relación directa y cómplice entre autor y lector), es decir, le da un toque pedagógico:

Les Anciens, comme nous l'apprend Pappus, firent beaucoup de cas de la Mécanique dans l'interprétation de la nature, & les modernes ont en fin, depuis quelque tems, rejetté les formes substantielles & les qualités occultes, pour rappeler les Phénomènes naturels à des loix mathématiques. On s'est proposé dans ce Traité de contribuer à cet objet, en cultivant les Mathématiques en ce qu'elles ont rapport avec la Philosophie naturelle.

Les Anciens partagerent la Mécanique en deux classes; l'une théorique, qui procède par des démonstrations exactes; l'autre pratique. De cette dernière ressortissent tous les Arts qu'on nomme Mécaniques, dont cette science a tiré sa denomination (Newton, 1966b, I: xiv; trad. Châtelet).

Los Antiguos, como nos lo enseña Pappus, hicieron mucho caso de la Mecánica en la interpretación de la naturaleza y los Modernos, después de algún tiempo, rechazaron las formas substanciales y las cualidades ocultas, para relacionar los Fenómenos naturales a las leyes matemáticas. Nos hemos propuesto en este Tratado contribuir a este objeto, cultivando las Matemáticas en la relación que ellas presentan con la Filosofía natural.

Los Antiguos dividían la Mecánica en dos clases; una teórica, que procede por demostraciones exactas; la otra práctica. De esta última proceden la Artes que llamamos Mecánicas, de las que esta ciencia ha tomado su denominación.

I. Bernard Cohen comenta un pasaje problemático de los *Principia* sobre la fuerza de la gravedad, un texto que hubiera dado mucho que decir a los traductores de Newton. Una comparación de las dos versiones francesas de este pasaje confirma la tendencia de Émilie de Châtelet por la claridad en la exposición, así como la inteligencia de su interpretación, mientras que el texto de Biarnais parece ambiguo. He aquí el pasaje en latín:

Corpore cadente gravitas uniformis, singulis temporis particulis aequalibus aequaliter agenda imprimi vitres aequales in corpus illud, & velocitates aequales generat: & tempore tot vim totam imprimi et velocitatem totam generat tempori proportionalem (citado por Cohen, 1967: 226).

Criticando el efecto tautológico creado por la traducción de Andrew Motte, que permite comprender que es “la fuerza del cuerpo la que imprime fuerzas en el mismo” (pp. 226-227), Cohen ofrece su propia traducción, que estima más cercana del razonamiento verdadero de Newton:

When a body is falling, uniform gravity, by acting equally in every equal particle of time, impresses equal forces upon that body and generates equal velocities: and in the whole time impresses a whole force and generates a whole velocity proportional to the time (p. 226).

Cuando un cuerpo cae, la gravedad uniforme, al actuar igual en cada partícula de tiempo imprime fuerzas iguales en el cuerpo que genera velocidades iguales: y durante todo el tiempo imprime una fuerza completa y genera una velocidad completa proporcional al tiempo.

Distinguiendo bien los dos efectos de la gravedad que imprime una fuerza y una velocidad iguales en un cuerpo, Madame de Châtelet da a este pasaje la misma interpretación que Cohen:

La gravité étant uniforme, elle agit également à chaque particule égale de temps, ainsi elle imprime au corps qui tombe des vitesses et des forces égales: & dans le temps total elle lui imprime une force totale & une vitesse totale proportionnelle au temps (Newton, 1966b, I: 17).

Siendo la gravedad uniforme, esta actúa igualmente en cada partícula igual de tiempo, así imprime en el cuerpo que cae velocidades y fuerza iguales: y en el tiempo total ella le imprime una fuerza total y una velocidad total proporcional al tiempo.

En comparación, la traducción de Biarnais a la vez suprime ciertas marcas de articulación lógica y desplaza otras (“*puisque*”, “*et*”). Con relación a la distinción sobre la que insiste Cohen, resulta un texto menos claro:

Lorsqu'un corps tombe, sa gravité uniforme lui imprime pendant des temps égaux des forces égales, puisque son action reste la même et génère des vitesses égales: et dans le temps de chute total, elle lui imprime une force “totale” et génère une vitesse “totale” qui est proportionnelle au temps (Newton 1985: 51; trad. Biarnais).

Cuando un cuerpo cae, su gravedad uniforme le imprime durante tiempos iguales fuerzas iguales, ya que su acción sigue siendo la misma y genera velocidades iguales: y en el tiempo de caída total, ella le imprime una fuerza “total” y genera una velocidad “total” que es proporcional al tiempo.

Es evidente que mientras más se avanza en los *Principia*, se hacen más complejas las nociones. Se escriben en francés nociones innovadoras para las cuales no existe todavía traducción consagrada, y esto se debe hacer sin violentar al lector que todavía no ha adquirido el nuevo sistema del mundo de Newton. En esta medida, Madame de Châtelet parece haber optado por la facilidad de comprensión, pero no duda en mostrarse osada frente a ciertos conceptos nuevos y difíciles de expresar en francés. Entonces, ella forja un neologismo, dejando entre paréntesis, para efecto de precisión, el término original. La definición IV se lee así:

La force imprimée (*vis impressa*) est l'action par laquelle l'état du corps est changé, soit que cet état soit le repos, ou le mouvement uniforme en ligne droite.

Cette force consiste uniquement dans l'action, & elle ne subsiste plus dans le corps, dès que l'action vient à cesser. Mais le corps persévère par la seule force d'inertie dans le nouvel état dans lequel il se trouve. La force imprimée peut avoir diverses origines: elle peut être produite par le choc, par la pression, & par la force centripète (Newton, 1966b, I: 3).

La fuerza impresa (*vis impressa*) es la acción por medio de la cual el estado del cuerpo cambia, bien que este estado sea el reposo, o el movimiento uniforme en línea recta.

Esta fuerza consiste únicamente en la acción, y ella no subsiste más en el cuerpo, desde que la acción cesa. Pero el cuerpo persevera por la sola fuerza de inercia en el nuevo estado en el que se encuentra. La fuerza impresa puede tener diversos orígenes: ella puede ser producida por el choque, por la presión, y por la fuerza centrípeta.

Se reconoce cierta modernización del vocabulario en el mismo pasaje de Biarnais, a pesar de tomar el partido de la historicidad que le permite dejar *vis impressa* en latín:

La “*vis impressa*” est la action qui s'exerce sur un corps pour en changer l'état de repos ou de mouvement rectiligne uniforme.

Cette force ne consiste qu'en l'action seule et ne reste pas dans le corps, une fois celle-ci achevée. En effet, le corps ne persévère en son nouvel état que par sa force d'inertie. La “vis impressa” a, d'autre part, des sources diverses: telles que le choc, la pression, la force centripète (Newton, 1985: 31).

La *vis impressa* es la acción que se ejerce sobre un cuerpo para cambiar su estado de reposo o de movimiento rectilíneo uniforme.

Esta fuerza consiste en la acción solamente y no permanece en el cuerpo, una vez esta acabada. En efecto, el cuerpo sólo persevera en su nuevo estado por la fuerza de inercia. La *vis impressa* tiene, por otra parte, diversas fuentes: tales como el choque, la presión, la fuerza centrípeta.

Biarnais mantiene aquí su inclinación por las marcas de articulación textuales (bisagras, pronombres demostrativos). De todos modos, en este caso, la definición parece formulada con mucha seguridad, mientras que la selección de términos y el aspecto casi narrativo del texto de Madame de Châtelet nos recuerda implícitamente la observación y la experimentación. Allí donde Biarnais se permite ser afirmativa y directa –lo que es contrario al espíritu de su proyecto, que consiste en respetar el recorrido histórico del pensamiento de Newton–, Émilie de Châtelet avanza de manera más prudente.

Ahora bien, algunos comentarios se imponen con respecto a esta noción de *prudencia*, puesto que permite aclarar el posicionamiento particular de Émilie como traductora y como científica. Por una parte, como lo recuerda Badinter, “nos es difícil hoy representarnos el escándalo que suscitó en Francia la importación del sistema newtoniano, en los años 1730-1740” (1983: 197). Para los cartesianos, la teoría de la gravedad no es “un descubrimiento entre otros, implica una visión de la naturaleza y una concepción de la ciencia radicalmente contrarias al espíritu mecanicista” (p. 197). Al traducir y comentar a Newton, Émilie se compromete en esta guerra de religión intelectual y se coloca del lado de los perseguidos. La censura es funcional y eficaz, los riesgos de prisión son reales. Su prudencia se dobla así con un coraje y una lucidez que merecen nuestra admiración.

Por otra parte, tenemos tendencia a olvidar que en ese momento el texto de Newton se presenta de una manera mucho menos definitiva que hoy. Durante la vida de Newton, además de la traducción inglesa y las reediciones del texto en latín, se publicaron tres ediciones de los *Principia* sustancialmente diferentes: la primera data de 1687, la segunda de 1713, la

tercera de 1726. A partir de esta última edición trabajó Émilie de Châtelet (Todd, 1972: 851). A la luz de los comentarios que recibía de otros sabios, Newton aportaba revisiones a cada edición y en particular a la última (Cohen, 1963: 322). Además, lo que puede parecer hoy como un simple y banal cambio de vocabulario, podía en el momento desatar un debate de fondo. Citemos, como ejemplo, el término “hipótesis”. Insistiendo en el hecho de fundar sus teorías en la observación y no en hipótesis especulativas, Newton revoluciona el pensamiento científico de su tiempo. Para evitar todo malentendido, juzga esencial precisar el sentido que da a esta palabra en la edición inicial en los *Principia*. A partir de la segunda edición, reemplaza el título “Hipótesis” por “Regulae philosophandi” y rebautiza las dos primeras hipótesis “regulae” (Koyré, 1965: 30-31). Notemos que el primer traductor inglés, Andrew Motte, traduce “regulae philosophandi” por “Reglas de razonamiento en Filosofía” (Newton, 1960: 398) y Madame de Châtelet, siempre preocupada por la claridad contextualizada, traduce por “las reglas que es necesario seguir en el estudio de la física” (Newton, 1966b, II: 2).

Paralelamente a estas nuevas ediciones corregidas, aparecen también en ese entonces un buen número de fragmentos de los *Principia* y notas de conferencias del autor o de sus discípulos.¹⁷ Las ideas de Newton –expuestas bajo diversas formas por sus adeptos, revisadas a medida que avanzaban los experimentos realizados por el mismo científico, sujetas a interpretación y comentarios– son más bien materia de discusión que verdades recibidas. Desde este punto de vista, la prudencia que caracteriza la sintaxis de Émilie de Châtelet es tanto la de la científica como la de la traductora. Prudencia que resulta de su deseo de circunscribir apropiadamente el pensamiento del autor con el fin de hacerlo comprender. Prudencia nacida también de la preocupación de seguir los meandros del razonamiento de Newton en busca de verdades científicas. De ahí el tono casi narrativo adoptado por la traductora.

Conclusión

¿Qué es importante retener sobre la manera de traducir de Émilie de Châtelet? Su preocupación de ser clara y la preeminencia que ella otorga a la exposición de las ideas del autor de los *Principia*, hacen que su trabajo se inscriba sin duda en un proyecto más amplio de difusión del conocimiento.

17 Para más detalles sobre este tema, véase Todd (1972: 866 y pássim).

Estando el original en latín, la versión francesa debía presentar este texto de manera accesible para los no iniciados. Escribe ella a Bernoulli en enero de 1746: “Creo que será sobre todo útil a los franceses, pues el latín de M. Newton es una de las dificultades del texto” (Châtelet, 1958: 149). ¿Ve la científica su traducción como una manera de difundir las ideas de Newton en Francia? ¿Cree ella que su traducción es más interesante que, por ejemplo, la investigación científica en el sentido amplio?

Estudios feministas recientes muestran la importancia de restituir el discurso de las mujeres científicas en su contexto histórico, privadas entonces, solo por su sexo, del acceso al mundo masculino de las ciencias. Mary Terrall ve, en el objetivo pedagógico explícito de Émilie de Châtelet en *Institutions de physique*, mucho más una “estrategia” deliberada enfocada a minimizar el dominio de la Academia sobre el saber científico y a “demostrar su propia reputación como científica”, que el deseo loable de una madre de instruir a su hijo (Terrall, 1995: 292). Lo mismo podría decirse de la justificación que da a Bernoulli para su Newton. Presentándose en forma modesta como traductora, con el fin de no entrar directamente en competencia con un colega cuyo apoyo le es indispensable, y situando su trabajo en el campo del saber (pedagógico, nacional), más neutro, menos sujeto a controversia, Émilie de Châtelet elude, de cierta manera, el asunto espinoso de su estatus de mujer científica, al mismo tiempo permitiendo que sus investigaciones circulen en el dominio público. Su decisión de publicar las *Institutions*, primero anónimamente, sería otro índice de su sensibilidad a “el oprobio social del cual podría ser objeto debido a su interés por la filosofía”, como lo señala Linda Janik Gardner, quien apunta al mismo tiempo la originalidad científica del libro, en particular por su proyecto de reconciliar Newton y Leibniz (Janik, 1982: 94). Además, las acusaciones de plagio de las que fue objeto, una vez se reveló su identidad, debían justificar para ella los temores, y la razón de sus precauciones.

Ahora bien, sabemos también con que pasión Émilie se dedica, durante las semanas anteriores a su parto, a terminar su comentario. “Este libro es esperado, prometido, comenzado hace dos años, mi reputación depende de él. Era absolutamente necesario comenzar, pero ahora es indispensable terminarlo, y terminarlo bien” (Châtelet, 1997: 82-83). Este pasaje es interpretado por Badinter y Mitford, entre otros, para señalar, y en forma implícita desvalorar la ambición de la marquesa de Châtelet: “Su

única preocupación es convertirse en la primera ‘científica’ de su tiempo” (Badinter, 1983: 155); “estaba decidida a dejar un monumento para su fama” (Mitford, 1957: 259). Sorprendente coincidencia, la traducción se emprende en el momento en que es invitada a convertirse en miembro del Instituto de Boloña (que no era prohibido a las mujeres), primer reconocimiento institucional verdadero del valor de sus trabajos. “Estaré contenta de poderlo situar en el Instituto de Boloña [sic]”, dice ella, con respecto a su Newton, al padre Jacquier, quien patrocinaba su candidatura (Châtelet, 1958: 144). Traducir y verificar el libro-maestro de la época, ¿hubiera sido esencialmente para ella un modo de consolidar su propia reputación, como traductora científica seguramente, pero sobre todo como mujer de ciencia? ¿Es necesario ver en estas dos funciones dos proyectos distintos, de estatus diferente, véase, desigual?

Nos recuerdan Myriam Salama-Carr et ál.: “Sería un grave error considerar los traductores de antaño como mensajeros pasivos de transmisión de textos especializados. Se entregaron por completo a las obras que reformularon en otra lengua” (1995: 109). “Punto de partida para una reflexión más profunda”, la traducción “se funde con frecuencia en el comentario que la acompaña” (p. 109). La distinción entre la actividad traductiva y la investigación propiamente dicha se vuelve menos clara. Más aún cuando sabemos que en el momento en que trabajaba Émilie de Châtelet –al discutirse el saber científico fuera de las instituciones universitarias, en el seno de sociedades y academias de ciencias–, la ciencia se impone como actividad “sociológica así como intelectual” (Westfall, 1980: 108). Siendo netamente menos clara que hoy la línea de demarcación entre los trabajos de punta y las publicaciones de vulgarización, el estatus de la traducción, como medio de comunicación y de intercambio de conocimiento, se encuentra igualmente afectado.

En este contexto particular se sitúa la práctica traductiva de Émilie de Châtelet. Todo lleva a creer que la traducción se presenta en su mente como una etapa, entre otras, de sus investigaciones sobre Newton. La obligación casi obsesiva que ella se impone, de verificar y de reproducir las ecuaciones de Newton, responde en parte a sus escrúpulos de exactitud, pero sobre todo da testimonio de su curiosidad científica, de su pasión por la investigación y de su profundo compromiso con las ideas del científico inglés. ¿Es el nuevo sistema del mundo de Newton creíble y aceptable?

Luego de estudios, discusiones, investigaciones y maduras reflexiones, Châtelet lo cree con la más firme convicción. Pero para estar completamente segura, hace de nuevo los cálculos y verifica todo más de una vez. Es verdad que lo hace para salirle al paso a las críticas eventuales de sus adversarios, pero también para ser fiel al espíritu de la revolución científica inaugurada por Newton: la especulación debe ser reemplazada por la “confirmación y la experimentación”¹⁸ (Westfall, 1980: 115). En un contexto como ese, la traducción, en tanto medio de reproducción, adquiere un sentido particular: “traducción-reproducción”; se entiende aquí no en el sentido de “traducción-copia” (según la relación subordinada de una copia con respecto al original, la de un cuadro, por ejemplo), sino más bien en el sentido de “traducción-confirmación” de resultados científicos. La traducción-confirmación se convierte en instrumento de investigación, medio de confirmación de la veracidad de una proposición científica.

En esta perspectiva, se comprende mejor –aparte de la *Grammaire raisonnée*– la poca participación de Châtelet en el debate sobre la lengua y la traducción en la época de las *belles infidèles*.¹⁹ Por el contrario, su experiencia escolar de la traducción como modo de aprendizaje lingüístico y literario parece absolutamente compatible con su sentido del nuevo método científico. Escribe a Algarotti con un toque de coquetería: “Me ejercito en el arte de la traducción, para hacerme digna” (Châtelet, 1878: 90). Como lo señala aún más claramente Besterman: “Cicerón y los historiadores famosos, Virgilio, Horacio, Ovidio, Fedro, entre los poetas, recibieron instrucción por medio de la lectura, la traducción, la retraducción, de manera que las obras estudiadas quedaran enraizadas en las memorias de los pupilos” (1969: 36). La traducción científica es, así mismo, práctica de aprendizaje y de apropiación lúcida y profunda, dentro del marco de una investigación en donde se puede “hacerse digno”.

Escribe Voltaire a Federico II el 15 de octubre de 1749:

He perdido un amigo de veinticinco años, un gran hombre cuyo único defecto consistía en ser mujer, a quien todo París honora y cuya muerte sufre. [...] una mujer que ha sido capaz de traducir a Newton y a Virgilio, y que tenía todas las virtudes de un buen hombre [...] (Voltaire, 1956: 188).

18 Indica Richard Westfall, historiador de las ciencias: “Casi todos los escritos sobre el método en el siglo XVII tenían que ver con el asunto de la confirmación. Ningún siglo anterior ha contribuido tan ricamente a los instrumentos de investigación” (1980: 114-115).

19 Para más detalles sobre este debate, véase Léger (1996).

De gustos diversos, de espíritu independiente, mujer de sociedad y mujer de ciencia, aristócrata de apariencia voluble pero seria, Émilie de Châtelet fue objeto tanto de caricatura como de admiración: “Amaba los libros, los diamantes, el álgebra, las faldas y la física” (Maurois, 1994: 44-45). Sus biógrafos señalan su energía desbordante, su lado extravagante, su pasión por el juego y por las joyas. “Hubieran deseado que ese castillo donde fueron felices fuera una especie de Templo dedicado al Amor, a la Amistad y a la inteligencia laboriosa”, escribe Jean Orieux con referencia a la más célebre pareja, pero a ojos de sus contemporáneos, esta “huida al desierto”, lejos de los salones parisinos, les daba sobre todo el aire de dos ermitaños un poco “excéntricos”, “el hada del álgebra ataviada como una Cleopatra de ópera” (Orieux, 1966: 261-262). Edwards la califica de “producto mimado de su época caracterizada por el libertinaje y el amor por el lujo”, y concluye: “Es inconcebible que la mariposa social estable y el investigador serio hubieran sido la misma persona” (Edwards, 1970: 25-26).

Esta aparente paradoja en Émilie, a la vez mujer de sociedad y mujer de ciencia, sorprende igualmente a los investigadores de hoy.²⁰ Por su parte, la marquesa de Châtelet reivindica más bien su derecho a la libertad: “He pasado mi vida de manera independiente y seguramente no escogeré las cadenas. Solo quiero depender de mi gusto y de mis placeres” (Châtelet, 1997: 135). Mujer sagaz del siglo de las luces, ella se convierte, como lo señala Orieux, a esta doctrina de la Universalidad del Hombre: “Es limitar de manera extraña la inteligencia, amar un arte o una ciencia excluyendo las otras [...]” (Orieux, 1966: 239). En una carta dirigida a Cideville, del 18 de febrero de 1737, Voltaire expresa ese ideal de apertura de espíritu:

Es necesario hacer entrar en nuestro ser todos los modos imaginables, abrir todas las puertas de su alma a todas las ciencias y a todos los sentimientos. Ojalá que todo eso no se vuelva bagatela, hay lugar para todo el mundo (citado por Pomeau, 1989: 145).

Empresa por gusto y por placer, nutrida por un espíritu independiente y curioso, la traducción le dió a Émilie de Châtelet un medio para hacer progresar sus propias investigaciones científicas, beneficiando al mismo

20 Esta oposición, “la doble figura de una mujer intelectual”, está en el centro de la tesis de Lydia Allen que concluye, con resignación y de manera prematura, que la marquesa de Châtelet “será siempre juzgada en relación con esta dualidad: mente masculina, carácter femenino” (Allen, 1998: 408-409).

tiempo las tesis de Newton y comprobando la pertinencia del nuevo método científico del sabio inglés. En la historia de la traducción, este ejemplo presenta un gran interés, puesto que ilustra otra de las múltiples funciones de la traducción a través de los tiempos.

Obras citadas y consultadas

Fuentes

- Châtelet, Émilie de, 1740, *Institutions de physique*, manuscript, Paris, Bibliothèque nationale, Fonds français, 12265.
- _, 1744, *Dissertation sur la nature et la propagation du feu*, Paris, Prault.
- _, 1806, *Lettres inédites de Madame la Marquise Du Chastelet à M. Le comte d'Argental, auxquelles on a joint une dissertation sur l'existence de Dieu et deux notices historiques sur Madame du Chastelet et M. D'Argental*, Paris, Xhrouet.
- _, 1878, *Lettres de la Mse du Châtelet, réunies par Eugène Asse*, Paris, Bibliothèque Charpentier, G. Charpentier et E. Fasquelle éditeurs.
- _, 1958, *Les Lettres de la Marquise du Châtelet, publiées par Theodore Besterman*, 2 t., Genève, Institut et Musée Voltaire Les Delices.
- _, 1967, “Préface de La Fable des abeilles de Mandeville”, traduction par É. Du Châtelet, en: Ira Wade, *Studies on Voltaire with some Unpublished Papers of Madame du Châtelet*, Princenton, Princenton University Press, pp. 131-187.
- _, 1997, *Discours sur le bonheur*, Paris, Payot et Rivages.
- _, 1997, *Lettres d'Amour au Marquis de Saint-Lambert, lettres présentées par Anne Soprani*, Paris, Éditions Paris-Méditerranée.
- Le Petit Larousse*, 1995, Paris, Larousse.
- Newton, Isaac, 1960, *Sir Isaac Newton's Mathematical Principles of Natural Philosophy and His System of the World*, traduit en anglais par Andrew Motte (1729) révisé par Florian Cajori, Berkeley, University of California Press.
- _, 1966a, *La Méthode des fluxions et des suites infinies*, trad. Par M. de Buffon, Paris, Albert Blanchard.
- _, 1966b, *Principes mathématiques de la philosophie naturelle*, traduction de la Marquise du Chastellet augmentée des Commentaires de Clairaut, 2 t., Paris, Albert Blanchard.

- _, 1969, *The Mathematical Principles of Natural Philosophy by Sir Isaac Newton*, traduit en anglais par Robert Thorp avec une introduction par I. Bernard Cohen, Londres, Dawsons of Pall Mall.
- _, 1985, *De Philosophiae naturalis principia mathematica*, traduction nouvelle, postface et bibliographie établies par Marie-Françoise Biarnais, Paris, Christian Bourgois.
- Voltaire, 1956, *Voltaire's Correspondance*, édition critique établie par Theodore Besterman, Genève, Institut et Musée Voltaire Les Délices, 1749, vol. XVII.
- _, 1883, *Oeuvres complètes*, Paris, Beuchot, Garnier Frères, t. 1.
- _, 1992, *Éléments de la philosophie de Newton*, édition critique établie par Robert L. Walters et W. H. Barber, Oxford, University of Oxford Press.

Estudios

- Allen, Lydia, 1988, "Physics, Frivoloty and 'Madame Pompon-Newton': The Historical Reception of the Marquise du Châtelet from 1750 to 1996", these de doctorat, University of Cincinnati.
- Badinter, Élizabeth, 1983, *Émilie, Émilie ou l'ambition féminine au XVIII^e siècle*, Paris, Flammarion.
- Ballantyne, Archibald, 1919, *Voltaire's visit to England 1726-1729*, Londres, John Murray, Albemarle Street, W.
- Bellugou, Henri, 1962, *Voltaire et Frédéric II au temps de la Marquise du Châtelet*, Paris, Marcel Rivière et cie.
- Berman, Antoine, 1995, *Pour une critique des traductions: John Donne*, Paris, Gallimard.
- Besterman, Theodore, 1969, *Voltaire*, Londres, Longmans.
- Blay, Michel, 1995, *Les "Principia" de Newton*, Paris, PUF.
- Brunet, Pierre, 1931, *L'introduction des theories de Newton en France au XVIII^e siècle avant 1738*, Paris, Librairie scientifique Albert Blanchard.
- Cohen, I. Bernard, 1963, "Pemberton's Translation of Newton's Principia with Notes on Motte's Translation", *Isis*, núm. 54, pp. 319-351.
- _, 1967, "Newton's Use of 'Force', or Cajori versus Newton: A Note on Translations of the Principia", *Isis*, núm. 58, pp. 226-230.
- _, 1968, "The French Translation of Newton's 'Principia'", *Archives internationales d'histoire des sciences*, núm. 21, pp. 261-290.
- Edwards, Samuel, 1970, *The Divine Mistress. A Biography of Émilie de Châtelet the Beloved Voltaire*, Nueva York, David McKay Company, Inc.

- Hall, A. Rupert, 1993, *Newton, his Friends and his Foes*, Aldershot, Variorum.
- Janik Gardner, Linda, 1982, “Searching for the metaphysics of science: The structure and composition of Madame du Châtelet’s *Institutions de Physique*”, *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, vol. 201, pp. 85-113.
- Koyré, Alexandre, 1965, *Newtonian Studies*, Chicago, University of Chicago Press.
- Léger, Benoit, 1996, “Soumission et assujettissement: la fidélité chez les traducteurs et théoriciens de la traduction française dans la première moitié du XVIII^e siècle”, *TTR*, vol. IX, núm. 2, pp. 75-101.
- Maurois, André, 1994, *Voltaire*, París, Quai Voltaire.
- Mitford, Nancy, 1957, *Voltaire in Love*, Londres, Hamish Hamilton.
- Pomeau, René, 1989, *Voltaire*, París, Éditions du Seuil.
- Orieux, Jean, 1966, *Voltaire*, París, Flammarion.
- Salama-Carr, Myriam et ál., 1995, “Les traducteurs, diffuseurs des connaissances”, en: Jean Delisle et Judith Woodsworth, dir., *Les traducteurs dans l’histoire*, Ottawa, Les Presses de l’Université d’Ottawa, París, Éditions Unesco, pp. 109-134.
- Smith, Hilda, dir., 1998, *Women Writers and The Early Modern British Political Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Taton, R., 1969, “Mme du Châtelet, traductrice de Newton”, *Archives internationales d’histoire des sciences*, núm. 22, pp. 185-210.
- Terrall, Mary, 1995, “Émilie de Châtelet and the gendering of science”, *History of Science*, núm. 33, pp. 283-310.
- Todd, William B., 1972, “A Bibliography of the ‘Principia’”, dans Alexandre Koyré et I. Bernard Cohen, dir., *Isaac Newton’s Principia*, Boston, Harvard University Press, vol. 2, pp. 851-901.
- Vaillot, René, 1978, *Madame du Châtelet*, París, Albin Michel.
- Wade, Ira, 1941, *Voltaire and Madame du Châtelet. An Essay on the Intellectual Activity at Cirey*, Princeton, Princeton University Press.
- _, 1947, *Studies on Voltaire with some Unpublished Papers of Madame du Châtelet*, Princeton, Princeton University Press.
- Westfall, Richard, 1977, *The Construction of Modern Science*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _, 1980, *Never at Rest. A biography of Isaac Newton*, Cambridge, Cambridge University Press.

Zinsser, Judith P., 1988, "Émilie du Châtelet: genius, gender, and intellectual authority", en: Hilda L. Smith, dir., *Women Writers and the early Modern British Political Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 168-190.

Albertine Necker de Saussure, traductora de transición *sourcière* del romanticismo *

Jean Delisle

Escuela de Traducción e interpretación

Universidad de Ottawa

(Canadá)

Es suficiente con evocar los apellidos Necker y Saussure para que surjan de inmediato en nuestra mente figuras importantes de la historia de Francia y de Ginebra. ¡Quién no conoce a Jacques Necker, el gran financiero de Luis XVI o a Horace-Bénédict de Saussure, el explorador de los Alpes quien tuvo el honor de ser el primero en haber alcanzado la cima del Mont Blanc el 3 de agosto de 1787! Cualquier hombre de letras asocia espontáneamente el apellido Necker con el autor de *Corinne* o *Italia*, y un lingüista asocia el de Saussure con el célebre *Curso de lingüística general*. Pero, ¿y Albertine Necker de Saussure? Allí la memoria corre el riesgo de equivocarse o de caer en el flagrante delito de la ignorancia. Sin embargo, esta mujer llevó dignamente sus dos patronímicos. Prima política de Germaine de Staël, Albertine (1766-1841) contribuyó a difundir el romanticismo en Francia, con la publicación en 1814 de su traducción de una obra impactante de August Wilhelm von Schlegel. Madre de cuatro hijos, Albertine es también la autora de un clásico de la educación, obra mayor coronada por la Academia Francesa y reeditada y traducida numerosas veces. La última traducción que se conoce es italiana, que data de 1948.

* Traducido por Paula Andrea Montoya, profesora de la Universidad de Antioquia. N. de T.: dos conceptos de la traductología francesa: *sourcier*, traductor que da prioridad a la lengua y a la cultura fuente, por oposición a *cibliste*, traductor que da prioridad a la lengua y a la cultura de llegada.



Albertine Necker de Saussure. Retrato realizado por Madame Fol-Straub.
Biblioteca pública y universitaria de Ginebra, Sala Ami-Lullin.

Es importante señalar que esta brillante, aunque tímida mujer, que nunca buscó la gloria, sin duda no se sentiría ofendida al saber que cayó en el olvido apenas ciento cincuenta años después de su muerte. Este es, al parecer, el tipo de destino reservado a las mujeres que no estuvieron al comienzo de los grandes eventos y que no buscaron figurar. Este aspecto parece llamar la atención de los historiadores; una especialista en historia de las mujeres de Ginebra, Thérèse Pittard, escribió en 1942: “los documentos oficiales con respecto a las mujeres son tan parsimoniosos –excepto cuando se trata de narrar las condenas por adulterio o por brujería–, que difícil es decir algo de nuestras genovesas” (citada en “Notre’ bi-millénaire”, 1942:

1). Pero si mujeres como Albertine Necker de Saussure, mujeres forzadas al silencio o anuladas por las convenciones sociales de su época, se resignaron a estar en la sombra, sus logros no carecen de valor y son dignos de interés. Por esta razón, quisiéramos trazar un retrato lo más fiel posible de esta genovesa, con el fin de dar a conocer a esta mujer de mérito y, en particular, sus traducciones. Su trabajo como traductora se sitúa a finales del clasicismo y comienzos del romanticismo, época en que la manera de traducir sufrió una profunda mutación. Nos esforzaremos por extraer su concepción de la traducción.

Desde el punto de vista que nos interesa, podemos distinguir tres grandes períodos en la vida de Albertine Necker de Saussure. El primero se extiende desde su juventud y termina hacia 1797; este período corresponde a sus años de formación y aprendizaje de lenguas, su matrimonio con Jacques Necker, sobrino del financiero del mismo nombre, y a su determinante encuentro con Madame de Staël, quien se convertiría en su mejor amiga. El segundo período, que se extiende aproximadamente desde 1797 a 1817, concierne a la época en la que Albertine frecuentaba los brillantes críticos, escritores y filósofos que se reunían en el castillo de Coppet, donde descubrió su cosmopolitismo y a los filósofos alemanes; también es la época en la que se entrega a la traducción. En este período de casi 20 años, Albertine traduce obras de Karl Philipp Moritz, Gotthold Ephraïm Lessing, Walter Scott y en especial la famosa obra *Über dramatische Kunst und Literatur* (Curso sobre el arte dramático) de Schlegel. El tercer y último período de su vida (1817-1841) es en el que Albertine abandona la traducción para consagrarse a la escritura de sus propias obras. El suceso que desató esta reorientación de su carrera fue la muerte de Madame de Staël en 1817. A esta pérdida vinieron a sumarse otros duelos y otros sufrimientos personales que marcaron profundamente su vida. Forzada por las circunstancias, y casi en su contra, aceptó ofrendarle a su prima una última demostración de amistad escribiendo *Notice sur le caractère et les écrits de Madame de Staël* (Reseña sobre el carácter y los escritos de Madame de Staël) (1820), primera obra de su puño y letra; Madame Necker de Saussure tenía cincuenta y cuatro años cuando la escribió; tendría que esperar ocho años para ver la publicación de su obra maestra, *L'Éducation progressive, ou études du cours de la vie* (La educación progresiva. "Estudio de la primera infancia"). El último de los tres volúmenes de este tratado apareció tres años antes de su muerte, ocurrida el 13 de abril de 1841 en Mornex, cerca de Salève, no lejos de Ginebra.

Los años de formación: 1766-1797

Albertine-Adrienne de Saussure nació en Ginebra el 13 de marzo de 1766 y es la hija del físico y geólogo Horace-Bénédict de Saussure.¹ A los veintidós años de edad, Horace ya enseñaba filosofía en la Academia de Ginebra; espíritu curioso y pluridisciplinario, a él le interesaba todo, tanto la física y la astronomía, como la geología, la meteorología y el alpinismo; su notoriedad se extendió por toda Europa. Por el lado materno, Albertine perteneció a las familias Boissier y Lullin; su bisabuelo, el pastor Ami Lullin, ocupó diversos cargos públicos.² A estos nombres se suma toda esa sociedad genovesa emparentada con antiguas familias burguesas y nobles. En esa época, Ginebra era una pequeña ciudad donde las casas estaban ubicadas cerca de la catedral Saint Pierre. Albertine hizo parte, entonces, de esas familias aristocráticas, protestantes y acomodadas que cultivaban el fervor en los principios religiosos, al mismo tiempo que la amplitud de criterio en la educación del espíritu.

Desde muy pequeña y guiada por su padre, Albertine se sumergió en un ambiente científico compuesto por observaciones y análisis minuciosos. A comienzos de su juventud, el estudioso profesor la involucró en sus trabajos y le enseñó a desplegar su imaginación y a entregarse a una tarea metódica, así como a desarrollar su pasión por el estudio. La lección fue bien asimilada por Albertine. Horace-Bénédict prefirió educar a sus hijos en casa, con la ayuda de un tutor, pues lo decepcionó la formación implantada en el Colegio de Ginebra. Las sesiones de estudio de Albertine eran cumplidas a cabalidad y la niña era dotada. En marzo de 1776, la jovencita escribió en su diario:

Me levanté a la misma hora de siempre; aprendí y recité mi lección de italiano, practiqué el clavicordio y desayuné mientras esperaba a Madame Churker, quien

-
- 1 Horace-Bénédict de Saussure (1740-1799) vivía en una monumental mansión situada en el número 24, *rue de la Cité*, en la Ciudad Antigua. En este lugar Albertine pasó su infancia. El jardín lindaba con la calle de la *Corraterie*, escenario de eventos importantes de la historia de la República de Ginebra. Hacia la derecha se veía la plaza de *Neuve* y el parque de los *Bastions*, que está cerca a los patios de la Universidad. El 9 de mayo de 1800, Bonaparte camino hacia Italia, se hospedó en la casa de la familia Saussure. En un muro del edificio de la calle *Tertasse* hay una placa con la imagen de Horace-Bénédict de Saussure, que hace honor a la memoria de este célebre genovés.
 - 2 Bibliófilo prudente, el pastor Ami Lullin fue uno de los grandes benefactores de la Biblioteca de la Universidad de Ginebra. Este le legó después de su muerte su prestigiosa colección en 1756. Una sala transformada en museo ubicada a la entrada de la biblioteca honra su memoria.

me dijo que podía interpretar, el próximo jueves, la tercera sonata en el concierto de Madame de Boisy. Estudié geografía con mi hermano e hice la lección de Madame de Mont. Hice un ejercicio de traducción sin errores, después Toinette preparó mi baño. Fui a casa de mamá Lullin, hice las lecciones de aritmética, escritura, danza y ortografía; me distraje un poco con mis hermanos y después repasé mis lecciones; toqué el clavicordio y escribí en mi diario (citada por Causse, 1930, I: 43).

Su familia le daba gran importancia a la disciplina intelectual. Albertine también ampliaba en forma continua sus horizontes literarios y su curiosidad la llevó a explorar los principales campos del conocimiento. Desde temprana edad, aprendió a redactar, fuera de su diario, resúmenes detallados de lectura, costumbre que conservó durante toda su vida. Así mismo, el estudio de los idiomas tuvo un lugar importante en su educación; a medida que ella los dominaba, podía apreciar en el texto el encanto de autores griegos y latinos; el teatro de Shakespeare y las novelas de Richardson la apasionaban. Apreciaba igualmente los autores alemanes, como Friedrich Gottlieb Klopstock y su poema épico religioso *El Mesías*. Albertine se deleitó con la literatura italiana y conocía todos sus grandes exponentes. Años más tarde escribió: “Desde el punto de vista de la formación del espíritu, no tiene ningún valor el estudio del mecanismo del lenguaje”; también dijo: “Las lenguas extranjeras iluminan y despejan el mundo moral, algo que no se da en la lengua habitual” (citada por Trembley, 1932: 11).

Evidentemente, este estudio de los idiomas fue complementándose con numerosos viajes a los países de origen de dichas lenguas. Así vemos cómo el papa Clemente XIV la recibió en Italia y la colmó de alegría la visita que hizo a los químicos Antoine-Laurent de Lavoisier y Claude Louis Berthollet, que la acogieron en sus laboratorios en Francia. Albertine no disfrutaba mucho la vida nocturna parisina, las veladas mundanas y los bailes la aburrían. María Antonieta la decepcionó.

La genovesa era una mujer entregada a la reflexión, una intelectual amiga de los libros. Albertine se definía a sí misma como una “cabeza reflexiva”, y a lo mundano, prefería el enriquecimiento de sus conocimientos en las ciencias, así como frecuentar los grandes escritores. La mitología, la religión y la educación fueron durante toda su vida sus temas predilectos.

Madame Necker de Saussure vivió con la pluma en la mano, como la mayor parte de los miembros de las familias aristocráticas cultivadas de esa

época. Además, en esta segunda mitad del siglo XVIII había gran pasión por la escritura. Así, pues, se escribían diarios personales donde se confiaban los pensamientos y los sentimientos; se intercambiaban cartas y poemas; se dedicaban romances; se escribían piezas teatrales con el fin de interpretarlas entre amigos; se dedicaban memorias y, por supuesto, novelas, traducciones o ensayos ocupaban las horas reservadas al trabajo intelectual. El tercio de la vida de las personas adineradas también lo ocupaba la lectura, la escritura y los proyectos de traducción. A la sociedad genovesa le apasionaban los temas importantes y las mujeres eran verdaderas “mujeres sabias”; ciencias como la botánica y la educación llamaban su atención. Era una sociedad más o menos austera y puritana, que no tenía la frivolidad de la sociedad parisina. Esta sencillez en las costumbres, prudencia en las maneras y sobriedad de la razón es la evidencia de la herencia de Calvino; sin embargo, la República de Ginebra no vivía encerrada en sí misma, ni al margen de la evolución que atravesaba por ese entonces toda Europa. El pesimismo de Calvino y la predestinación del mal habían dado paso, en el caso de algunos educadores y pensadores liberales, al optimismo de Jean-Jacques Rousseau y a la predestinación del bien. ¿El nuevo “contrato social” no prefiguraba ya en la tormenta revolucionaria?, ¿las reflexiones del caminante solitario por las orillas del lago Lemán no estaban siendo alimentadas por la Europa romántica y acentuaban su interés por el individualismo?

Albertine de Saussure fue testigo, a lo largo de su vida, de la transformación radical que sufrió la sociedad en la que se educó. Albertine nació bajo el Antiguo Régimen, pasó por las turbulencias de la Revolución Francesa y los reveses de la fortuna que golpearon fuertemente a su familia; vio instalar la Primera República, el Consulado, el Primer Imperio y después asistió a la Restauración de los Borbones. Todos estos eventos de la política francesa tuvieron repercusiones en Ginebra y en sus habitantes. Durante el Imperio, Albertine sufrió las consecuencias que acarrearón estos eventos, aunque en un grado menor a las sufridas por Madame de Staël; pero, a su manera y discretamente, se opuso a la tiranía del absolutismo napoleónico.

En 1785, Albertine tenía diecinueve años y aunque había tomado la decisión de no casarse antes de llegar a los veinte años, terminó por desposarse con Jacques Necker, quien la pretendía asiduamente. Nueve años mayor que ella, Jacques era, en esa época, capitán de la caballería en el Imperio alemán; después de la boda, dejó el servicio militar. La coyuntura política lo alejó

de los asuntos públicos, y así, pues, se apoyó en las habilidades, la voluntad y las relaciones de su esposa, quien se las ingenió para encontrarle otras ocupaciones. Albertine hizo del antiguo oficial un profesor respetado.

Albertine comenzó por hacerle todos sus quehaceres. Primero fue nombrado auditor dentro de nuestra república; Albertine hizo informes, procesos, todo su trabajo. Después, Jacques Necker fue nombrado profesor de mineralogía; su esposa le preparaba los cursos, se escondía cuidadosamente detrás de su sombra, pero otorgándole la reputación antes que el mérito; esta le inspiró también el deseo de obtener aquél. Jacques Necker terminó por saber lo que enseñaba, y por ser un buen naturalista (Sismondi, 1859: 228-229).

En 1802 le asignaron la cátedra de botánica en la Academia. El ex oficial se dedicó con ardor al estudio de la química aplicada y se le deben a éste descubrimientos sobre el arte de fabricar el platino; Necker introdujo también en su ciudad natal las prensas litográficas, cuyo proceso perfeccionó él mismo.³

Al Albertine agregar el apellido de su esposo a su propio nombre, ella se convertía en una Necker. El hecho, banal en sí, reviste en su caso gran importancia, pues esta unión la condujo al círculo de los grandes Necker, el de los de la ciudad suiza de Coppet.

Mucho más determinante fue entonces su encuentro con la hija de Jacques y Suzanne Necker, Germaine, Madame de Staël. Ambas tenían la misma edad y habían recibido una educación muy parecida, donde el aprendizaje de los idiomas ocupaba un lugar importante e incluso predominante.⁴ Albertine y Germaine tenían dieciocho años cuando se conocieron en el castillo Coppet. El prometido llevó a Albertine al lugar para presentarla a sus tíos. La amistad que unió en ese momento a las dos jóvenes fue enriqueciéndose con el tiempo. Se decía que “lo que las atraía

3 Después de la Restauración de la República, Necker entró al Consejo Representativo (1814) y obtuvo un puesto en el Consejo de Estado (1815). Dejó la vida pública en 1820 y murió en Ginebra el 26 de octubre de 1825.

4 Germaine Necker nació el 22 de abril de 1766. Su madre, Suzanne, le enseñó historia, geografía, latín e inglés, idiomas que a los doce años *Minette* hablaba fluidamente. Germaine debía responder por escrito preguntas como: “¿cuál es el mejor de los gobiernos?”. Madame de Staël aprendió también alemán e intentó aprender el idioma de su esposo. Se casó, como se sabe, en 1786, con el Barón de Staël-Holstein, embajador de Suecia en París. Madame de Staël tradujo al francés *María Estuardo* y *Luisa* del poeta alemán Johann Heinrich Voss (1751-1826) y publicó una versión abreviada del *Fausto* en su obra *Alemania*.

eran sus diferencias” (Freshfield, 1989: 354). Las cualidades personales y la belleza de Albertine eran la envidia de su prima, ya que esta apreciaba la dureza de carácter y la manera de enfrentar la vida de Albertine; Madame de Staël era de naturaleza más impulsiva. A la exuberancia y a la luminosa espontaneidad de Madame de Staël, Albertine oponía una argumentación reflexiva y un pensamiento riguroso. En sociedad, a Madame de Staël le gustaba “practicar la conversación” y hablar en los salones, contrario a Albertine; sin embargo, esta le reconocía a su prima una gran sagacidad y una perspicacia extraordinaria con respecto a la literatura, la filosofía y la política, pero estimaba que su instrucción era, después de todo, muy superficial. “En su caso, todo parte del corazón, incluso los pensamientos”, escribió Madame Necker de Saussure (1820a: 4). Por su parte, Madame de Staël afirmaba: “Mi prima tiene toda la inteligencia que me atribuyen y todas las virtudes que no poseo” (citada por Bredin, 1999: 127). Pero más allá de las diferencias de carácter, las dos mujeres sentían entre sí una viva admiración.

Albertine tenía una cierta propensión a la melancolía y le faltaba confianza en sí misma. Madame de Staël debía constantemente “reanimarla” para hacerle caer en cuenta de los talentos que tendía a rechazar. Sus amigos no dejaban de aconsejarle que escribiera, ya que ellos la sabían capaz de producir obras dignas de su inteligencia; pero Albertine no osaba dar ese paso; por el contrario, prefirió entregarse a proyectos de traducción como, por otra parte, aquellos le aconsejaban. Ximenènes Doudan confirma esta falta de confianza: “En esa época no sentía la energía suficiente para seguir el impulso de su propio espíritu; primero se impuso una tarea pesada y modesta, se consagró a una simple traducción” (1847: xiii). (“Tarea pesada y modesta”, “simple traducción”, el buen pastor Doudan ignora por completo las dificultades que implica una traducción y no parece tener en muy alta estima esta actividad...). Madame de Staël le decía con frecuencia a su prima que un buen medio para iniciarse en la escritura era comenzar haciendo traducciones. Al manipular las obras de otro, se adquiere un sentido crítico muy útil cuando se trata de producir, a su vez, obras propias. Albertine siguió este sabio consejo, que corresponde, además, a su inclinación natural. Veremos otras razones más personales que la reafirmaron en su decisión.

Sus trabajos de traducción: hacia 1797-1817

El primer cometido de traducción de cierta envergadura, al que Albertine Necker de Saussure se enfrentó, fue la obra de Karl Philipp Moritz,⁵ *Götterlehre oder mythologische Dichtungen der Alten (Fiction mythologiques des Anciens)* (Ficciones mitológicas de los antiguos). Este libro se publicó en Berlín en 1791 y la traducción al francés se hizo entre 1795 y 1800, ya que la traductora trabajó a partir de las pruebas de imprenta de la edición de 1795. La mitología fue un tema que siempre cautivó a Albertine y, en esa época, los alemanes eran autoridad en el campo de los estudios antiguos. El aspecto didáctico de la obra no le disgustó en absoluto y, pedagoga de corazón, Albertine descubrió en esta obra un tema propicio para la formación de los jóvenes. En un discurso preliminar de 26 páginas, “Discours sur l’étude de la mythologie et sur la vie et les écrits de Moritz” (Discurso sobre el estudio de la mitología y sobre la vida y las obras de Moritz), Madame Necker presentó tanto la obra como a su autor.⁶ En el autor se percibía el deseo de ver las producciones extranjeras como fuente de enriquecimiento cultural, idea compartida tanto por Madame de Staël como por los miembros del grupo de Coppel y los románticos:

La obra que hemos traducido es en su género una obra de primer rango en Alemania. Se han hecho nuevas ediciones a medida que las antiguas se agotan y como pertenece tanto a la literatura como a la enseñanza, sirve para instruir a la juventud, para comprender las ideas de otras personas del mundo y guiar a los artistas. Para los temas que hacen parte desde tiempo inmemorial del patrimonio de las letras, existen diversos puntos de vista tanto como pueblos diferentes, y esos puntos de vista deben interesarnos a todos. Actualmente, gracias a esos temas, escritores franceses de gran mérito fijan sus miradas en las producciones

5 Karl Philipp Moritz (1756-1793) era profesor de Antigüedad en la Academia de Bellas Artes de Berlín desde 1789. Moritz se dio a conocer por su novela *Anton Reiser* y en 1791 publicó su obra *Ficciones mitológicas de los antiguos*, la que en un período de 60 años tuvo diez ediciones y numerosas reimpresiones.

6 Veamos cómo presentó a Moritz: “Era un hombre dotado prodigiosamente de inteligencia, de una bella imaginación, y poseedor de inmensos conocimientos. Su reputación es grande en Alemania y lo hubiera sido en el resto de Europa, si no hubiera disipado algunos de sus medios en una lucha desigual y continua contra la mala fortuna. [...] Moritz dejó muchos escritos sobre la lengua alemana, sobre las artes y sobre el estudio de la Antigüedad, pero las obras que fundan su reputación son principalmente *Viaje de un alemán a Italia durante los años 1786 y 1787* [...], *Ficciones mitológicas de los antiguos* y *Anthoïza o el espíritu de las antigüedades romanas*” (Bibliothèque publique et universitaire –BPU–, manuscrito francés 4455, folios 23-24).

extranjeras y, en relación con Alemania en particular, el talento más brillante como el más raro ilumina para nosotros regiones oscuras y permite que el encanto se manifieste como de la mejor manera, para revelarnos un encanto desconocido (Necker de Saussure, en: BPU, ms.fr. 4455, f.º 1).

Al parecer, la traductora enfrentó muchas dificultades para trasladar al francés el halo poético de la obra de Moritz; además, no contaba con todos sus medios de expresión:

Las *Ficciones mitológicas de los antiguos* de Moritz era en extremo difícil de traducir. El tipo de poesía metafísica que reina a veces en el original es una lengua distinta de la otra y era necesario buscar equivalentes en las ideas así como en los giros franceses. Tal era el trabajo que merecía esta obra. No poseemos nada con respecto a este tema que sea del mismo interés, que pueda, con menos costos de estudios, enseñarnos a gozar los monumentos de arte, a apreciar las riquezas de nuestros museos, así como las que Italia ha conservado. Esta obra puede encender el genio de algunos de nuestros grandes escritores, puede darle una dirección mejor determinada al talento de nuestros artistas (Necker de Saussure, en: BPU, ms.fr. 4455, f.ºs 25-26).

Esta traducción estaba compuesta por 12 cuadernos en total, 259 hojas y comprendía una “Tabla de nombres propios”. Precisiones de orden tipográfico mostraban que esta obra estaba destinada a aparecer en las librerías, pero nunca vio la luz; ni Madame de Staël, que tenía gran influencia y era escuchada, encontró la acogida de los libreros más diligentes. Sin embargo, fragmentos de la introducción aparecieron en *La educación progresiva*,⁷ en especial una vibrante apología a favor del desarrollo de la imaginación que es necesario “no dejar estancar desde la temprana edad” (Necker de Saussure, en: BPU, ms.fr. 4455, f.º 9). El estudio de la mitología se percibía como un buen medio para desarrollar la facultad de la imaginación. Si las *Ficciones mitológicas de los antiguos* hubiera logrado tener algún éxito en las librerías, la traductora se habría entregado a la traducción de la siguiente obra o a la continuación de la misma, es decir, *Anthoïza*, del mismo autor, pero no ocurrió nada. Reproducimos en el Anexo 2 un fragmento de esta traducción inédita.

A finales del siglo, Madame Necker de Saussure colaboró con la publicación *Bibliothèque Britannique*, periódico “destinado exclusivamente a

7 Obra principal de Albertine Necker de Saussure sobre la educación y de la cual hablaremos más adelante.

ofrecer el análisis y, algunas veces, la traducción de aquellas producciones literarias o científicas de origen inglés, que bajo el doble imperativo de utilidad o de placer, pueden merecer la acogida del Público” (Nota presentando la Biblioteca Británica). Albertine publicó diversos fragmentos de novelas o de ensayos; dichos fragmentos nunca estaban firmados y es difícil saber con certeza cuánto material produjo. En sus archivos solo hay algunos rastros de ese material.

Muchas familias aristocráticas de Ginebra, presas en la tormenta de la Revolución de 1789, comenzaron a experimentar graves dificultades financieras y, en ciertos casos, sufrieron reveses de fortuna. Esa fue la situación, entre otros, de los abuelos de Albertine, cuya trayectoria de títulos que detentaban junto al gobierno francés, sufrió una caída vertiginosa. Madame Necker y su marido también resintieron con dureza los contragolpes de este impacto. Las gestiones emprendidas por Albertine para obtener un puesto remunerado para su marido no fueron ajenas a las complicaciones financieras de la pareja; incluso pensaron en vender la propiedad de Grand Cologny, pues drenaba buena parte de los recursos familiares. La pareja estaba en una situación económica tan grave que sus recursos no eran suficientes, pues habían disminuido en gran parte por los sucesivos reveses de fortuna. El 4 de septiembre de 1812, Albertine le escribió a su hijo Théodore, en Saint-Gall: “El cielo nos es contrario en cuanto asuntos de fortuna, pero nos dio el amarnos tiernamente, el tener una confianza perfecta los unos en los otros y es necesario por lo demás agradecerlo” (citada por Mestral, 1946: 129).

Sumado a los problemas financieros, alrededor de 1807 Albertine comenzó a tener problemas de salud: una debilidad en los ojos le impedía realizar a veces cualquier tipo de labor; pero lo peor era que Madame Necker sufría cada vez más los efectos aislados de la sordera, mal que fue agravándose a partir de 1815. De un temperamento melancólico, Albertine se sentía cada vez más invadida por un vago sentimiento depresivo y una triste languidez; la jubilación acabó por convertirse en una necesidad.

La traductora se refugió en el trabajo intelectual, actividad que iba muy bien con su situación. La traducción, la escritura y la lectura, tanto como las ocupaciones que podían hacerse en silencio sin recurrir a otros, fueron para ella una suerte de higiene mental, al mismo tiempo que excelente distracción. Madame Necker de Saussure creyó siempre con firmeza en la

eficacia del trabajo intelectual; esta podría haber hecho suyo ese proverbio tomado de las *Geórgicas* de Virgilio: *Labor omnia vincit*, y siguiendo el consejo de Madame de Staël, se dedicó a la traducción. Sin embargo, Albertine eligió este camino para luchar contra la aflicción moral en la que estaba sumergida a causa de su triste enfermedad; pero también gracias a las traducciones remuneradas pudo aportar su cuota a las finanzas del hogar. Si su sordera la condujo al aislamiento, hasta el punto de privarla de casi todos los placeres que encontraba en sus relaciones interpersonales, su infinita energía nunca se vio disminuida. Desde esta perspectiva, puede decirse que las circunstancias le fueron favorables.

En 1804 Madame de Staël hizo un viaje a Alemania y convenció exitosamente a Schlegel⁸ de seguirla hasta la ciudad de Coppet, donde le confió la educación literaria de sus hijos. Cuatro años más tarde, Madame de Staël asistió a los cursos de literatura dramática que Schlegel dictó en Viena a partir del 31 de marzo; este curso se publicó en Heidelberg al año siguiente y Schlegel abrigaba el deseo de ver aparecer una versión francesa, a pesar de que la versión alemana no había tardado en levantar una viva polémica en Francia, y con justa razón. El autor afirmaba que el teatro clásico francés no tenía valor alguno, y a sus ojos, Jean Racine y Pierre Corneille no eran más que serviles imitadores de las tragedias griegas. En cuanto a Molière, afirmaba que era un bufón, un vulgar intérprete de farsas burlescas. Se

8 August Wilhelm von Schlegel (1767-1845). Nativo de Hannover, Schlegel hizo estudios clásicos en la Universidad de Gotinga, centro intelectual y literario de la época, que se distanciaba del clasicismo francés para abrirse a otras naciones fuera de Francia, como Inglaterra, y a otros géneros literarios que no fueran la tragedia. Schlegel contribuyó también a la redacción de la *Gaceta Literaria General* junto con Goethe, Schiller, Herder, Fichte, Jacobi y Humboldt. Nombrado profesor en la Universidad de Jena, publicó, junto con su hermano Friedrich, una revista crítica titulada *El Ateneo* (1798-1800) y se convirtió después, con Tieck, en uno de los editores de *El Almanaque de las Musas*. En 1807 publicó una obra en la que comparaba la obra *Fedro* de Jean Racine y la obra del mismo nombre de Eurípides; dicha obra despertó controversia y fue como el punto de partida de la revolución romántica en Francia, junto con su obra *Über dramatische Kunst und Literatur* (*Cours de littérature dramatique*) (*Curso sobre el arte dramático*). En ese curso dado en Viena y publicado al año siguiente, Schlegel hizo un análisis de las características que distinguen al romanticismo del clasicismo; también se le atribuye la traducción de diecisiete obras de Shakespeare, traducciones que han permanecido como obras de referencia durante más de un siglo. Entre 1806 y 1809, Schlegel publicó igualmente la versión alemana de cinco piezas de Pedro Calderón de la Barca, bajo el título *Teatro español*. Así como Madame de Staël, Schlegel proclamó el universalismo y asignó tanto a los traductores, como a los historiadores, la tarea de entregar esta herencia intelectual universalmente accesible. Schlegel terminó su carrera como profesor en Bonn, donde murió en 1845.

necesitaba una buena dosis de temeridad e inconsciencia para criticar la suerte de tales glorias nacionales.

Por otra parte, Schlegel fue el gran mentor de Madame de Staël en el conocimiento de las producciones intelectuales alemanas, en especial en materia filosófica y literaria. Entre Albertine Necker de Saussure y Schlegel surgió una profunda y sincera amistad; y en verdad era ella la persona apropiada para traducir su obra, dado su dominio del alemán y su amplio conocimiento sobre cultura literaria. En esa época, un librero parisino ofreció cinco mil francos a todos los traductores interesados en enfrentar dicho proyecto; ¿fue esto producto de una feliz coincidencia, o el resultado de los esfuerzos de Madame de Staël junto con los libreros de la capital? La segunda hipótesis parece ser la más probable. Este “maná” cayó del cielo a la pareja en el momento justo; además, Albertine tenía otra ventaja para nada insignificante: dudando siempre de sus capacidades, ella tenía la posibilidad de consultar al autor con libertad, pues Coppet quedaba a pocas leguas de Ginebra. En fin, esta labor le permitió adquirir la habilidad y la costumbre en la práctica de la escritura; la traducción era uno de los ejercicios más productivos para alguien que tenía la ambición de convertirse en escritor y, además, recibía el respeto de su entorno. El negocio finalmente se cerró con lo propuesto por el librero de París, que consintió en pagarle mil escudos por su trabajo.

Conviene recordar que Madame Helmine de Chézy⁹ y Adalbert de Chamisso¹⁰ ya habían emprendido la traducción de la obra de Schlegel,

9 Helmine de Chézy (1783-1856) nació en Berlín y murió en Ginebra. Casada con un barón a la edad de 16 años, se divorció poco tiempo después y se retiró a París, a casa de Madame de Genlis. En 1803, en casa de Friedrich Schlegel, el célebre orientalista Antoine-Léonard de Chézy (1773-1832), quien le daba clases de persa al filósofo y escritor, encontró esta joven alemana, conocida ya por su talento poético. Helmine se casó entonces con este sabio en 1806 y tuvo dos hijos, pero esta segunda unión no fue más feliz que la primera, pues los esposos se separaron de común acuerdo. Madame de Chézy regresó, entonces, a Alemania, donde publicó una decena de volúmenes, de ensayos y de poesías. Aunque su libro *Leben und Kunst in Paris* (Vida y arte en París) estaba dedicado a Napoleón, fue retenido por las autoridades francesas. Helmine es también la autora del libreto para ópera de Carl Maria von Weber, *Euryantha* (1824) y en los últimos años de su vida, casi ciega, publicó dos volúmenes de memorias. Entre sus amplias producciones se destacan *Constante*, *El niño que duerme*, *San Juan y el gusano*, y *Para el fin de año*.

10 Louis Charles Adélaïde, conocido como Adalbert de Chamisso (1781-1838), era de origen francés. Es reconocido en especial por ser el autor de *Peter Schlemihls wundersame Geschichte* (La maravillosa historia de Pierre Schlemihl) (1814), cuento fantástico que narra la historia de un hombre que vendió su sombra al

Curso sobre el arte dramático, desde 1809. Schlegel escribió desde Coppet a Madame de Staël: “Madame Chézy se propone traducir mi *Curso*. Tendría usted la amabilidad, después de haber visto una muestra de su trabajo, de recomendarle algún librero en París” (citado en Pange, 1938: 258). Este proyecto de traducción en tándem se abortó después de la ruptura sentimental entre la traductora y Chamisso, sumado a la destrucción del libro *Alemania* de Madame de Staël.¹¹ De esta manera, la ruina del editor Nicolle, así como el clima político poco favorable a la publicación de una obra de Schlegel en Francia, comprometió la publicación del *Curso*, obra bastante controversial.

Tres años más tarde, Albertine Necker de Saussure retomó este proyecto y utilizó los borradores de las primeras traducciones; mientras tanto, Schlegel modificó profundamente su obra y la retocó a medida que progresaba la traducción. Este trabajo conjunto entre autor y traductora se impuso, ya que el texto era explosivo y era considerado como pernicioso a los ojos de los republicanos; así mismo, la censura estaba al acecho, como lo prueba la carta que imprudentemente Schlegel envió el 7 de enero de 1812 a Madame de Staël a Ginebra, y que nunca conoció su destinatario. En dicha carta había detalles sobre el nuevo proyecto de traducción del *Curso sobre el arte dramático* y con toda certeza, esta carta fue interceptada por la guardia del Emperador. Teniendo en cuenta las circunstancias, Schlegel trató de calmar a Madame de Staël, quien vigilaba los intereses de su prima; así le escribió desde Berna el 10 de enero: “usted puede estar segura que aunque no me hubiese prevenido, guardaré el más estricto anonimato [sic] para el nuevo traductor de mi *Curso*” (citado en Pange, 1938: 345). Madame de Staël le recomendó por lo demás a este *amateur* de las mujeres bellas, que no hiciera nada que pudiera comprometer la reputación de Albertine o de su familia. Schlegel le respondió de esta manera a su solicitud, en una carta fechada el 20 de febrero:

Dígale a M[adame] N[ecker de Saussure], que su traducción me mostrará como debería haber escrito desde un principio, y que, cuando termine su trabajo,

diablo. Este cuento, así como su autor, le dio la vuelta al mundo. Asiduo visitante de los salones berlineses, Chamisso fue un poeta admirado. Botánico, fue por un tiempo director del Jardín botánico de Berlín y secretario particular del conocido político y diplomático Prosper de Barante. Se decía que nunca se quedaba mucho tiempo en un sólo puesto.

11 La impresión había comenzado en abril de 1810; los gendarmes destruyeron la obra el 14 y el 15 de octubre. En mayo de 1811, frente a la hostilidad que se intensificó hacia Madame de Staël, Schlegel imprimió en Viena pruebas del libro, en secreto.

tendré deseos de volverlo a traducir. La contaminación del lenguaje anticuado de las escuelas alemanas es tal que aún quedan huellas, a pesar de que uno desea enunciarse de una manera más simple, liberal y elegante. Las precauciones que usted me dice que tome al escribirle me hacen sonreír. Sería cómico decir: tengo una romance con una mujer que, si fuera descubierta, pondría a su familia en la desolación. Ella lo ama entonces, no ella me traduce (citado en Pange, 1938: 365).

Esto muestra la confianza que el autor del *Curso sobre el arte dramático* depositaba en el talento y en los conocimientos de su traductora, así como toda la admiración que sentía por esta mujer distinguida y de gran belleza.

No sin dificultades, Albertine Necker de Saussure realizó esta traducción, pues su estado de salud se deterioraba cada vez más. El 5 de febrero de 1813, Albertine se quejó a su hijo Théodore: “Desde que emprendí, y con el único motivo de serle útil a mi familia, estas largas traducciones, me canso escribiendo, mi estómago sufre frecuentemente [...]” (citada por Mestral, 1946: 132). Finalmente, en 1814 Albertine terminó la traducción y se publicó en tres volúmenes de 400 páginas cada uno, por la editorial Paschoud, en París y Ginebra.¹² El nombre de la traductora no apareció por ninguna parte y en el prefacio, Madame Necker de Saussure se designó a sí misma como el “traductor”; de esta manera se aseguró el anonimato y se borraron las pistas... “Esta traducción es una hazaña”, dijo Madame de Staël. En cuanto a Schlegel, declaró expresamente en un prefacio que “esta traducción había sido emprendida por su propio deseo, revisada en parte por él mismo, es la única que él considera auténtica y sobre la cual consiente ser juzgado”. Schlegel sabía apreciar una buena traducción, pues había adquirido en Alemania una reputación envidiable por sus traducciones de Shakespeare y de Calderón. Un fragmento de la traducción de Albertine Necker de Saussure se presenta en el Anexo 3.

Preocupada por manejar de modo considerado la susceptibilidad literaria de la nación, criticada por el autor, la traductora juzgó necesario acompañar su traducción de un prefacio.¹³ Schlegel permitió a su traductora, consciente

12 Al año siguiente, el *Curso sobre el arte dramático* apareció en Londres, en una versión inglesa de John Black y, en 1817 en Milán, en una versión italiana realizada por Giovanni Gherardini; sin embargo, la versión francesa fue la que tuvo más repercusión.

13 Por su contenido, este prefacio encaja perfectamente con los nuevos prefacios que, como lo anotó Lieven D’hulst, únicamente enuncian reglas con respecto al arte de traducir, pero son, sin embargo, “un análisis de naturaleza biográfica, literaria, histórica; un verdadero estudio de la política literaria y las culturas de origen, análisis donde los traductores y los críticos encuentran un nuevo terreno de conocimiento o de debate” (D’hulst, 1997: 395).

él mismo de esta exigencia, “darle a sus ideas las formas más adecuadas para no desagradar”; pero ella afirmó que “raramente prevaleció ese punto de vista”, pues estimaba que “si los respetos siempre son necesarios, los miramientos serán aquí superfluos” (Necker de Saussure, 1814a: xviii). Este prefacio reveló dos rasgos del carácter de la traductora: su independencia intelectual y su sentido crítico, pues toda su vida mantuvo la convicción de que la franqueza no consistía en decir todo lo que se piensa, sino en pensar todo lo que se dice.¹⁴ En ciertas ocasiones, Albertine no tiene reparos en criticar a su autor: “aunque Schlegel solamente vio en la tragedia francesa una imitación de la tragedia griega, es evidente que se equivocó [...]” (p. xxiii); “me parece casi siempre inferior a él mismo en sus juicios sobre los poetas, y en especial es de una gran injusticia hacia Molière” (p. xxvi); otras veces ella lo excusó o buscó atenuar el alcance de sus propósitos: “se perjudicaría mucho una obra si se creyera que está únicamente dictada por un espíritu que está a favor de la literatura; la parte polémica no es ni la más considerable, ni la más importante” (p. xxv). La traductora también reveló su profundo conocimiento de la literatura alemana cuando escribió:

La escena alemana estaba inundada de malas traducciones del francés; una imitación sin gracia y pesada de las formas francesas invadía poco a poco las letras y la sociedad alemana; se perdía toda originalidad sin que se ganara en gracia. Goethe y Schiller se despertaron y pusieron de una manera más enérgica que certera, los fundamentos de un teatro nacional (p. xxiv).

La importante definición que Madame de Saussure hizo de la tragedia clásica en el “Prefacio” del *Curso sobre el arte dramático* de Schlegel mostró el alcance de sus lecturas y su gran conocimiento de las obras literarias. A pesar de todas las precauciones diplomáticas, sutilezas y atenuaciones del prefacio, la famosa obra de Schlegel desencadenó el furor de los franceses; cuarenta años después, todavía se hablaba de esta obra. Por el contrario, Madame de Staël triunfó finalmente con su libro *Alemania*; la Restauración abrió las mentes.

14 “[Albertine] tenía un corazón leal y un profundo horror a toda mentira y a toda falsificación, a toda falsa actitud y a todos los artificios para maquillar la realidad. Utilizaba la palabra, no para ocultar, sino para expresar sus sentimientos y sus pensamientos, no para quejarse al público, sino para expresar su convicción” (Alexandre Vinet, citado por Causse, 1930, I: 138).

A finales de 1814 y a principios de 1815, Albertine Necker de Saussure tuvo la oportunidad de ejercer su juicio literario cuando publicó por partes, en el periódico *Bibliothèque Britannique*, una traducción-resumen de la novela de Walter Scott, *Waverley or 'Tis Sixty Years Since* (*Waverley*). Impresa anónimamente en julio de 1814, esta primera novela histórica tuvo el éxito inmediato y fulgurante; así mismo, se reimprimió ocho veces entre 1814 y 1821. La traductora no hizo una traducción in extenso de esta obra, sino una explicación comentada y fragmentada de pasajes traducidos de manera literal. Este género de traducción-presentación era común en la publicación *Bibliothèque Britannique*.

La traductora comenzó por hacer un juicio sobre el autor, considerado por algunos como el creador de la novela histórica:¹⁵ “El talento de Walter Scott es eminentemente pintoresco y puede abstenerse de diluirse en composiciones sin objeto, merecería ser llamado ‘el Ariosto del Norte’” (en: Scott, 1814-1815, 57: 534).

Después, la misma Albertine emitió su juicio sobre la obra:

Como novela, *Waverley* no es una buena obra; la trama está débilmente urdida y el héroe, cuyo nombre indica el carácter fuerte, inspira poco interés. [...] a pesar de la belleza de algunas escenas y la catástrofe que es muy impresionante, la ficción es muy pobre en esta obra; es la verdad lo que hace el mérito y el encanto (pp. 534-535).

Por último, Albertine justificó su traducción-resumen, avocando la imposibilidad de traducir los dialectos:

La diversidad de los dialectos, que le imprimen un tono irónico y realista a varias partes de la obra, no puede pasarse de una lengua a otra; y esto es lo que vuelve a esta obra imposible de traducir. Quizá la única manera en la que se puede dar a conocer la obra en francés, y que dará algún precio a nuestro trabajo, es a través de fragmentos (p. 536).

Este modo de traducción “por fragmentos” nos recuerda la manera de traducir de los traductores franceses de la Edad Media, que a medida que traducían la obra hacían comentarios de la misma en el texto. Ellos estaban

15 Se entiende por *novela histórica* una narración que trasmite una imagen auténtica del pasado en medio de una intriga imaginaria, pero conforme a la realidad. La novela histórica es verdadera y plausible, sin ser verídica. A Albertine Necker de Saussure no le gustaban del todo las novelas, excepto las novelas históricas, y en particular las de Walter Scott.

presentes entre el autor y la lectura, estableciendo así una suerte de diálogo continuo en un solo sentido. La siguiente es la traducción al francés de un fragmento de *Waverley* hecha por Albertine Necker de Saussure:

Original

“Upon the honour of a gentleman”, he said, “but it makes me young again to see you here, Mr Waverley! A worthy scion of the old stock of Waverley-Honour — *spes altera*, as Maro hath it— and you have the look of the old line, Captain Waverley; not so portly yet as my old friend Sir Everard — *mais cela viendra avec le tems [sic] as my Dutch acquaintance, Baron Kikkitbroeck, said of the sagesse of Madame son epouse. — And so ye have mounted the cockade? Right, right; though I could have wished the colour different, and so I would ha’ deemed might Sir Everard. But no more of that; I am old, and times are changed* (Scott, 1981: 42).

Traducción francesa de Albertine Necker de Saussure

Foi de gentil-homme, dit-il, je redeviens jeune en vous voyant, Mr. Waverley. Un digne rejeton de la vieille tige de Waverley-Honour, spes altera, comme dit Virgile, et vous avez tout le port de l’ancienne race, capitaine Waverley. — Pas tout à fait aussi solemnel [sic] que mon vieil ami sir Everard, mais cela viendra avec le temps, comme disoit un Hollandais de mes amis, le baron Kikilbroeck [sic], de la sagesse de Mme. son épouse. Et vous avez donc arboré la cocarde, fort bien, fort bien, quoique j’eusse mieux aimé une couleur différente, et c’est ainsi, je suppose, qu’eût pensé sir Everard. — Mais parlons d’autre chose, je suis vieux et les temps ont changé (Scott, 1814-1815, 57: 548-549).

Lealtad de gentil hombre —dice—, me vuelvo joven cuando lo veo, Sr. Waverley. Un digno retoño del viejo tallo de los Waverley, *spes altera*, como dice Virgilio, y usted tiene todo el porte de la antigua raza, capitán Waverley. No tan solemne como mi viejo amigo sir Everard, pero eso vendrá con el tiempo, como decía un holandés amigo, el barón Kikilbroeck, palabras de su sabia esposa. Ha entonces usted desplegado la bandera; muy bien, muy bien, aunque yo hubiera preferido un color diferente, y es así, supongo yo, como hubiera pensado sir Everard. Pero hablemos de otra cosa, estoy viejo y los tiempos han cambiado.

La traductora comenta su traducción:

Nos es difícil tratar con justicia este carácter tan original del Barón, porque las cuatro lenguas que componen sus discursos, el inglés, el bajo escocés, el latín y el francés, no nos deja más opción que dejar salir el latín, lo que le da al personaje un tinte más pedante que el que tiene el original (Necker de Saussure, en: Scott, 1814-1815, 57: 549).

Creer que un traductor nunca habría podido traducir la novela de Walter Scott, era no tener en cuenta la evolución de la lengua y de las prácticas traductivas. No importa cuáles fueron las razones; antes de fin de siglo, aparecieron en las librerías no menos de cuatro traducciones completas de *Waverley*: la primera es de 1822 (traductor: Joseph Martin, en París); la segunda, en 1828 (traductor: Auguste Jean-Baptiste Defauconpret,¹⁶ en París), la tercera, en 1880 (traductor anónimo, en Limoges), y finalmente, la cuarta, en 1883 (traductor: E. Schiffter, en París). Es necesario hacer un estudio detallado de esas cuatro versiones, con el objetivo de saber si son en verdad “traducciones-texto”, “traducciones-obra”, en el sentido de Henri Meschonnic.

La traducción-resumen de Albertine Necker de Saussure pertenece a la categoría de traducciones-introducción ampliamente explicativas y parafraseadas. Su utilidad, como lo señaló muy bien uno de sus contemporáneos, Friedrich Schleiermacher (1768-1834), era “despertar y afinar el gusto por lo extranjero, por las imitaciones libres y preparar con la paráfrasis una comprensión más general, abriendo así el camino a nuevas traducciones” (Schleiermacher, 1999: 55). La obra *Waverley*, publicada en la *Bibliothèque Britannique*, evidentemente no era una traducción-texto; además, el momento histórico no era favorable para una traducción de esa envergadura, pues la traductora no se sentía a la altura de la tarea. Había una apertura hacia la literatura y la cultura inglesa, pero los medios de expresión de los que disponía la traductora eran demasiado “clásicos” para permitirle reproducir una traducción-obra. Así mismo, Albertine era muy respetuosa de las reglas obligatorias de las convenciones; por ello declaró su impotencia: *Waverley* era imposible de traducir; en sus propias palabras, “esto es lo que volverá esta obra imposible de traducir”. Al parecer, Albertine se equivocó, pues en esa época escribió que la obra era imposible de traducir

16 Notario de profesión, Auguste Jean-Baptiste Defauconpret (1767-1843) fue forzado a expatriarse a Londres después de quedar en bancarota. Allí emprendió, a partir de 1815, la más considerable obra de traducción de su época. Defauconpret tradujo al menos ciento veinte volúmenes y se convirtió en el traductor titular de Walter Scott y de Fenimore Cooper. Su manera de traducir evolucionó al filo de los años, pasando del antiguo sistema de las *belles infidèles* al sistema de traducción más literal, preconizado notablemente por Madame de Staël y François-René de Chateaubriand. Este prolífico traductor volvió a retraducir, así mismo, algunas de sus propias traducciones, para que fueran más fieles al original, ya que las había hecho con mucha más libertad al principio de su carrera como traductor. Véase el estudio que le consagra Jacques Bereaud (1971).

como texto, pero después lo fue. Las imposibilidades de la traducción casi siempre dependen de la época y recaen a veces en la figura del traductor.

También Albertine Necker de Saussure presentó de la misma manera y en el mismo periódico las obras de dos escoceses: *A New View of Society* (Una nueva visión de la sociedad) (1816) de Robert Owen y *The Christian and Civic Economy of our Large Towns* (La economía cristiana y cívica de nuestras grandes ciudades) (1818) de Thomas Chalmers. Este último, con su piedad ferviente y su gusto por las ciencias exactas, cautivó a la traductora; fueron los dos autores quienes le abrieron a ella el espíritu a las preguntas sociales consideradas desde un punto de vista cristiano.

El año de 1815 fue uno de los años más funestos para Madame Necker de Saussure; la terrible fatalidad por la que pasó la marcó por el resto de su vida. Un día de febrero, su hija de 26 años y madre de dos niños, se acercó mucho a la chimenea y presenció cómo su vestido se incendiaba. Impotente para apagar el fuego que la transformaba en una antorcha humana, salió al balcón de su apartamento, en la calle Hotel-de-Ville; las domésticas corrieron al lugar, tratando de apagar el fuego con mantas, pero los esfuerzos fueron inútiles. La infortunada sufrió atrocemente durante dos semanas antes de morir, bajo la mirada atónita de su madre totalmente impotente para socorrerla. Así mismo, su sordera la privó de escuchar los gemidos de dolor de su hija, situación que la mortificaba.

A partir de ese momento, Albertine se refugió cada vez más en la religión, pues estar cerca de Dios le parecía el único objetivo válido de la vida humana; sin embargo, otras fatalidades la esperaban...

Todos los trabajos de traducción, todas las obras que Albertine publicó en la *Bibliothèque Britannique* (que a partir de 1815, se convirtió en la *Bibliothèque Universelle*), bajo la forma de fragmentos traducidos integralmente, de resúmenes o de traducciones parafraseadas, fueron, por así decir, “producto de su creación”, y poco a poco le permitieron posesionarse del instrumento indispensable que necesitaba para escribir una obra personal.¹⁷ Sus amigos,

17 Entre sus otras traducciones, citemos *De l'éducation de l'espèce humaine* (Sobre la educación de la especie humana), de Gotthold Ephraïm Lessing (BPU, ms. fr. 4463 / 2, f.ºs 1-19), y un resumen detallado de la obra del escritor alemán Jean-Paul Richter, *Levana ou Traité d'éducation* (Levana o tratado sobre la educación); esas notas fueron el borrador de una primera traducción de dicho tratado (BPU, ms. fr. 4461 / 5).

Madame de Staël, Schlegel y Pictet de Rochemont,¹⁸ a la cabeza, le aconsejaban dedicarse a la concepción de una obra original; además, eso sería un excelente distractor para alejarla del dolor en el que estaba sumergida.

Al respecto, Schlegel le escribió una carta enviada el 30 de diciembre de 1815 desde Pisa, para disuadirla de traducir el libro de su hermano Friederich:

Permítame recordarle en esta ocasión algo que casi siempre le decía, cuando usted me hacía el honor de ocuparse de mi *Curso sobre el arte dramático*. Siento nostalgia del tiempo y el esfuerzo que usted entregó a esas traducciones. Usted debería, más bien, escribir para ser traducida¹⁹ ¿Por qué se obstina en esconder la verdad? Eso es contrario a los preceptos del evangelio. Usted reúne un grado escaso de vigor del pensamiento con las inspiraciones de una sensibilidad delicada y la fineza de la observación, con una imaginación ideal que ha cultivado en el recogimiento. Usted posee completamente todo lo que compone el estilo. Solamente necesita querer y fijar sus ideas, crear un plan, para ser un autor reconocido y nuestro siglo, tan estéril al mismo tiempo como charlatán, tiene una gran necesidad de enriquecerse con producciones originales y durables (Schlegel, en: BPU, ms. fr. 4451, f. os 73).

Sabio consejo. Aislada de la vida social a causa de su enfermedad, Albertine Necker de Saussure se resolvió a escribir; se entregó de inmediato a un proyecto que abrazaba desde hace varios años: la redacción de un tratado

18 Charles Pictet de Rochemont (1755-1824) era gran admirador de Necker y de las instituciones inglesas. Sabio agrónomo, se dedicó a la crianza. En 1796 fundó, con la ayuda de sus colaboradores, el periódico *Bibliothèque Britannique*. Al principio, se limitó a publicar obras de traductores; su función era compilar y adaptar, pero su aporte personal no tardó en incrementarse. Este hombre estimado fue confinado a muchas misiones diplomáticas: representó la República de Ginebra en los Tratados de París (1814, 1815), estuvo en el Congreso de Viena (1815) y en el Tratado de Turín (1816). Fue autor de muchas traducciones que revelaron la diversidad de sus intereses: *Vue de Fellenberg relatives à l'agriculture de la Suisse* [...] (Vista de Fellenberg con respecto a la agricultura en Suiza [...]); *Éducation pratique* (Educación práctica), de Maria Edgeworth (1799); *Recherches sur la nature et les effets du crédit du papier dans la Grande-Bretagne* (Investigaciones sobre la naturaleza y los efectos del crédito del papel en Gran Bretaña), de Henry Thornoton (1803); *Théologie naturelle* (Teología natural), de William Paley (1804) y *Poésies* (Poesías), de George Gordon Byron (Lord Byron), de Thomas Moore y de Walter Scott. También tradujo del alemán la novela de Caroline Pichler, *Agathocle* (Agatocles), que publicó anónimamente por fragmentos en la *Bibliothèque Britannique* en 1811 y 1812.

19 Schegel hizo alusión a la broma de Montesquieu que podemos leer en sus *Cartas persas*: “Si usted traduce siempre, nunca lo van a traducir” (Montesquieu, 1975: 269 —carta 128 de Rica a Usbek).

sobre educación. Cuando había comenzado dicha tarea, su madre murió y en ese mismo año, 1817, muere también su tan amada “prima-hermana”, Madame de Staël. El golpe fue duro y la aniquiló por completo. La pluma cayó de sus manos. Así damos pie a la tercera fase de su vida.

La autora, la feminista: 1817-1841

En los archivos de Albertine Necker de Saussure puede encontrarse el comienzo de una novela (BPU, ms. fr. 4462 / 5); si dicha novela didáctica hubiese sido publicada, habría mostrado a una joven que busca agradar a su madre, y quien no habría encontrado más tarde la fuerza moral necesaria para asumir sus responsabilidades en la vida, después de la muerte de esta. No es cierto que tal obra didáctica y moralizante haya acrecentado la gloria de su autor. Este borrador, no fechado, pero sin duda anterior a 1800, da prueba, sin embargo, de las tentativas de escritura de Albertine.

La primera obra publicada de su puño y letra fue *Notice sur le caractère et les écrits de Mme. De Staël* (Reseña sobre el carácter y los escritos de Madame de Staël), texto que consintió escribir a petición de los hijos de la baronesa.²⁰ Esta obra no era precisamente una biografía, sino un emotivo y vibrante homenaje dedicado a una muy querida amiga; tampoco hay que ver en este escrito un trabajo de maquillaje de la verdad, aunque las faltas de conducta de Madame de Staël no fueron reveladas con claridad. Madame Necker de Saussure hizo de ellas una sutil alusión en esta *Reseña*, pero tuvo que evitar por completo el estilo panegírico; tan grande era la admiración que sentía por su prima. Albertine estaba completamente presente en esta obra, tanto como lo estaba en sus traducciones; pero carecía del talento para seguir la vida tumultuosa de Madame de Staël. Sólo queda ver que el estilo de la obra no tenga errores, como lo observa Ximenès Doudan:

Es necesario reconocerlo, en esta primera obra de Madame Necker falta una gran experiencia para manipular el lenguaje. Pensamientos sin nombre se pierden bajo una dicción que falta a la verdad, y la austeridad sostenida del estilo opaca la delicadeza y la abundancia de las imágenes. Un poco de rigidez en la forma es el error de los escritores franceses que no viven en Francia. Muchos de ellos, los más distinguidos, parecen hablar con superioridad una lengua muerta (1847: xvii).

20 Esta *Reseña* apareció en fragmentos en la *Bibliothèque Britannique*, en 1819 y en 1820, antes de aparecer en las librerías en 1820.

En 1819, Schlegel tradujo esta primera obra de Albertine al alemán; de esta manera le retornaba el gesto de amabilidad a Madame Necker de Saussure por haberle traducido su *Curso* y, al mismo tiempo, era un gesto de amistad con Madame de Staël. Versiones inglesas e italianas no tardaron en aparecer. Según el deseo, varias veces reiterado por Schlegel, la traductora había escrito, y había sido traducida. Esta *Reseña* preparó a Madame Necker de Saussure para entregarse a una obra de mayor envergadura, el tratado sobre educación que llevaba con siglo desde hace años.

Suiza siempre fue un país aficionado por la pedagogía y por los teóricos de la educación. En el siglo XVI, los reformadores obligaban a los padres a enviar sus hijos a la escuela. En esa época, Calvino fundó el colegio que lleva su nombre, mientras que Mathurin Cordier (1479-1564) fue el pionero de la enseñanza de la lengua materna. También podemos ver cómo *Emilio, o de la educación* (1762), de Rousseau, combate esa enseñanza tan teórica, que somete la libre expansión de los individuos; Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827), influenciado por este último, inauguró en Yverdon su escuela, donde la pedagogía se basaba en el trabajo manual y en la enseñanza mutua.²¹ Consecuencia directa de la Revolución Francesa, se cuestionaba la formación que se iba a dar al hombre nuevo, al ciudadano, al individuo posrevolucionario. El rol familiar y social de la mujer evolucionaba igualmente y se esperaba que ella se acercara más a sus hijos, se ocupara de su educación y contribuyera, así mismo, a satisfacer las necesidades del hogar.

Este tema era el centro de las preocupaciones de los intelectuales de la época, y en particular de los círculos intelectuales de Ginebra. La prueba de ello era el gran número de artículos, traducciones y fragmentos de libros que aparecieron al respecto en la publicación *Bibliothèque Britannique*; raros eran los números que no incluían al menos un texto que tratara sobre la educación. Charles Pictet de Rochemont publicó, en este periódico, la traducción del inglés al francés de la obra *L'Éducation pratique* (La educación práctica) de Maria Edgeworth (1768-1849). La obra *Lettres sur l'Éducation* (Cartas sobre la educación) de la autora inglesa Elizabeth Hamilton figura allí también bajo la forma de fragmentos en su traducción francesa. Las

21 Alguien más cercano a nosotros: ¿ese país no es la patria de Jean Piaget (1896-1980)? El desarrollo de los estudios psicológicos a principios del siglo XX hizo de Ginebra un centro de investigación pedagógica, un laboratorio donde se experimentaron nuevos métodos de enseñanza.

reformas de la instrucción pública se sucedieron,²² y tanto Victor Cousin, François Guizot así como Victor de Broglie conocieron proyectos de reforma sobre la educación; pero las mujeres no se quedaban atrás. Entre 1820 y 1840, al menos tres obras sobre el tema se publicaron: la de Pauline Guizot, *Lettres de famille sur l'éducation* (Cartas de familia sobre la educación), la de Claire de Rémusat, *Essai sur l'éducation des femmes* (Ensayo sobre la educación de las mujeres) y, por último, la obra de Albertine Necker de Saussure, *La educación progresiva*.

Los tres volúmenes de este imponente tratado fueron la obra de toda una vida y el producto de abundantes lecturas y años de observación. Madame Necker de Saussure educó ella misma a sus cuatro hijos, que le sirvieron más o menos de laboratorio, si se puede decir. Albertine tenía 66 años cuando el primer volumen de la obra, *Estudio de la primera infancia*, apareció en 1828; el segundo, *Estudio de la última parte de la infancia*, se imprimió en 1832, y el tercero, *Estudio de la vida de las mujeres*, en 1838. La influencia de su padre, quien le había enseñado, cuando era a penas una niña, a observar las plantas y los minerales, se evidenció en esta obra. Madame Necker de Saussure aplicó el mismo método a la educación que deseaba, método visionario y elevado al rango de la ciencia. No hay espacio para hacer el análisis detallado de la pedagogía preconizada por la autora; baste con decir que, para ella, “la educación es el arte de dar al niño la voluntad y los medios de adquirir todo el desarrollo del que su personalidad es susceptible”. Este programa cubre todos los aspectos de su formación, desde la religión, la filosofía, la literatura, la psicología, hasta las actividades físicas. La fe cristiana mantiene el hilo conductor de esta formación y manifiesta el fervor de las convicciones religiosas de la autora.

La obra fue coronada dos veces por la Academia Francesa.²³ Antes del fin de siglo, *La educación progresiva* conoció al menos ocho reediciones; la 9.^a

22 El padre de Albertine Necker de Saussure sentía gran fervor por todo aquello que tenía que ver con este asunto. Consciente de la necesidad de mejorar la calidad de la instrucción pública, publicó en 1774 la obra “*Projet de réforme pour le Collège* (Proyecto de reforma escolar), que tenía como objetivo renovar la pedagogía a través de una apertura hacia las “cosas”, las ciencias naturales en especial; las ciencias debían ocupar el tercio del programa, en igualdad con el latín y con la moral y la religión” (Stantschi, 1992: 43). La reforma no tuvo lugar y se ensombreció en interminables discusiones.

23 En su sesión del 9 de agosto de 1833, la Academia adjudicó a Albertine Necker de Saussure un premio de un valor de 6 mil francos por los dos primeros volúmenes de *La educación progresiva*. En su sesión del 30 de mayo de 1839, la Academia le entregó el premio Montyon,

apareció en París en 1911, en la casa editorial Garnier. Si se puede juzgar en parte el valor de una obra y de su influencia por el número de traducciones que esta suscita, entonces es necesario convenir con Henri-Frédéric Amiel que la obra de Albertine Necker de Saussure fue una “obra admirable”, un “tratado clásico” y que pertenece a la “tradicción central del país” (citado por Freshfield, 1989: 357). En efecto, se publicaron dos traducciones en lengua inglesa (una estadounidense, 1835, y una británica, 1839) dos traducciones alemanas (1836, 1842) y cuatro italianas, todas en el siglo xx (1921, 1925, 1947, 1948).

Dos apreciaciones resumen todo el éxito que tuvo esta obra, considerada, además, en 1970, por Thomas Davidson, como “one of the sanest Works on education ever written” (Una de las obras más sanas en educación nunca antes escrita) (Davidson, 1970: 243).

La primera data de 1864:

Acabo de releer con un interés nuevo estos tres volúmenes y no dudo en ver en estos la producción pedagógica más importante de nuestro siglo. Si lo comparo con las obras maestras de los siglos anteriores, debo reconocer que, pesadas todas las obras, entre nuestros tratados pedagógicos, es en *La educación progresiva* donde se encuentra la fe más verdaderamente cristiana, y la buena filosofía, la más profunda sin mucha oscuridad, la que tiene más método científico y al mismo tiempo encanto literario. [...] no hago más que repetir eso que está en todas las bocas desde hace treinta años (Burnier, 1864, II: 203).

La segunda es de Alexandre Vinet y data de 1925:

Nosotros no tenemos miedo de comprometer nuestro juicio, diciendo que esta obra estará, algún día, si no lo está ya hoy, ubicada por consentimiento universal, en el primer rango de los monumentos literarios del siglo XIX (1925: 198).

acompañado de una suma de 6 mil francos por *Estudio de la vida de las mujeres* (BPU, ms. fr. 4451, f. 1). “Este premio es entregado cada año al francés que, en el curso de dos años precedentes, hizo imprimir y publicar una obra de moral, de civilización o de utilidad pública que la Academia habrá juzgado la más digna” (BPU, ms. fr. 4451, f. 7). El premio de 1839 fue compartido con Alexis de Tocqueville y G. de Beaumont.

La feminista

No trazaríamos un retrato fiel de Albertine Necker de Saussure si no nos hubiéramos detenido en sus preocupaciones con respecto a la suerte reservada a las mujeres; además, no es gratuito que el tercer libro de su tratado les esté enteramente consagrado. Como a Madame de Staël, la idea del destino de la mujer no dejó de inquietar a Madame Necker de Saussure. Como su prima, Albertine experimentaba una profunda piedad por la suerte de las mujeres; ella reivindicó más autonomía para la joven mujer y no quiso que fueran definidas solo en relación con la maternidad y con su marido.²⁴ Es necesario aclarar que, condicionadas por su entorno, las mujeres terminaron por identificarse con los estereotipos de la época. Madame Necker de Saussure no estaba de acuerdo con la opinión de la hija de Madame de Staël, la duquesa de Broglie, que afirmaba que “Es necesario que una mujer considere el matrimonio como una dominación completa” o que, además, “someta su razón, su juicio, sus opiniones personales” (citada por Montandon, 1979: 87). Partidaria de la igualdad de los hombres y las mujeres, Madame Necker de Saussure no se hubiera seguramente suscrito a esta afirmación de Claire de Rémusat, autora también, como lo hemos visto, de un tratado de pedagogía: “La mujer es sobre la tierra la compañía del hombre; sin embargo, ella existe por su propia cuenta: ella es inferior, pero no subordinada” (citada por Orr, 1988: 76).

“La función cultural reservada a la mujer tiende a marginarla, en especial, después de 1800” (Gutwirth, 1994: 153). El siglo de las luces sólo era favorable a las mujeres que desempeñaban una función en la escena política. Madame de Staël debió luchar contra el conservadurismo de su padre, que no podía soportar una mujer autora. Por contradicción, más que por escarnio, este calificaba a su hija de “Madame Santa Escritora”.²⁵ La mujer era poca cosa para hacer carrera como los hombres, no debía

24 La *Bibliothèque Universelle* publicó, en 1819, la traducción al francés de la novela de Caroline Pichler, *Frauenwürde (La dignité des femmes)* (La dignidad de las mujeres), novela que apareció en Viena el año anterior. Como se sabe, las traducciones no se firmaban en ese periódico; pero no sería impactante que la traductora fuera Madame Necker de Saussure. Sin embargo, ninguno de los papeles conservados en los archivos de la Biblioteca universitaria y pública de Ginebra permiten confirmarlo.

25 En la misma época, el padre de la traductora alemana Thérèse Huber (1764-1829) denunció también “el impulso ridículo y poco femenino de escribir” (citado por Wolf, 2000: 28).

tener nada para sí misma y debía encontrar su felicidad en lo que amaba: su marido y sus hijos. ¿Debemos, entonces, sorprendernos que las mujeres de esa época estén literalmente al servicio de la carrera de su marido? Charles Pictet de Rochemont, por ejemplo, recibió la ayuda de su esposa e hijas, quienes trabajaron en el más estricto anonimato en sus proyectos de traducción. ¿No aprendió inglés Marie Lavoisier (1758-1836), con el fin de traducir y de difundir las obras científicas de su marido? La alemana Thérèse Huber participó activamente en los trabajos de sus dos maridos y encubrió su identidad bajo el seudónimo del segundo (Wolf, 2000: 28).²⁶ En su tesis *Les femmes dans l'histoire de la traduction* (Las mujeres en la historia de la traducción), Andrée Sirois observó que, si en su conjunto, las traductoras desempeñaron funciones parecidas a las de los hombres en la historia de la traducción, la “función de *apoyo al cónyuge* parece muy apropiada para las traductoras” (Sirois, 1997: 108; subrayado en el texto).

Aunque Albertine Necker de Saussure pertenecía a una clase aristocrática poco inclinada a la contestación, ella no se molestó en ejercer su sentido crítico denunciando el hecho de que el hombre sólo quería ver a la mujer como la esposa o la madre, y que el marido utilizó frecuentemente a su esposa por propia vanidad o al servicio de sus intereses, confiándole los proyectos de traducción, como lo acabamos de ver. Pero en especial Albertine denunció el hecho de que a las hijas no se les daba la misma oportunidad de instrucción que se les otorgaba a los hijos; para ella, a través de la instrucción y el trabajo intelectual, las mujeres tendrían éxito en mejorar su estado y tomar su lugar en la sociedad. Este tema fue recurrente en los escritos de la autora de *Etude de la vie des femmes* (*Estudio de la vida de las mujeres*), como dan fe estos fragmentos:²⁷

26 Citemos, además, a Pauline Meulan (1773-1827), que hizo una nueva versión francesa de *L'Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire Romain* (Historia de la decadencia y de la caída del Imperio romano), por el deseo expreso de su marido, y la belga Adélaïde Fétis (nacida en 1792) que tradujo la obra *A History of Music* (Historia de la música) de William C. Stafford (1832), para servir a los intereses de su marido, compositor y musicólogo, autor de una *Biographie universelle des musiciens et bibliographie générale de la musique* (Biografía universal de los músicos y bibliografía general de la música), en ocho volúmenes.

27 Todos son tomados de la obra de Émilie Trembley, *Madame Necker de Saussure. Pensées choisies précédées d'un Avant-propos* (Madame Necker de Saussure: pensamientos seleccionados, precedidos de un prefacio) (1932), en las páginas 105, 106, y 114-115.

¿Por qué las mujeres normalmente le prestan tan poco interés al crecimiento de sus conocimientos? ¿Por qué las ideas generales les parecen tan insípidas cuando no le aportan nada a sus sentimientos? Porque su instrucción ha sido incoherente, inconsecuente; se las ha llevado sin cesar de un objeto a otro, y su imaginación no atrapa nada.

Cuando la instrucción dada a las mujeres sea tan sólida y tan fuerte, como ha sido incoherente desde hace dos siglos, nos pronunciaremos sobre sus facultades con mejor conocimiento de causa.

La resolución de reservar un tiempo para el estudio es a nombre de los más sabios la mejor formación que una madre pueda dar.

Pensar que Albertine Necker de Saussure reivindicó para la mujer derechos políticos sería culparse de anacronismo. Sí contribuyó a la emancipación de las mujeres y al cambio de mentalidad, y fue preconizando la independencia de la mujer, que, desde su punto de vista, debía pasar por la educación.

Nos parece bien desde hace mucho tiempo, escribió en “Consejo de una madre a su hija sobre el estado del matrimonio en el que debe entrar” por los encantos del espíritu y no por la figura. No quiero que las mujeres sean pedantes, no exijo que sean sabias, sólo exijo que sean instruidas, con el fin de que los hombres consientan contarlas entre el número de seres pensantes y estimables (Necker de Saussure, en: BPU, ms. fr. 4462, f.º 19).

Los motivos que incitaron a Albertine Necker de Saussure a traducir *A Letter to a Young Lady on her Marriage* (Carta a una joven mujer en su matrimonio), de Jonathan Swift, ese misógino notorio, fueron evidentes. La destinataria de esta carta, la señorita Betty Moore, no manifestó, desde el punto de vista de su condición de mujer, ningún placer al leer estas líneas descorteces. Hemos reproducido algunos pasajes particularmente provocadores de esta carta, seguidos con la respectiva traducción de Madame Necker de Saussure (véase Anexo 4). Es claro que ella deseaba concientizar a las mujeres de su estado, con el fin de provocar un cambio de actitud y de incitarlas a cultivarse.²⁸ De esta manera, las mujeres podrán plenamente desempeñar su función doméstica y social.

28 La misma Albertine redactó cinco cartas, menos irónicas sin embargo, como anteproyecto de su obra *La educación progresiva*. Mencionemos otras cartas ya citadas: “Carta de un hombre joven sobre lo que se llama las mujeres de buen tono de hoy día [sic]”, y “Carta sobre el carácter de una joven mujer” (BPU, ms. fr. 4462/19).

Veamos un corto fragmento de esta carta para comparar la traducción literal que hace Madame Necker de Saussure con dos versiones recientes, no exentas de errores, que son las de Émile Pons y de Sylvain Goudemare.

As Divines say, that some People take more Pains to be damned, than it would cost them to be saved; so your Sex employs more Thought, Memory, and Application to be Fools, than would serve to make them wise and useful. When I reflect on this, I cannot conceive you to be human Creatures, but Sort of Species hardly a Degree above a Monkey; who hatch more diverting Tricks than any of you; is an Animal less mischievous and expensive; might, in Time, be a tolerable Critick in Velvet and Brocade; and, for ought I know, would equally become them (Swift, 1968: 90-91).

La versión francesa de Albertine Necker de Saussure dice:

Les théologiens disent de certaines gens, qu'ils prennent plus de peine pour se damner qu'il n'en faudroit pour se sauver. L'on peut dire que même de vôtre sexe qu'il met plus de mémoire, d'attention et de réflexion à se rendre fol, qu'il n'en faudroit pour se rendre sage et utile. Quand je réfléchis là dessus j'ay peine à concevoir que vous soyés des créatures humaines, et je vous regarde plutôt comme une espèce d'un degré à peine supérieure au singe. Encore cet animal a-t-il plus de gentillesse que vous, outre qu'il est moins malfaisant et de plus petite dépense, et qu'il pourroit avec le temps devenir un critique passable en velours et en brocard, ce qui luy siéeroit, ce me semble, tout aussy bien (BPU, ms. fr. 4463 / 10, f.ºs 9-10).

Los teólogos dicen de ciertas personas, que se toman más trabajo para condenarse que para salvarse. Se puede decir lo mismo de vuestro sexo, que invierte más de memoria, de atención y de reflexión en enloquecerse de la que es necesaria para volverse sabia y útil. Cuando reflexiono sobre esas cosas, siento pena de concebir que ustedes sean criaturas humanas, y las miro más como una especie de un grado apenas superior a un simio. Además este animal es más gentil que ustedes, aunque sea menos malo y más pequeños sean sus gastos, y podría con el tiempo convertirse en un crítico aceptable de terciopelos y brocados, lo que le iría, me parece, muy bien.

La versión francesa de Émile Pons es la siguiente:

De même que, selon nos prédicateurs, les hommes se donnent plus de mal pour se perdre que pour faire leur salut, de même votre sexe consacre plus de réflexions, d'efforts de mémoire et de persévérance à se rendre stupide qu'il ne vous en coûterait pour devenir sensées et utiles à vous contemporains. Quand je pense à tout ceci, je n'arrive a à vous considérer comme des êtres humains, mais comme des créatures à peine supérieures aux singes d'un degré. Ceux-ci d'ailleurs font des grimaces beaucoup plus divertissantes que les vôtres, ce sont des animaux moins médisants et dépensiers, sont on pourrait

faire de bons critiques en matière de velours et de brocart, et à qui ces étoffes, je dois le reconnaître, n'iraient pas plus mal qu'à vous (Swift, 1965: 1369-1370).

Así como, según nuestros predicadores, los hombres se esfuerzan más por perderse que por salvarse, así vuestro sexo consagra más reflexión, esfuerzo de la memoria y perseverancia para volverse estúpida de lo que le costaría para volverse sensata y útil a sus contemporáneos. Cuando pienso en todo eso, no alcanzo a considerarlas como seres humanos, sino como criaturas apenas superiores en grado a los simios. Aquellos, además, hacen muecas mucho más divertidas que las vuestras, son animales menos chismosos y gastones, y de quienes se podrían hacer buenos críticos en materia de terciopelos y de brocados, y a quienes esos atavíos, debo reconocerlo, les quedarían tan bien como a ustedes.

La versión francesa de Sylvain Goude mare dice:

De même que les théologiens disent que certaines gens prennent plus de peine pour être damnés qu'i ne leur en coûterait pour être sauvés, ainsi votre sexe emploie plus de réflexion, de mémoire et d'application pour être extravagant qu'il ne lui en faudrait pour être sensé et utile. Quand je songe à cela, je ne puis pas croire que vous soyez des créatures humaines, et autre chose qu'une espèce d'un degré à peine au-dessus du singe, qui a plus de ruses divertissantes qu'aucunes de vous, est un animal moins malfaisant et moins coûteux, pourrait avec le temps être un critique passable en fait de velours et de brocard, qui pour ce que j'en sais, lui iraient tout aussi bien (Swift, 1989: 97).

Así como los teólogos dicen que ciertas personas hacen más esfuerzos para ser condenadas de lo que hacen para ser salvadas, así vuestro sexo emplea más reflexión, memoria y aplicación para ser extravagante que para ser sensata y útil. Cuando reflexiono en todo esto, no puedo creer que sean criaturas humanas, no son otra cosa que una especie de un grado apenas superior al simio, quien hace más piruetas divertidas que cualquiera de ustedes, es un animal menos malo y menos costoso, podría con el tiempo ser un crítico aceptable en materia de terciopelos y brocado, que por lo que yo sé, les iría muy bien.

Émile Pons tradujo muy bien toda la ironía mordaz y la crudeza del texto de Swift, empleando expresiones fuertes como “grimaces...plus divertissantes” (muecas... más divertidas) o “moins médisants et dépensiers” (menos chismosas y gastonas). Comparemos estas elecciones lexicales con las de Madame Necker de Saussure, que corresponden a la sensibilidad de su época y de su medio; ella utiliza, pues, “plus de gentillesse” (más gentileza), “moins malfaisants” (menos maldadoso) y “de plus petite dépense” (de pocos gastos). Por las explicaciones que ella encierra, la última frase de la versión de Pons nos parece superior a las de las otras dos. ¿Es por pudor lingüístico que la traductora emplea “gentillesse” (gentileza) para traducir

diverting Tricks (trucos divertidos), en lugar de muecas, trucos o incluso “ruses” (piruetas) como en el texto de Goudemare? Estas consideraciones nos llevarán naturalmente a nuestro último punto, que consiste en el análisis del estilo y la concepción de la traducción de la traductora de Schlegel.

Su concepción de la traducción, su estilo

Para Albertine Necker de Saussure, traducir es la prolongación natural de su conocimiento de las lenguas y de sus actividades intelectuales, así como un medio para difundir ideas nuevas. También es, como lo hemos visto, una fuente importante de ingresos.²⁹ Si Albertine tradujo poco, menos aún explicó y reflexionó sobre esta actividad; Madame Necker no publicó ningún texto “teórico” sobre traducción, como algunos de sus contemporáneos, Friedrich Schleiermacher (*De la manera de traducir*, 1813), Madame de Staël (*De l'esprit des traductions*, 1816) (Del espíritu de las traducciones) o Madame de Rochemondet (*Études sur la traduction de l'anglais, ou Nouveau guide du traducteur d'anglais en Français*, 1830; 2.^a ed., 1837) (Estudios sobre la traducción del inglés, o nueva guía del traductor inglés-francés); sin embargo, dejó algunas ideas esparcidas sobre el tema. En sus cuadernos de notas se encuentra una definición de traducción, concebida como proceso de “esclarecimiento del pensamiento” y como un “borrador que se esclarece” (véase el Anexo 1).

En el prefacio del *Curso sobre el arte dramático* de Schlegel, la traductora nos expresó de la manera más explícita su preferencia por el texto original (*sourcière*). Con el temor de robarle a la obra su originalidad, Albertine se dedicó a respetar más el contenido que la forma. Como ejerció el arte de la traducción en un período decisivo entre el clasicismo y el romanticismo, Madame de Saussure fue una literalista, pero una “literalista del contenido”, por oposición a los “literalistas de la forma”, pues afirmó que su “traducción no difería esencialmente del original alemán” (Necker de Saussure, 1814a: xviii) y que conservó las grandes divisiones; sin embargo, se inclinaba “a esclarecer todo aquello que pudiera parecer abstracto o metafísico a los

29 Para aquellos que veían más o menos como una forma de “decadencia” que una aristócrata se entregara a este “pequeña tarea” (decía la baronesa George Sand), recordemos que el vizconde de Chateaubriand tradujo *El paraíso perdido* de John Milton también para salir de dificultades económicas. Sería una visión bien romántica creer que los grandes textos siempre son traducidos por puro desinterés intelectual, por diletantes animados de un fervor literario de proselitista...

lectores franceses” (p. xviii). Esta gran pedagoga no podía ser insensible a la función eminentemente didáctica de la traducción y el texto que tradujo no fue un texto literario, sino un texto sobre la literatura. Madame Necker de Saussure encontró equivalentes franceses para los términos técnicos alemanes, pero con relación al estilo, afirmó que buscó aproximarse al del original, sin esconder que en el intento se alejó “de su modelo relativamente en cuanto a la elección de las figuras” (p. xviii). Fue por escrúpulo que actuó de tal manera y porque “la traducción más infiel de todas es aquella que vuelve ridículo en una lengua eso que no lo era en la otra” (p. xviii). No obstante, allí en ese punto débil, las figuras son precisamente uno de los elementos de originalidad de un estilo. ¿Cómo se puede respetar el uno suprimiendo el otro? El estilo es el modo de percepción del mundo por un autor; modificarlo tiene por efecto corromper y deformar la obra literaria. Por su sensibilidad lingüística, esta aristócrata perteneció al siglo XVIII, en verdad al siglo XVII, y eso lo demuestra una carta dirigida a Madame de Broglie en la que le reprochó, con gentileza, a aquella, por utilizar en su correspondencia palabras como “infame” y “repugnante”, palabras que le causaron una “impresión desagradable” que la “molestaron”. “Se puede producir el mismo efecto con términos menos fuertes” declaró (citada por Mestral, 1946: 164). ¿No creeremos escuchar a Madame Anne Dacier?

Además, por respeto al original, la traductora se prohibió el empleo de “Notas del traductor” que buscaban rectificar, si era necesario, los propósitos del autor traducido. Estas notas eran vistas como un peso que transformaba un discurso en diálogo, en exceso eran una forma de censura, género de crítica “que se debe prohibir un traductor” (Necker de Saussure, 1814a: xix). Así mismo, mientras más excelentes y espirituales sean las notas, menos el lector va a saltarlas y le será imposible leer con fluidez³⁰ (véase Anexo 1). Quizás la traductora habrá querido evitar medirse con Schlegel, en eso que hacía muy bien oralmente con Madame de Staël en los salones de Coppet, en

30 Albertine Necker de Saussure recordó que en 1786, cuando solamente tenía veinte años, el obispo Coxe le consultó para encontrar un nuevo traductor de su relato de viaje *Guide d'Ebel?* (¿Guía de Ebel?). Este relato fue traducido al francés por el explorador de los Pirineos M. Raymond, pero con mucho entusiasmo y exageración según el eclesiástico británico. Albertine le escribió a su padre y le manifestó que debido a los “errores” del traductor, el relato de M. Coxe consiguió una parte de su éxito, opinión compartida por el editor del relato: “Esta obra ganó mucho en la traducción; las notas y las adiciones que M. Raymond hizo la enriquecieron con 233 páginas y en muchos aspectos son más interesantes que la obra original” (citado por Freshfield, 1989: 309-310).

el tiempo en que su sordera no la había todavía obligado a retirarse.³¹ Lo que tiene que decir, prefiere expresarlo en un prefacio, donde tiene la libertad para hacerlo.

Puede decirse que la concepción de la traducción de Madame Necker de Saussure solamente coincide en parte con la de Madame de Staël, por ejemplo, cuando esta considera la traducción como un instrumento de cosmopolitismo y de universalismo. Por lo demás, su prefacio termina con un llamado a los franceses para que se abran al mundo: “Me parece que en Francia están tan seguros de su buen gusto que no deben temer a las ideas nuevas; así mismo, están tan seguros de lo que tienen que deben complacerse conociendo otras regiones extranjeras” (Necker de Saussure, 1814a: xviii). Madame de Staël decía, de una manera emotiva, la misma cosa: “No hay otro servicio más eminente que trasportar de una lengua a otra las obras maestras del pensamiento humano” (1821: 387). Ambas coinciden también cuando esta evita traducir muy libremente y mostrarse respetuosa del contenido del original, pero aquella no va tan lejos: su lengua pertenecía al siglo XVIII, todavía no estaba lista para el siglo XIX. Madame de Saussure estaba más cerca de Madame Dacier (1647-1720) que de Leconte de Lisle (1818-1894); no tenía las “audacias” de los literalistas de la forma como Paul-Louis Courier, traductor de Longus y Heródoto, o René de Chateaubriand, traductor “transparente” de Milton, o Émile Littré, traductor de *El infierno*, de Dante Alighieri, y de un canto de la *Ilíada*. Albertine habría podido decir, como Madame Dacier:

¿Qué debemos esperar de una traducción en una lengua como la nuestra, siempre sabia, o siempre tímida, y en la que no hay audacia, por que al estar siempre prisionera siempre de sus usos, no tiene la menor libertad? [...] no sabe qué hacer con una palabra baja, dura o desagradable (citada en Horguelin, 1981: 113).

31 Un contemporáneo y asiduo visitante al salón de Coppet, Charles Pictet de Rochemont, cuenta lo que vivió: “En precencia de Madame de Staël, Madame Necker nunca se sintió inferior. Los géneros eran diferentes, las fuerzas eran iguales. Nada más admirable y al mismo tiempo más interesante, para los que tenían la felicidad de ser admitidos allí, que las conversaciones en las que las dos primas se extendían la una después de la otra y hacían recíprocamente valer su pensamiento discutiendo los temas más interesantes. [...] Si de un lado, el fuego del espíritu se expulsaba con la mayor abundancia, del otro una argumentación más cerrada contenía los errores. Casi siempre una ocurrencia inesperada daba una final feliz a una discusión viva y profunda” (Pictet de Rochemont, citado en Freshfield, 1989: 355-356).

Madame Necker de Saussure no conservó integralmente el carácter extranjero del texto original. Contrariamente al voto profesado por su prima, le dio más o menos “su propio color” a lo que traducía,³² pero sin caer en la licencia, eso que ya es un progreso en comparación con los autores de las *belles infidèles*.

La traductora de Schlegel es, sin lugar a dudas, una traductora de transición que se posicionó “sabiamente” entre la traducción-imitación y la traducción-calco. Su personalidad y la naturaleza del texto traducido (un curso y no una obra literaria o poética) la llevaron a hacerlo de esa manera. El literalismo del contenido parece haber sido el paso obligado en la emergencia del literalismo de la forma. Eso debería minuciosamente analizarse. Es verdad que al comienzo del siglo XIX había un cambio en la sensibilidad estética;

[...] un gusto nuevo por lo particular y no por lo general, un respeto más grande de la individualidad, del genio que puede romper con el formalismo de las reglas y de los géneros, van a conducir a una revolución en la teoría, así como en la práctica de la traducción (Bereaud, 1971: 27).

Este cambio, que exigía el respeto escrupuloso del contenido y de la forma, se inició a principios del siglo en los escritos teóricos de Schleiermacher y de Madame de Staël, pero no se concretizó de inmediato. Habría que esperar hasta 1830 aproximadamente –es, en todo caso la hipótesis que desarrolla Jacques Bereaud (1971: 224-224)– para que este cambio se generalizara, al menos en lo concerniente a la traducción de obras literarias.³³ Que la reflexión teórica preceda a la práctica es un caso muy raro, nos parece, en la historia de la traducción. Generalmente, las reglas que condicionan la manera de traducir provienen de las traducciones, mientras las teorías son producidas, o son elaboradas después.

32 “Pero, para sacar una verdadera ventaja de este trabajo de traducción, no es necesario, como los franceses, dar su propio color a todo lo que se traduce; según esto deberíamos convertir en oro todo lo que toquemos, del que difícilmente podríamos alimentarnos; no encontraríamos alimentos nuevos para el pensamiento, y volveríamos a ver siempre la misma cara con apariencias apenas diferentes (Staël, 1821, 17: 389).

33 La definición propuesta por Madame de Rochemondet corresponde a esta doble fidelidad: “Casi siempre hay dos clases de traducción: la que se limita a hacer conocer una lengua extranjera en su genio particular, esa es la traducción literal; y la que tiene como objetivo transportar de una lengua a otra el pensamiento del autor, para hacerlo conocer particularmente. La mejor traducción es aquella que cumple esta última condición, sometiéndose lo mejor posible a las exigencias de la primera” (Rochemondet, 1837: 267).

El estilo neoclásico de Madame Necker de Saussure no fue el mismo que adoptó en sus traducciones. Cuando escribía, su prosa era recargada: casi siempre se sentía el esfuerzo en su escritura. Albertine no tenía las comodidades de los verdaderos escritores, ni su genio inventivo; sin ser exageradamente pesado o pomposo, su estilo laborioso siempre fue austero y rígido, sometido siempre a las más estrictas reglas de la redacción. Estilo tímido, espejo del carácter de esta mujer reservada, con poca confianza en sí misma, pero estilo propio para seguir los contornos de la reflexión y los caminos sinuosos del pensamiento. Esta prosa revela la intensa vida interior de una persona obligada a alejarse de los placeres de la sociedad. Escribe el biógrafo de su padre:

Su estilo es medido, trabajado, por momentos didáctico; los períodos se siguen con un poco de variedad o de interrupción; la atención del lector se fatiga por la monotonía de una exposición excesiva y encuentra evidente un gran número de recomendaciones presentes con una prolijidad inútil (Freshfield, 1989: 356).

Pero su estilo también denota a una persona sensible, comprensiva y que expresa un punto de vista personal.

Por el contrario, en sus traducciones, como puede constatarse con la lectura de los fragmentos reproducidos en los Anexos 2 a 4, su estilo es más simple, más sobrio, sus frases más cortas y más eficaces. La comparación de sus traducciones y de sus propias obras³⁴ nos revela que su manera de traducir permaneció más o menos la misma desde la primera obra que tradujo, las *Ficciones mitológicas de los antiguos*, de Moritz (hacia 1797), y la última, *Curso sobre el arte dramático*, de Schlegel (1814). Se observa que la traductora se permitió algunas libertades comparadas con el texto original, sin nunca caer, sin embargo, en los excesos de la licencia, que hubiera tenido por efecto deformar las obras. Pero Madame Necker no siempre se sintió ligada a la formulación original; algunas veces fue precisa, otras veces lo fue menos. Es así que en la obra de Moritz tradujo “die Fülle der Lebenskraft, die in die nachkommenden Geschlechter sich ergiesst” por “la plénitude de la vie qui se reporte pour ainsi dire sur l’avenir” (la plenitud de la vida que se relaciona por así decirlo con el futuro), allí donde esperábamos normalmente “...sobre

34 Para este análisis, contamos con la amable colaboración de nuestra colega Hannelore Lee-Jahnke, profesora titular de los cursos de traducción al alemán de la Universidad de Ginebra.

las generaciones a venir”. Mas adelante, atenuó la palabra “infidelidad” (*Treulosigkeit*), aplicada a Helena, por “légèreté” (ligereza). Fue el mismo pudor que la llevó a preferir “palais” (palacio) en vez de “chambre à coucher” (dormitorio) (*Schlafgemach*) en el siguiente pasaje:

Im Kriege von Troja hüllte sie den Paris, als Menelaus im Zweikampf ihn töten wollte, in nächtliches Dunkel ein und führte ihn in sein duftendes Schlafgemach, wo sie selber die Helena zu ihm rief

Lorsque Ménélas voulut donner la mort á Paris dans un combat singulier, Venus, enveloppant son favori dans un voile d'obscurité, le conduisit elle-même dans un palais parfumé où elle appela la belle Hélène

Cuando Menelao quiso dar muerte a Paris en un combate singular, Venus envolvió a su protegido en un velo de oscuridad y lo condujo ella misma a un palacio perfumado a donde llamó a la bella Helena.

Esas imprecisiones de vocabulario que conducen a falsos sentidos, pero a falsos sentidos detectables únicamente si se les compara con el original, también fueron frecuentes en el *Curso sobre el arte dramático*. Schlegel escribió “Der Dichter soll ein Moralist seyn...” (El poeta debe ser moralista...), pero la traductora sintió la necesidad de atenuarlo: “Le poète peut être moraliste...” (El poeta puede ser moralista...). En otra parte, Schlegel habló de la “originalidad barroca” (*barocken Originalität*) de ciertas personas, eso que la traductora tradujo como “originalité bizarre” (originalidad bizarra). Así mismo, ella traduce “ein Segen für die Menschheit” (una bendición para toda la humanidad) por “une benedictino pour tout un peuple” (una bendición para todo un pueblo). En fin, la traductora no comete ninguna falta en escindir en dos o tres frases los largos períodos alemanes o, al contrario, fusionar muchas frases en una sola. Ella reorganizó a su manera también los párrafos de la obra original.

Dicho esto, a pesar de las imprecisiones de vocabulario, las atenuaciones púdicas y algunos falsos sentidos y contrasentidos que salpicaban sus traducciones, a pesar del recorte de párrafos que le parecían más lógicos, Albertine Necker de Saussure no modificó la sustancia ni el orden de las lecciones, aún si bien ella no respetó integralmente los aspectos formales, algo que, en el caso de un curso, tiene menos consecuencias que si se tratara de una obra puramente literaria. Podemos decir que, pese a sus imperfecciones, sus traducciones eran legibles.

Conclusión

A pesar de que Albertine Necker de Saussure sufrió la experiencia de la escritura, no dejó *Memorias* y para conocerla es necesario releer sus cartas, sus notas, sus traducciones, sus obras. Albertine no dejó a la mano material bibliográfico, vivió su vida de casi ermitaña en la monotonía del silencio, pero un silencio propicio a la meditación. Esta mujer de deber y de responsabilidad hubiera podido adquirir gran celebridad si no hubiera borrado sus huellas. El reconocimiento público de su talento le importaba muy poco, la gloria literaria le era indiferente. Sin embargo, es necesario convenir con Étienne Causse, su principal biógrafo, que “es difícil esconder la impresión que tales vidas cuentan entre las más bellas, precisamente porque ellas no tienen otra belleza que la belleza interior, otra fecundidad que la del espíritu” (Causse, 1930, I: 231).

Cuando se leen sus propias obras, se descubre en el fondo un gran moralismo que integra los valores cristianos y los pone en práctica. Sus reflexiones morales, casi siempre estampadas como máximas o sentencias,³⁵ revelan una mujer profundamente apasionada por la justicia, la franqueza, la verdad, la igualdad en el respecto por la dignidad humana. Rochefoucauld estaba convencido de que los hombres no se corrigen. Albertine Necker de Saussure estaba persuadida de lo contrario y esta convicción alimentó su pedagogía y su moral.

Si los impases de la vida la inclinaron a adoptar una actitud más sumisa, más fatalista, más conforme a los deberes de una cristiana, esto no impidió que Albertine siempre conservara su independencia de espíritu. De tendencia liberal y progresista, como su padre, su opinión era casi siempre contraria a la de su marido en materia política; este era un partidario salvaje de una monarquía fuerte y absolutista. Como un buen número de mujeres instruidas de su época, Madame Necker libró directamente, con gran lucidez, muchos combates para el reconocimiento del estatus y la función social de

35 “El amor propio nacional hace tanto bien como el amor propio personal hace mal” (*Journal de Genève*, 5 de septiembre de 1789: 145). “El elogio exalta las cualidades del corazón y hace perder las del espíritu” (p. 145). “Del deseo de elevarse por encima de los otros, está el de verlos descender bajo uno mismo, el paso es bien resbaladizo” (citada por Trembley, 1932: 80). “Las almas que se creen las más avanzadas solamente están en camino” (p. 92). “La verdadera capacidad siempre es estimada, la pretensión a la capacidad es la que molesta” (p. 106).

la mujer, pero sin ir a la contestación abierta. Igualmente, los regímenes políticos que le sucedieron durante su vida no le gustaban. Pero en la época, la oposición, al menos en el caso de los aristócratas, se manifestaba bajo la forma de discusiones literarias y filosóficas en los salones. Además, en tanto que miembro del grupo de Coppet, que puso el pensamiento francés en contacto con los autores y los filósofos alemanes; en cuanto colaboradora de la publicación *Bibliothèque Britannique*, cuya anglofilia constituía una oposición a la Francia republicana;³⁶ en tanto que traductora del *Curso sobre el arte dramático* de Schlegel, Albertine Necker de Saussure poseía gestos políticos discretos. Bajo el primer imperio, Coppet fue el hogar de encuentro de una sociedad intelectual cosmopolita. En este “congreso permanente del pensamiento” (Sainte-Beuve, 1844), en esta verdadera universidad libre, donde la conversación civilizada fluía, poetas, filósofos, escritores, teólogos y diplomados debatían, con gran apertura de espíritu, ideas nuevas y extranjeras. Madame Necker de Saussure, cuando no estaba del todo discapacitada por su sordera, hacía parte de esta élite intelectual y contribuyó a hacer germinar el pensamiento europeo independiente.

Por último, una de las funciones más importantes desempeñadas por los traductores en las relaciones literarias entre Alemania e Inglaterra en el primer tercio del siglo XIX fue la de contribuir a la implantación y a la difusión de la doctrina romántica. De la traductora del *Curso* de Schlegel puede decirse, aunque en grado menor, eso que el académico Jean Denis Bredin escribió de Madame de Staël: “Ella hubiera, sin duda, después de Rousseau, esclarecido mejor que nadie el camino que traería las luces al romanticismo” (Bredin, 1999: 14). En efecto, por haber traducido ese famoso *Curso*, que fue el punto de partida de la revolución romántica en Francia, paralelamente con el *Fedro* de Racine y el de *Eurípides* de Schlegel, y con la obra *Alemania* de Madame de Staël, la traductora puede ser verdaderamente considerada como la *sourcière* del romanticismo, al mismo tiempo que una mediadora entre las culturas. Por todas estas razones, el nombre de Albertine Necker de Saussure merece ser sacado del injusto olvido y ocupar un lugar privilegiado entre las traductoras cuyo recuerdo debe quedar vivo.

36 A pesar de sus preferencias políticas, este periódico fue en 1802 uno de los dos que no cayó bajo el golpe de la censura napoleónica de la prensa.

Anexo 1

Recolecciones

La traducción: un proceso de esclarecimiento del pensamiento

El obstáculo que se presenta cuando se trata de comprender un pasaje de un libro en lengua extranjera tiene que ver con la dificultad para esclarecer su propio pensamiento. El sentido se presenta confusamente, una palabra o dos llaman nuestra atención [sic] y pronto las otras vienen a organizarse alrededor de aquellas otras y la idea del autor se vuelve clara. Se siente de igual manera que las palabras se ordenan ellas mismas alrededor de una expresión, de una idea cuando se quiere decir algo. Una de estas operaciones facilita la otra y esto hace muy útil el ejercicio del estudio de las lenguas. En los dos casos se trata de una confusión que se va esclareciendo gradualmente (Albertine Necker de Saussure, en: BPU, ms. fr. 4461 / 2).

Disipar aquello que nubla el sentido

El camino que el pensamiento debe recorrer en el estudio de las lenguas es el mismo que este debe seguir cuando se trata de juzgar las cosas de este mundo. Allí hay reglas para observar, pero se espera encontrar también numerosas irregularidades, anomalías; es necesario dudar sin cesar entre la regla y la excepción, avanzar solamente con precaución, con discernimiento; de esta manera se forma ese tacto que siempre nos es tan necesario. En una frase difícil en lengua extranjera, primero aparece el sentido cubierto por una niebla espesa; después viene una claridad, después otra; una palabra conocida lo lleva a uno por la vía, alrededor de la cual se agrupan otras palabras atraídas por la fuerza del sentido. Esto es lo mejor para el esclarecimiento de nuestro pensamiento. Es el camino de los descubrimientos del espíritu humano (Necker de Saussure, citada en Trembley, 1932: 70-71).

Las notas del traductor (1)

Para ser independientes de la obra, las notas le restan unidad de color a la misma, lo que hace de esta uno de sus grandes méritos; estas cambian un discurso en diálogo, y en un diálogo donde uno solo de los interlocutores interrumpe al otro cuando le place; son una distracción, diría que son casi un importunismo, mientras más espirituales, menos puede resolverse a dejarlas pasar y se vuelve imposible leer fluidamente (Necker de Saussure, 1814a: xviii).

Las notas del traductor (2)

Si las notas se limitan a censurar las expresiones, estas se dirigen al autor mismo mucho más que a sus ideas. Además, este último género de crítica es el que más se debe prohibir el traductor; normalmente las palabras tienen demasiado poder en sí mismas para que aquel se atribuya el derecho a resaltarlas; el traductor no debe preparar el epigrama de la nota redactando la frase del texto, y cualquiera que sea su opinión sobre el fondo de la causa, es necesario al menos que se asocie al éxito de la reivindicación (p. xix).

Las palabras le restan color al pensamiento

Mientras más importante sea la función desempeñada por las palabras en el ejercicio del pensamiento, más se alejan las imágenes, y más color pierde la escena. El momento brillante de nuestra existencia es aquel donde las imágenes y las expresiones, igualmente abundantes, marchan a la par, se llaman y se responden con facilidad ofreciendo una feliz armonía. Cuando ya no se da más de esta manera, cuando las pinturas se desvanecen y los sentimientos que estas provocaban se enfrían, entonces las palabras pueden existir por sí mismas, vanos simulacros de pensamientos oprimidos, representaciones falsas que ya no producen la misma ilusión. Tal sería el efecto infalible de la edad, si no albergáramos en el alma una chispa de vida y de calor (Necker de Saussure, 1828-1838, I: 233).

Anexo 2

Venus

Fragmento de *Götterlehre oder mythologische Dichtungen der Alten*

Por Karl Philipp Moritz

Man verehrte in dieser reizenden Göttergestalt den heiligen Trieb, der alle Wesen fortpflanzt: die Fülle der Lebenskraft, die in die nachkommenden Geschlechter sich ergießt; den Reiz der Schönheit, der zur Vermählung anlockt. Sie war es, welche den Blick der Götter selbst auf Jugend und Schönheit in sterblichen Hüllen lenkte und triumphierend ihrer Macht sich freute, bis auch sie erlag, dem blühenden Anchises sich in die Arme werfend, von welchem sie Äneas, den göttergleichen Held, gebar.

So wie nun aber jener sanfte, wohltätige Trieb auch oft verderblich wird und über ganze Nationen Krieg und Unheil bringt, so stellt die Sanfteste unter den Göttinnen sich in den Dichtungen der Alten auch als ein furchtbares Wesen dar.

Sie hatte dem Paris, der ihr vor allen Göttinnen den Preis der Schönheit zuerkannte, das schönste Weib versprochen; nun stiftete sie selbst ihn an, dem griechischen Menelaus seine Gattin, die Helena, zu entführen, und flösste dieser selbst zuerts den Wankelmut und die Treulosigkeit in den Busen ein.

So hielt sie dem Paris ihr Wort, ganz unbekümmert, was für Zerstörung und Jammer daraus entstehen würde. Im kriege von Troja hüllte sie den Paris, als Menelaus im Zweikampf ihn töten wollte, in nächtliches Dunkel ein und führte ihn in sein duftendes Schlafgemach, wo sie selber die Helena zu ihm rief.

Und als diese, ihre Schuld bereuend, sich weigerte, der Liebesgöttin Ruf zu folgen, so sprach Venus mit zürnenden Worten: "Elende, reize mich nicht, damit ich nicht ebensoshr dich hasse, als ich bis jetzt dich liebte! Unter den Trojanern und Griechen stiftete ich dennoch verderblichen Hader an, dich aber soll ein unseliges Schicksal treffen!"

Und nun lässt die gebietende Venus, dem rechtmässigen erzürnten Gatten gleichsam zum Trotz, den wollüstigen Paris die Freuden der Liebe geniessen (Moritz, 1972: 104-105).

Vénus

Fragmento de

Fictions mythologiques

Por Karl Philipp Moritz

(Traducción inédita del alemán al francés de Albertine Necker de Saussure)

Le penchant sacré qui donne la naissance à tous les Êtres, la plénitude de la vie qui se reporte pour ainsi dire sur L'avenir, l'attrait de la beauté qui invite au mariage, viola ce que les Anciens ont adoré sous l'image charmante de Vénus. C'est Venus qui dirigeait les regards des Dieux sur la beauté et la jeunesse revêtues de formes mortelles et c'est elle qui s'enorgueillit de la puissance, jusqu'au moment où, atteinte de ses propres flammes, elle céda la victoire au bel Anchise, qui la rendit mère d'Énée, héros semblable aux Immortels.

Mais comme le penchant doux et bienfaisant que représente cette Déesse est souvent funeste dans ses effets et apporte à des peuples entiers la

guerre et la ruine, la tendre Venus se montre aussi quelquefois sous l'aspect d'un être redoutable. Afin de récompenser Paris de ce qu'il l'a reconnue pour la plus belle des Déesses, Venus promet à ce berger la possession de la plus belle des femmes; en conséquence elle s'apprête à ravir au Prince grec Ménélas, son épouse Hélène, et soufflé elle-même l'inconstance et la légèreté dans le coeur de cette beauté fameuse. Elle a tenu sa promesse à Paris, sans s'inquiéter de la désolation dont elle a été la cause pendant le siège de Troyes. Lorsque Ménélas voulut donner la mort à Paris dans un combat singulier, Venus, enveloppant son favori dans un voile d'obscurité, le conduisit elle-même dans un palais parfumé où elle appela la belle Hélène.

Et comme Hélène repentante se refusait à suivre la déesse de l'amour. Venus en courroux lui adressa ces paroles: Misérable, garde-toi d'exciter ma colère, tremble que je ne te hâisse autant que je t'ai aimée; je saurai susciter des querelles entre les Grecs et les Troyens, et toi tu seras la victime d'un sort ennemi.

C'est ainsi que l'impérieuse Vénus se plut à combler son favori des joies dangereuses de la volupté, en dépit du juste courroux d'un époux légitime (BPU, ms. Fr. 4455, f.^{os} 95-96).

Venus

Fragmento de

Ficciones mitológicas de los antiguos

Por Karl Philipp Moritz

La tendencia sagrada que da el nacimiento a todos los seres, la plenitud de la vida que se relaciona por así decirlo con el futuro, el encanto de la belleza que invita al matrimonio, he aquí lo que los antiguos adoraron bajo la imagen encantadora de Venus. Es Venus quien dirige las miradas de los dioses sobre la belleza y la juventud revestidas de formas mortales y es ella quien se enorgullece del poder, hasta el momento en que, atrapada en sus propias llamas, cedió la victoria al bello Anquises, quien la hizo madre de Eneas, héroe parecido a los inmortales.

Pero como la tendencia dulce y generosa que representa esta diosa es frecuentemente funesta en sus efectos y aporta a pueblos enteros la guerra y la ruina, la tierna Venus se presenta también algunas veces bajo

el aspecto de un ser peligroso. Con el fin de recompensar a Paris, quien la reconoció como la más bella de las diosas, Venus le prometió a este pastor la posesión de la más bella de las mujeres; en consecuencia, aquella se dispuso a raptar del príncipe griego Menelao, a su esposa, Helena, y así ella misma le infundió la inconstancia y la ligereza en el corazón de esta famosa belleza. Venus cumplió la promesa hecha a Paris, sin preocuparle la desolación que causó durante la toma de los troyanos. Cuando Menelao quiso dar muerte a Paris en un combate singular, Venus envolvió a su protegido en un velo de oscuridad y lo condujo ella misma a un palacio perfumado a donde llamó a la bella Helena.

Y como Helena arrepentida se negaba a seguir a la diosa del amor, Venus furiosa le dirigió estas palabras: “Miserable, evita despertar mi cólera, tiembla que no te odie tanto como te he amado; sabré suscitar querellas entre los griegos y los troyanos, y serás la víctima de cierto enemigo”.

Así, la imperiosa Venus se complació en colmar a su protegido con los juegos peligrosos de la voluptuosidad, a pesar de la cólera justa de un esposo legítimo (BPU, ms.fr. 4455, f.^{os} 96-96).

Anexo 3

Molière

Fragmento de Über dramatische Kunst und Literatur por August Wilhelm von Schlegel

Wo Molière sich in den possenhaften Stücken auch nicht an fremde Erfindung anlehnt, hat er sich doch ausländische komische Manieren, besonders die der italiänischen Buffonnerie zu eigen gemacht. Er wollte eine Art von maskenhaften Charactern ohne Masken einführen, die mit denselben Namen wiederkommen. Sie haben aber nie recht einheimisch in Frankreich warden wollen, weil der biegsame, die jedesmal geltende Sitte nachahmende französische National-Character sich nicht mit jener barocken Originalität im Aeussern verträgt, welcher sich wunderliche Individuen bey andern Völkern sorglos überlassen, wo der gesellige Ton nicht alles überein modelt. Da man den Sganarellen, Mascarillen, Scapins und Crispins ihre Tracht

hat lassen müssen, damit sie nicht alle Haltung verlören, so sind sie jetzt wollends auf der Bühne veraltet. Ueberhaupt neigt sich der französische Geschmack wenig selbstbewussten, lustig übertreibenden, und alsdann willkürlich werden Komischen, weil diese Gattungen mehr die Fantasie als den Verstand ansprechen (Schlegel, 1923, II: 77).

[...]

Der Dichter soll ein Moralist seyn, aber seine Personen sollen darum nicht beständig moralisiren. Hierin scheint mir Molière das Maass überschritten zu-haben: er giebt uns in weitläufigen Erörterungen das Für und Wider der dargestellten Character; ja er lässt diese zum Theil in Grundsätzen bestehen, welche die Personen selbst gegen die Einwendungen Andrer durchfechten. Hier bleibt nichts zu errathen übrig, und doch besteht die grösste Feinheit beym Komischen der Beobachtung darin, dass sich die Character unbewusster Weise durch Züge Kund geben, die ihnen unwillkürlich entschlüpfen (p. 78).

Solche genseitige Erörterungen, die zu nichts führen, sind in allen am moisten bewunderten Stücken Molière's häufig; nirgends mehr als im Misanthropen. Darum schleicht die Handlung so sehr, die überdies nur dürftig erfunden ist, und einige Scenen von leichter Beweglichkeit ausgenommen, sind des förmlich eingeleitete Unterredungen, deren Stockung nur durch die auf die Einzelheiten des Verses und Ausdrucks verwendete Kunst verkleidet werden kann. Mit einem Worte, diese Stücke sind zu didaktisch, zu ausdrücklich belehrend, statt dass der Zuschauer nur beyläufig, und als legte man es nicht darauf an, belehrt werden sollte (p. 79).

Molière

Fragmento de

Cours de littérature dramatique

por August Wilhelm von Schlegel

(Traducción del alemán al francés de Albertine Necker de Saussure)

Dans les farces, mêmes que Molière a véritablement inventées, il ne laisse pas de s'appropriier des formes comiques imaginées chez les étrangers, et en particulier celles de la bouffonnerie italienne. Il voulait introduire et ramener sur la scène une sorte de personnages sans masques, mais du même

genre et portant les mêmes noms que les masques italiens; jamais ces rôles n'ont pu se naturaliser en France. Le caractère français, qui se plie à toutes les variations de la mode, ne peut guère s'accorder avec l'originalité bizarre à laquelle s'abandonnent certains individus dans les pays où le bon ton, en décidant de tout, ne rend pas tout uniforme. Comme on a été obligé, pour que les rôles des Sganarelle, des Mascarille, des Scapin et des Crispin ne perdissent pas entièrement leur physionomie, de conserver leurs costumes, ils sont maintenant devenus tout à fait surannés. Les Français ont peu de goût pour cette exagération volontaire, pour cette caricature de soi-même, que nous avons nommée le comique avoué, et pour cette bouffonnerie des rôles de convention, que nous avons appelée le comique arbitraire, parce que l'un et l'autre de ces effets plaisent à l'imagination bien plus qu'à l'esprit. (Schlegel, 1865, II: 80-81).

[...]

Le poète peut être moraliste, sans pour cela que ses personnages moralisent toujours, et, sur ce point, il me semble que Molière a dépassé la mesure: il accuse et justifie dans de longs plaidoyers les caractères qu'il représente, et souvent même ces caractères sont à peine autre chose que des opinions personnifiées. Alors ils ne laissent rien à deviner au spectateur, et pourtant il n'y a de finesse dans le comique fondé sur l'observation, que lorsque les sentiments des hommes se manifestent à leur insu, par des traits qui leur échappent involontairement (p. 82).

[...]

On trouve souvent dans les pièces les plus vantées de Molière, mais surtout dans *Le Misanthrope*, de ces dissertations dialoguées qui ne mènent à aucun résultat: voilà pourquoi, dans cette comédie, l'action, déjà pauvre par elle-même, se traîne péniblement; car à l'exception de quelques scènes plus animées, ce ne sont guère que des thèses soutenues dans toutes les formes, et ce n'est que par des traits d'esprit et par l'agrément du style, que l'auteur réussit à dissimuler le défaut d'intérêt. En un mot, ces pièces sont trop didactiques, on y remarque trop l'intention d'instruire, tandis que la leçon ne doit jamais être donnée au spectateur qu'en passant, et comme sans y songer (p. 83).

Molière

Fragmento de *Curso sobre el arte dramático*

por August Wilhelm von Schlegel

En las farsas mismas que Molière verdaderamente inventó, no deja de apropiarse de las formas cómicas imaginadas por los extranjeros, y en particular aquellas de la bufonería italiana. Quería introducir y llevar a la escena una clase de personajes sin máscara, pero del mismo género y con los mismos nombres que las máscaras italianas; nunca estos papeles pudieron naturalizarse en Francia. El carácter francés, que se somete a todas las variaciones de la moda, casi no puede conciliarse con la originalidad bizarra a la cual se abandonan ciertos individuos en los países donde el buen tono, que decide todo, no vuelve todo uniforme. Como nos hemos visto obligados —para que los papeles de Sganarelle, Mascarille, Scapin y Crispin no perdieran completamente su fisonomía— a conservar sus vestuarios, se han vuelto ahora absolutamente caducos. Los franceses gustan poco de esta exageración voluntaria, de esta caricatura de sí mismo, que hemos nombrado lo cómico declarado, y de esta bufonería de los papeles convencionales, que hemos llamado lo cómico arbitrario, porque uno y otro de estos efectos complacen tanto la imaginación como el espíritu (Schlegel, 1865, II: 80-81).

[...]

El poeta puede ser moralista, sin que por ello sus personajes siempre moralicen, y con respecto a este punto, me parece que Molière sobrepasa la medida: este acusa y justifica en sus largas apologías los personajes que representa, y casi siempre estos personajes no son otra cosa que opiniones personificadas; así, pues, no dejan nada para adivinar al espectador, y por lo tanto no hay sutileza en lo cómico fundado sobre la observación, mientras que los sentimientos de los hombres se manifiestan a pesar de ellos, a través de las características que se les escapan involuntariamente (p. 82).

[...]

Con frecuencia se encuentran en las obras más exaltadas de Molière, pero sobre todo en *El misántropo*, disertaciones dialogadas que no llevan a ningún resultado: he ahí por qué, en esta comedia, la acción ya pobre por sí misma, se prolonga difícilmente; ya que, con excepción de algunas escenas más animadas, no se trata más que de tesis sostenidas en todas las formas, y es solo por pensamientos lúcidos y por el encanto del estilo que

el autor tiene éxito para disimular la falta de interés. En una palabra, estas obras son demasiado didácticas, se nota demasiado la intención de instruir, mientras que la lección solo debe darse al espectador como de paso, y como sin pensarlo (p. 83).

Anexo 4

Fragmento de *A letter to a Young Lady on Her Marriage* por Jonathan Swift

Madam,

The Hurry and Impertinence of receiving and paying Visits on Account of your Marriage, being now over; you beginning to enter into a Course of Life, where you will want much Advice to divert you from falling into many Errors, Fopperies, and Follies to which your Sex is subject. I have always born an entire Friendship to your Father and Mother; and the Person they have chosen for your Husband hath been for some Years past my particular Favourite. I have long wished you might come together, because I hoped, that from the Goodness of your disposition, and by following the Council of wise Friends, you might in Time make your self worthy of him. Your Parents were so far in the right, that they did not produce you much into the World; whereby you avoided many wrong Steps which others have taken; and have fewer ill Impressions to be removed: but they failed, as it is generally the Case, in too much neglecting to cultivate your Mind; without which it is impossible to acquire or preserve the Friendship and Esteem of a wise Man, who soon grows weary of acting the Lover, and treating his Wife like a Mistress, but wants a reasonable Companion, and a true Friend through for those Offices; wherein I will not fail to be your Director as long as I shall think you deserve it, but letting you know you are to act, and what you ought to avoid (Swift, 1968: 85-86).

[..]

I hope your Husband will interpose his Authority to limit you in the trade of visiting; Half a dozen Fools are in all Conscience as many as you should require; and it will be sufficient for you to see them twice a Year: For I think the Fashion does not exact that Visits should be paid to Friends.

I advise that your company at home should consist of Men rather than Women. To say the Truth, I never yet knew a tolerable Woman to be fond of her own Sex (p. 88).

[..]

But, the grand Affair of your Life will be to gain and preserve the Friendship and Esteem of your Husband. [...] Although he be not capable of using you ill, yet you will, in Time, grow a Thing indifferent, and perhaps contemptible, unless you can supply the Loss of Youth and Beauty with more durable Qualities. You have but a very few Years to be young and handsome in the Eyes of the World; and as few Months to be so in the Eyes Husband, who is not a Fool; for, I hope, you do not still dream of Charms and Raptures; which Marriage ever did, and ever will put a sudden End to. Besides, yours was a Match of Prudence, and common Good-linking, without any Mixture of that ridiculous Passion which hath no Being, but in Play-Books and Romances (p. 89).

[..]

I know very well, that those who are commonly called learned Women, have lost all Manner of Credit by their impertinent Talkativeness, and Conceit of themselves: But there is an easy Remedy for this; if you once consider, that after all the Pains you may be at, you never can arrive, in Point of Learning, to the Perfection of a School-Boy. But the Reading I would advise you to, is only for Improvement of your own good Sense, which will never fail of being mended by Discretion. It is a wrong Method, and ill Choice of Books, that make those learned Ladies just so much worse for what they have read. And therefore, it shall be my Care to direct you better; a Task for which I take myself to be not ill qualified; because I have spent more Time, and have had more Opportunities than many others, to observe and discover from what Sources the various Follies of Women are derived.

Pray observe, how insignificant Things are the common race of Ladies, when they have passed their Youth and Beauty; how contemptible they appear to the Men, and yet more contemptible to the younger Part of their own Sex; and have no Relief but in passing their Afternoons in Visits, where they are never acceptable; and their Evenings at Cards among each other; while the former Part of the Day is spent in Spleen an Envy, or in vain Endeavours to repair by Art and Dress the Ruins of Time (p. 92).

Fragmento de *Lettre à une jeune Dame sur son mariage* por Jonathan Swift
Traducción del inglés al francés de Albertine Necker de Saussure

Se reproduce la traducción manuscrita de Madame Necker de Saussure, sin rectificar la ortografía ni la puntuación francesa.

Madame,

Vous voilà donc en fin dehors des embarras où vous a jettée, à l'occasion de votre mariage, l'impertinent usage de recevoir et de rendre des visites; et vous allez commencer à présent un nouveau genre de vie, dans lequel vous aurez besoin de bien des avis pour ne pas donner dans les travers et les ridicules auxquels votre sexe est sujet. J'ay toujours été attaché à vos parents par la plus parfaite amitié, et la personne qu'ils vous ont choisie pour époux m'est extrêmement chère depuis plusieurs années. Il y a longtemps que je souhaitois de vous voir unis ensemble, dans l'espérance que votre bon naturel et de la docilité à l'égard des conseils des personnes sages qui vous veulent du bien, pourroient vous rendre digne de luy. Vos parents ne vous ont pas beaucoup produite dans le monde, et en cela ils ont agi prudemment, puisqu'ils vous ont épargné nombre de fausses démarches, auxquelles d'autres se sont laissé aller, et qu'il n'y a chez vous que peu de mauvaises impressions à effacer. Mais d'un autre côté; ils ont trop négligé, comme c'est l'ordinaire, de cultiver votre esprit; sans quoy il est impossible d'acquérir ou de conserver l'amitié d'un homme sensé. Il est bientôt las de jouer apures de sa femme le rôle d'amant et de la traiter comme une maîtresse; et il a besoin dans tous les états de la vie d'une compagne raisonnable et d'une tendre amie. Occupes-vous donc à remplir à son égard ces deux fonctions; vous me trouverez tout disposé à vous donner pur cela les direction nécessaires, et je m'y attacheray, aussi longtemps que vous le mériterés, à vous instruire de ce que vous devés faire et de ce que vous devés éviter (BPU, ms. Fr.4463 / 10, f.^{os} 1-2).

[...]

J'espère que votre mary fera intervenir son autorité pour limiter le nombre de vos visites. Une douzaine de fols sont en vérité autant qu'il vos en faut, et il suffira de les voir deux fois par an: Par rapport aux Amis je crois que la mode n'exige qu'on les visites.

Dans les compagnies que vous voulez recevoir chez vous admettés plutôt des hommes que des femmes. Je ne vous dissimuleray que je n'ay jamais vû de femme supportable être éprises de son propre sexe (f.^o 6).

[...]

Mais la grande affaire de vôtre vie doit être de vous concilier et de vous conserver l'amitié et l'estime de vôtre mary. [...]; quoy qu'il soit incapable de vous traiter mal, cependant il ne se peut que vous ne luy deveniés avec le temps indifférente et même méprisable, si vous ne sçavés suppléer à la perte de vôtre jeunesse et de vôtre beauté par des qualités plus durables. Vous n'avez que quelques années à être jeune et belle, et que quelques mois à paroître telle aux yeux de vôtre mary qui n'est pas un sot: car en fin je me flatte que vous ne songés plus à ce qu'on appelle charmes et transports, choses auxquelles le mariage a toujours mis fin bien vite. D'ailleurs le vôtre a été formé par la prudence et l'agrément réciproque, sans aucune mélange de cette passion ridicule qui n'existe que sur le théâtre et dans les romans (f.^{os} 7-8).

[...]

Je n'ignore pas que l'espèce de ce qu'on appelle femmes sçavantes est fort décriée par leur babil et par la haute opinion qu'elles ont d'elles mêmes. Mais vous ne craindrés guères leur sort si vous considérés que toutes les peines que vous pourrés prendre n'élèveront pas vôtre sçavoir au niveau de celui d'un écolier. Les lectures que je vous conseille n'ont pour but que de perfectionner vôtre bon sens, ce que le discernement ne manquera pas d'opérer. C'est à une mauvaise méthode et à un mauvais choix de livres que ces sçavantes doivent leurs travers; et j'auray soin de vous mieux diriger. Ayant eû plus d'occasions que tout autre de remarquer les sources des folies des femmes, et ayan mis plus de temps à les observer, je me regarde comme assés propre à le faire.

Considérés, je vous prie, ce que devient le commun des femmes après qu'elles ont passé le temps de leur jeunesse et que leur beauté a disparu. Méprisées des hommes, et encore plus de jeunes personnes de leur sexe, elles n'ont d'autre ressource que celle de passer leurs après dinées dans des compagnies où elles sont toujours de trop, et leurs soirées à jouer entre elles. Le matin est employé à exhaler le venin de l'envie et leur mauvaise humeur,

ou se consume en vains efforts pour réparer par l'art et la parure les injures du temps (f.^{os} 12-13).

Fragmento de *Carta a una joven mujer en su matrimonio* por Jonathan Swift

Madame,

He ahí que por fin usted salió de las dificultades causadas por la impertinente costumbre de recibir y hacer visitas, a la ocasión de su matrimonio; y usted comenzará ahora a tener un nuevo estilo de vida, en el que tendrá la necesidad de recibir consejos para no caer en los errores y las ridiculeces a las que su sexo está sujeto. Siempre estuve muy cercano a sus padres debido a la más perfecta amistad, y la persona que le eligieron por esposo me es extremadamente querido desde hace varios años. Hace muchísimo tiempo deseaba verlos juntos, con la esperanza de que su buena voluntad y docilidad con respecto a los consejos de personas sabias que quieren su bien, podrían convencerla de que es usted digna de él. Sus padres no le permitieron conocer mucho el mundo; en esto han actuado prudentemente, puesto que le han evitado numerosos comportamientos erróneos, a los cuales otras se han entregado, y que usted no tendrá que borrar. Pero, por otra parte, ellos tuvieron un gran descuido, como es común, en el cultivo de su inteligencia, sin lo cual es imposible adquirir o conservar la amistad de un hombre sensato. Pronto se cansará de interpretar frente a su mujer el papel de enamorado y de tratarla como una amante; él tiene la necesidad en todos los momentos de su vida de una compañía razonable y una tierna amiga. Ocúpese entonces de cumplir para él esas dos funciones; me encontrará dispuesto a darle las direcciones necesarias, me dedicaré a ello, tanto tiempo como usted lo merezca, a instruirla sobre lo que usted deberá hacer y lo que deberá evitar (BPU, ms. fr. 4463 / 10, f.^{os} 1-2).

[..]

Espero que su marido haga intervenir su autoridad para limitar el número de sus visitas. Una docena de tontos es en realidad lo que usted necesita y será suficiente que los vea dos veces por año. Con relación a los amigos, creo que la moda no exige que se visiten.

En cuanto a las compañías que usted quiera recibir en su casa, admita sobre todo hombres más que mujeres. No le disimularé que nunca he visto mujer soportable, apasionada por su propio sexo (f.º 6).

[..]

Pero el gran asunto de su vida debe ser conciliar y conservar la amistad y la estima de su marido. [...] a pesar de que el sea incapaz de tratarla mal; sin embargo, él no puede más que volverse indiferente con el tiempo y despreciarla, si usted no sabe suplir la pérdida de su juventud y belleza con cualidades más durables. Usted no tiene más que unos años para ser joven y bella y unos pocos meses para aparecer como tal a sus ojos, pues él no es un tonto: así, pues, me contento con que ya no considere más eso que llaman *encantos* y *exaltación*, cosas a las que el matrimonio pone fin rápidamente. Además, el suyo se basa en la prudencia y la gracia recíproca, sin ninguna mezcla de esta pasión ridícula que solo existe en el teatro y en las novelas (f.ºs 7-8).

[..]

No ignoro que la especie que llamamos *mujeres sabias* es fuertemente despreciada por su habladuría y por la alta opinión que tienen de sí mismas. Pero no tema tener la suerte de ellas si usted considera que todas las penas que usted tendrá no elevarán su sabiduría al nivel de la de un escolar. Las lecturas que le aconsejo sólo tienen por objetivo perfeccionar su buen sentido, el discernimiento no le faltará. Es a un mal método y una mala selección de libros que estas mujeres sabias deben sus penas; yo estaría en mejor condiciones de orientarla. Aunque haya tenido más ocasión que otros de conocer las fuentes de locura de las mujeres, y que haya tenido más tiempo de observarlas, me considero lo suficientemente honesto para hacerlo.

Considere, le ruego, lo que se vuelve el común en las mujeres después que ha pasado el tiempo de su juventud y que su belleza haya desaparecido. Menosprecio de los hombres, y más de los jóvenes de su sexo, la única riqueza que tienen es pasar sus tardes en compañías donde siempre están de más, y sus veladas, jugando entre ellas mismas. La mañana la emplean en exhalar el veneno de la envidia y su mal humor, o consumirse en vanos esfuerzos para reparar por el arte y la apariencia la agonía del tiempo (f.ºs 12-13).

Obras citadas y consultadas

Fuentes

Manuscritos

Bibliothèque publique et universitaire (BPU) de Genève, Département des manuscrits,
Fonds Albertine Necker de Saussure:

Ms. fr. 4450 - Lettres adressées par Albertine Necker de Saussure

Ms. fr. 4451 - Lettres adressées à Albertine Necker de Saussure

Ms. fr. 4452 - Divers

Ms. fr. 4453 et 4454 - Journaux et carnets

Ms. fr. 4455 à 4461 - Œuvres, dont:

Traducción inédita del alemán, *Fictions mythologiques des Anciens*, orné de figures au trait, d'après des pierres gravées et d'autres monuments antiques, d'un ouvrage de Karl Philipp Moritz, precedido de "Discours sur l'étude de la mythologie et sur la vie et les écrits de Moritz", ms. fr. 4455, f.ºs 1-295 (12 cahiers).

Notas de lectura de la obra del escritor alemán Jean-Paul Richter, *Levana ou Traité d'éducation* (1806); esbozo de una primera traducción de este tratado, ms. fr. 4461 / 5.

Ms. fr. 4462 y 4463 - Esbozo de lecturas de las traducciones siguientes:

Traducción del alemán *De l'éducation de l'espèce humaine*, de Gotthold Ephraïm Lessing, ms. fr. 4463 / 2, f.ºs 1-19.

Traducción del inglés, *Lettre à une jeune Dame sur son mariage* (A Letter to a Young Lady on Her Marriage, 1723), de Jonathan Swift, ms. fr. 4463 / 10, f.ºs 1-15;

Traducción del inglés, *Économie chrétienne et civique des grandes villes* (*The Christian and Civic Economy of our Large Towns*, 1821), de Thomas Chalmers, ms. fr. 4463 / 17, f.ºs 1-16.

Ms. fr. 4464 - Œuvres diverses.

Impresos

Moritz, Karl Phillip, 1791, *Götterlehre oder mythologische Dichtungen der Alten, zusammengestellt von Karl Phillip Moritz. Mit fünf und sechzig in Kupfer gestochenen Abbildungen*, Berlín, Johann Friedrich Unger, 351 p.

_, 1972, *Götterlehre oder mythologische Dichtungen der Alten, zusammengestellt von Karl Phillip Moritz. Mit fünfundsechzig in Kupfer gestochenen Abbildungen, nach antiken*

- geschnittnen Steinen und andern Denkmälern des Altertums*, Leipzig, Insel Verlag, 349 p.
- Necker de Saussure, Albertine, 1789, "Lettre adressée aux rédacteurs", *Journal de Genève*, 5 de septiembre, pp. 145-146 (Signée: Une Genevoise).
- _, 1814a, "Préface", en: August Wilhelm von Schlegel, *Cours de littérature dramatique*, traducido por Albertine Necker de Saussure, París, Lacroix, t. I, pp. xv-xxvii.
- _, 1814b, "Chanson pour la fête du 31 décembre", réimpression de la chanson écrite à l'occasion de l'arrivée des Suisses à Genève, 1.º de junio de 1814, Ginebra, s. f., 1 f.
- _, 1816, "Vue nouvelle de la Société, ou Essais sur le principe de la formation du caractère dans l'homme et sur l'application pratique de ce principe" compte rendu de *A New View of Society* (c. 1813) de Robert Owen, en *Bibliothèque universelle*, vol. 64, pp. 49-66.
- _, 1818, reseña de *L'Économie chrétienne et civique des grandes villes* de Thomas Chalmers, *Bibliothèque universelle*, vol. 68, pp. 309-322.
- _, 1820a, *Notice sur le caractère et les écrits de Mme de Staël*, Londres, Treuttel et Würtz, 317 p.
- _, 1820b, *Notice sur le caractère et les écrits de Mme de Staël, par Madame Necker de Saussure, suivi des Lettres sur J. J. Rousseau, par Madame de Staël*, Bruxelles, Auguste Wahlen, 248 + 88 p.
- _, 1820d, *Sketch of the life, Character, and Writings of Baroness de Staël-Holstein*, Londres, Treuttel y Würtz, 363 p.
- _, 1820c, *Über den Charakter und die Schriften der Frau von Staël*, traducido por August Wilhelm von Schlegel, París, Londres, Strabourg, Treuttel et Würtz, xii-338 p.
- _, 1828-1838, *L'Éducation progressive, ou études du cours de la vie*, 3 vols., I - Étude de la première enfance, París, A. Sautelet, 1828, sv-408 p.; II - Étude de la dernière partie de l'enfance, París, Paulin, 1832, vii-440 p.; III - Étude de la vie des femmes, Genève, A. Cherbulliez, 1838, xii-422 p.
- _, 1835, *Progressive Education, commencing with the Infant*, traducido por Emma Willard y Almira Lincoln Phelps, Boston, W. D. Ticknor, 348 p. Traduction du vol. I, Étude de la première enfance, de *L'Éducation progressive*.
- _, 1836-1838, *Die Erziehung des Menschen auf seinen verschiedenen Altersstufen*, traducido por A. von Hoggner et K. von Wangenheim, Ebingen, J.C. Göbel, 2 vol. Traduction de *L'Éducation progressive*.
- _, 1839-1843, *Progressive Education; or, Considerations on the Course of Life*, 3 vols., Londres, Longman, Orme, Brown, Green & Longmans.

- _, 1842, *Die Erziehung des Menschen in seiner fortschreitenden Entwicklung: eine gekrönte Preisschrift*, traducido por L. Overbeck y F. Smidt, Bielefeld, Velhagen & Klasing, 3 vol.s, I - xiv-352 p.; II - 456 p.; III - 446 p. Traducción de *L'Éducation progressive*.
- _, 1844, *The Study of the Life of Woman*, Philadelphie, Lea and Blanchard, viii-288 p.
- _, 1848, *Fragments inédits*, réunis par A. Sigismondi et publiés dans Bibliothèque universelle, vol. 9, pp. 265-289. Comprend: "Essai sur ce qui plaît", "Souvenir d'un voyage en Suisse", "Essai sur l'étude de la botanique".
- _, 1849, "De Corinne", en: Madame de Staël, *Corinne, ou l'Italie* (c1807), nueva edición. Revue avec soin et précédée d'observations par Mme Necker de Saussure, pp. i-xiv, et M. Sainte-Beuve, pp. xiv-xix, Paris, Garnier, xix-464 p.
- _, 1921, *L'Educazione progressiva*, traducido por Giuseppina Olivieri, Palerme, R. Sandron, 274 p.
- _, 1925, *L'Educazione progressiva ossia Studio sul corso della vita*, traducido por Guido Santini, Bologne, L. Capelli, 2 vols., I - xii-304; II - ii-263 p.
- _, 1947, *Educazione progressiva*, traducido por Fiorentina Damonte, introd. par Maria La Torraca, Véronne, M. Lecce, colección "Classici di filosofia e pedagogia", núm. 4, 240 p.
- _, 1948, *L'Educazione progressiva*, traducido por Elena Ederle, introd. y notas por Mario Casotti, Brescia, La Scuola, 334 p.
- Schlegel, August Wilhelm von, 1809-1811, *Über dramatische Kunst und Literatur*, 2 vols., Heidelberg, Mohr und Zimmer.
- _, 1814, *Course de littérature dramatique*, traducido por Albertine Necker de Saussure, París y Ginebra, J. J. Paschoud, 3 vols., I - xxiii-400 p.; II - 409 p.; III - 399 p. Publicada anónimamente.
- _, 1815, *A Course of Lectures on Dramatic Art and Literature*, 2 vols., traducido por John Black, Londres, Baldwin, Cradock and Joy,
- _, 1817, *Corso di letteratura drammatica*, 3 vols., traducido por Giovanni Gherardini, Milan, P. M. Giusti.
- _, 1865, *Cours de littérature dramatique* (c. 1814), traducido por Albertine Necker de Saussure, nouv. éd. Revue et annotée par Eugène van Bemmél, Genève, Slatkine Reprints, 1971, 2 t. en 1 vol., I - 386 p.; II - 418 p.
- _, 1923, *Vorlesungen über Dramatische Kunst und Literatur, kritische Ausgabe eingeleitet und mit Anmerkungen versehen von Giovanni Vittorio Amoretti*, Bonn, Leipzig, Kurt Schroeder Verlag, 2 vols., I - 218 p.; II - 339 p.
- Schleiermacher, Friedrich, 1999, *Des différentes méthodes du traduire* (c. 1813), traducido por A. Berman, et *Sur l'idée leibnizienne, encore inaccomplie, d'une*

- langue philosophique universelle*, traducido por C. Berner, París, Éditions du Seuil, colección. "Points. Essais", núm. 402, 160 p.
- Scott, Sir Walter, 1814-1815, *Waverley ou il y a soixante ans*, présentation, critique et traduction partielle par Albertine Necker de Saussure, en: *Bibliothèque britannique* (Littérature), 1814, vol. 57, pp. 532-560; 1815, vol. 58, pp. 99-131, 216-248, 359-395.
- _, 1822, *Waverly, ou l'Écosse il y a soixante ans*, 2 vols., traducido por Joseph Martin, París, C. Gosselin.
- _, 1828, *Waverly, ou il y a soixante ans, nouvelle traduction*, traducido por Auguste Jean-Baptiste Defauconpret, París, Garnier, xxiii-488 p.
- _, 1880, *Waverly*, trad. anónima, Limoges, M. Barban, 273 p.
- _, 1883, *Waverly*, traducido por Ed. Scheffter, París, Librairie Firmin-Didot, 607 p.
- _, 1981, *Waverly or 'Tis Sixty Years Since* (c. 1814), publié sous la direction de Claire Lamont, Oxford, Clarendon Press, 470 p.
- Staël, Germaine de, 1816, "De la manière de traduire, et de l'utilité des traductions", *Bibliothèque universelle*, vol. 2, pp. 85-101. Traducción anónima de "Sulla maniera e la utilita delle traduzioni" paru dans Biblioteca Italiana. Retraducción a partir del italiano del texte de Mme de Staël "De l'esprit des traductions".
- _, 1821, "De l'esprit des traductions", en: *Cœuvres complètes de Mme la baronne de Staël*, publiées par son fils et précédées d'une notice sur le caractère et les écrits de Madame de Staël par Madame Necker de Saussure, París, Treuttel et Würtz, vol. 17, pp. 387-399.
- _, 1882, *Dix années d'exil* (c. 1820), ouvrage posthume publié par M. le duc de Broglie et M. le baron de Staël, nouv. éd. précédée d'une notice sur la vie et les ouvrages de Madame de Staël, par Albertine Necker de Saussure, París, G. Charpentier, 463 p.
- Staël, Germaine de, 1968, *De l'Allemagne* (c. 1813), chronologie et introduction par Simone Belayé, París, Garnier-Flammarion, colección "Garnier-Flammarion. Texte intégral" n^{os} 166-167, 2 vols., I - 382 p.; II - 318 p.
- Swift, Jonathan, 1965, "Lettre à une très jeune dame à l'occasion de son mariage", en: *Cœuvres*, édition présentée, établie et annotée par Émile Pons, París, Gallimard, colección "Bibliothèque de la Pléiade", pp. 1.364-1.374.
- _, 1968, "A Letter to a Young Lady on Her Marriage" (c. 1723), tomado de la obra *Irish Tracts y Sermons*, publicado bajo la dirección de Herbert Davis y Louis Landa, Oxford, B. Blackwell, t. 9, pp. 85-94.
- _, 1989, "Lettre à une jeune dame pour son mariage", en: *Les Bonnes manières*, traducido por Sylvain Goudemare, Boulogne, Éditions du Griot, pp. 91-101.

Iconografía

Los retratos de Albertine Necker de Saussure presentados aquí han sido tomados de la obra de Étienne Causse (1930), a excepción del quinto, que adorna la cubierta de la obra de Julie de Mestral Combremont (1946).

Retrato al óleo por Madame Fol- Straub, propiedad de la Biblioteca de Ginebra, reproducción en tricomía.

Miniatura por Arlaud, 1784, propiedad de M. Henry Necker.

Retrato a lápiz por Massot, propiedad de M. William Turrettini.

Retrato a lápiz por Madame Munier-Romilly, propiedad de M. Henry Necker.

Litografía de J. Hébert, propiedad de M. Louis Perrot.

Estudios

Alic, Margaret, 1986, *Hypatia's Heritage. A History of Women in Science from Antiquity to the Late Nineteenth Century*, Londres, Women's Press, ix-230 p.

Bemmel, Eugène van, 1865, "Introduction", en: August Wilhelm von Schlegel, *Cours de littérature dramatique* (c. 1814), traducido por Albertine Necker de Saussure, nueva edición revisada y anotada por E. van Bemmel, París, Bruxelles, Slatkine Reprints, 1971, pp. v-xiv.

Berchtold, Alfred, 1966, *La Suisse romande au cap du XX siècle. Portrait littéraire et moral*, 2.ª ed., Lausana, Payot, 989 p.

Bereaud, Jacques G. A., 1971, "La traduction en France à l'époque romantique", *Comparative Literature Studies*, vol. 8, núm. 3, pp. 224-244.

Bernardinis, Anna Maria, 1977, "A. Necker de Saussure", en: *Nuove questioni di storia della pedagogia*, Brescia, La Scuola, pp. 392-430.

Bredin, Jean-Denis, 1999, *Une singulière famille. Jacques Necker, Suzanne Necker et Germaine de Staël*, París, Librairie Anthème Fayard, 454 p.

Burnier, Louis, 1864, *Histoire littéraire de l'Éducation morale et religieuse en France et dans la suisse romande*, Lausana, G. Bridel, 2 vol.

Candaux, Jean-Daniel, 1974, Chap. 37 – "Charles Pictet de Rochemont", en: *Histoire de la famille Pictet, 1474-1974*, Genève, E. et M. Pictet (Impr. Braillard), xiii-571, pp. 287-310.

Causse, Étienne, 1930, *Madame Necker de Saussure et L'Éducation progressive*, París, Éditions "Je sers", 2 vol.s, I: 233 p.; II: 314 p.

Darrow, Margaret, 1979, "French Women and the New Domesticity, 1750-1850", *Feminist Studies*, núm. 5, pp. 41-65.

- Davidson, Thomas, 1970, *A History of Education* (c. 1900), Nueva York, AMS Press, viii-292 p.
- Delon, Michel, 1998, "Le défi de Coppet", en: Walter Lenschen, dir., *Cinquième remise du Prix lémanique de la traduction 1997*, Lausana, Centro de traducción literaria, pp. 49-55.
- Dezobry, Charles et Théodore Bachelet, 1857, *Dictionnaire général de biographie et d'histoire, de géographie ancienne et moderne comparée, des antiquités et des institutions grecques, romaines françaises et étrangères*, París, Charles Delagrave, 2 vol.
- D'hulst, Lieven, 1997, "La traduction: un genre littéraire à l'époque romantique?", *Revue d'histoire littéraire de la France*, núm. 3, mai-juin, pp. 391-400.
- Dictionnaire biographique des auteurs*, 1956, París, Laffont-Bompiani, 2 vols.
- Doudan, Ximenès, 1847, *Notice sur Mme Necker et les écrits de Mme Necker de Saussure*, París, H. Fournier, 29 p. De la edición de *L'Éducation progressive*, París, Paulin, 1844.
- Doudan, Ximenès, 1878, *Mélanges et Lettres* (c1876), nouv. éd. avec introd. par M. le comte d'Haussonville et des notices de M. de Sacy et Cuveillier-Fleury, París, Calmann-Lévy, 4 vol.
- Durand, Roger, 1981, "Les grandes figures du féminisme genevois: Albertine Necker de Saussure. De l'éducation des femmes", *La Tribune*, Ginebra, 29 de mayo.
- Fontannaz, Philippe, 1968, "Classement et cataloguement des papiers d'Albertine Necker de Saussure et des archives de la famille Favre", Genève, s. n., travail de diplôme de l'École de Bibliothécaires de Genève, 37 p. Inédita. Comprende una "Notice biographique" d'Albertine Necker de Saussure, pp. 7-12.
- Freshfield, Douglas William, 1989, *Horace-Bénédict de Saussure* (c. 1924), avec la collaboration de Henry F. Montagnier, traducido por Louise Plan, Ginebra, Éditions Atar, Slaktine Reprints, 434 p.
- Gutwirth, Madelyn, 1994, "Coppet et la querelle de l'éducation morale: l'apport des femmes-écrivains", en: Kurt Kloocke, dir., *Le Groupe de Coppet et l'Europe, 1789-1830, actas del 5º Coloquio de Coppet, julio 8-10 de 1993*, Lausana, Institut Benjamin Constant, París, J. Touzot, pp. 147-163.
- Henning, Ian Allan, 1929, *L'Allemagne de Mme de Staël et la polémique romantique*, París, Honoré Champion, 386 p.
- Horguelin, Paul A., 1981, *Anthologie de la manière de traduire. Domain français*, Montréal, Linguattech, 230 p. La 2.ª ed. de esta obra está disponible en Jean Delisle y Gilbert Lafond, 2000, *Histoire de la traduction* [cédérom para PC], módulo "Thèses, livres et textes", Gatineau, Québec, edición restringida para fines de enseñanza por Jean

- Delisle, profesor titular, Escuela de traducción e interpretación de la Universidad de Ottawa.
- Lefevere, André, 1996, "August Wilhelm Schegel: un homme pour l'humanité", *Circuit*, núm. 51, pp. 24-25.
- Mazenod, Lucienne y Ghislaine Schoeller, 1992, *Dictionnaire des femmes célèbres: de tous les temps et de tous les pays*, París, Laffont, 932 p.
- Mestral Combremont, Julie de, 1946, *Albertine Necker de Saussure, 1766-1841*, Lausana, Librairie Payot, 195 p.
- Monnier, Philippe M., 1973, "Catalogue des manuscrits de la Bibliothèque publique et universitaire de Genève", t. XIX, ms. fr. 4450-4800, Ginebra, Biblioteca pública y universitaria, 210 p. Inédito.
- Montandon, Alain, 1979, "Albertine Necker de Saussure et Jean-Paul", *Revue de littérature comparée*, núm. 217, pp. 76-89.
- Montesquieu, Charles-Louis de Secondat de, 1975, *Lettres persanes, texte établi, avec introduction, chronologie de Montesquieu, bibliographie, notes et relevé de variantes par Paul Vernière*, París, Garnier frères, colección "Classiques Garnier", lvi-419 p.
- Montet, Albert de, 1877-1878, *Dictionnaire biographique des Genevois et des Vaudois qui se sont distingués dans leur pays ou à l'étranger par leurs talents, leurs actions, leurs œuvres littéraires ou artistiques, etc.*, Lausana, Georges Bridel éditeur, 2 vols., I - 429 p.; II - 644 p.
- Naville, Paul, 1973, *Guide de la vieille Genève* (c1942), 4.^a éd., Ginebra, Alexandre Jullien, éditeur, 112 p.
- "Notre' bi-millénaire", 1942, en: *Le mouvement féministe*, 27 de junio, 4 de marzo y 12 de marzo.
- Orr, Clarissa Campbell, 1988, "Albertine Necker de Saussure, 1766-1841: Themes and Contexts for the Interpretation of L'Éducation progressive", tesis de maestría inédita, Departamento de Historia, Universidad de York, Royaume-Uni, v-142 p.
- Pange, Pauline Laure Marie de Broglie, comtesse de, 1938, *Auguste-Guillaume Schlegel et madame de Staël, d'après des documents inédits*, París, Éditions Albert, ix-649 p.
- Rémusat, Charles de, 1959, *Mémoires de ma vie, présentées et annotées par Charles H. Pouthas*, París, Librairie Plon, 5 vol.
- Rochemondet, Madame G. M. de, 1837, *Études de la traduction de l'anglais, ou Nouveau guide du traducteur d'anglais en français* (c. 1830), 2.^a éd., París, Baudry, xxv-267 p.
- Sainte-Beuve, Claude Augustin, 1844, *Portraits de femmes, éd. revue et augmentée*, París, Didier, Libraire-éditeur, 503 p.

- Sirois, Andrée, 1997, "Les femmes dans l'histoire de la traduction. De la Renaissance au XIX^e siècle. Domaine français", tesis de maestría presentada en la Escuela de traducción e interpretación de la Universidad de Ottawa, 1997, 137 p. Comprende un retrato de Albertine Necker de Saussure, pp. 70-87. Tesis reproducida en Jean Delisle y Gilbert Lafond, 2000, *Histoire de la traduction* [cédérom para PC], módulo "Thèse, livres et textes", Gatineau (Quebec), edición restringida a fines de enseñanza Jean Delisle.
- Sismondi, Jean-Claude-Léonard Simonde de, 1859, *Fragments de son journal et de sa correspondance, publicada por J.-J. Chenevière*, Genève, J. Cherbuliez.
- Stafford, William C., 1832, *A History of Music*, París, Paulin.
- Stantschi, Catherine, 1992, "Horace-Bénédict de Saussure, 1740-1799", en: *Genève Lyon partenaires*, Genève, S. Hurter Image et Communication, pp. 42-43.
- Trembley, Émilie, 1932, *Madame Necker de Saussure. Pensées choisies précédées d'un Avant-propos*, Lausana, Ginebra, Librairie Payot, colección "Les glanes romandes", 130 p.
- Trembley, Émilie, 1942, "Albertine Necker de Saussure et Germaine de Staël-Necker", *Le Mouvement féministe*, bimensual, oficial de publicaciones de l'Alliance nationale de sociétés féminines suisses, marzo 11, pp. 1-2.
- Troesch, Jean, 1975, "Albertine Necker de Saussure, la sage cousine de Germaine de Staël", *Journal de Genève*, 4 de noviembre.
- Vinet, Alexandre, 1925, "Éducation progressive par Madame Necker de Saussure", en: Œuvres d'Alexandre Vinet, 2^e série: *Philosophie morale et religieuse*, recopilación de artículos, de discursos y fragmentos, publicados a partir de las ediciones originales y de los manuscritos por Ph. Bridel, Lausana, Ginebra, Librairie Payot, pp. 153-198.
- Wolf, Michaela, 2000, "Thérèse Huber, femme 'perdue'... et retrouvée", *Circuit*, núm. 68, pp. 28-29.

Irène de Buisseret: “condesa” de la traducción, pedagoga humanista*

Jean Delisle

Escuela de Traducción e Interpretación
Universidad de Ottawa
(Canadá)

Penetrar en el misterio de una vida es una tarea difícil, aun más si la persona ha llevado una vida solitaria, casi de reclusión, sin dejar muchas huellas. Algunos seres discretos nos abandonan en silencio, llevándose al reino de las sombras el enigma de su vida. Irène de Buisseret (1918-1971) es una de estas personas. Célibe, amiga de los libros y de la soledad, nos dejó, sin embargo, una obra literaria en la que se combinan seriedad y humor, elegancia en los enunciados y fantasía. Esta obra, aunque modesta, será nuestro sésamo. Nos permitirá conocer mejor a quien se apodaba la “condesa” en los medios de traducción de la capital nacional de Canadá, donde ejerció como traductora. Su producción literaria es poca: dos libros de cuentos para niños y una novela filosófica. A esto se añade su obra maestra: un manual de traducción. Allí la autora revela, entre otros, muchos aspectos de su compleja personalidad y de su inmensa cultura. También descubrimos en este manual las exigencias de rigor que ella se imponía y esperaba de todo futuro traductor deseoso de seguirla por el camino pedregoso del aprendizaje de la traducción. Observando en detalle esta obra didáctica, de gran importancia en la historia de la enseñanza de la traducción en Canadá, podemos descubrir la concepción de la traducción que defendía su autora y apreciar sus cualidades de pedagoga.

* Traducido por Martha Pulido C., profesora de la Universidad de Antioquia.



Irène de Buisseret en 1958.

Paul Horsdal, Ottawa (Ont.), 1958. Universidad de Ottawa, Centro de investigación en civilización canadiense-francesa. Fondo *Livres et auteurs québécois* (C14), Foto 30-B45

Irène de Buisseret nació en Menton, en los Alpes-Marítimos, el 16 de marzo de 1918. De su juventud tenemos poca información. Su madre Lydia Sokol era de origen ruso. Su padre, el conde Conrad de Buisseret Steenbecque de Blarenghien, hacía parte del cuerpo diplomático belga.¹ En 1935 obtuvo

1 Conrad de Buisseret nació en Ixelles (Bélgica), el 14 de marzo de 1865. El 17 de agosto de 1896 se casó con la estadounidense Caroline Sherman Story. De esta unión nacieron 5 hijos. Después de la muerte de su esposa el 30 de diciembre de 1914, se casó el 3 de febrero de 1917 con Lydia Sokol de Petrogrado. Tenía entonces 52 años y se encontraba trabajando en esta ciudad. Trece meses más tarde nació Irène. Durante su carrera, el diplomático cumpliría numerosas misiones: Berlín, 1886; Bucarest, 1890; Belgrado, 1891; Viena y Río de Janeiro, 1892; Washington, 1894; Constantinopla y Viena, 1896; Tánger, 1902; Estados Unidos, 1909; Petrogrado, 1917. En 1921 se jubiló, y murió en Gand (Bélgica) el 3 de febrero de 1927. Irène no cumplía aún nueve años.

un diploma en ciencias, y en 1940, en derecho. Poco tiempo después fue recibida en el colegio de abogados de París. Bajo la ocupación alemana, trabajó en la resistencia en la región de Dijon y transmitía mensajes en las narices del ocupante. Entre 1945 y 1946 laboró como periodista en el Ministerio de la Guerra, asistió a las conferencias de prensa del Quai d’Orsay y a la Conferencia de paz que tuvo lugar en París, del 25 de abril al 12 de junio de 1946.

El periódico parisino *Le Carrefour* le confió la dirección de la crónica de relaciones internacionales, lo que no le impidió escribir artículos en otros periódicos franceses.²

En 1947, por razones que desconocemos, Irène de Buisseret decidió emigrar a Canadá. Desembarcó en Sydney, Nueva Escocia. Pensó que su formación de abogada, su experiencia de periodista y su conocimiento de tres lenguas (francés, inglés, ruso), le permitirían encontrar trabajo sin dificultad. De hecho, sacaría provecho de todos sus conocimientos. Obtuvo la nacionalidad canadiense en enero de 1955. Primero trabajó como institutriz en una escuela secundaria, y terminó su carrera como jefa del Servicio de traducción de la Corte Suprema. Las etapas de su recorrido profesional son las siguientes:

- 1947-1948. Profesora de francés en una escuela secundaria inglesa de Dunham, en los Cantones del Este.
- 1948-1949. Profesora asistente de la Universidad de Alberta (Edmonton), donde enseñó lenguas y literatura francesa y rusa. Daba cursos también en la Escuela de Bellas Artes de Banff.
- 1949-1950. Profesora de ruso en la Aviación real canadiense, en Edmonton y editorialista del periódico *Événement-Journal* de Quebec.
- 1950-1953. Traductora para la Secretaría de Estado, en Ottawa, División de debates parlamentarios.
- 1954-1955. Traductora-redactora en la agencia *Publicité-Service*, en Montreal.

2 Particularmente *France-Illustration*, *France-Intérieur*, *Chronique de France*, *Cahiers du Nouveau-Monde*, *Synthèses*.

- 1955-1957. Traductora-redactora para la importante tienda Ogilvy, en Montreal.
- 1957-1963. Traductora para el ministerio de Relaciones Exteriores y profesora de literatura francesa en la Universidad Carleton, en Ottawa.
- 1963-1969. Revisora en la División de debates parlamentarios.
- 1970-1971. Jefe del Servicio de traducción de la Corte Suprema y profesora de traducción y de composición en la Universidad de Ottawa.

Su pasión por el periodismo y por la escritura la llevaron a colaborar, en la década del cincuenta, en varias revistas y periódicos, tanto de lengua francesa como inglesa, como *La Nouvelle Revue Canadienne*,³ *Canadian Business*, *L'Action nationale*, *Le Droit*, *Le Devoir*. Algunos de estos artículos fueron firmados con el seudónimo Conrad de Buisseret. A partir de 1963, dejó de colaborar con este tipo de periódicos, por una razón que sigue siendo desconocida. ¿Se encontraba quizás acaparada por sus trabajos de escritura y sus nuevas funciones en la División de debates? Esto coincide en todo caso con la publicación de dos obras: un libro para niños (*Kotikoti ou la poule qui voulait devenir artiste* [Kotikoti o la gallina que quería ser artista])⁴ y una

3 *La Nouvelle Revue Canadienne* existió de 1951 a 1956. Fundada y dirigida por el traductor Pierre Daviault, quien, en 1951, fue jefe de la División de debates y que sería nombrado superintendente de la Oficina de traducciones. Esta revista empleaba numerosos traductores bajo el rango de colaboradores. Citemos, entre otros, a Rosette Renshaw (primera mujer autorizada a trabajar en la División de debates), Jacques Gouin, Gérard Morisset, Raymond Robichaud y a Jean-Marc Poliquin. Además, en esta revista Pierre Daviault publicó fragmentos de la nueva versión de su obra terminológica *Traduction*, que se convertiría en 1961 en *Langage et traduction* (Lenguaje y traducción).

4 El Gobierno de Quebec compró esta obra para distribuirla en las escuelas de la provincia. Ya Irène de Buisseret había publicado, en Francia, donde era miembro de la Société des gens de lettres, un libro para niños: *Contes sur la mousse; voyage au pays de la fantaisie* (Cuentos en la espuma; viaje al país de la fantasía) (1945), por el cual recibió el premio Cendrillon en 1946. De la misma vena, la autora dejó también un manuscrito dactilografiado inédito de setenta y siete páginas intitulado "Histoire drôlatique [sic] de France et de Navarre. Entièrement revue et falsifiée à l'usage des écoles buissonnières et des établissements d'amusement supérieurs" (Historia humorística de Francia y de Navarra. Completamente revisada y falsificada para uso de aquellos que no asisten a la escuela y para los establecimientos de diversión superior). Se cree que este texto, ilustrado de fotos y de dibujos, fue escrito alrededor de 1949. Contiene juegos de palabras fáciles, citas literarias deformadas, traducciones fantasistas. He aquí algunos extractos: "Ne se lavant oncques avant leur mariage, les demoiselles hébergeaient moult régiments de puces

novela de la que hablaremos más tarde. En *Kotikoti*, los animales hablan, se emocionan y se atormentan a la manera de los humanos. Una gallina que quiere ser artista, un perro que envidia la prestancia de un león, un violinista y una vaca que danzan la J española hacen un *tour* por Quebec, buscando realizarse. En esta fábula, que nos recuerda *La Fable des abeilles* (La fábula de las abejas) de Bernard de Mandeville, se perfila el sueño de un mundo habitado por el amor y el arte. Encontramos también ecos de *Alicia en el país de las maravillas* con quien Irène de Buisseret comparte el placer de jugar con las palabras. Su gallina inventa palabras que no quieren decir nada, como “hurtelle”, o algunos neologismos: “lumage” (luminaje, plumaje luminoso) y “papillaume” (mariprilla, mariposa amarilla) (Buisseret, 1963a: 14, 15, 16) son algunos de los ejemplos. Se puede pensar que a partir de 1963 Irène de Buisseret comenzó a dedicarse por completo a la traducción y que ya había empezado la elaboración de su manual del traductor.

La humanista

Cuando Irène de Buisseret tomaba la pluma era generalmente para defender de manera feroz los altos valores humanistas. Algunas veces sus artículos eran mordaces. Siempre abordaba los problemas con altura, pero sin altivez, citando los filósofos griegos, el siglo de las luces, tal historiador, tal politólogo, tal humanista. Formada en la cultura humanista, su escritura transporta al lector allí donde nació la reflexión auténtica. Su formación grecolatina —a pesar de que nunca aprendió griego y lo lamenta— transpira en todos sus escritos y las citas latinas de su pluma son de ello una manifestación ostensible.

Irène de Buisseret huía ante el remolino de lo mundano, de las futilidades, de las relaciones sociales por conveniencia y superficiales. Hablaba poco de ella misma, raramente hacía confidencias personales. En una carta dirigida a su ahijado de dieciséis años, escribía: “Conoces mi timidez de célibe, en el fondo sólo me siento cómoda con mis libros, compañeros fieles y discretos;

—ce pourquoi étaient appelés pucelles” (Debido a que nunca se bañaban antes del matrimonio, las damiselas albergaban en ellas todo un regimiento de pulgas —por eso las llamaban *pulgosas* [en realidad *pucelle* significa *virgen*]) (CRCCF, P286/1/9: 14b). Si este manuscrito hubiera llamado la atención de un editor, su propia autora lo habría juzgado severamente, considerándolo como una “obra de juventud”, incluso un “error de juventud”. En todo caso, la obra no habría añadido nada a su reputación.

[...]” (Buisseret, 1958c: 555). Los libros eran sus verdaderos amigos. Citaba a los autores como hablando de amigos íntimos. Todos los grandes autores que habitaban su mundo interior no eran para ella abstracciones; eran sus compañeros de todos los días, sus consejeros, sus confidentes. Además de una inmensa pasión por la lengua francesa, Irène sólo vivía por medio de y para la vida del espíritu. Escribe ella a su ahijado en un texto que parece un testamento espiritual: “Te he mostrado, en estas páginas un poco apasionadas, lo que ha inspirado y animado toda mi vida solitaria, y lo que hubiera querido servir al espíritu y al esplendor que nos es permitido” (Buisseret, 1959b: 223).

La etimología latina de la palabra “esplendor” evoca, a la vez, la luz resplandeciente de la verdad, la belleza de lo que es auténticamente humano, así como la elegancia y la nobleza tanto del espíritu como de los sentimientos. Irène de Buisseret buscaba hacer resplandecer, con todos los fuegos, el espíritu. Es lo que nos revelan los fragmentos autobiográficos de su obra; fragmentos, puesto que nos serán inaccesibles lienzos completos de su vida. A la manera de Charles Gounod, celebraba el “encantamiento de la soledad” (Boschot, 1947: 57).

Buisseret también se entristecía ante la tragedia de la vida, ante el siniestro destino del hombre y ante las ineptias del mundo. Tal es el tema de su novela *L'Homme périphérique* (El Hombre periférico); más que una obra novelesca se trata de una meditación filosófica. Esta obra, que sume al lector en una crisis metafísica, tiene el sentimiento de una tragedia griega. Es, a la vez, reflexión sobre el sentido de la vida y la muerte, y sobre la soledad inexorable del hombre, es una defensa de los seres condenados a la incomprensión mutua y que, sin embargo, son hermanos, y un ataque contra aquellos que ridiculizan los altos valores humanos y contribuyen a la decadencia humana. No sabemos nada, nos encontramos todos en la periferia de las cosas. Nos alimentamos de ilusiones y de mitos. El protagonista con quien la autora se identifica, sabe de su muerte próxima. Su cuerpo se descompone frente a la muerte, medita sobre el sentido de la vida en general, más que sobre el sentido de su vida. Y no tarda en descubrir que la vida es un tejido de mentiras, una sucesión de traiciones.⁵ Los universos

5 En 1951, Irène de Buisseret escribía: “La ignorancia y la estupidez son las condiciones necesarias no solamente de la felicidad, sino de la vida misma. Si los hombres lo supieran todo, no podrían soportar más de una hora la existencia; los sentimientos que nos hacen la vida dulce o tolerable nacen de las mentiras y se alimentan de ilusiones” (1951b: 41).

de cada ser son inconciliables. El ser humano es impenetrable, no llega jamás a comunicarse realmente con sus semejantes. Camus y Sartre no están lejos.

Es irónico que, en su novela, Irène de Buisseret haga de la traducción y de la interpretación, actividades por excelencia de la comunicación, dos metáforas de la imposibilidad de comunicar. El personaje principal se dirige mentalmente a su mujer, Jeanne, confiándole que sería incapaz de describirla a sus amigos, pues para ello se necesitaría “una lengua simbólica, una serie de ideogramas; las palabras corrientes, aun las más densas o las más hábilmente transpuestas, solo podrían dar de ella una lastimosa traducción balbuciente, torpe, llena de errores, contrasentidos y traiciones” (Buisseret, 1963b: 98-99). Luego dice:

[...] es suficiente abrir la boca para reavivar el malentendido y enriquecer el error; pretendemos poder hablar sin intérpretes, teniendo de ellos una gran necesidad tanto como los seres de todos los colores y de todas las índoles, reunidos en conferencias internacionales, y como nosotros, despojados de lengua común (p. 110).

En la obra *L’Homme périphérique*, Irène se representa en un monje que busca en el desierto los cimientos del humanismo. La dedicatoria nos ilustra sobre las intenciones de la autora: “A Rodolphe Denoncourt,⁶ amigo modesto y admirable que practica bellamente el humanismo, dedico esta defensa por el hombre”. Refugiada en su soledad inexorable bajo un cielo vacío, Irène de Buisseret no huía de los hombres porque no los amara. Se aislaba porque los amaba demasiado, porque tenía miedo de decepcionarse.

***Guide du traducteur* (Guía del traductor)**

En 1950, Irène de Buisseret reorientó su carrera hacia la traducción. Más exactamente la traducción la escogió a ella, como lo diría veinte años más tarde. Así respondió a una periodista de Radio-Canadá que, durante una entrevista, le preguntó por qué había escogido la carrera de traductora:

Sabe usted, en la vida no hay ninguna elección verdaderamente libre, el libre arbitrio está bien para los tratados de teología, pero, ¿existe completamente en la vida? Esta elección en primer lugar la hice porque amo la lengua en todos

6 Irène de Buisseret también había dedicado “afectuosamente” a Rodolphe Denoncourt su libro de cuentos para niños *Kotikoti*. No sabemos quien fue este amigo querido y gran humanista.

sus aspectos; pude haberme orientado hacia la enseñanza, y dedicarme a la enseñanza de lenguas, lo que además he hecho provisional y accidentalmente, así como Aramis fue mosquetero provisionalmente. Lo que quiero decir más precisamente, es que esta elección fue influenciada en parte por las circunstancias. Cuando enseñaba lenguas, un día recibí una carta –estaba en Edmonton en ese momento en la Universidad, como profesora asistente–. Allí recibí una carta, cuyo autor desconozco, pues era una carta circular enviada de Ottawa a Edmonton, diciéndome: “El Gobierno canadiense necesita traductores; ¿le interesaría?” [...] Supuse que sería del inglés hacia el francés. No me equivoqué. Abandoné Edmonton. No fue un capricho: la carta llegó en el momento preciso. Había pasado dos años en el occidente de Canadá, un lugar admirable; pero como europea que soy y era, como animal viejo de países de clima moderado, el clima del occidente literalmente me mataba. Y los inviernos y los veranos, ya usted sabe (Centre de recherche en civilisation canadienne-française –CRCCF–, película S63/1/1,2. Transcripción).

Así nacen ciertos traductores: por accidente. Su decisión fue seria, pues Irène de Buisseret demostraría una verdadera pasión amorosa por su oficio, que desempeñó con excelencia. Hemos visto que desde su llegada al suelo canadiense se orientó hacia la enseñanza. Nunca perdería contacto con el mundo universitario. Traductora en Ottawa en 1963, también enseñaba literatura francesa en la Universidad Carleton. El superintendente adjunto de la Oficina de traducciones, Marcel Lacoursière, le solicitó impartir cursos de traducción en la Universidad de Ottawa en el programa de Maestría en Lingüística aplicada (opción traducción) en el nuevo Departamento de lingüística y lenguas modernas creado en 1968, lo que aceptó. La profesora fascinaba a su auditorio por su extensa cultura, su competencia en lenguas y su talento de traductora. El director del Departamento, Louis Kelly, le propuso dirigir trabajos de maestría y la invitó a hacer parte del cuerpo profesoral de la Escuela de traducción, cuya creación estaba prevista para el 1.º de julio de 1971 (Delisle, 1981: 7-19).

Como era de esperar, las exigencias de Buisseret en materia de pedagogía y de lengua eran de igual altura a sus requerimientos frente al ser humano en general. En un artículo consagrado a la educación y a la cultura, sustentado con autores como Jenofonte, Heráclito, Keyserling, Platón, Nietzsche, Goethe y Sócrates, nos dice quiénes son a sus ojos verdaderos maestros:

Los educadores no deben limitarse a ser especialistas, sino eminentes en su disciplina. Para ser dignos de preparar la juventud a la vida deben convertirse en humanistas, inspiradores, fecundadores, seres verdaderamente cultivados. Vivimos hoy en la que Keyserling llama “la era del chofer”, es decir, la era del técnico. La única posibilidad de salvación, si no para nosotros, por lo menos para las generaciones que vienen, es confiar los jóvenes a educadores no especializados, no “parcelarios”, sino a “generalistas”, a nuevos humanistas (Buisseret, 1958b: 14).

Da el ejemplo de un historiador:

[...] un historiador que solamente conozca y enseñe Historia será un mal historiador; es preciso que aborde también la sociología, la antropología, la economía, la política, la filosofía... ¿Qué valdría un matemático que no fuera un poco poeta? Y será un gramático mediocre aquél que no sienta que una gramática debe despertar en los estudiantes la curiosidad, el interés, el amor por la lengua, la literatura y la cultura inherentes a esta gramática (p. 14).

Irène de Buisseret aplicó esta concepción exigente de la enseñanza a un manual destinado a futuros traductores, en donde plasmó su experiencia en enseñanza, en traducción y en revisión. Recordemos que, en 1954, Buisseret había dejado Ottawa para irse a Montreal, donde trabajó como traductora y traductora-redactora en compañías privadas. En 1957 regresó a Ottawa, para quedarse allí. Durante sus años de práctica de traducción consignó mil y una observaciones sobre la lengua y la traducción, a las cuales integró innumerables citas tomadas al azar de sus lecturas. Pues era una lectora impenitente. Escribiendo este manual, la traductora se sentía animada por su deseo de servir. El exergo que coloca al comienzo de su manuscrito no deja ninguna duda al respecto:

Si, después de haber leído, exclamamos “¡Cuántos errores!”, simplemente respondería: “¡Desafortunadamente!”

Si afirmamos: “¡Qué ignorancia!”, confesaré que la experimento cada día que pasa de manera más dolorosa.

Si exclamamos: “¡Qué petulancia!”, diré que es la debilidad de los jóvenes y que en lo sucesivo me es prohibida.

La única idea que verdaderamente me afligiría sería que se dudara del deseo irresistible del cual nació este libro: el de servir.

La idea de publicar un manual sobre el arte de traducir llegaba en el momento preciso. En un país oficialmente bilingüe, donde la traducción es una necesidad cotidiana, es sorprendente que tan pocas obras se hayan

dedicado así a la enseñanza de este difícil arte. Solo se puede citar la obra de Jean-Paul Vinay y Jean Darbelnet, *Stylistique comparée du français et de l'anglais* (Estilística comparada del francés y del inglés) publicada en 1958, obra escrita desde una perspectiva a la vez lingüística y teórica, llena de ejemplos concretos. Se estaba necesitando un manual esencialmente práctico que fuera obra no de un lingüista o de un anglicista, sino de un experto en traducción.⁷ La concepción de un manual es uno de los raros medios por los que un traductor puede transmitir a los aprendices-traductores su experiencia profesional. La revisión de textos es otro medio más utilizado.

En tanto que buena pedagoga, Irène de Buisseret empezó por definir su público. Al comienzo de su manuscrito se muestra explícita a este respecto:

Escrita a la intención de traductores canadienses al servicio del Estado, de los gobiernos de provincia, de organismos administrativos y de instituciones internacionales, esta guía podrá sin duda también ser de alguna manera útil a los estudiantes, a los profesores y a todos los enamorados de la lengua. De modo distante, se dirige a traductores técnicos y literarios; saludamos estos primos con respeto amistoso.

Solamente tratará la traducción inglés-francés. El manuscrito original, conservado en el Centro de investigación en civilización canadiense-francesa, de la Universidad de Ottawa (CRCCF, P286/1/2), está mecanografiado en hojas de variados colores. Está ilustrado con caricaturas, tiras cómicas, dibujos humorísticos, recortes de periódicos, fotos, imágenes extraídas de catálogos. Una parte de estos *collages* y de estos dibujos es obra de su amiga Phyllis Margaret Foot. Encontramos también caligramas que recuerdan a los de Guillaume Apollinaire, en particular una página consagrada a las “frases-espaguete”. Inscritas sobre pedazos de papel, las frases están pegadas de un lado a otro en zigzag, recordando un plato de espaguetis. Es claro que Irène de Buisseret preparaba un libro dinámico, ilustrado y divertido, pero con contenidos pertinentes. Hacer cosas serias sin tomarlo seriamente describiría en buena medida el espíritu que animó a la autora durante el transcurso de la redacción de esta obra.

7 En Francia, el ingeniero y traductor de textos científico-técnicos Jean Maillot había publicado *La Traduction scientifique et technique* (1969). Sin ser un manual en el sentido propio del término, esta obra consignaba la experiencia del traductor de oficio y era útil en la enseñanza.

El manual-metáfora

En la década del sesenta, los pedagogos de la traducción no disponen todavía de un metalenguaje particular para enseñar los rudimentos del arte de traducir. La terminología de la *Stylistique comparée du français et de l'anglais* es útil, pero todavía no se conoce lo suficiente para describir las equivalencias estáticas en el nivel de la lengua, y difícilmente permite dar cuenta del dinamismo del proceso de traducción y de los aspectos propiamente discursivos de los textos a traducir.⁸ Al no tener a su disposición un vocabulario específico para describir los fenómenos de la traducción, Irène de Buisseret estructura su manual como un tratado médico. En la primera parte diagnostica el “Mal”: “1. Hidropesía verbal”; “2. Cacofonía crónica”; “3 Afecciones secundarias”. Entre estas afecciones ella clasifica la “concretitis”, la “distorsionitis”, la “hipotesomanía”, la “culturitis”,⁹ la “hipo-atención” y la “incomprensionitis”.

Así, un traductor sufre de hidropesía verbal si su frase es “inflada, fofa, ampulosa, llena de ruidos, de flatulencias y de chapoteos verbales” (Buisseret, 1975: 2). La autora cultiva las metáforas y busca crear imágenes impactantes. “Una idea simple, una imagen fuerte, actúan durante largo tiempo sobre el espíritu” (Buisseret, 1959c: 12), pensaba ella como el historiador francés Jacques Bainville. “Palabra-elefante” es un ejemplo. Estigmatizaba a los traductores verborrécicos, calificando su estilo de “exagerado”, de “ventripotente”. Decía de ellos que

[...] chapucean de dicha en la marea de pleonasmos, en la cascada de tautologías, en el océano de interminables exageraciones. Estornudan en el recipiente flatulento de los epítetos regordetes, de los adverbios redundantes, de las conjunciones parásitas; se refrescan bajo el chaparrón, bajo el diluvio de los cuales y de los que [...] (Buisseret, 1975: 4-5).

-
- 8 Nos gustaría pensar que esta laguna ha sido en parte subsanada con la publicación de *Terminologie de la traduction / Translation terminology / Terminología de la traducción / Terminologie der Übersetzung*, obra publicada bajo la codirección de Jean Delisle, Hannelore Lee-Jahnke y Monique C. Cormier (1999). Esta obra propone cerca de doscientos términos útiles para la enseñanza práctica de la traducción.
- 9 Los dos elementos de este síndrome son el “*complejo de maestro de escuela*, que tiene que ver no solamente con traducir un texto, sino también con corregirlo, y la *mirandolitis* o fiebre de Pic de la Mirandole, que tiene que ver con embellecerlo” (Buisseret, 1975: 108). Por razones de orden práctico citamos la edición definitiva de 1975 del manual, reeditado bajo el título *Deux langues, six idiomes* (Dos lenguas, seis idiomas), y no el manuscrito original conservado en la Universidad de Ottawa.

Si este estilo lleno de imágenes, este vocabulario metafórico está despojado de todo valor científico, manifiesta, sin embargo, la ventaja de ser claro y pedagógicamente eficaz. Es lo propio de toda metáfora facilitar la comprensión, presentando una noción abstracta por medio de palabras concretas. La metáfora en sí tiene un valor didáctico. No hay que olvidar que la autora es escritora y que la lengua literaria es su reino.

Después de examinar detalladamente los males padecidos por el traductor y por la lengua, la pedagoga-terapeuta analiza, en la segunda parte de su tratado, las causas del mal y prescribe los remedios. Las causas ahora son la “incomprensionitis”, cuyo remedio es la “inmersión”. “Es necesario lanzarse felizmente y con osadía en el océano lingüístico anglosajón, y dar vueltas allí, jugar, descender a sus profundidades; es preciso que nos dejemos rodear, besar, abrazar, penetrar” (p. 144). La inmersión es para ella el “remedio soberano: la inmersión, más inmersión, todavía más inmersión, tanto para encontrarnos en las jergas, como para poseer los otros aspectos de nuestro oficio” (p. 251). Otro remedio prescrito: conocer bien el francés y, sobre todo, el uso, “el más terrible y el más tirano de los maestros” (p. 20), “este árbitro de las elegancias y de la corrección” (p. 37). “En una palabra como en cien: todo está en *el uso*. *El uso*, he ahí la gran palabra y el verdadero maestro” (p. 38).

El manual de Irène de Buisseret comienza con una vibrante defensa de la economía, de la concisión, de la elipse. Esto no es casual. Desde las primeras páginas, la autora enuncia la “ley Buisseret”: “Mientras menos francés conozca el traductor, más prolija será su traducción” (p. 9). Al destinar su manual a traductores de textos pragmáticos más que a traductores literarios, hace de esta ley el fundamento sobre el cual reposa toda pedagogía. Con numerosos ejemplos recogidos de su práctica cotidiana de la traducción y de la revisión, ilustra de manera brillante el manual:

Si un traductor escribe “el conjunto de elementos que constituyen su situación actual”, es porque no conoce o ha olvidado la palabra “la coyuntura” (p. 9).

Mention was made of an estimated cost in respect of these programs of 900 million dollars (Se hizo mención de un costo estimado referente a estos programas de 900 millones de dólares).

On a fait mention d'une somme estimative de 900 millions à l'égard de ces programmes (Se hizo mención de una suma aproximada de 900 millones con relación a estos programas).

On a parlé de 900 millions pour ces programmes (Se habló de 900 millones para estos programas) (p. 11).

The accused who is in custody (El acusado que está bajo custodia).

L'accusé qui est en état de détention (El acusado que se encuentra en estado de detención).

⇒ *Le détenu* (El detenido) (p. 11).

Irène de Buisseret comparte con el autor traductor Pierre Baillargeon ese gusto por la concisión puesto al servicio de la claridad de la expresión.

Otra gran ley se deriva en corolario de la “ley Buisseret”: “Nunca conoceremos verdaderamente el francés si solamente conocemos el francés”¹⁰ (p. 371). Para el traductor canadiense, esto exige que conozca el inglés estadounidense, el británico y el canadiense. El conocimiento de las variedades de la lengua inglesa pasa por el conocimiento de todas sus jergas y de los neologismos que proliferan como champiñones. Una centena de páginas del manual están consagradas a diversas jergas (administrativa, atómica, militar, McLuhanista, científica) y a diversos dialectos (ameriyidish, hippie, Nueva Izquierda, negro, psicodélico). “Para traducir bien, es necesario saber jergonear” (p. 177), afirmaba la autora.

A estas dos leyes explícitamente formuladas, podemos añadir una tercera, que resulta implícitamente de cada página de la obra y que podríamos formular así: “El traductor no podrá realizar su oficio de manera conveniente si no está armado de una cultura vasta”. Toda la realidad humana que la autora quiso incluir en su manual, es un verdadero espíritu enciclopédico. Los clichés tomados de la Biblia, de Shakespeare y de obras diversas se encuentran allí al lado del vocabulario de la pornografía. Lectora bulímica, Irène de Buisseret alardeaba también de leer *Playboy* y otras revistas escabrosas (Wesemaël, 1974: 106).

En suma, Irène de Buisseret, erudita, curiosa intelectual de todo, compuso su manual a su imagen y semejanza, ella está allí presente en cada página. ¿Es preciso sorprenderse de que haya pretendido llegar muy alto –es una característica de su personalidad– al exigir del traductor nada menos que la omnisciencia y la perfección? Si triunfa sobre la incomprensionitis,

10 Al enunciar esta ley, Irène de Buisseret retomaba la opinión de Goethe: “*Wer fremde Sprachen nicht kennt, weiss nichts von seiner eigenen*” (Aquellos que no conocen lenguas extranjeras no saben nada de sus lenguas maternas).

“el héroe utópico ideal, el ‘perfecto traductor’” (Buisseret, 1975: 120) estará comprometido en la vía del éxito profesional. Como el violín, la traducción no soporta la mediocridad. Irène de Buisseret estaba convencida de ello. Su manual es mucho más que una simple obra teórico-práctica, más que una simple colección de consejos y sugerencias relacionadas con el oficio. Conforme a la concepción que tenía la autora de lo que era un buen manual, este texto abre el espíritu y contiene tesoros del conocimiento. Es un cofre de cultura. Buisseret misma lo dice:

[...] un manual escolar que no es “funcional” no nos puede satisfacer. Si no cumple su función teórica no cumple nada. Es como si los vestidos solo cumplieran la función de cubrirnos o la comida solo la función de alimentarnos [...] Solo dominando y expandiendo el tema que enseñamos, podemos lograr que las almas jóvenes, las inteligencias jóvenes y los corazones jóvenes, lo acepten y lo absorban (1958b: 14).

Para ella, todo instrumento didáctico en manos de un educador debe servir para despertar el humanismo.

En su obra, la autora da al traductor una lección sin denigrarlo, llevándolo a comprender, de manera elegante, que también ella tuvo grandes dificultades para aprender su oficio. Nunca se presenta como censora o “policía de la lengua”, aun si su punto de vista es normativo. Pedagoga excepcional, castiga la lengua más que a sus usuarios, contrario a lo que hacen los puristas. Nunca se muestra pedante ni pretende detentar todas las verdades sobre la materia. Se dedica a compartir sus descubrimientos, que presenta como tesoros para admirar y conservar.

Sería exagerado decir que su manual tiene las cualidades de una obra literaria, pero sí podemos afirmar que tiene tono. A su manera, es una especie de himno a la claridad de expresión y a la lengua francesa vista como “obra de arte y creadora de belleza” (Buisseret, 1959b: 212-223). Este tono, completado por el humor y el buen gusto, es el de la sorpresa ante la belleza de la lengua y sus inagotables recursos. Para Irène de Buisseret, una lengua es infinitamente más que un simple instrumento de expresión y de comunicación. La traductora afirma, de modo contundente, que el criterio pragmático, utilitario, no puede ser lo único que defina a una lengua. Para ella, las palabras están personificadas; las trata como a seres humanos. Lo que ella llevaría a una isla desierta sería un diccionario. ¿Por qué? Por que un diccionario “enseña el sentido, las sutilezas, los giros, la evolución de

las palabras, las raíces verbales y semánticas” (Buisseret, 1958a: 483-484). Los neologismos de mala factura son “claudicantes, deformes, detestables” (Buisseret, 1958d: 115). “Encontramos personas que se apasionan por la ciencia genealógica [...]; ¿porqué las palabras serían menos interesantes que los hombres siendo los hombres quienes las viven?” (p. 112). Las palabras nos sirven también para forjar nuestra personalidad y nuestra visión del mundo.

Situándose en el lugar del traductor y del redactor, Irène de Buisseret invierte el apotema de Boileau “Lo que se concibe bien se enuncia claramente” y afirma que “lo que se enuncia claramente con las palabras precisas se concibe bien. Las palabras son instrumentos sensibles, poderosos y delicados que nos sirven para construir nuestra personalidad, nuestra concepción del mundo [...]” (Buisseret, 1958a: 478). Una persona que tiene un vocabulario rudimentario, pensaba ella, puede tener una personalidad y un razonamiento también rudimentarios. Hostil a toda forma de lengua híbrida, estafalaria o pretenciosa, ve en la claridad una fuente de belleza, así como puede ser la invención artística. Apropiándose de la opinión de Alfred de Musset “La Belleza sobre la tierra es la cosa suprema. Para mostrárnosla se hizo la claridad”, Irène de Buisseret práctica una forma de estética y de claridad lingüística.

Después de ayudar a hacer nacer las ideas, el hombre y el mundo, una lengua empleada con amor y discernimiento crea la Belleza, sin lo cual el pensamiento permanecería estéril en un mundo desolado, habitado por robots pensantes, pero sin alma (Buisseret, 1959b: 213).

La belleza de la lengua procura un suplemento del alma. Escribe: la lengua “es a la vez medio de expresión, origen del pensamiento vital, y hermana de Belleza” (p. 221). Irène de Buisseret ama su lengua, la reverencia como un amante a su bienamada. Entendemos su debilidad por todo aquello que se llame máximas, aforismos, dichos, inscripciones lapidarias, fórmulas incisivas que iluminan el espíritu como la yesca. La elipse es su firma. Y qué decir de su estilo. Es “la recompensa suprema otorgada por la diosa del lenguaje a sus servidores convertidos en sus amantes” (Buisseret, 1958a: 485). En su manual, Irène de Buisseret revela su personalidad, su cultura, sus exigencias de rigor, su concepción de la lengua y de la educación, así como sus expectativas con relación a los traductores y a los profesores. Su manual es de hecho una metáfora de todo su ser.

Y sucedió lo impensable...

En 1970, las cosas iban bien para Irène de Buisseret. La solitaria de la calle Cooper –vivía en el número 335 de esta calle– había terminado su manual y lo había sometido a un editor de Montreal. Los cursos de lengua y de composición francesa que impartía desde 1969 en la Universidad de Ottawa eran bastante apreciados por los estudiantes. Se le invitó a hacer parte del cuerpo profesoral de la Escuela de traducción que esta Universidad estaba próxima a fundar. En la Secretaría de Estado subió otro escalón, al ser promovida jefe del Servicio de traducción de la Corte Suprema. Su desempeño llamó la atención de los medios. En octubre, France l'Abbé la entrevistó para la emisión *Femmes d'aujourd'hui* (Mujeres de hoy) de Radio-Canadá. La periodista quería saber, entre otros aspectos, por qué era necesario publicar un manual destinado específicamente a los traductores canadienses. La entrevistada respondió:

Creo que si viviera en Francia, Inglaterra o Alemania, hubiera escrito un manual para los habitantes de estos países. Pues en nuestro medio canadiense-francés, como en todos los medios, existen ciertas distorsiones, deformaciones, debilidades, enfermedades, si se quiere, que son propias de nuestro contexto. Y luego de casi veinticinco años de oficio, he constatado que estas desviaciones de la lengua y del oficio son siempre las mismas. No es porque fulanita cometerá tal o cual error o porque fulanita cometerá tal otro; no fue esto lo que me llevó a escribir este libro. Es porque se trata de los mismos errores cometidos por todo el mundo, bien sean los regionalismos abusivos, o los arcaísmos invasores, o los falsos amigos persistentes, son siempre los mismos que asoman la cabeza. [...] Como observadora del exterior [...], esto me ha permitido ver ciertas debilidades que, sabe usted, no habría visto en estos veinticinco años si no hubiera tomado nota inmediatamente. Ahora, un poco entre los dos lados, pienso que gracias al lápiz y a las notas que tomé, tengo ahora la suficiente distancia y objetividad para ver precisamente los problemas propios de nuestro medio (CRCCF, película S63/1/1,2. Transcripción).

Su manual no es ni más ni menos que el fruto de observaciones minuciosamente consignadas de errores recurrentes propios al contexto canadiense. Estas observaciones están hechas por una persona de origen extranjero que constata las diferencias con relación a otro medio sociolingüístico, por ejemplo, Francia.¹¹

11 La *Stylistique comparée du français et de l'anglais* de Jean-Paul Vinay y Jean Darbelnet, todos dos también de origen francés, nació en circunstancias similares, afirmado por los autores mismos (Vinay y Darbelnet, 1958: 17-22).

En febrero de 1971, el servicio de traducción que dirigía Irène de Buisseret, y que se encontraba en el edificio Vanguard de la calle Slater, publicaba el primer número de un boletín interno bautizado *La Balance et la Plume* (La Balanza y la Pluma). Preparado por el equipo de la Corte Suprema, estaba “dedicado a los juristas que escriben el derecho y a los traductores que pesan los términos — así como a todos aquellos que aman las leyes precisas y las palabras precisas”. El diseño de una balanza y de una pluma acompañaba esta dedicatoria inscrita a mano sobre la cubierta del boletín artesanal fotocopiado. En este primer número, Irène de Buisseret reprodujo un capítulo de su manual todavía inédito: “La hidropesía verbal”.

Luego, llegó el día fatídico del 28 de abril de 1971: este miércoles sombrío y lluvioso, Irène de Buisseret se suicidó.

¿Extenuada por el régimen de prisionera que se impuso? ¿Deprimida? ¿Desengañada de la vida? Puso fin a sus días lanzándose a las aguas heladas y negras del canal Rideau, en Ottawa. Acababa de cumplir cincuenta y tres años. La noticia provocó consternación entre los traductores de la capital. Se preguntaban qué llevó a esta gran Dama de la traducción a realizar ese gesto irremediable. La traductora se llevó con ella el secreto de esta acción.¹² Respondió seguramente al llamado de su trágico destino: “Todo hombre camina en la noche hacia su luz” (Victor Hugo).

Al leer su obra, es sorprendente encontrar el tema recurrente de la muerte y el suicidio. Interponiendo a sus personajes y por medio de reflexiones de orden filosófico, Irène de Buisseret llega a hablar de sí misma, a confesar, aunque con parsimonia, algunos aspectos personales. Ya en 1958 –contaba entonces cuarenta años– escribió a su ahijado de dieciséis años estas líneas que, podemos ver ahora, tenían carácter premonitorio: “Te envidio, Michel. Mientras yo me inclino hacia las sombras y siento por momentos a mi alrededor el aliento helado del viento que barre los campos elíseos, tu estás en el umbral de la vida [...]” (Buisseret, 1958c: 556). En el mismo año, escribía: “Pero casi al final de una existencia larga y estudiosa, he sentido temor por todo aquello que ignoro, por el número infinito de palabras que todavía desconozco, o que conozco mal” (Buisseret, 1958d: 110). ¿Sentía ella angustia frente a la muerte? ¿Apenas comenzando la edad

12 Se decía en la época que había dejado una carta-testamento en un banco público al borde del canal, pero nuestra búsqueda en los archivos jurídicos a este respecto han resultado vanas.

madura sentía ya deseos de poner fin a sus días? Se puede creer. Otros signos vienen a sustentar esta hipótesis.

Irène de Buisseret compuso la letra de una decena de canciones cuya música fue escrita por Phyllis M. Foot, canciones de temas míticos y agrupadas en un libreto intítulado *Perséphone*.¹³ La compositora pone en boca de jóvenes escolares de diez años reflexiones graves que no son efectivamente de su edad y que parecen más bien traducir sus propios conflictos interiores. Deméter clama su desespero:

Oh, Noche sombría, noche de bronce, noche solitaria, envuélveme en los velos negros de tu desespero. Atada al Cáucaso de mi sufrimiento sin ninguna esperanza, devorada por una aflicción que se alimenta de mi mal y que renace eternamente, grito hacia un cielo tan sordo (CRCCF, P286/1/13: 10-11).

Los muertos en los infiernos cantan: “No hay para nosotros ni ayer ni mañana” (p. 18). Los jóvenes estudiantes anglófonos seguramente no comprendían nada de este drama mítico sobre los tormentos de los muertos caídos en desespero.

En particular, en su novela *L'Homme périphérique*, Irène de Buisseret revela explícitamente su mal de vivir y sus inquietudes existenciales. Como toda primera novela, esta presenta muchos elementos autobiográficos. El protagonista sufre de una pena de amor; aquella que lo amaba lo ha abandonado. Tiene cuarenta y tres años (la edad de Irène de Buisseret en el momento de la escritura de la novela). Sus abuelos son eslavos. No conoció a su padre y no tiene hijos. Fue a la escuela a Menton, donde su abuela ortodoxa lo llevaría a la iglesia rusa. Titular de un diploma en Derecho, había practicado el periodismo (economía y política). Él va a morir pronto: “En seis meses, sin duda, si le creo a mi médico. ¡Bueno! ¿Y después? Estamos todos condenados, ¿no es verdad?” (Buisseret, 1963b: 15). Ve pasar su vida como el personaje Claude Perrin de Pierre Baillargeon, cuya novela, como la de Irène de Buisseret, está escrita en primera persona (Baillargeon, 1945). No creyente (“alejé desde temprana edad a Dios de mi vida”, p. 88), no busca “forjarse en esta vida un sustituto de inmortalidad” (p. 16). El hombre periférico, cuya circunferencia está en todas partes y en ninguna, busca la perfección (p. 20), sobre todo en la perfección verbal. Hace “una

13 Perséfone es una joven divinidad griega, hija de Zeus y de Deméter. Es la reina de los Infiernos, como para los romanos lo es Proserpina, hija de Júpiter y de Ceres.

evaluación [de su] existencia en vía de liquidación” (p. 20). Su único deseo consiste en “morir siendo aceptado y comprendido” (p. 19). Durante la guerra, militó en la Resistencia, lo que le permitió adquirir un conocimiento íntimo del miedo. Habla de su “fin próximo” (p. 23) y espera la “última alba” (p. 24), consciente de la fuga inexorable del tiempo, que “no se escapa a nuestro lado sino en nosotros, sin que hayamos hecho nada ni nos hayamos convertido en nadie” (p. 28). “Me pregunto si no permaneceré también en los perímetros de la muerte, incapaz de realizar mi propio aniquilamiento, llegado el momento” (p. 33). “Pero, ¿cómo podré hacer una obra útil, si ya me encuentro rodando, títere desarticulado, por la cuesta helada?” (p. 41). “Entonces pensé en el suicidio” (p. 45). “[...] la muerte es amable [...]” (p. 47). “Cuento mis últimos instantes” (p. 52) para terminar de una vez por todas con la vida y el sentimiento de ser un frustrado tanto en el plan profesional como en el plan moral.

¿Cómo no ver en esta insistencia sobre la muerte y el suicidio signos precursores del triste destino de Irène de Buisseret? Su alma respira a través de esta novela. Un lector atento hubiera percibido entre las líneas de la novela su desconcierto interior y sus dificultades existenciales. También los planes oscuros que ella preparaba para poner fin a su sufrimiento. Jean Éthier-Blais vio esto de manera muy clara: “Basta haber leído *L’Homme périphérique* para darse cuenta de que Irène de Buisseret exigía demasiado de su propia vida”.¹⁴ He ahí todo el drama personal de la traductora. Para escapar al sufrimiento de la vida y a la idea de la muerte que la atormentaba continuamente,¹⁵ Irène de Buisseret tuvo a su lado la escritura y todas las formas de la vida espiritual. Escribía Madame de Staël: “Los goces del espíritu sirven para calmar las tormentas del corazón” (citada por Bredin, 1999: 370). Pero sus demonios interiores terminaron doblegándola y sellaron su destino. Sus cenizas fueron inhumadas en el cementerio de la iglesia de Great Barton, en el condado de Suffolk, en Inglaterra, en donde con Phyllis M. Foot tenía la intención de retirarse a vivir sus últimos días.

14 Carta de Jean Éthier-Blais (Montreal, 6 de marzo de 1973) a Andrée Roméro (Ottawa), CRCCF, Fonds Andrée-Beausoleil-Roméro, P214/1/1.

15 En *L’Homme périphérique*, hace decir a su personaje principal, su doble hasta cierto punto: “Me pregunto si no he estado enredado, durante mucho tiempo, en mi sentido del drama, en el sentimiento agudo de la tragedia humana” (Buisseret, 1963b: 93-94).

Al desaparecer la autora, la Asociación de Traductores e Intérpretes de Ontario (ATIO), a la que pertenecía Irène de Buisseret, quiso perpetuar su memoria transformando en libro su manuscrito de seiscientas páginas.¹⁶ El editor de Montreal, a quien la traductora había sometido su texto, se vio obligado a abandonar el proyecto por falta de financiación. Tocó a la puerta de por lo menos otros tres editores, sin ningún éxito. La presentación poco “ortodoxa” del material los desanimaba, y el gran número de ilustraciones aumentaba considerablemente el costo de producción de la obra. Los editores proponían publicar una parte, solución que se juzgaba inaceptable. A pesar de su poca experiencia en edición, la ATIO se responsabilizó del proyecto de publicación e intentó financiarlo por medio de suscripciones. A esta Asociación debemos en gran medida el hecho de haber salvado la obra del naufragio. Sin su obstinación y la dedicación constante de su equipo de colaboradores benévolos,¹⁷ este manual no habría sido publicado. Se lanzó la invitación a suscribirse. Aparecieron comunicados en los boletines de las asociaciones de traductores y en publicaciones periódicas. El 18 de septiembre de 1972, Andrée Roméro anunció con orgullo los resultados de la suscripción: suma recogida: 2.525 dólares canadienses; número de suscriptores: 185; fecha prevista de publicación: 15 de noviembre. De hecho, la obra solo aparecería en marzo de 1973. La paciencia de los suscriptores estaba llegando al límite...

Desde su publicación, el manual fue objeto de una cascada de elogios ditirámicos, a pesar de su presentación material, que dejaba mucho que desear.¹⁸ El poeta e intérprete Ronald Després había dado el tono en el “Prefacio”:

16 Irène de Buisseret había designado a Phyllis Margaret Foot como legataria testamentaria de los derechos de su manual, con el fin de confirmar una amistad de veinticinco años. La señorita Foot vivía en Bury St. Edmunds, en el condado de West Suffolk (Inglaterra). Esta, a su vez, había nombrado a Andrée Roméro, guardiana en derecho del manuscrito.

17 Ronald Després, Hélène Déziel, Denys Goulet y Michèle Mackinnon.

18 El texto fue fotocopiado y diagramado de manera muy artesanal: no llevaba cursivas, ni homogenización de fuente ni justificación; las ilustraciones eran irregulares, hechas a mano, muchos de los subrayados eran poco estéticos, etc. No estábamos todavía en la época del *software*, del tratamiento de texto, ni de la edición digital... La fotografía de la autora, reproducida en la parte posterior de la obra, parece una foto de pasaporte y presenta una Irène de Buisseret de sonrisa triste y austera. La impresión de trescientos cincuenta ejemplares reservados a los suscriptores de esta edición no comercial fue confiada a la firma Campbell's Reproduction de Ottawa.

En el desierto de las más áridas reglas de gramática, [Irène de Buisseret] hace surgir ocurrencias, notas de erotismo. Las leyes de la semántica y del humor son conjugadas de manera tan sutil que uno se deja llevar, imperceptiblemente, por las dos fuerzas. Su lápiz rojo evita que en el trabajo de edición se vean las repeticiones inútiles, las rugosidades de estilo, los desarrollos ociosos, y son muy suyos, de este verbomotor jovial e insaciable (1972: ix).

En este desbordamiento verbal, cada uno utilizaba un adjetivo más fuerte para describir el manual. Los críticos vieron en él un “curso más que una guía”, la “biblia del traductor”, una “obra maestra”, una “obra magistral y monumental”, un “libro de cabecera para todo canadiense”, una “obra póstuma capitalísima”, un “conjunto magistral de preceptos”, una “suma”, un “magnus opus” que encierra “páginas luminosas sobre la traducción”... Este estilo hiperbólico, sin duda, da cuenta de las cualidades inherentes a la obra de Irène de Buisseret y de la admiración que despertaba su trabajo admirable, pero también se explica por el hecho de que, en la época, era urgente producir manuales destinados a la formación de traductores profesionales. La obra de Buisseret, *Guide du traducteur*, llegaba en el momento preciso y fue recibida como una especie de tabla de salvación. En efecto, en Ottawa, Montreal, Trois-Rivières, Quebec, Moncton, las primeras escuelas de traducción acababan de abrirse. En 1969, los legisladores de dos provincias (Quebec y Nuevo-Brunswick) y los del Parlamento canadiense habían adoptado leyes de carácter lingüístico cuyas incidencias sobre la traducción no dejaban ninguna duda (Delisle, 1987: 27-29; 81 y sig.). La profesión estaba a punto de conocer una efervescencia sin precedentes en la historia del país; esto propulsaba de manera sorpresiva el aspecto formativo como preocupación primera de los traductores.

En su “Prefacio”, Després lamenta que el manuscrito original hubiera tenido que ser amputado de sus dibujos y caricaturas.

Hacia falta el picante de la obra. [...] hacía falta el genio de Irène de Buisseret para hacer resplandecer imágenes que no tienen nada de piadosas, el arte “monacal” de la traducción. Se necesitará la generosidad de un mecenas [...] para integrar, a una edición posterior, estos dibujos llenos de sabor (1972: ix).

Además, la obra de Buisseret, *Guide du traducteur*, no solamente había sido publicada con el mínimo de recursos, sino que al estar reservada a los suscriptores, no podía tener gran difusión. Estaba medio-publicada. Era necesario seguir a toda costa este trabajo y poner en el comercio una

edición digna del contenido, digna de su autora, digna de la ATIO, digna de la profesión.

La edición definitiva

Dos miembros de la ATIO, el presidente Fred Graus y Jacques Itié, asumieron la responsabilidad asignada a Andrée Roméro y contactaron editores con el fin de explorar las posibilidades de una reedición. Una colega de Irène de Buisseret, Adelina Moravia, logró persuadir a un editor de la capital, Jeremiah L. Green, de la pertinencia y de la rentabilidad del proyecto. Gracias al boletín *InformATIO*, los miembros de esta asociación eran puestos al corriente periódicamente del proceso de publicación. A Denys Goulet, traductor emérito y miembro de honor de la Asociación, se confió la tarea de preparar una nueva edición revisada, aumentada, comentada e indexada. Irène de Buisseret habría estado contenta de saberlo, pues había dicho de él: “Es el maestro. Es el modelo de los revisores. Y, lo que es raro, un revisor culto hasta la punta de los dedos”.¹⁹ El “asesor de la edición” –es su título– solicitó los servicios de la dibujante Madeleine Beaudry, quien integró cerca de doscientas ilustraciones-caricaturas de Irène de Buisseret, añadiendo sus propios dibujos. En el frontispicio se incluyó un retrato de la autora hecho a carboncillo por Eleonore Kish, tomando como modelo diversas fotos que la señorita Foot le había hecho llegar. Irène de Buisseret no aparece aquí con la “sonrisa austera” de la fotografía-pasaporte de *Guide du traducteur*. La artista imprimió en su dibujo una imagen más serena, una imagen-recuerdo no embellecida, sino auténtica. La imagen, en todo caso, que quienes habían conocido a la “condesa” querían guardar.

Se consideró rebautizar la obra *Guide du bilingue canadien*, pero luego se renunció a ello. Diversas soluciones se discutieron: *Bible du traducteur*, *Bréviaire du traducteur* (títulos de connotaciones religiosas que no habrían sido del gusto de la autora), *Deux langues, six cultures*. Se optó finalmente por *Deux langues, six idiomes* y tres subtítulos:

Deux langues, six idiomes

Manuel pratique de traduction de l'anglais au français

Précepts - Procédés - Exemples - Glossaires - Index

Pour un bon entendement de six variétés des deux langues officielles du Canada

19 Hemos publicado una corta reseña biográfica de Denys Goulet en “Historique de l'enseignement de la traduction à l'Université d'Ottawa” (Delisle, 1981: 11).

Dos lenguas, seis idiomas
Manual práctico de traducción del inglés al francés
Preceptos - Procedimientos - Ejemplos - Glosarios - Índice
Para comprender bien seis variedades de dos lenguas oficiales de Canadá

Después de un trabajo minucioso de benedictino, Goulet entregó el manuscrito al editor el 15 de mayo de 1974. Un año más tarde, la obra salió al comercio en una presentación bastante profesional en pasta dura. Los traductores esperaban la nueva edición con impaciencia. Una vez más la recepción de la crítica es hiperbólica. “¿Qué encontramos en este volumen? Todo”, escribe el presidente de la ATIO, Fred Graus, en su introducción. “Por fin tenemos una biblia”, es el título de Réginald Martel en *La Presse*. “Tenemos aquí reunidos todos los libros que pueden ayudarnos en el difícil redescubrimiento de la lengua francesa” (Martel, 1975: C-3). Armand Roth, en *The Ottawa Citizen*, evoca también la Biblia: “La Biblia de los Traductores. Resolución de problemas idiomáticos” (Roth, 1976: 74). Por su parte, Jean Éthier-Blais ve en el manual una obra de arte, una especie de himno a la inteligencia y al conocimiento: “Irène de Buisseret es una de las traductoras que se lee por el placer de aprender. He aquí el francés y el inglés para todos aquellos que valoran la inteligencia y el saber” (CRCCF, P214/1/11). “*Deux langues, six idiomes*, no se trata de un título pesado, pedante y aburridor. Cada página –cada párrafo– resplandece con inteligencia sin intentar en ningún momento caer en la omnisciencia” (Depoe, 1975: 31).

En este concierto de elogios, solamente se escucha una voz discordante, la de Georges Mounin. Sabemos que el lingüista deploró siempre el encuentro fallido entre la traducción y la lingüística. La obra de Irène de Buisseret es de esto un ejemplo elocuente para Mounin. La cultura lingüística de su autor es sólida, pero alimentada de Bally, Dauzat, Brunot, Cohen, Meillet, GeorGIN, Thérive, es una cultura desactualizada. Vinay y Darbelnet solo son mencionados como autores de artículos; su *Stylistique comparée* solamente se menciona en la bibliografía. Y Mounin continúa:

A pesar de las cualidades propiamente extraordinarias de la autora como traductora, y de su libro como manual práctico, todo esto resulta en un presentación, simplemente folclórica y poco coherente, de las grandezas y los servilismos de la traducción. En vez de una análisis metódico, estamos frente a un catálogo brillante y rico [...] Entre esta suma de hechos bien recolectados pero mal analizados y mal clasificados, que representa el punto más alto alcanzado por un

traductor importante en la transmisión de su saber-hacer, y el manual de Vinay y Darbelnet, la comparación habla por sí misma: la lingüística sirve para algo en materia de traducción (Mounin, 1978: 6.170).

Cuatro años después, Georges Mounin escribe de nuevo sobre este manual: “Es el modelo del libro que no se debe escribir sobre la traducción” (Mounin, 1982: 15). Al formular un juicio tan severo, el autor de *Problemas teóricos de la traducción* denunciaba la gran parte de empirismo que caracteriza las obras que clasificamos como manuales de traducción y dentro de esta clasificación como “Notas de un traductor de oficio” (Delisle, 1992: 24-25). Es fácil convenir con Mounin que los manuales de este tipo se caracterizan por la ausencia de un marco teórico y por la “riqueza de ejemplos, pero se necesita la minucia de las observaciones, la fineza de las soluciones, la división de las clasificaciones” (Mounin, 1982: 15). Las teorías seducen poco a los que practican un oficio, tan ocupados en resolver casos concretos; no sienten la preocupación de organizar todos estos casos particulares en un conjunto organizado de principios y de reglas. Además de la ausencia de metalenguaje ya evocada, el libro de Irène de Buisseret no contiene objetivos de aprendizaje claramente definidos. La autora incluyó de todas maneras ejercicios de aplicación, que llama “juegos”, pero no introduce ningún texto para traducir. Es importante recordar, sin embargo, en su defensa, que a finales de los años setenta, tanto la teoría de la traducción como la pedagogía de esta disciplina no estaban ni siquiera en sus comienzos. *Deux langues, six idiomes* es la obra de una pionera.

Por último, si las citas tienen su lugar en una obra didáctica, hay un umbral que no se debe sobrepasar. Y este umbral es aún menor en una novela. Ahora bien, hay que reconocer que Irène de Buisseret sufría de “citacionitis”, enfermedad que ella no incluye en su manual, puesto que se trata de una enfermedad de autor y no de traductor. Esta afección crónica se manifiesta por un uso abusivo de citas de todo tipo o por la mención, muchas veces innecesaria, de tal escritor, de tal científico, de tal filósofo, de tal historiador sin citarlos necesariamente. Este síndrome se asemeja al síndrome del olvido de los nombres. Su obra *L'Homme périphérique* está llena de demasiadas citas injustificadas. La citacionitis revela una persona culta que ha frecuentado demasiado los libros, pero en esta materia, la moderación es necesaria, pues se corre el riesgo de pasar por un pedante que digiere mal intelectualmente. Las opiniones sobre esto, sin embargo, están

divididas: allí donde algunos ven un despliegue pretencioso de erudición que busca sorprender al burgués, otros ven un viento refrescante de cultura, un periplo fascinante por el país del conocimiento.

Conclusión

El retrato que acabamos de esbozar de Irène de Buisseret nos ha permitido descubrir una traductora que consagró lo mejor de sí a la traducción, a la enseñanza, a la escritura. Hasta el fin de sus días, abruptamente interrumpidos, se alimentó de manera ávida de todo aquello que sirve a la inteligencia y a la imaginación. Su drama personal fue seguramente haberse propuesto ideales tan altos, lo que le daba el sentimiento angustioso de no alcanzar nunca la meta. ¡Y, sin embargo, cómo sobresalía en todo!... Su búsqueda se manifestaba hacia los seres humanos, traductores y educadores. Esta búsqueda de la perfección se confundía con el esfuerzo constante para superarse a sí misma. Nunca habría seguido la vía de la facilidad o de la mediocridad. Parecía incómoda en el mundo materialista moderno. Eso sucede cuando uno profesa a la vida del espíritu un culto dominador. Su deseo absoluto sólo podría compararse con su deseo de comunicar su saber. Si hubiera vivido en el siglo de las luces, habría tenido un salón literario o habría brillado con los buenos espíritus, comenzando por el suyo, y su salón habría competido con el de Madame de Staël, Madame Geoffrin, Madame de Deffand, d'Épinay, o aun con el de Madame de Châtelet. Es fácil imaginarla en conversación con Voltaire, Diderot, Fontenelle.

Irène de Buisseret presenta muchas características comunes con el escritor-traductor Pierre Baillargeon, él también ávido de cultura clásica y que no ocultaba su gusto por la lengua de los siglos en los que brillaron Racine y los enciclopedistas. “Soy un fanático de la buena literatura, de la prosa francesa de los siglos XVII y XVIII, de la claridad, de la simplicidad, de la armonía, de la probidad” (Baillargeon, 1939-1967: 17 de mayo de 1946). Estos dos escritores produjeron una obra esencialmente autobiográfica. En sus novelas-ensayo, escritos en una lengua salpicada de preciosismo, abundan las reflexiones filosófico-literarias. Escritores “cerebrales”, fueron intelectuales que no tuvieron vergüenza de su saber. No son, como los grandes escritores, fuente del corazón humano, de fuerza arrolladora, de imaginación fértil. Ejercen la pasión y la creatividad sobre todo en la lengua en la que escriben. Las palabras no los atemorizan. Perfeccionistas

hasta la punta de las uñas, tienen veinte veces más la preocupación por el detalle, por el esfuerzo que implica su oficio. Su estilo traduce el horror de la verbosidad; quieren ser claros, despojados, elípticos, lapidarios. Ya sea que se trate de trabajos de escritura o de traducción, solamente tienen un estilo: la concisión y la perfección en la corrección gramatical. Todos sus escritos son elaborados con sumo cuidado. Les hace falta, de todas maneras, esa libertad creadora e imaginativa que produce efectos de sentido “impertinentes”, si uno se atreve a romper los códigos y a golpear con el hacha la norma. El don de la fórmula no es suficiente para hacer un gran escritor.

Lo que los acerca aún más es la concepción de la lengua vista como una prisión. Estos dos autores mantienen la convicción de que convertirse en maestro de su lengua, es convertirse en maestro de sí mismo, es liberarse. “La lengua es una prisión. Poseerla es engrandecerla un poco”, escribe Pierre Baillargeon (1947: 131). Irène de Buisseret le hace eco en la conclusión de un artículo intitulado “La llave de la prisión”, citando el poeta Frédéric Mistral “Aquel que conoce su lengua tiene la llave para liberarse de su prisión” (Buisseret, 1958a: 486).

Irène de Buisseret cristalizó, por decirlo así, su concepción clásica de la lengua y su visión humanista de la enseñanza en su manual, obra que deja huella en la historia de la enseñanza de la traducción en Canadá. Pedagoga del alma, la autora lleva al lector por un viaje de descubrimientos.²⁰ El lector se encuentra frente a una conferencista erudita, espiritual, viva y alerta. Brilla y parece que ama brillar. Sabe en todo caso cautivar a su auditorio. *Deux langues, six idiomes* tiene la forma de un curso hablado, elocuente, pintoresco, compuesto en buena parte con sus notas de lectura. La conferencista-traductora-terapeuta, guardiana de la norma, se dirige al lector personalmente, como si lo tuviera al frente, y le prodiga mil y un consejos tomados de su experiencia. Irène de Buisseret fue un espíritu dotado y que reflexionó y meditó sobre su actividad; sus reflexiones son llevadas hasta análisis detallados, elaborando, a partir de sus reflexiones, preceptos y procedimientos de traducción, sin que todo esto forme un conjunto coherente bien estructurado. Ciertos aspectos de su manual están hoy desactualizados, en particular los glosarios. La metáfora hilada que corre a través de todas las páginas de la obra está salpicada de elementos

20 El libro se termina de imprimir el 10 de mayo de 1975, en Hull, por Richelieu Graphics.

pintorescos; sin embargo, el vocabulario utilizado es muy preciso y sustancioso para enseñar la traducción y sostener un discurso sistemático y riguroso sobre esta práctica. Además, desde un punto de vista estrictamente didáctico, luego de la aparición de esta obra, se han publicado una treintena de manuales mejor adaptados a las necesidades de los estudiantes y a los programas de formación y respetando las reglas del arte en la materia. Si la práctica de la traducción exige el conocimiento de técnicas particulares, este conocimiento es también necesario para la redacción de una obra didáctica. Pero, guardémonos de juzgar de manera muy severa aquellos que han tenido la valentía y el mérito de abrir el camino, de aventurarse en tierras poco exploradas.

Recordemos que Irène de Buisseret fue una “princesa del espíritu, preciosa y natural a la vez [...] Encarnaba una curiosa alianza de maga y de mujer de mundo, de artista y de doctora” (Després, 1971: 7). Esta traductora de destino trágico pasará a la historia como una figura de excelencia y una pionera de la pedagogía de la traducción.

Anexo

Recolecciones

Recogemos aquí algunas reflexiones sobre la traducción y la lengua tomadas de la obra de Irène de Buisseret.

El traductor está enfermo

¿Quién no conoce el célebre apotema del doctor Knock: “Todo hombre saludable es un enfermo que se ignora”? Desafortunadamente, es cierto. Es cierto también que todo traductor también lo es. Malos, mediocres, buenos o excelentes, todos estamos enfermos, todos estamos contaminados en grados diferentes. Yo lo estoy, probablemente más que los otros; pero con la edad madura, no lo ignoro más.

“¡Uf! qué lengua villana...”, exclamaría un hombre de la profesión buscando los síntomas de nuestro mal o, mejor, de nuestros males. “Hay que curar eso”. Es una realidad, nuestra lengua es villana y todos somos enfermos. Pero no nos desesperemos, pues, en efecto, eso se cura (Buisseret, 1975: 1).

El espejo: instrumento del traductor

Si usted es traductor, su instrumento no es ni la lira, ni el pincel; es el espejo. Un señor que vea en el espejo su reflejo enmarcado sorpresivamente en una greña prehistórica, o peinado con una peluca Luis XIV, devolvería inmediatamente al fabricante su espejo, que no realiza honestamente su trabajo, pues no se le pide al espejo embellecer, sino reflejar, eso es todo. Un texto inglés, reflejémoslo, por decir algo, en francés, pero en francés del medio y del momento. Todo esto puede resumirse en pocas palabras bien sentidas: somos traductores y no esencialmente escritores (Buisseret, 1975: 55-56).

El inglés es un conglomerado

A cada generación corresponden ciertos espejismos y ciertos señuelos. Hoy existen traductores convencidos de que su profesión consiste en traducir, hacia el francés, un idioma mítico, un bloque masivo que llaman “inglés”. ¡Quimera lamentable y peligrosa! El “inglés” no es una masa sólida e indiferenciada, como no lo es la materia. La lengua que traducimos es en realidad un conglomerado de partículas lingüísticas; las más importantes de ellas son la partícula británica, la estadounidense y la canadiense. Bajo el velo de la ilusión, es esta la verdad que debemos aprender a mirar de frente. Además, esta verdad debería ser para nosotros un truismo gastado, si leyéramos de vez en cuando los buenos autores (Buisseret, 1975: 121).

El neofrancés, punta de lanza de la lengua francesa

Como traductores, debemos conocer el francés universal y particularmente el neofrancés, que es su punta de lanza. Digamos adiós a toda mentalidad de clan, salgamos valientemente del fortín para instalarnos sin temor en la junción, por donde pasan las grandes corrientes de la época. Y digámonos que si a fuerza de dedicación y de investigación no somos capaces de situarnos más allá de los diccionarios, estaremos rápida y terriblemente atrasados con respecto a la lengua (Buisseret, 1975: 410).

La abstracción de lo concreto

El proceso de abstracción de lo concreto no es nunca idéntico en dos lenguas determinadas. En la lengua de partida, ciertos términos pueden ser lo suficientemente desconcretizados para servir a lo figurado, pero los términos correspondientes en la lengua de llegada no lo serán necesariamente. La extensión y la profundidad del proceso de deconcretización no son siempre paralelas. Esto es natural, puesto que una lengua es una institución que refleja las necesidades, las tendencias y la evolución de un grupo lingüístico y nacional con características propias y únicas. [...] *A mouthful* ([una llenada de boca] una bocanada) está desconcretizada en inglés; pero no en francés “une bouchée” (un bocado) [excepto

en “*Elles est si jolie, je n’en ferais qu’une bouchée*” (es tan bella, me la comería de un bocado)]. En vez de “*Vous avez dit là une bouchée*” (dijo usted un bocado), es necesario reorganizar la frase de otra manera: “*Vous avez mille fois raison*” (tiene usted mil veces razón) (Buisseret, 1975: 98).

Gramática y pureza de la lengua

Una lengua debe ser, en primera instancia, pura. Es necesario entonces comenzar por conocer bien su gramática; esta gramática que, en otros tiempos, “sabía regentar hasta los reyes” y que hoy solo encuentra sujetos indóciles. El asunto es preocupante, pues, y parafraseando un lingüista distinguido, no es quizás necesario hablar, pero si hablamos, debemos hacerlo en lengua verídica y de buen color, y para eso necesitamos conocer la gramática (Buisseret, 1958c: 562).

Los enemigos de la lengua

La lengua tiene sus enemigos insidiosos que es [necesario] combatir con valentía y con un buen plan. Hablo de los barbarismos pegajosos, los giros viciosos, los solecismos detestables, hidras cuyas cabezas renacen incisivamente a través de los tiempos y a pesar de los golpes que les propinamos (Buisseret, 1958c: 562).

Obras citadas y consultadas

Fuentes

Manuscritos

Université d’Ottawa (U. d’O.), Centre de recherche en civilisation canadienne-française (CRCCF):

Fonds Andrée-Beausoleil-Roméro, P214.

Fonds de l’Association des traducteurs et interprètes de l’Ontario, C34.

Fonds Denys-Goulet, P204.

Fonds Irène-de Buisseret, P286.

Fonds Famille-de-Buisseret, P301.

Fonds Jacques-Gouin, P26.

Fonds Jean-Delisle, P207.

Buisseret, Irène de, 1949?, “Histoire drôlatique [sic] de France et de Navarre. Entièrement revue et falsifiée à l’usage des écoles buissonnières et des

- établissements d'amusement supérieurs", Nombreuses illustrations, 72 p., inédit, U. d'O., CRCCF, Fonds Irène-de Buisseret, P286/1/9.
- _, 1969-1970, manuscrito original de *Guide du traducteur*, U. d'O., CRCCF, Fonds Irène-de Buisseret, P286/1/2 à 6.
- _, 1970, transcripción de la entrevista realizada por France l'Abbé para la emisión *Femmes d'aujourd'hui*, transmitida por Radio-Canadá el 27 de octubre de 1970, 12 p., U. d'O., CRCCF, Fonds Irène-de Buisseret, P286/1/12.
- _, s. f., *Perséphone*, partición manuscrita de una decena de canciones compuestas por Phyllis Margaret Foot a partir de letras de Irène de Buisseret, U. d'O., CRCCF, Fonds Irène-de Buisseret, P286/1/13.
- Carta de Andrée Roméro (Ottawa, 14 de marzo de 1973) a Jean Éthier-Blais (Montréal), U. d'O., CRCCF, Fonds Andrée-Beausoleil-Roméro, P214/1/1.
- Carta de Jean Éthier-Blais (Montréal, 6 de marzo de 1973) a Andrée Roméro (Ottawa), U. d'O., CRCCF, Fonds Andrée-Beausoleil-Roméro, P214/1/1.
- Carta de Fred Glau (Ottawa, marzo 13 de 1974) à Rosaire Parent (Montréal), U. d'O., CRCCF, Fonds Andrée-Beausoleil-Roméro, P214/1/2.

Fuentes iconográficas

- Irène de Buisseret, ca. 1945, U. d'O., CRCCF, Fonds Irène-de Buisseret (P286), Ph113-1.
- _, ca. 1955, U. d'O., CRCCF, Fonds Irène-de Buisseret (P286), Ph113-5.
- _, ca. 1960, U. d'O., CRCCF, Fonds Irène-de Buisseret (P286), Ph113-3, París.
- _, ca. 1971?, U. d'O., CRCCF, Fonds Irène-de Buisseret (P286), Ph113-4.
- _, 1958, U. d'O., CRCCF, Photo Paul Harsdal, Ottawa, Ph30-B45.
- _, 1975, portrait au fusain par Eleonore Kish (Ottawa). En frontispice de *Deux langues, six idiomes*, Ottawa, Carlton-Green Publishing.
- _, s. f., U. d'O., CRCCF, Fonds Irène-de Buisseret (P286), Ph113-2.

Fuentes sonoras

- Entrevista con Irène de Buisseret realizada por France l'Abbé para la emisión *Femmes d'aujourd'hui* difundida por Radio-Canadá el 27 de octubre de 1970, núm. de película: 1-3226-0958. Duración: 16 min, 45 s. U. d'O., CRCCF, film S63/1/1,2.
- Perséphone*, s. d., letra y canciones escritas por Irène de Buisseret a partir de la música de Phyllis Margaret Foot, U. d'O., CRCCF, audiocassette S63/1/1,2.

Fuentes impresas

Obras

- Baillargeon, Pierre, 1939-1967, *Journal*. Copia inédita dactilografiada a partir de cuadernos originales no paginados.
- _, 1945, *Les Médisances de Claude Perrin*, Montréal, Lucien Parizeau, 197 p.
- _, 1947, *Commerce*, Montréal, Les Éditions Variétés, 185 p.
- Buisseret, Irène de, 1945, *Contes sur la mousse; voyage au pays de la fantaisie*, Paris, Guy Le Prat, 105 p.
- _, 1963a, *Kotikoti ou la poule qui voulait devenir artiste*, cubierta e ilustraciones por Fylis, Montréal, Librairie Beauchemin, 107 p.
- _, 1963b, *L'Homme périphérique*, Montréal, “À la page”, 143 p.
- _, 1972, *Guide du traducteur*, Ottawa, Asociación de traductores e interpretes de Ontario, 450 p. Édition no comercial de 350 ejemplares reservados a los suscriptores de “Fonds Irène-de-Buisseret” y marcada H.C. 1 a H.C. 350. Obra póstuma.
- _, 1975, *Deux langues, six idiomes. Manuel pratique de traduction de l'anglais au français. Préceptes, procédés, exemples, glossaires, index, dibujos de Madeleine Beaudry*, Ottawa, Carlton-Green Publishing Company, xii-480 p. Obra póstuma.

Artículos

- Buisseret, Conrad [pseud. d'Irène de Buisseret], 1949, “Can France Govern Herself?”, *Saturday Night*, 29 de nov., pp. 9-11.
- _, 1952, “Where is France Going?”, *Canadian Business*, oct., pp. 26-28; 76.
- _, 1951a, “Bruits et odeurs de Rome”, en *La Nouvelle Revue Canadienne*, vol. 1, núm. 2, abr.-may., pp. 35-39.
- _, 1936a, “Défense et illustration du français. Lettre à mon filleul qui va avoir seize ans”, *L'Action nationale*, vol. 47, núms. 8-9, may.-jun., pp. 555-569.
- Buisseret, Irène de, 1956, “Invictus” (poème), *La Nouvelle Revue Canadienne*, vol. 3, núm. 5, p. 264.
- _, 1958a, “La clef de la prison”, *L'Action nationale*, vol. 47, núms. 6-7, feb.-mar., pp. 477-486.
- _, 1958b, “Le regard fixé sur l'image totale du monde”, *Le Droit*, 16 de abril de 1958, p. 14.
- _, 1958c, “Les trésors de la langue française sont à notre portée”, *L'Action nationale*, vol. 48, núms. 3-4, nov.-dic., pp. 109-116. (Continuación de la carta a su ahijado).

- _, 1959a, “La langue est fille mais surtout mère de la pensée”, *L’Action nationale*, vol. 48, núm. 5, ene., pp. 150-155. (Continuación de la carta a su ahijado).
- _, 1959b, “La langue, œuvre d’art et créatrice de beauté”, *L’Action nationale*, vol. 48, núm. 6, feb., pp. 212-223. (Continuación de la carta a su ahijado).
- _, 1959c, “Le mythe, c’est l’homme et c’est la nation”, *L’Action nationale*, vol. 49, núm. 1, sep., pp. 8-15.
- _, 1959d, “Le suicide culturel d’une nation”, *L’Action nationale*, vol. 49, núm. 4, dic., pp. 251-259.
- _, 1960a, “M. Maurice Tremblay et le Canada français”, *L’Action nationale*, I: vol. 59, núm. 5, ene., pp. 359-373; II: núm. 6, feb., pp. 410-427; III: núm. 7, mar., pp. 554-565; IV: núm. 8, ab., pp. 626-643.
- _, 1960b, “Psychanalyse de l’antinationalisme au Canada français”, *L’Action nationale*, vol. 50, núm. 2, octubre, pp. 123-132.
- _, 1960c, “Critique du déterminisme antinationaliste”, *L’Action nationale*, vol. 50, núm. 4, dic., pp. 311-329. (Suite de “Psychanalyse de l’antinationalisme...”)
- _, 1961, “Critique de la statolâtrie”, *L’Action nationale*, vol. 50, núm. 9, may., pp. 844-860.
- _, 1962, “La peur de se faire ‘enfrouâper’”, *Le Devoir*, 17 de jun., pp. 13.
- _, 1963c, “Réponse à Gladys Taylor”, *L’Action nationale*, vol. 52, núm. 5, ene., pp. 500-507.

Estudios

- Association des traducteurs et interprètes de l’Ontario, 1970, *Annuaire de 1970 / 1970 Directory*, Ottawa, Secrétariat de l’ATIO, 83 p.
- _, 1972, “Communiqué”, *Meta*, vol. 17, núm. 3, p. 199.
- La Balance et la Plume*, 1971, boletín interno del Servicio de traducción de la Corte Suprema de Canadá, dirigido entonces por Irène de Buisseret, núm. 1, feb., U. d’O., CRCCF, Fonds Andrée-Beausoleil-Roméro, P214/1/6.
- Beudet, Albert, 1971, “Hommage à un génie disparu”, *Le Droit*, 8 de may., p. 4.
- Bredin, Jean-Denis, 1999, *Une singulière famille. Jacques Necker, Suzanne Necker et Germaine de Staël*, Paris, Librairie A. Fayard, 454 p.
- Boschot, Adolphe, 1947, *Portraits de musiciens*, Paris, Librairie Plon, coll. “Les maîtres de l’histoire”, t. II, 224 p.

- Cantin, Pierre, Normand Harrington et Jean-Paul Hudon, 1979, *Bibliographie de la critique de la littérature québécoise dans les revues des XIXe et XXe siècles*, Ottawa, CRCCF, coll. “Documents de travail du CRCCF”, t. 2, núm. 13, 360 p.
- Delisle, Jean, 1981, “Historique de l’enseignement de la traduction à l’Université d’Ottawa”, en: Jean Delisle, dir., *L’enseignement de l’interprétation et de la traduction: de la théorie à la pédagogie*, Ottawa, Les Presses de l’Université d’Ottawa, coll. “Cahiers de traductologie”, núm. 4, pp. 7-9.
- _, 1987, *La Traduction au Canada / Translation in Canada (1534-1984)*, avec la participation de Christel Gallant et de Paul A. Horguelin, publié sous les auspices du Conseil des traducteurs et interprètes du Canada, Ottawa, Les Presses de l’Université d’Ottawa, 436 p.
- _, 1992, “Les manuels de traduction: essai de classification”, *TTR*, vol. 5, núm. 1, pp. 17-47.
- _, 1999, *Portraits de traducteurs*, Ottawa, Arras, Les Presses de l’Université d’Ottawa, Artois Presses Université, 305 p.
- Delisle, Jean, Hannelore Lee-Jahnke y Monique C. Cormier, dirs., 1999, *Terminologie de la traduction / Translation terminology / Terminología de la traducción / Terminologie der Übersetzung*, Ámsterdam, John Benjamins Publishing,
- Depoe, Norman, 1975, “Joy out of the blue”, *The Ottawa Citizen*, 14 de agosto, p. 31.
- Després, Ronald, 1971, “Hommage à la mémoire d’Irène de Buisseret”, *Le Droit*, 15 de mayo, p. 17.
- _, 1972, “*Avant-propos*” du *Guide du traducteur*, Ottawa, Association des traducteurs et interprètes de l’Ontario, p. ix.
- Dionne, René, 1981, *Bibliographie de la littérature outaouaise et francoontarienne*, 2^e éd., Ottawa, CRCCF, coll. “Documents de travail du CRCCF”, núm. 10, 204 p.
- Éthier-Blais, Jean, 1963, “*L’Homme périphérique* (reseña)”, *Le Devoir*, 2 de nov., p. 11.
- _, 1964, “*L’Homme périphérique* (reseña)”, *University of Toronto Quarterly*, vol. 33, núm. 4, pp. 508-509.
- Gauthier, François, 1975, “*Deux langues, six idiomes* (reseña)”, *Meta*, vol. 20, núm. 4, pp. 323-325.
- Genest, Jean, 1964, *L’Homme périphérique* (reseña), *L’Action nationale*, vol. 54, núm. 2, oct., pp. 181-187.
- Gouin, Jacques, 1973a, “Un livre de chevet pour tout Canadien”, *Le Devoir*, 12 de abr., p. 6.
- _, 1973b, “À la mémoire d’Irène de Buisseret”, *Le Devoir*, 14 de abr., p. 16.

- Lockquell, Clément, 1963, “L’Homme périphérique (reseña)”, en *Livres et auteurs canadiens*, Montréal, Éditions Jumonville, pp. 15-16.
- Maillot, Jean, 1969, *La Traduction scientifique et technique*, Paris, Eyrolles, 233 p.
- Martel, Réginald, 1975, “Enfin la bible vint”, *La Presse*, 13 de mayo, p. C-3.
- Mounin, Georges, 1978, “Traduction”, en: *Le Grand Larousse de la Langue française*, Paris, Larousse, pp. 6.167-6.172.
- _, 1982, “Pour une pédagogie de la traduction”, *Cuadernos de traducción e interpretación*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, núm. 1, pp. 11-19.
- Roth, Armand, 1976, “Translator’s bible. Coping with idioms”, *The Ottawa Citizen*, 21 de febrero, p. 74.
- Vinay, Jean-Paul y Jean Darbelnet, 1958, *Stylistique comparée du français et de l’anglais*, Montréal, Paris, Beauchemin, Didier, 331 p.
- Wesemaël, Roland, 1973, “L’oeuvre d’une grande traductrice”, *Le Devoir*, 23 de mar., p.4, y en *Le Droit*, 31 de mar., p. 17.
- _, 1974, “Guide du traducteur (reseña)”, *Meta*, vol. 19, núm. 2, pp. 106-107.

Índice onomástico

A

Adélaïde, Louis Charles *v.* Chamisso, Adalbert de
 Agricola, Mikael, 16, 63-86
 Aleksis Kivi, 85
 Algarotti, Francesco, 139, 143, 146, 147, 159
 Alighieri, Dante, 197
 Allen, Lydia, 135, 160
 Amiel, Henri-Frédéric, 189
 Amyot, Jacques, 15, 29, 39, 40, 47, 48, 54
 Anacreonte, 95-98, 102, 104, 107
 Apollinaire, Guillaume, 234
 Apolodoro, 107
 Aristófanos, 90, 91, 96, 104
 Aristóteles, 37, 106, 122, 142
 Asse, Eugène, 137, 141, 142
 Ateneo, 107
 Aureliano Victor, 94

B

Badinter, Élisabeth, 147
 Baïf, Jean-Antoine de, 29, 36-40, 52, 53, 58
 Baïf, Lazare de, 27-31, 35-40, 42-46, 48, 50-54
 Baillargeon, Pierre, 237, 242, 249, 250
 Bainville, Jacques, 235
 Barante, Prosper de, 178
 Bayard, Guilbert, 40
 Bayle, Pierre, 95
 Beaudry, Madeleine, 246
 Beaumont, G. de, 189
 Bellay, Joachim du, 43, 51
 Bérard, Victor, 115
 Bereaud, Jacques, 183, 198
 Berman, Antoine, 151
 Bernoulli, 139, 147, 148, 157

Berthollet, Claude Louis, 169
 Besterman, Theodore, 141, 146, 159
 Biarnais, Marie-Françoise, 146, 150-155
 Black, John, 179
 Blanc, Étienne Le, 42
 Bloch, Marc, 13
 Bochetel, Bernardin, 31, 34, 39
 Bochetel, Guillaume, 27-35, 38-44, 47, 48, 50, 53, 54
 Bochetel, Jean, 31, 39
 Bode, Johann Joachim Christoph, 16
 Boisrobert, François le Métel de, 103
 Boivin de Villeneuve, Jean, 118
 Bombelles, Claude de, 41
 Borovsky, Cyrille *v.* *Edmond Cary*
 Bossuet, Jacques Bénigne, 94
 Bourdin, Jacques, 33
 Bredin, Jean Denis, 202
 Breteuil, Louis Nicolas Le Tonnier de, 135
 Breton, Jean, 40
 Brodeau, Victor, 41
 Broglie, Victor de, 188
 Budé, Guillaume, 36
 Bufón, 147
 Bugenhagen, Johann, 81
 Buisseret, Irène de, 19, 225-251
 Buisseret Steenbecque de Blarenghien, Conrad de, 226
 Byron, George Gordon *v.* Byron, Lord
 Byron, Lord, 185

C

Calderón de la Barca, Pedro, 176, 179
 Calímaco, 95, 96
 Calvino, Jean, 34, 170, 187
 Cassini, 136

Cátulo, 143
 Certon, 107
 Chalmers, Thomas, 184
 Chamisso, Adalbert de, 177
 Chamony, Bernard, 117
 Chateaubriand, François-René de, 183, 195, 197
 Châtelet, Gabrielle Émilie du, 17, 19, 133-160, 249
 Chézy, Antoine-Léonard de, 177
 Chézy, Helmine de, 177
 Christian II, 65
 Christian III, 65
 Cicerón, 42, 140, 159
 Clairaut, M., 134, 139, 145, 147, 148
 Clarke, 139
 Clemente XIV, 169
 Clouet, Jean, 27
 Cohen, I. Bernard, 144, 146, 150-153, 156, 247
 Colin, Jacques, 41, 45
 Colleret, Guillaume, 109
 Conrad de Buisseret *v.* Buisseret, Irène de
 Cooper, Fenimore, 183
 Cordier, Mathurin, 187
 Corneille, Pierre, 176
 Courier, Paul-Louis, 36, 197
 Courtois, Jean de, 31
 Cousin, Victor, 188
 Coxe, 196
 Cristina de Suecia (reina), 96

D

D'Ablancourt, Perrot, 109
 Dacier, André, 19, 52, 93, 94, 96, 102, 120
 Dacier, Anne, 15, 17-19, 21, 22, 32, 89-120, 122-124, 126, 140, 196, 197
 D'Alambert, 148
 Darbelnet, Jean, 234, 240

Darés, 94
 D'Aubignac, 114
 Daviault, Pierre, 228
 Davidson, Thomas, 189
 Defauconpret, Auguste Jean-Baptiste, 183
 Deffand, Madame de, 133, 249
 Demóstenes, 37, 107
 Denis, Madame, 140
 Denoncourt, Rodolphe, 231
 D'Épinay, Madame, 249
 Descartes, René, 92, 150
 Després, Ronald, 244, 245, 251
 Déziel, Hélène, 244
 D'hulst, Lieven, 179
 Dictys, 94
 Dídimio, 106
 Dolet, Etienne, 15
 Dorat, Jean, 39
 Doudan, Ximenènes, 172, 186
 Duby, Georges, 14
 Du Souhait, 107
 Duthier, Jean, 41

E

Edgeworth, Maria, 185, 187
Edmond Cary, 15
 Émilie Le Tonnelier de Breteuil *v.* Châtelet, Gabrielle Émilie du
 Erasmo de Rotterdam, 28, 45, 47, 48, 65, 76
 Esquilo, 52
 Estienne, Henri, 40
 Estienne, Robert, 40
 Éthier-Blais, Jean, 243, 247
 Etkind, Efim, 97
 Euler, 139
 Eurípides, 28, 29, 37, 38, 42, 43, 47, 50, 52-54, 56, 176, 202
 Eustates, 107
 Eutropo, 94

F

Federico II, 17, 140, 147, 159
 Fedro, 93, 159, 176, 202
 Fétis-Robert, Adélaïde, 22, 191
 Fèvre, Tanneguy Le, 92-97
 Fielding, Henry, 16
 Floro, 94, 96
 Fontaine, Calvy de La, 29, 53
 Fontenelle, Bernard le Bouvier, 103, 136, 249
 Foot, Phyllis Margaret, 234-244, 246
 Foulon, Eric, 91, 92
 Francisco de Borbón, 39
 Francisco I, 27, 30, 32, 33, 35, 38, 41, 42, 44, 51
 François Marie Arouet *v.* Voltaire
 Froulay, Anne de, 135

G

Galland, Antoine, 15
 Geoffrin, Madame, 249
 Gherardini, Giovanni, 179
 Goethe, Johann Wolfgang von, 77, 176, 180, 232, 237
 Goudemare, Sylvain, 193-195
 Gouin, Jacques, 228
 Goulet, Denys, 244, 246, 247
 Gounod, Charles, 230
 Graffigny, Madame de, 133
 Graus, Fred, 246, 247
 Gravesande, 'S, 139
 Green, Jeremiah L., 246
 Grouchy, Sophie, 23
 Guizot, François, 188
 Guizot, Pauline, 188
 Gummerus, Jaakko, 73

H

Habert, François, 41
 Hamilton, Elizabeth, 187

Hepp, Noemí, 91
 Heráclito, 232
 Heródoto, 107, 197
 Hesequiuo, 107
 Hipócrates, 102
 Holbein, Hans, 27
 Homero, 19, 21, 91, 93, 95, 101-115, 118-124, 126
 Huberinus, Caspar, 80
 Huber, Thérèse, 190, 191
 Huet, Pierre-Daniel, 93-95, 109, 115
 Humbert, Louis, 115

I

Itié, Jacques, 246
 Iván el Terrible, 69

J

Jacquier, padre, 139, 142, 143, 148, 158
 Jean-Baptiste Poquelin *v.* Molière
 Jenofonte, 232
 Jerónimo, san, 75, 78
 Jurin, 139, 147
 Juusten, Paavali, 81, 82

K

Keijoi, Tuomas, 80
 Kelly, Louis, 232
 Keyserling, 232, 233
 Kish, Eleonore, 246
 Klopstock, Friedrich Gottlieb, 169
 Koenig, 139, 142, 143

L

La Motte, Houdar de, 114, 119
 La Valterie, 107-110
 Lacoursière, Marcel, 232
 Larbaud, Valery, 15
 Lascaris, Jean, 37

Laubespine, Claude, 34
 Laubespine, Sébastien de, 34
 Lavoisier, Antoine-Laurent de, 169
 Lavoisier, Marie, 22, 191
 Le Clerc, Jean, 104
 Le Fèvre, Tanneguy, 92-95
 Le Nostre, M., 113
 Lee-Jahnke, Hannelore, 199
 Lefevère, André, 12
 Leibnitz, Gottfried Wilhelm Freiherr von,
 139, 140, 142, 147, 150
 Leontini, Gorgias de, 55
 Lesnier, Jean, 93, 94
 Lessing, Gotthold Ephraim, 167, 184
 Lisle, Leconte de, 197
 Littré, Émile, 197
 Longueuil, Christophe de, 37
 Longus, 197
 Lucrecio, 140
 Luis XIII, 109
 Luis XIV, 103, 135, 252
 Luis XVI, 21, 165
 Lullin, Ami, 168
 Lutero, Martín, 65-67, 71, 74-76, 79-81, 83,
 86

M

Macault, Antoine de, 40
 Mackinnon, Michèle, 244
 Maillot, Jean, 234
 Mandeville, Bernard de, 143, 229
 Marco Aurelio, 22, 101
 Marot, 29, 41
 Martel, Réginald, 247
 Martin, Joseph, 183
 Maupertuis, Pierre-Louis Moreau de, 134,
 136-140, 147
 Maurois, André, 133, 149, 160
 Mazon, Paul, 106, 115

Melanchthon, Philipp, 65, 67, 71, 72
 Meschonnic, Henri, 183
 Meulan, Pauline, 22, 191
 Milton, John, 195, 197
 Mistral, Frédéric, 250
 Mitford, Nancy, 134, 140, 142, 149, 157
 Molière, 18, 20, 176, 180, 207-210
 Montaigne, Michel de, 16
 Montesquieu, 91, 185
 Montmorency, Anne de, 32, 33, 39
 Moore, Betty, 192
 Moore, Thomas, 185
 Moravia, Adelina, 246
 Moreau-Nélaton, E., 27
 Morisset, Gérard, 228
 Moritz, Karl Philipp, 167, 173, 174, 199, 205,
 204-206
 Morvillier, Jean de, 40
 Morvillier, Marie de, 31, 32
 Motte, Andrew, 146, 151, 153, 156
 Motte, Antoine Houdar de la, 15, 113, 114,
 118, 119, 122, 123
 Mounin, Georges, 247, 248
 Musurus, Marc, 37

N

Nayral, Magloire, 119
 Necker de Saussure, Albertine, 19, 22, 165,
 167-202, 205, 208, 213
 Necker, Germaine v. Staël, Germaine de
 Necker, Jacques, 21, 165, 167, 170, 171
 Necker, Suzanne, 21, 171
 Nerval, Gérard de, 15, 16
 Newton, Isaac, 17, 19, 133, 135, 136, 138-141,
 143-159, 161
 Nietzsche, Friedrich, 232
 Normann, Georg, 78

O

Olivier, Marie, 93
 Ovidio, 41, 159
 Owen, Robert, 184

P

Pablo, san, 78
 Paley, William, 185
 Parvio, Martti, 79
 Pausanias, 107
 Pedersen, Christian, 66
 Pellison, Paul, 94
 Pemberton, Henry, 146
 Perrault, Charles, 90, 93, 103, 104, 114
 Pestalozzi, Johann Heinrich, 187
 Petri, Laurentius, 69
 Petri, Olaus, 71, 76, 80
 Piaget, Jean, 187
 Pichler, Caroline, 185, 190
 Píndaro, 107
 Pittard, Thérèse, 166
 Platón, 37, 232
 Plauto, 90, 96, 104
 Plessis, Armand-Jean du v. Richelieu
 Plutarco, 16, 22, 40, 54, 101, 107
 Poliquin, Jean-Marc, 228
 Pons, Émile, 193, 194
 Pope, Alexander, 102, 112, 139
 Proclo, 107
 Pym, Anthony, 13

Q

Quinte-Curce, 107

R

Racine, Jean, 176
 Ragueneau, René, 35
 Raymond, M., 196

Rémusat, Claire de, 188, 190
 Renshaw, Rosette, 228
 Richardson, 169
 Richelieu, 134, 137, 250
 Richter, Jean-Paul, 184
 Ripert, Émile, 115
 Robertet, Florimond, 32
 Robichaud, Raymond, 228
 Rochefoucauld, Charles de La, 31
 Rochemondet, Madame de, 195, 198
 Rochemont, Charles Pictet de, 185, 187, 191,
 197
 Rohault, 139
 Roméro, Andrée, 244, 246
 Romilly, Jacqueline de, 89, 119, 120
 Ronsard, Pierre de, 36, 37, 51, 57
 Roth, Armand, 247
 Rousseau, Jean-Jacques, 20, 136, 170, 187,
 202
 Roy, Jacques le, 41

S

Safo, 96, 97, 104
 Sainte Maure, Charles de, 94
 Saint-Lambert, 140, 141, 143, 144, 149
 Sallier, Claude, 144
 Sand, George, 195
 Saussure, Albertine-Adrienne de v. Necker de
 Saussure, Albertine
 Saussure, Horace-Bénédict de, 165, 168
 Schiffter, E., 183
 Schlegel, August Wilhelm von, 19, 165, 167,
 176-180, 185, 187, 195, 196, 198-200,
 202, 208, 210
 Schlegel, Friedrich, 177, 185
 Schleiermacher, Friedrich, 183, 195, 198
 Scott, Walter, 167, 181, 183, 185
 Sébillet, Thomas, 29
 Secondat, Charles Louis de v. Montesquieu

Séneca, 28, 29
 Severyns, A., 111
 Seyssel, Claude de, 45
 Shakespeare, William, 146, 169, 176, 179, 237
 Sirois, Andrée, 21, 191
 Skytte, Martti, 65, 66, 69
 Smith, Adam, 23
 Sócrates, 232
 Sófocles, 28-30, 37, 38, 42, 43, 45, 46, 50, 52-54, 143
 Sokol, Lydia, 226
 Staël, Germaine de, 19, 21, 23, 165, 167, 170-174, 176-180, 183, 185-187, 190, 195-198, 202, 243, 249
 Stafford, William C., 191
 Stenvall Alexis v. Aleksis Kivi
 Sterne, Laurence, 16
 Story, Caroline Sherman, 226
 Strabon, 107
 Swift, Jonathan, 192, 194, 213, 215

T

Terencio, 13, 93, 95, 96, 99, 102, 104, 107
 Terrall, Mary, 157
 Terrason, 114
 Thiboust, Jacques, 41
 Thornoton, Henry, 185
 Thorp, Robert, 150, 151
 Tissard, François, 28

Tocqueville, Alexis de, 189
 Torry, Geoffroy, 40
 Tucídides, 41, 45, 107
 Tyndale, William, 75, 86

U

Urfe, Claude de, 27

V

Valerio Máximo, 66
 Van Musschenbroeck, 139
 Vasa, Gustavo, 65, 67, 69
 Vinay, Jean-Paul, 234, 240
 Vinet, Alexandre, 189
 Virgilio, 17, 41, 140, 143, 159, 176, 182
 Voltaire, 15, 17, 21, 91, 133, 135-143, 145-149, 159, 160, 249
 Voss, Johann Heinrich, 171
 Vulcob, Claude de, 31

W

Wade, Ira, 135, 141, 142, 143
 Weber, Carl Maria von, 177
 Westfall, Richard, 159
 Wolf, Christian Freiherr von, 139, 147, 191

Y

Yourcenar, Marguerite, 89

Índice analítico

A

Alemán, 67, 68, 70, 71, 76, 77, 82, 140, 170, 171, 177, 185, 187, 195, 199, 205, 208
 Alfabetización, 70
 Antiguos, los, 44, 89, 95, 104, 108, 109, 113, 119, 126, 150, 151

B

belles infidèles, 98, 159, 183, 198
 Breviarios, 73

C

Captación, 99
 Citacionitis, 248
 Complejo de maestro de escuela, 235
 Concisión, 236, 237, 250

D

Danés, 66
 Diccionarios, 68, 82, 238, 252
 Discernimiento, 99, 203, 216, 239

E

Edición, 40, 151, 235, 245, 246
 Educación, 18-20, 39, 40, 43, 93, 94, 136, 165, 168-171, 174, 176, 184, 187-189, 192, 232, 239
 mujeres, de las v. Mujer(es), educación de las
 religiosa y moral, 81
 tratado sobre, 186-188
 Entendimiento, 53, 55, 99
 Escocés, 182
 Escritor(es), 12, 14, 15, 30, 38, 44, 85, 110, 118, 123, 167, 169, 173, 174, 177, 186, 199, 202, 248, 249, 252
 Español, 46, 140
 Estilo, 196

F

Falso(s) cognado(s), 82, 240
 Filología, 118
 Finés(a), 63, 64, 66, 67, 71, 73, 75-77, 79-82, 84
 dialecto, 64, 77
 epopeya, 64
 estándar, 73, 77, 78
 lengua, 64, 66, 71, 72, 76, 77, 84
 escrita, 63, 71
 literatura, 63, 64
 Finlandés, 16, 70, 74, 75, 77, 82, 85
 Francés, 22, 27-30, 41, 43, 44, 46, 48, 50, 52-54, 56, 73, 89, 91, 97, 98, 100-102, 105, 106, 108, 123, 126, 139, 143, 144, 146, 147, 150, 154, 171, 174-176, 180-182, 187, 195, 196, 202, 205, 208, 210, 213, 227, 228, 230, 232, 234-238, 240, 247, 252
 clásico, 101, 105, 117

G

Género
 biografía, 13-16
 retrato, 13-16
 Gramática, 142, 253
 Griego, 29, 37-39, 44-48, 50, 56, 65, 67, 68, 70, 76, 78, 89, 91-93, 97, 98, 105-107, 109-111, 113, 114, 116-118, 123, 207, 229
 clásico, 142

H

Hebreo, 67, 68
 Hidropesía verbal, 235, 241
 Humanismo, 13, 27, 36, 66, 231, 238
 bíblico, 65

I

Identidad social y cultural, 39

Iglesia(s)

católica, 65, 73, 80

nórdicas, 65

Incomprensionitis, 235-237

Inglés, 22, 137, 139, 140, 146, 147, 156, 158, 161, 171, 175, 182, 187, 191, 195, 213, 227, 232, 234, 237, 247, 252
variedades del, 237

Inmersión, 236

L

Latín, 28, 37, 39, 41, 47, 56, 64, 66, 68, 71, 73, 78, 79, 92, 93, 123, 139, 140, 142, 150, 152, 154, 155, 157, 171, 182, 188

Lengua(s), 238

aglutinante, 77

belleza de la, 238, 239

científica, 150

ejercicio de, 81

enemigos de la, 253

escrita, 76

estructura de la, 85

extranjera(s), 45, 48, 77, 169, 198, 203, 237

flexibilidad de las, 77

francesa *v.* Francés

fuentes, 97

germánicas, 73, 77

inglesa, variedades de la *v.* Inglés,

variedades del

llegada, de, 252

origen, de, 73

partida, de, 252

prisión, como, 250

pureza de la, 253

romances, 77, 170

uso de la, 236

vernáculos, 84, 146, 150

vulgar(es), 54, 65, 67

Ley de Buisseret, 236, 237

Literalismo

contenido, del, 195, 198

forma, de la, 195, 197, 198

M

Mecenazgo, 40, 41, 78, 245

Metáfora, 98, 235, 236, 239, 250

Metalepsia, 98

Métrica, 46, 48, 50, 54

griega, 46

Mirandolitis, 235

Mitología finlandesa, 82

Modernos, los, 89, 103, 104, 113, 119, 126, 150, 152

Moralidades, 51, 52

Mujer(es)

ciencia, de, 133, 135, 142, 157, 158, 160

educación de las, 19, 136, 168, 191, 192

estatus social de la, 17, 18, 22, 23, 93, 190, 202

independencia de la, 192

intelectual, 160

sabias, 170, 216

traductoras *v.* Traductora(s)

N

Neofrancés, 252

Neologismos, 77, 154, 229, 237, 239

Nobleza guerrera, 45

Novela(s)

caballería, de, 40, 45

didáctica, 186

histórica, 181

O

Ortografía, 71, 85, 169, 213

101, 106, 110, 114

Ortonimia, 101, 105

Ortosintaxis, 101, 106

P

Parataxis, 111, 117

Pedagogía, 187, 188, 190, 201, 232, 236, 248, 251

Procedimientos imitativos, 98, 100

Protestantismo, 34, 67-70, 75, 92, 96, 168

Q

Querrela de Homero, 102, 119

R

Recepción, 92, 97, 102, 135, 139, 147, 149, 247

Referente(es) cultural(es), 99, 118

Reforma, 65, 66, 80, 93

S

Semántica, resistencia, 98

Sentido, 100, 101, 121
aprehensión del, 99

Sintaxis, 73, 77, 156

Sueco, 64, 66, 68, 70, 71, 75-77, 79, 80, 82, 85

T

Texto

fuerza, 92, 97, 98, 100, 101, 103, 104, 106, 109, 118
alteraciones del, 105, 110

llegada, de, 101
meta, 98, 101, 118
original, 46, 195, 198, 199

Traducción(es), 11, 15, 41, 42, 74, 83, 115, 141, 149, 151, 158, 167, 172, 195, 197, 225

analítica(s) en prosa, 97, 100, 115-117
antiguas, 92
calco, 198
científica, 159
clases de, 198
clásicos, de los, 38
comunicación, y, 231
confirmación, 133, 159
copia, 159
costumbres en la, 121
desafío cultural y político de la, 44
dialectos, de los, 181
edición de, 41
ejercicio de estilo, como, 54
elegante, 122
enseñanza práctica de la, 235
entretención, como, 43, 54, 56

errores de, 78, 82, 196

erudita, 100

escuelas de, 245

estatus de la, 158

expresión del sentido, como, 121

extraño en la, lo, 122

fidelidad de la, 44, 97, 101, 103, 104, 107, 111, 118, 121, 183

fragmentos, por, 181, 184, 187

francés, al, 28, 29, 40, 44, 45, 51, 52, 91, 115, 139, 143, 144, 145, 147, 151, 173, 182, 187

función(es) (de) (la(s)), 12, 21, 22, 109, 118, 202

cognitiva de la, 103

didáctica de las, 196

históricas de la, 21

fundamento filológico de las, 94

historia de la, 11-14, 161, 191, 198

imitación, 97, 101, 108, 114, 198

imposibilidades de la, 184

infiel, 196

información general, de, 97, 108, 115

interpretación, 118

introducción, 183

latín, al, 28, 45, 47

libre, 122

lingüística, y, 247

literal, 46, 98-100, 122, 183, 193, 198

literaria, 30

manual de, 225, 229, 233, 236, 238, 240, 244-246, 248, 250

manuscrito de la, 45

método(s), de, 12, 45, 46, 76, 80, 92, 97, 100, 102, 105, 106, 119, 149, 150, 152, 156, 167, 181, 183, 195, 196, 198, 199

defensa del, 75

emancipación por el, 95

motivos de las, 15, 20, 42, 45, 51, 66, 80, 84, 103, 114, 142, 143, 156, 159, 173, 175-177, 183, 192, 195

no, 100

causa de, 98

obra(s), 183

literarias, de, 198

religiosas, de, 66-70, 74, 76, 79, 81, 83

parafraseadas, 184

- parciales, 100
 - pedagogos de la, 235
 - poetas, de, 45
 - poética(s), 30, 42, 44, 52, 81
 - obras, de, 43
 - precisión de la, 81
 - prefacios de, 179
 - presentación, 181
 - primera versión de, 46
 - proceso de esclarecimiento del pensamiento, como, 203
 - prosa, en, 52, 75, 105, 114, 121
 - redacción, 73
 - reproducción, 159
 - resistencia a la, 99
 - resumen, 181, 183, 184
 - rey, para el, 41, 43, 44, 51
 - rima, en, 75
 - teoría de la, 16, 17, 42, 248
 - texto de, 195
 - texto(s), 183
 - antiguos, de, 92
 - tipología de, 92, 97
 - trabajo
 - secundario, como, 135
 - sin gloria y mal remunerado, como, 54
 - tragedias, de, 27
 - v. t. Tragedia(s)
 - verdadera, 54
 - versión impresa de la, 45
 - verso, en, 38, 104, 121
 - visionaria, 114
 - vulgarización, de, 114
- Traductiva, operación, 92
- Traductora(s), 17, 19-23, 89, 133, 141, 142, 165, 173, 191, 225, 231
- científica, 158
 - competencia de la, 91
 - transición, de, 165, 198
- Traductor(es), 11, 12, 15, 51
 - antaño, de, 158
 - calidad del, 118
 - consejeros, 27, 38, 43-45, 51
 - cultura del, 237
 - decisiones del, 48
 - enfermo, 251
 - fieles, 44
 - fracasos de los, 16
 - humanista, 73
 - instrumento del, 251
 - intérprete, 54
 - notas del, 196, 203, 204
 - perseverancia del, 53
 - profesionales de la escritura, como, 51
 - reto del, 29
 - riesgos de los, 75
 - teatro, de, 51
 - trabajo de, 74, 100
 - verborrécicos, 235
 - vida de los, 12
- Tragedia(s), 28, 29, 38, 43-45, 47, 48, 50, 51, 53-56, 85, 176, 180, 230, 243
 - francesa, 51, 180
 - griega(s), 27-30, 42, 51, 52, 176, 180, 230
 - estructura poética de la, 46
 - latinas, 28
 - lengua francesa, en, 28
 - v. t. Traducción(es), tragedias, de
- Trivium medieval, 64
- U**
- Universidad, 136